3 1761 09372966 3

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/novelas06selg

OBRAS DE SELGAS

XIII

NOVELAS

VI

DOS RIVALES

LS.
S4653n

DOS RIVALES

NOVELA

DE

DON JOSÉ SELGAS

H323
10/4/95

MADRID
EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
Paseo de San Vicente, 20

1894

DOS RIVALES

PRIMERA PARTE

UN VALS ÍNTIMO

I

CUATRO PINCELADAS

ANTE todo, el lector curioso querrá enterarse, con todos los pormenores posibles, del lugar que ha de servir de teatro á las animadas escenas que nos aguardan en el curso de estas páginas. Su curiosidad es legítima, y voy á complacer su deseo con la mejor voluntad del mundo, trazando el boceto del cuadro en cuatro pinceladas.

El fondo del asunto que pone ahora la pluma en mi mano es triste, muy triste; más triste de lo que probablemente les parecerá á muchos de los

que se entretengan en leer lo que voy á escribir; mas, en cambio, el lugar de la escena es alegre, las situaciones que vamos á ver son cómicas, y los personajes pocos, pero buenos. De manera que el lector puede elegir la situación de ánimo que más le agrade, según el humor con que se encuentre, ó según la índole especial de su genio ligero ó grave, frívolo ó profundo. Ello es que podrá elegir entre desternillarse de risa, si es joven bullicioso y aturdido, ó llorar muy seriamente, si está ya entrado en años y tiene el juicio maduro y es además de índole reflexiva, y sobre todo si es padre, padre de una hija, fresca por la juventud y algo dada á las vanidades del mundo.

Empecemos por su orden.

El lugar de la escena es la explanada de un jardín, que se halla rodeada de frondosos castaños de las Indias, cuyas ramas se tienden buscándose unas á otras, y uniendo sus hojas de verdor perpetuo con el deliberado propósito de formar una anchurosa gruta bajo su doble sombra.

Sobre la arena fina que forma el piso se levantan en semicírculo bancos de piedra inmóviles, que, á pesar de la dureza del asiento, convidan al descanso. Á la vez la vista se encuentra desparramadas, en amable y confuso desorden, gran número de sillas de hierro pintadas de amarillo, que se abren y se cierran como las hojas de los libros. Parece que ha pasado por ellas un torbellino: unas están aquí, otras allá; en unas partes se juntan formando corro, en otras se separan volviéndose

la espalda; hay algunas volcadas, y todas están vacías.

Al través de las hojas de los árboles brilla la luz del petróleo, encerrado en bombas de colores, trazando caprichosos dibujos, que se extienden y se alejan hasta más allá de donde alcanza la vista.

Tres calles de árboles desembocan en la explanada ó gruta de que hablamos: una llega por la derecha, otra se adelanta por la izquierda, y á la tercera se la ve venir de frente, árbol á árbol, como si dijéramos, paso á paso.

Á cierta distancia, y medio velado por el follaje, se distingue un foco de luz vivísima, cuyos rayos centellean entre la red de ramas y hojas en que se enlaza el follaje. Este golpe de luz hace un efecto semejante al que causan los resplandores del sol poniente cuando se escapan al través de las sombras que proyectan las nubes sobre el horizonte. Más que luz, parece un incendio, en el que los árboles arden sin quemarse.

Al pronto, la vista deslumbrada no percibe bien la causa de aquella viva claridad que relampaguea en la sombra; pero poco á poco se acostumbra á la viveza de los reflejos, y al cabo descubre los airosos contornos azules, blancos y rojos de una soberbia tienda de campaña, cuya cúpula se levanta orgullosa por encima de las copas de los árboles que la rodean.

Fijando más la atención, y buscando los mayores espacios que el follaje ofrece, se cae en la cuenta del objeto de tan viva luz y de tan her-

mosa tienda, pues se llega á leer en letras grandes y luminosas, colocadas sobre el frontispicio de la rasgada puerta de la tienda, un letrero espléndido, que dice:

Bouffet.

Sobre todo este cuadro, que ligeramente bosquejo, aparece de vez en cuando la azul serenidad del cielo, obscurecida por las luces de la tierra, y en cuya majestuosa bóveda brillan tristemente algunas estrellas, que asisten al espectáculo que describo con pálidos semblantes.

Si en este lugar en que hemos entrado se trata de una fiesta, me atrevo á sospechar—con permiso de quien corresponda—que el cielo, según la tristeza que muestra, no parece dispuesto á tomar parte en el regocijo. La noche que rodea este cuadro acerca á él sus tristes sombras, desgarradas por los reflejos de las luces; serena, eso sí, pero enlutada.

Esto es por lo que se refiere á lo que distinguen los ojos; ahora vamos á ver lo que perciben los oídos.

Por de pronto se oye un rumor sordo, que parece próximo ó lejano, según la comparación por medio de la que intentemos representarlo. Si decimos que se parece al eco profundo que produce el golpeo incesante de las olas sobre la movible arena de la sonora playa, será preciso añadir que es un rumor que suena en nuestros oídos como si

viniera de muy lejos. Mas si lo comparamos al sordo zumbido que causa el enjambre de las abejas al volar impaciente alrededor de la colmena, es indispensable advertir que está muy cerca. Tome, pues, el lector de ambas comparaciones aquella que mejor efecto le haga.

Sobre este rumor que se aleja y se aproxima, que va y viene, aumenta y disminuye en vagas ondulaciones, serpentean, digámoslo así, bulliciosos raudales de música viva y ardiente, cuyas voluptuosas cadencias incendian la sangre y agitan los nervios.

No es necesario ser muy doctos en materias musicales para comprender, desde luego, que tan armoniosos acentos se escapan de una orquesta numerosa hábilmente dirigida; ni es fácil resistirse al seductor encanto de los compases que marcan el delicioso ritmo de la encendida polka que embriaga, ó del apasionado vals que arrebata. ¡Vamos! Al oirlos, el corazón más insensible baila, sin poder contenerse, dentro del pecho.

Al mismo tiempo retumba el ruido de la vajilla, el choque de las copas, los estampidos de las botellas, que sueltan impacientes los tapones de corcho empujados por la fuerza expansiva de los más delicados vinos. El cristal, herido por las hojas de los cuchillos, repiquetea con ávida urgencia, llamando á voz en grito á los afanados servidores del banquete.

En una palabra: allí se baila, y aquí se come.

Entretanto, y en los intervalos de silencio, se

oyen suaves silbidos, que aparecen y desaparecen como si temieran ser escuchados. Es el aire, el aire húmedo de la noche, que, suspenso de las copas de los árboles, cuchichea con las hojas, como si, ¡oh envidioso! murmurara de la fiesta.

Y el caso es que los árboles más graves, movidos por esta sorda maledicencia, cabecean tristemente, como si admirados quisieran decir:

«¡Oh..... cuánta grandeza!»

Ó más bien:

«¡Ah..... cuánta miseria!»

Tal es el boceto del cuadro.

Añada el lector ahora los toques que crea necesarios al conjunto de estas cuatro pinceladas.

II

MONÓLOGO

La explanada del jardín, que dejamos descrita de la mejor manera que nos ha sido posible, se hallaba desierta, más bien abandonada, pues la concurrencia se agolpaba impetuosa llenando el salón del baile y la tienda del *Bouffet*.

Era, por lo visto, el momento más brillante de la fiesta, en que más se comía y más se bailaba; el período álgido de la fiebre que enciende en el alma el apetito desordenado de los placeres y de las vanidades.

Por la calle de árboles que desembocaba en la explanada entre la izquierda y la derecha, se adelantaba un joven de regular presencia, sin llevar nada en su persona que lo distinguiera de la masa

común de los hombres que han cumplido ó van á cumplir los

Malditos treinta años,
Funesta edad de amargos desengaños.

Traía el sombrero en la mano, dejando ver una cabeza esmeradamente peinada, indicio seguro de que antes de lanzarla á las fascinaciones del baile había tenido la precaución de ponerla en manos de un peluquero. La camisa de brillante blancura, la levita ajustada al rigor de la última moda, el pantalón claro y fino, el brillo de sus botas charoladas, la flexibilidad de sus guantes amarillos, y la precisión rigurosa de su chaleco negro, indicaban que no era del todo indiferente á las satisfacciones del tocador, y que abrigaba el deseo de agradar, con más la esperanza de conseguirlo.

Parecía pensativo, porque llevaba el semblante inclinado sobre el pecho, del que, sujetos á una cinta negra, pendían los *quevedos* de concha, circunstancia que, á pesar de todo, debe inducirnos á creer que no era hombre que veía mucho más allá de sus narices.

De vez en cuando se acariciaba la barba, copiosa y castaña, con la mano que le dejaba libre el sombrero, y con el ademán del que busca el mejor modo de orillar algún obstáculo imprevisto que le ha salido al paso.

Así se fué acercando poco á poco, hasta que desembocó en la explanada, y allí, ayudado con los cristales de los *quevedos*, sondeó la especie de gruta

en que acababa, y viendo la soledad del sitio, se adelantó, exclamando:

—Aquí.... en este lugar solitario..... lejos del estrépito y de las vanidades del mundo, y al son de esa magnífica orquesta, que llena los oídos de armoniosos acentos..... y mientras toda esa lucida concurrencia ríe, come, brilla y baila filantrópicamente á *beneficio de los niños de la Inclusa*, yo voy á entregarme á los excesos del júbilo que me embarga..... Ahora que nadie me ve, puedo..... así..... saltar de alegría.

Y diciendo y haciendo, dió un salto formidable, testimonio seguro de la soltura de su cuerpo y de la firmeza de sus piernas, salto que hubiera hecho honor al acróbata más insigne.

Después siguió diciendo:

—Ahora que nadie me oye puedo decirme en alta voz sin ser desmentido: «Jaime: ya eres dichoso..... Alejandro..... emperador de todas las Rusias..... Rostchild, gran millonario: ambos podéis, el uno conquistar el mundo, el otro comprarlo. Pues bien: yo, simple mortal, tengo derecho á vuestra envidia, y os miro por encima del hombro, porque yo soy feliz.»

Aquí cortó el vuelo de su palabra una idea repentina de esas que surgen inopinadamente, pues deteniendo los arrebatos de su regocijo, pasó de la alegría á la admiración, exclamando de repente:

—¡Oh, qué cosa tan rara es la felicidad! Acabo de encontrármela..... ¡parece mentira!..... en la boca de una mujer; pero, ¡ah, qué mujer!..... Vean

ustedes su inventario: cintura así, fina y flexible, que cabe perfectamente dentro de este círculo que forman el pulgar y el índice de mi mano derecha; ojos así, ni más ni menos que este otro círculo que yo trazo uniendo entre sí los pulgares y los índices de mis dos manos: ojos azules, que brillan siempre: dos pedazos de cielo donde nunca es de noche. Sonrisa encantadora, detrás de la que asoman unos dientes que se me han clavado en el corazón. Mejillas de nácar, cuello de cisne, labios de coral, cabellos de oro..... etc..... Un pie absurdo, increíble..... Una mano inverosímil, y un andar..... ¡Qué andar!..... Andar *sui generis*, inimitable..... irresistible..... Un año hace que ando yo tras de ella, y todavía no he podido aprenderlo.

Esta fecha, incidentalmenle recordada, hizo retroceder sus pensamientos al origen de su dicha, porque se encasquetó el sombrero con cierta arrogancia, y echando hacia atrás las manos, siguió diciendo:

—Un año hace que persigo por todas partes á ese conjunto de facciones, capaces de levantar en masa al país más pacífico. ¡Soberbia campaña!.... En el primer encuentro, sus ojos perfectamente asestados.... me fusilaron; la segunda vez que vinimos á las manos, me hirió el alma con el filo de una sonrisa; y en el último choque, con una sola palabra me ha *copado*. Total: un muerto, un herido y un prisionero. Ó lo que es lo mismo: la he visto, la amo, y voy á casarme. Semejante á César, puedo decir: *Vine, vi y caí.* Acabo de verla con

una falda verde, que va diciendo comedme. Ha oído mis juramentos, me ha mirado afable, se ha sonreído tierna, y, tapándose la boca con el abanico, para ocultar su emoción, me ha dicho: «Si..... estoy conforme; pero es preciso que hable usted á mamá..... que asedie usted á mamá..... que conquiste usted á mamá.» Y heme aquí condenado por la crueldad de mi propia dicha á hacerle el amor á la presunta abuela de mis futuros hijos. ¡Oh, cuánto nos hace sufrir la felicidad!.....

Luego que con esa exclamación desahogó su pena, se quitó los guantes, sepultó las manos en los bolsillos del pantalón, y comenzó á pasearse, repitiendo:

—Muy bien...., «¡Hable usted á mamá..... asedie usted á mamá..... conquiste usted á mamá!.....» Fuera mejor que hubiese dicho: «Conquiste usted á Méjico», que en efecto está otra vez por conquistar, y la cosa sería más razonable..... Pues la mamá no es precisamente mamá: es madrastra..... con cuarenta y seis años á la cola; viuda por más señas; con la que no he hablado en mi vida ni una vez siquiera.... Vamos á ver: ¿cómo se conquista esto? Mi situación es casi desesperada..... ¡Oh, cruel Emilia!

No habrá de sorprendernos que después de esta contrariedad tropezara con otra; porque debemos saber por propia experiencia que las dichas humanas, tan incompletas y tan frágiles como son, tienen muchos enemigos en el mundo, muchos más de lo que parece á primera vista.

Así es que hirió repentinamente el suelo con el tacón de la bota, señal visible y casi inequívoca de que su felicidad se veía asaltada por un nuevo inconveniente.

Sacó del bolsillo una carta cerrada, y se quedó pensativo, contemplándola.

—¡Diablo!—exclamó después de algunos instantes de muda contemplación.—A todo esto la pobre Juana llorará á sus solas mi ingratitud. De seguro que esta carta viene hecha un mar de lágrimas. ¡Pero bien! vamos á cuentas. ¿Qué culpa tengo yo de que se le haya metido en la cabeza la diabólica idea de quererme con toda su alma? ¿Qué tengo yo que ver con su cariño?..... ¿Quién le manda ser tan tenazmente constante? Sí, señor: yo la enamoré hace la friolera de cinco años: ella era una chiquilla, y yo no tenía entonces dos dedos de frente. ¿Qué formalidad puede tener esto? ¿Á quién demonio se le ocurre que estos amores casi de la infancia han de tomarse en serio?..... Ese amor no tiene pies ni cabeza. Ningún hombre que sabe lo que se pesca se casa con la primera mujer que quiere. Es preciso que tenga paciencia. Yo reconozco, no tengo inconveniente en reconocerlo, que es una preciosa muchacha, una hermosa morena, que hubiera podido muy bien servir de modelo á Murillo para pintar sus Vírgenes; pero se me ha metido en el corazón una rubia, que me lleva y me trae como un *dominguillo*. Juana es excelente..... casi no es mujer..... Todo el día cose que cose, ó borda que borda..... ó reza que reza..... Si lee, ¡vaya

un gusto! lee el *Kempis*. No le gustan los lazos, ni las cintas, ni los moños. En su vida ha ido á un baile. En una palabra: es un ángel..... un ángel, que para el cielo ni pintado; pero yo vivo en el mundo, soy hombre, y me parece que debo casarme con una mujer. No, no leo esta carta.

Con tales reflexiones debió tranquilizar su conciencia, algo inquieta por las lágrimas con que Juana lloraría ya su inconstancia.

Sin duda le ocurrió la idea de rasgar aquel documento que venía á aumentar los sinsabores de su dicha; mas debió parecerle demasiado cruel semejante determinación, y sepultó de nuevo la carta en el bolsillo sin abrirla.

—Ya sabe—añadió—que es asunto concluído: ayer se lo dije terminantemente, y sería una debilidad que yo cediera ante unos cuantos suspiros, que al fin y al cabo se lleva el aire. Amor..... amor..... el gran poeta inglés lo ha dicho: «La mujer más fiel siempre tiene lugar en su corazón para un segundo amante.» Ahora, volvamos á la mamá. ¿Qué hago?..... Es muy sencillo: hablarle..... asediarla..... tomarla por asalto. Una sorpresa será de buen efecto. Aquí..... eso es. Esta misma noche..... justo. Corriente: manos á la obra. Es preciso entrar por el aro de la felicidad. No hay más que cerrar los ojos, y embestir. Lo malo, á pasarlo pronto. Además, cuento con un éxito seguro. Poseo treinta mil reales de renta en títulos del tres por ciento, y esto acabará de enternecer el corazón de mi futura suegra, porque treinta mil reales no caen fácil-

mente por la chimenea una vez cada año. Conque..... ánimo: á la una..... á las dos..... á las tres.....

Esta actitud ejecutiva de su voluntad induce á presumir que no estaban completamente acallados los remordimientos de su conciencia.

Debía sentir secretos impulsos de abandonar su empresa y volver al pacífico afecto de su dulce Juana; pero, por lo visto, no quería prestar oído á las impertinentes sugestiones de su conciencia, y acaso pretendía, dando aquel paso definitivo, cortarse la retirada.

Ni más ni menos que Hernán Cortés quería subyugar las dudas rebeldes de su corazón quemando las naves.

Le urgía, pues, hablar á la mamá..... asediar á la mamá..... conquistar á la mamá; porque del buen éxito de esta necesaria tentativa dependía..... ¡friolera! la felicidad de toda su vida.

Juana le hacía aún cosquillas en el corazón, y no encontraba más recurso que cerrar los ojos y lanzarse, digámoslo así, en brazos de Emilia, que le había sorbido el seso.

Por otra parte, nuestro héroe, si no tenía la gran cualidad de la firmeza, era terco, y una vez puesto en el camino de aquella empresa, no desistiría de llevarla á cabo, aunque le predicaran frailes descalzos.

Supongamos que tenía á Juana en el corazón. Bien; pero ¡bah! tenía á Emilia en la cabeza.

Así es que, cerrando los ojos como quien rehusa

medir la profundidad del abismo en que va á precipitarse, tomó aliento, y á la voz de *una*..... *dos*..... *tres*....., se lanzó á la carrera hacia la calle de árboles que conducía al salón campestre destinado al baile.

Mas le salió al encuentro un nuevo obstáculo, un obstáculo real y verdadero, contra el cual chocó violentamente, retrocediendo espantado.

¿Qué terrible dificultad era esta que se oponía á su dicha en tan crítico momento?

¿Qué mano enemiga erizaba de dificultades el camino de su felicidad?

Retrocedió, pues, espantado, colérico, con ojos amenazadores, con semblante airado, con todo el aspecto del hombre dispuesto á dejarse llevar sin resistencia á los últimos extremos de la ira.

¿Qué nueva contrariedad era ésta?

Ahora vamos á saberlo, porque, en honor de la verdad, la cosa merece capítulo aparte.

III

LANCE APURADO

En el ímpetu de su carrera, y en la ceguedad de su deseo, no vió que otra persona desembocaba en la explanada al mismo tiempo que él salía de ella, y, para mayor desventura, este personaje imprevisto é inoportuno era una mujer; quiero decir, una señora.

El choque entre ambos fué inevitable y terrible, y uno y otro estuvieron á punto de dar con sus cuerpos en tierra.

—¡Ah!—exclamó ella.

—¡Uf!—replicó él.

—¡Qué barbaridad!—añadió ella, pasando del susto al enojo.

—¡Qué torpeza!—insistió él, cambiando en ira la sorpresa.

—¡Caballero!—preguntó ella en el colmo de la indignación.—¿No tiene usted ojos en la cara?

Y él, con furor reconcentrado, le contestó al golpe:

—Y usted, señora, ¿dónde los tiene?

—Es una grosería atropellar así á una señora.

—¿Sí? Pues haga usted el favor de decirme qué será en una mujer echarse de ese modo encima de un hombre.

—Yo venía—dijo ella.

—Yo iba—replicó él.

—¿Y quién le manda á usted correr cuando yo vengo?

—Y á usted..... ¿quién le manda venir cuando yo corro?

La señora debía poseer algunos conocimientos políticos, ciertas nociones de derecho constitucional, y aprovechó aquel momento favorable para lucir su suficiencia, y dar al mismo tiempo á su adversario una lección oportuna, una lección en el doble sentido de la palabra.

—Usted debe saber—le dijo—que los derechos individuales se limitan unos á otros.

Él se encogió de hombros, y le contestó con mucha calma:

—Pues precisamente por eso nos hemos estrellado.

Semejante réplica no tenía vuelta de hoja, y la señora, no encontrando á la mano una respuesta victoriosa, sintió encenderse de nuevo el ímpetu de su enojo, que empezaba á calmarse; pero, en

vez de entregarse á los arrebatos de la indignación, contuvo la cólera que hervía en su pecho, y apelando al desdén, dijo:

—Para mí ha sido este un mal encuentro.

—Diferimos completamente—contestó él;—porque para entrambos ha sido un buen *encontrón*.

—De todas maneras—añadió ella mordiéndose los labios—me parece que ha encontrado usted el zapato á su medida.

—¡Ay, señora!—exclamó él.—Yo creo, por el contrario, que es usted la que acaba de encontrar la horma de su zapato.

Ni el enojo ni el desdén tenían virtud alguna para contener la locuacidad desesperante de este hombre, y la buena señora, cada vez más irritada, apeló á su dignidad ofendida antes de resignarse á emprender una prudente retirada, que empezaba ya á ser urgente.

Irguióse, pues, con toda la majestad que le fué posible, y dando á su acento la sosegada arrogancia con que hubiera contestado una reina ofendida, pronunció con estudiada lentitud las siguientes palabras:

—Tengo la pretensión de creer que no me ha mirado usted bien á la cara.

—No será—le contestó su implacable adversario—porque no la he tenido cerca.

Ante esta burla, elevó el labio superior, arqueó las cejas, movió la cabeza á uno y otro lado, y abanicándose con soberano desdén, pasó por delante de su enemigo, sin dignarse mirarlo.

Era una gran retirada.

Él, por su parte, la dejó pasar; miróla de sosleyo y por encima del hombro, y se dirigió muy tranquilo hacia el extremo opuesto de la explanada.

Ella volvió la cabeza para examinarlo atentamente, y acaso diría para sí:

—Este hombre no me es desconocido.

Y á él le sucedería poco más ó menos lo mismo, pues atusándose la barba y volviendo la cabeza, decía entre dientes:

—Creo que la conozco.

Ambos se sorprendieron en este mutuo examen, y sus miradas se encontraron como dos espadas que se buscan.

—¡Oh!—exclamó ella.—¡Qué curiosidad tan impertinente!

Pero esta vez la lengua del joven dichoso permaneció muda; mas lo que callaba la lengua lo dijeron los labios con la sonrisa más burlona del mundo, los ojos con pertinaz mirada, y los brazos, que se cruzaron sobre el pecho con ademán provocativo.

La señora aceptó el nuevo combate, y cruzando también los brazos, se adelantó preguntando:

—Vamos á ver: ¿qué mira usted?

—Miro—le contestó el ingrato amante de Juana—lo que no veo, porque ha de saber usted, señora, que soy algo corto de vista.

—Por eso—añadió ella—es usted tan largo de lengua.

—Justo: lo que no va en lágrimas va en suspiros. Me debe la naturaleza unos ojos más perspicaces, y yo, en cambio, le debo una lengua muy expedita.

—Esa es una cosa—replicó ella—que maldito lo que me importa: lo único que me interesa averiguar es si se ha propuesto usted retratarme.

—No, señora—le contestó con una formalidad bastante equívoca.—Confieso humildemente que eso sería en mí una pretensión inaudita, porque sería nada menos que aspirar á una competencia temeraria.

—No adivino á dónde se dirigen tan modestas palabras. ¡Sería en usted una pretensión inaudita!.... ¡Sería en usted nada menos que aspirar á una competencia temeraria!..... ¿No es esto? Pues bien: yo le pregunto: ¿por qué?

—¿Por qué? Va usted á saberlo; porque, ó yo no entiendo nada del sublime arte de la pintura, ó sospecho, por ciertos rasgos inequívocos, que debe usted ser aficionada, y aun profesora, y en tal caso debo creer firmemente que ha de pintarse sola..... para todo.

Es de suponer que esta señora que de manos á boca encontramos en tan espléndida fiesta, y cuyo aspecto demostraba cierta elegancia y cierto lujo, no había de ignorar los secretos del tocador con que la mayor parte de las mujeres, en más ó en menos, acuden á remediar las irregularidades de la naturaleza y los desperfectos que al fin y al cabo causan los años.

No decimos que aspirara á la posesión de una juventud eterna, ni al goce inalterable de una belleza perpetua; pero sí á prolongar todo lo posible los maduros encantos de la segunda juventud y de la segunda belleza; belleza y juventud que los cosméticos prometen en pomposos anuncios.

Decimos simplemente que el pretencioso esmero de su *toilette* marcaba en ella á una de esas mujeres que no se resignan con facilidad á perder el atractivo de sus encantos personales y se defienden palmo á palmo, disputándole al tiempo el verdor de los años, tan fugitivo como los verdores de la primavera; una mujer, en fin, resuelta á ser medianamente joven y medianamente hermosa, por lo menos en todo el trascurso de su vida.

Si era así, las palabras de Jaime debieron herir vivamente la susceptibilidad de su juventud, digámoslo así, apócrifa, y la vanidad de su belleza, hasta cierto punto sobrepuesta; mas, comprendiendo el equívoco que en ella se encerraba, y no queriendo á la vez acabar de comprenderlo, entre colérica y risueña, dijo:

—¿Quiere usted hacerme el favor de explicar el sentido de esa insolencia?

—Con mucho gusto—le contestó.—Pero antes es preciso que me permita usted tomar los datos necesarios, pues sentiría incurrir en un error involuntario.

Diciendo esto, se colocó los *quevedos* de concha sobre la nariz, y se acercó á ella lo bastante para poder apreciar en su justo valor todos los acciden-

tes de su fisonomía; mas no pudo la señora sufrir con paciencia la audacia de tan impertinente examen, y dió un paso atrás, exclamando:

—¡Oh! ¡Qué descaro!

El insolente que de este modo provocaba su enojo retrocedió también con semblante aterrado: cualquiera diría que acababa de aparecer ante sus ojos atónitos la cabeza de Medusa.

Por algún tiempo no pudo articular palabra: ni más ni menos que si la lengua se le hubiera pegado al paladar.

No se atrevía á mirar cara á cara á la que hasta entonces había sido objeto de su burla, y permanecía inmóvil como una estatua arrancada del pedestal.

Al fin dió señales de vida, y echándose el sombrero hacia atrás, suspiró sordamente estas palabras:

—¡Dios eterno!.... ¡Es la mamá!

En efecto: tenía delante á la imperiosa madrastra, á la misma á quien su caprichosa felicidad le obligaba á pasar por el trance de tener que seducir y conquistar.

Era ella en una pieza, sin faltarle punto ni coma, con sus cuarenta y seis años y su genio de todos los demonios: item más, con el rencor que contra el desventurado amante debía hervir en su pecho.

Verdaderamente tan terrible contrariedad estaba fuera de todas las previsiones humanas; ni el mismo Napoleón habría podido calcular tan singular contingencia.

No obstante, el pobre hombre, aturdido por la violencia de aquel inesperado contratiempo, intentó maldecir su suerte, que es el primer refugio de todas las desesperaciones; pero advirtió que ninguna parte tenía en ello la suerte, pues en honor á la verdad todo se lo debía á sí mismo; y sin más averiguaciones, se mordió la lengua por habladora, y cerró los ojos, condenándolos á profunda obscuridad por el delito de ser corto de vista.

Convengamos en que su situación era bastante difícil. ¿Cómo conquistar las simpatías de aquella mujer tan justamente irritada? ¿Cómo calmar el furor de su enojo? ¿De qué manera templar el rigor de su venganza? Porque ella no perdería la ocasión que se le presentaba de vengar tantos ultrajes.

Y el caso es que la dicha del atribulado joven estaba, como quien dice, en manos de aquella mujer de genio, al parecer, poco flexible y poco manejable, y la orden de la encantadora Emilia era terminante: «Hable usted á mamá..... asedie usted á mamá..... conquiste usted á mamá....» Interiormente pensaría que muchos se habrían ahorcado con menos motivo. Apenas había llegado al dintel de su dicha, cuando él mismo se cerraba la puerta.

¡Oh, y qué frecuente es esto!

Pero volvamos la hoja, porque en el capítulo que sigue hemos de ver cómo salió de lance tan apurado; porque él es terco como un guardacantón, y no renunciará á la felicidad que se le ha metido entre ceja y ceja.

IV

EXPLICACIONES

La enojada viuda esperó el nuevo ataque de su adversario con la calma aparente y la inquietud interior con que, permítaseme la comparación, se prepara el atleta á recibir el primer abrazo del combate.

Por la actitud agresiva de su continente y por el ceño de su semblante, parecía resuelta á jugar el todo por el todo; como si dijéramos, á *quemar* hasta el último cartucho.

Mas súbitamente cambió la expresión airada de sus ojos, se apaciguaron algún tanto las señales exteriores de su ira, y con reprimida sorpresa se dijo á sí misma:

—¡Calle!..... ¡Este es el joven que hace un año me sigue á todas partes!

No sabemos si allá en el fondo de su corazón causaría este reconocimiento un efecto favorable

que hiciera menos difícil la grave situación en que se encontraba, digamoslo así, nuestro héroe; pero lo que pudo advertirse en su fisonomía fué un gesto expresivo, que anunciaba claramente el propósito de tomar una terrible revancha.

Esperó, pues, algunos instantes más, saboreando mentalmente el placer de los dioses; mas viendo que su formidable adversario permanecía inmóvil y mudo, se acercó á él; y como los antiguos guerreros tocaban con la punta de la espada en el escudo del enemigo para animarlo á la lucha, así la intrépida madrastra tocó con su abanico en el hombro del joven diciéndole:

—Vamos, caballero; explique usted sus palabras

Este aviso lo sacó del estupor en que se hallaba, presentándosele de golpe toda la espantosa realidad de su suerte; y, como el chico sorprendido infraganti por la austera presencia del severo dómine, llevó con precipitación la mano á la cabeza; arrancó de ella el sombrero, y bajando los ojos é inclinándose con forzada y humilde cortesía, exclamó balbuciente:

—¡Ah, señora!

Indudablemente su actitud, su ademán, su voz y sus palabras eran las de un adversario completamente sometido; mas la cauta viuda no se determinó todavía á cantar victoria.

¿Eran sinceras aquellas muestras de rendimiento? ¿Había lealtad en aquella sumisión, hasta cierto punto inexplicable? ¿No podía ser una emboscada?

Ante esta reflexión se puso en guardia, y lo incitó de nuevo, diciéndole:

—Vamos, ¿qué?

Había en el acento con que fueron pronunciadas estas dos palabras arrogancia, pero á la vez algo de benevolencia. Un hombre ducho en interpretar las inflexiones de la voz habría hecho la traducción siguiente:

«No propongo la paz, pero puedo aceptarla.»

—Mis palabras—contestó él—no tienen sentido común.

—¡Y bien!

—¡Claro está, señora! las retiro.

—¡Una retractación!

—Completa.

—¿Y sincera?

—¡Ah!—contestó:—si hubiera un hombre capaz de repetirlas en mi presencia, en el acto le rompería el bautismo.

—¡Oh! Me sorprende usted con un cambio tan repentino.

—Sí, señora; tan repentino y tan natural.

—Natural, ¿eh?

—Por supuesto.

—¿Por qué?

—Porque la he visto á usted bien.

—Y eso ¿qué significa?

—Significa.....

—¿Qué?

—Que la he reconocido.

—¡Ya!

—Eso es.

—Todavía no comprendo.

—¿No?

—No.

—Pues está bien claro.

—¡Claro!

—¡Ah!—exclamó exhalando un profundo suspiro.—Usted no sabe lo que pasa por mí en este instante.

—¿Qué pasa?

—¡Friolera!

—Veamos.

—Imagínese usted que me están dando impulsos de arrancarme la lengua.

—¡Jesús mil veces!

—Lo que oye usted.

—¿Y por qué razón?

—Por insolente.....

—¡Oh!—dijo ella, medio burlona y medio seria.—Usted me confunde.

—¡Ay, señora!—exclamó él.

Y bajando la voz, murmuró entre dientes:

—¡Si yo pudiera confundirla!

A la viuda empezaron á parecerle sinceras tan vehementes protestas de arrepentimiento, y aun creyó descubrir en aquel hombre, hasta cierto punto extravagante, viveza de sentimientos, y á la vez le encontraba el encanto de la originalidad.

Aunque recelosa todavía, se aventuró á pronunciar estas palabras:

—Y, en verdad, no sé cómo ha sucedido esto. Hemos tropezado, yo no sé cómo.

—Es verdad—añadió él; —debe ser verdad, porque todos los que tropiezan dicen lo mismo; pero yo, señora....., yo no puedo perdonarme.....

—¿Quién sabe?—añadió ella.—Tal vez la culpa haya sido mía.

—Eso, señora, es bondad..... pura bondad, que me obliga á una gratitud eterna. Aquí el bárbaro he sido yo..... yo, que.....

Sin duda no encontró la frase elocuente con que quería expresar su pensamiento, y se detuvo. Y en verdad, no eran necesarias más demostraciones de arrepentimiento, porque la señora, ultrajada dos minutos antes, debía estar completamente satisfecha. Y lo estaba en efecto, porque, sonriendo amablemente, dijo:

—Creo inútil añadir más explicaciones. Nos hemos encontrado de un modo poco agradable, mas debemos olvidarlo, puesto que al fin nos separamos amigos.

Diciendo esto, hizo una cortesía bastante graciosa de amigable despedida, dirigiéndose después con aire un tanto remilgado hacia la calle de árboles que desembocaba en medio del semicírculo de la explanada.

Es posible que eligiera este camino indiferentemente, y es posible también que lo tomara por dejar ver más tiempo lo airoso de su talle y la gracia particular de los cogidos de su falda.

Viéndola él alejarse hizo un movimiento, y

exclamó, tendiendo los brazos para detenerla:

—¡Ah, señora, no me abandone usted tan pronto!.....

La señora se detuvo, probablemente por tres razones:

Primera, porque la voz que la llamaba debió parecerle conmovida.

Segunda, porque en el salón del baile debía hacer un calor insufrible.

Tercera, porque tan singular personaje era muy á propósito para entretenerla.

¿Qué mal podía ocasionarle escuchar una nueva explosión de excusas? Es verdad que lo solitario del sitio y lo impetuoso de aquel hombre daban al caso algún aspecto peligroso; mas debemos tener en cuenta que el peligro es un incentivo para las almas fuertes, y la mujer, tan débil y tan tímida de suyo, es muy propensa á amar ciertos peligros, y hay, además, una edad en que muchas se deciden á ser valientes.

La que tenemos en escena no debió ser nunca cobarde. Su hija se hallaba en el salón del baile en compañía de unas amigas de confianza, y no vaciló en dejarse llevar por los sucesos, para ver en qué paraba tan singular incidente.

Se adelantó hacia el joven, que le salió al encuentro, y le preguntó:

—¿Va usted á darme más explicaciones?

—Una—le contestó él;—una sola.

—No es necesario—dijo ella.

—Perdone usted, señora—añadió él:—es in-

dispensable; y no me negará usted el favor de oirla.

—La oiré, si es la última.

—Imagínese usted, señora, que yo salía de aquí ciego....., loco....., furioso.

—¡Es posible!—exclamó ella.

—Como usted lo oye.

—¡Ciego, loco, furioso!.....

—Ni más ni menos.

—¡Qué desgracia!.....

—Calcule usted, señora: como que estoy enamorado.

—¿Enamorado?

—Como un bruto.

Aquí respiró con fuerza, no precisamente como el que se deshace de un gran peso, sino más bien como el que empieza á sentirlo.

—¡Enamorado!—repitió la señora.—¡Vamos, ya comprendo! y lo compadezco á usted, porque el amor es mala cosa.

—Muy mala; sobre todo cuando uno es corto de vista y largo de lengua.

—Me parece á mí—observó ella—que ha de ser usted algo precipitado en sus resoluciones, y voy á darle un consejo.

—Veamos.

—Tenga usted calma..... mucha calma.

—¡Calma..... señora, y hace ya un año que voy y vengo, como una lanzadera, siguiéndola á todas partes.!

—¡Hola! ¿Siguiéndola?

—¡Pues!

—Siga usted, siga usted.

—Y cuando esperaba merecer.....; cuando la ocasión se me presentaba propicia..... ¡adiós mi dinero!..... toda mi dicha se la lleva la trampa..... ¿Comprende usted?

—No está muy claro lo que usted me cuenta; pero, en fin, supongo.....

—Veamos, ¿qué supone usted.?

—En primer lugar, supongo que es usted el hombre más divertido del mundo; en segundo lugar, que ese amor de que me habla tendrá su más y su menos.

—Este amor, señora—replicó con vehemencia—es un amor impermeable, un amor á prueba de bomba, un amor que cuenta ya doce meses de existencia, y cada vez lo siento más vivo, más ardiente, más impetuoso, más irresistible, más implacable. Es un amor, en fin, que en este momento me hace el más feliz de los hombres y al mismo tiempo el más desventurado de los..... Crea usted que me ahorcaría si no fuera tan dichoso.

—Ese amor, amigo mío—le contestó ella con sonrisa burlona—es un amor de novela, un amor imaginario; es decir, un amor absurdo.

—Es posible—dijo él;—porque el amor no ha tenido lógica en su vida; pero entretanto, aquí me tiene usted absurdamente enamorado.

La viuda movió la cabeza con cierta coquetería incrédula, y abriendo y cerrando el abanico, dejó caer estas palabras:

—Los hombres son ustedes muy singulares..... muy caprichosos..... muy inconstantes; pero ¡bien! el amor todo lo excusa, y yo admito todas sus explicaciones: hagamos las paces, y asunto concluído.

Por sus palabras parecía resuelta á poner término á aquella escena tan singular y tan inesperada; pero, en vez de alejarse del sitio de la escena, permaneció en él, abanicándose con cierta impaciencia.

No había, en rigor, que contestar á sus palabras, y, no obstante, esperaba una respuesta.

¿Tendría curiosidad por saber quién era el objeto de aquel amor casi ridículo?

Es posible.

¿Sólo curiosidad?

¡Quién sabe!

V

QUID PRO QUO

Ello es que el enamorado joven vió un rayo de esperanza, y se apresuró á reanudar el diálogo de esta manera:

—Los hombres somos muy singulares, muy caprichosos, muy inconstantes, es verdad, y por eso le juro á usted que me han gustado siempre las mujeres.

La buena señora debía tener en la historia de su vida el recuerdo de algún desengaño, porque se apresuró á exclamar con acento de duda:

—¡Juramentos!..... ¿Quién cree en ellos?..... ¡Con esa palabra suelen los hombres engañar tantas veces!.....

—¿Y quién, señora—replicó él al golpe—sería capaz de engañarla á usted ni una vez siquiera?

—A mí—contestó ella, quitándose desdeñosamente un guante—sería muy difícil engañarme.

Y al decir esto, el guante se escapó de sus manos, cayendo á los pies del ingrato amante de la pobre Juana: parecía un reto.

Él se inclinó para recogerlo; y presentándoselo, le dijo:

—Perfectamente. Á usted no es fácil engañarla, y por eso mismo yo.....

—¿Qué?

—Lo diré de una vez: quiero abrirle á usted el corazón.

—¡Dios mío!—exclamó ella.—¿Qué intenta usted? ¡Eso sería un asesinato!

Al prorrumpir en esta exclamación, el abanico saltó de sus dedos, y rodó por la arena.

Era preciso inclinarse de nuevo y coger el abanico; y lo apretó de tal modo, que las varillas del nácar crujieron bajo la presión de sus dedos.

—Tome usted, señora—le dijo.

Ella lo tomó, mostrándole una amable ronrisa; pero al tomarlo dejó caer el pañuelo.

¿Eran estos accidentes involuntarios, ó es que se había propuesto burlarse de aquel hombre impetuoso?

¿Quería probar su paciencia?

¿Era coquetería ó venganza?

¿Inocencia ó astucia?

De cualquier modo, no había más remedio que bajar la cabeza por tercera vez, y coger el pañuelo, ó reventar como una bomba.

Sufrió con paciencia aquella tercera prueba que el amor le imponía, y presentó el pañuelo á su futura suegra.

Ella lo detuvo, diciéndole:

—Téngalo usted un momento; me estoy poniendo el guante.

Sudaba nuestro héroe de tal manera, que sin saber lo que hacía se pasó por la frente la rica batista que tenía en la mano; después se la aplicó á la boca, y exclamó en voz baja:

—¡Uf! ¡Cómo huele á *pachulí!*

La señora, que observó este último movimiento, debió interpretarlo de un modo agradable, pues sus labios se dilataron con sonrisa satisfecha, á la vez que se guiñaba á sí misma el ojo muy picarescamente.

De pronto hirió impaciente el suelo con la planta del pie, exclamando:

—¡Oh, qué fastidio!

—¿No entra el guante?—preguntó el joven con dulzura, al mismo tiempo que hacía temblar la pierna derecha como quien dice de dientes adentro: «¡Así reventaras!»

—Entró perfectamente—contestó ella;—pero no puedo abrocharlo.

Aquí nuestro héroe exhaló un furioso suspiro, tan furioso, que la futura suegra lo miró con expresión compasiva, y acercándose á él, le dijo:

—Si usted tuviera la amabilidad.....

—¡Yo!—exclamó.—¡Bah! No he sabido nunca abrochar guantes.

—Pruebe usted.

—Bien—contestó apretando los dientes:—probaré.

Y metiéndose apresuradamente en el bolsillo de la levita el pañuelo que tenía en la mano, exhaló un segundo suspiro más furioso que el primero.

Mientras probaba á abrochar el guante, ella le decía:

—Es una excelente cabritilla, parece seda; se adapta á la mano muy bien. Vea usted qué redondos y afilados quedan los dedos. Yo los tomo por docenas en casa de *Dubosc*.

En tan pocas palabras había dos vanidades: la vanidad de su lujo y la vanidad de su mano.

—Se abrochan muy fácilmente—prosiguió diciendo;—pero á mí se me escapa el botón.

Aquí no fué un suspiro lo que exhaló nuestro héroe, que luchaba por abrochar el guante, sino un verdadero resoplido, manera hasta cierto punto disimulada de exclamar interiormente:

«¡Dichoso botón, que puede escaparse!»

—Apriete usted más—dijo la señora.

—¿Más?—preguntó él.

—Sí.... pero.... ¡ay! ¡ay! caballero, que me ha cogido usted un pellizco.

De esta manera quedó al fin abrochado el guante.

—Perdone usted mi torpeza—añadió él, queriendo disculpar el pellizco—me encuentro tan nervioso..... ¡Ya se ve! Mi situación es desesperada.

—¡Desesperada!..... ¿Por qué?

—¡Es claro! He cumplido ya treinta y tres años, y, vea usted, todavía estoy soltero.

—¡Ah!—exclamó la madrastra suspirando.—Cinco años hace que estoy yo viuda.

—Como poco—añadió él;—vivo y duermo peor.

—Lo creo, porque hay soledades insufribles.

—Pero usted al fin, señora, tiene la dulce compañía de una hija.

—Sí, una hija única.

—Lo cual no impide que sea encantadora.

—Podrá serlo, porque todavía es una niña.

—En fin.... hablemos claros. La benevolencia con que usted me trata da aliento á mi natural timidez. No me he atrevido hasta ahora, temeroso de una repulsa; mas ya es tiempo de hablar sin rodeos, pues me parece que desde el primer momento nos ha unido una particular simpatía, y si hemos chocado, ha sido como dos cuerpos que se buscan. ¿No advierte en usted nuestro encuentro algo del poder irresistible de las mutuas simpatías? Pues bien, señora: mi amor ha llegado al crítico momento en que la mecha arde, el cebo se inflama y revienta la mina. Sobre todo esto, cuente usted *á toca teja*, duro arriba, duro abajo, con treinta mil reales de renta.

Dicho esto, se cruzó resignadamente de brazos, y esperó respuesta.

He aquí la que obtuvo:

—Sin duda el estilo que usted emplea es original, pintoresco y apasionado. Tiene, cuando menos, el

mérito de la novedad: yo lo oigo con mucho gusto; pero ¿qué quiere usted que le diga? No acabo de comprender todo el sentido de sus palabras.

Pronunció las últimas abriendo el abanico en toda su extensión y repasando una por una las varillas entre sus dedos, como si quisiera decir:

«Hable usted, que toda soy oídos.»

La ocasión se presentaba favorable: la mamá parecía conquistada. No faltaba más que dar á tan penosa obra el último toque.

¡Vamos!: la verdad es que nuestro enamorado personaje podía respirar, pues se encontraba á dos dedos de la dicha, casi á punto de cogerla con la mano y asirse á ella para toda la vida.

—Es indudable—dijo—que el amor inspira á los hombres los más grandes desatinos. Pues bien, señora: oiga usted uno que explica perfectamente todo mi pensamiento.

—Veamos—dijo ella—si acaba usted de explicarse.

—De usted, señora, depende la felicidad de toda mi vida.

¿Causó real y verdaderamente admiración en la viuda lo que acababa de oir? No lo sé, ni es fácil averiguarlo, porque la mayor parte de las mujeres poseen el don admirable de sorprenderse con la mayor sinceridad del mundo de aquello precisamente que con más seguridad esperan.

Pudo muy bien tenerla prevenida su perspicacia de mujer; pero es lo cierto que exclamó con cándido asombro:

—¡Jesús, qué disparate!

Ambos interlocutores guardaron silencio, mirándose recíprocamente, como quien trata de averiguar en la expresión del semblante lo que no acierta á comprender en las palabras.

Ella, á pesar de su admiración, descubrió en sus ojos, todavía brillantes, una mirada afectuosa, y él..... él se quedó estupefacto.

¿Era una repulsa?

Ella quiso mitigar el efecto de su exclamación, y añadió bajando la cabeza, y abriendo y cerrando el abanico con coquetería algo trasnochada:

—Quiero decir que todo esto es una broma, en la cual reconozco y confieso que finge usted el amor admirablemente. Si tuviera quince años, declaro que se hubiera usted hecho dueño de mi voluntad; pero ¡ay! he cumplido ya treinta y cinco.

No mentía al hablar así, porque, en efecto, los había cumplido, y no obstante mentía; mas merecía disculpa, porque á nadie más que á ella le inspiraba horror aquella mentira; y es seguro que habría dado la cuarta parte de su vida pasada por no verse en la necesidad de esconder la fecha de su nacimiento.

Y, por otra parte, ¿qué menos había de quitarse que diez años? Las hay de cincuenta y seis cumplidos, furiosamente empeñadas en no pasar de veinticinco, sensibles, lloronas, iracundas..... ¡santo Dios! y hasta nerviosas.

—Treinta y cinco años—replicó él:— esa es la

edad en que se comprenden las grandes pasiones.

—¡Ah!—suspiró la pobre viuda.

Con este suspiro quería decir:

«Se comprenden y se sienten.»

La conversación había tomado cierto tono sentimental; era el momento oportuno de dar el último golpe; así que al suspiro de la viuda contestó nuestro héroe diciendo:

—Una palabra, señora; una palabra favorable, y seré el hombre más dichoso de la tierra.

Dicho esto, respiró.

La señora parecía dudosa; no sabía qué cara poner á tan terminantes pretensiones.

No era una cosa tan descabellada, pues los cuarenta y cinco años no habían hecho grandes estragos en su persona, y los cosméticos podían aún contrarrestarlos.

Además, esta señora poseía una buena fortuna heredada de sus padres en dinero contante y sonante; todas estas ventajas eran suficientes para infundir en el corazón de un joven la pasión más furiosa; pero ¡ya se ve! si por una parte se sentía inclinada á entregarle su corazón, ya bastante averiado, por otra dudaba, no precisamente de la sinceridad de aquel amor inesperado, porque nada hay más creíble que aquello que nos halaga, sino más bien acerca de la pureza del fin á que aspiraba.

Es decir: ¿se trataba de un afecto legítimo, ó de una simple aventura? En una palabra: aquel joven impetuoso y tímido á la vez, original y apasionado, ¿quería ser su amante ó su marido?

Para disipar esta duda que el caso le ofrecía, dijo:

—¡Muy bien! Voy á creer, aunque no sea más que por un instante, en la sinceridad de sus palabras. Hagamos la novela del amor; estamos en un baile, y el lugar no puede ser más á propósito para estos galanteos. Lleva usted un año de amar en silencio; amor discreto, que merece toda mi benevolencia. Suponga usted ahora que lo he oído con mucho gusto; más aún: que participo de sus deseos. Pues bien; yo le pregunto: ¿qué pretende usted?

—¡Claro está! — le contestó: — pretendo su mano.

—Bien—añadió ella, saboreando interiormente la dulzura del triunfo;—pero no basta la mutua simpatía entre dos corazones..... el matrimonio es para toda la vida, y es preciso ver antes si encajan los caracteres.

—Encajan—se apresuró él á decir con aire triunfante.—Le juro á usted que encajan. Tengo seguridad, certidumbre, evidencia, de que encajan perfectamente.

VI

LA MIEL EN LOS LABIOS

SEAMOS justos: no todas las mujeres hubieran incurrido en la equivocación en que hemos visto caer á la viuda; y, en verdad, pocos hombres se hubieran explicado de una manera tan equívoca; pero yo no tengo facultad para alterar ni en lo más mínimo la autenticidad de los sucesos que relato: como me lo contaron os lo cuento. Por mi parte, no tuve inconveniente en dar por cierto el caso, teniéndolo por completamente verosímil, y aseguro que no soy yo de los que se dejan comulgar con ruedas de molino.

Entre un hombre menos loco y una mujer más juiciosa, habría sido difícil llegar á este *quid pro quo*; pero ¡vaya usted á detener en sus justos lí-

mites las aspiraciones de una mujer que, á pesar de los años, pretende todavía ser agradable á los ojos de la juventud, y vaya usted á poner tiento en la lengua de un hombre cuyo entendimiento, de suyo no muy claro, se halla sumergido en las obscuridades de un amor más terco que apasionado!

Realmente el encaje de los caracteres no era una verdadera dificultad para la viuda, pues contaba de antemano con la seguridad de imponer su gusto. ¡Bonito genio tenía ella para dejarse manejar por nadie! Si su marido era de hierro, ella en cambio era á la vez el yunque y el martillo. Sabía muy bien cómo se hace de un hombre un cordero; no le eran desconocidos los diversos recursos y los variados sistemas con que las mujeres ejercen la dictadura de su debilidad. Ella sabría obtener, ya de un modo, ya de otro, la sumisión ó la condescendencia.

Á mayor abundamiento, tenía algunos datos para inferir que el futuro é inesperado marido que la suerte le deparaba no era un león salvaje. Si algo tenía real y verdaderamente de fiera, no pasaba de ser lo que en el lenguaje común se llama pintorescamente un toro claro.

Él por su parte se tributaba interiormente y á boca cerrada los más lisonjeros elogios, y atribuyendo á su habilidad y á su elocuencia el mérito de tan difícil conquista, miraba con desdén, desde la altura de su triunfo, á Metternich y á Pitt, á Cavour y á Bismarck, y sentía allá en el fondo de su ambi-

ción, dormida hasta entonces, repentinos deseos de dar á conocer sus talentos en la carrera diplomática.

—No—insistió ella;— no debemos dejarnos llevar por las apariencias, casi siempre engañosas: la cordura aconseja que no nos fiemos de las primeras impresiones. ¡Cuántos matrimonios desgraciados hay en el mundo porque no han tenido presente esta circunstancia! No basta que los corazones se unan por mutuas simpatías; es preciso unir también los gustos y las inclinaciones. El amor se acaba más tarde ó más temprano; pero el genio dura toda la vida: amarse es muy fácil; pero no es tan fácil conocerse.

Hablaba como un libro; cosa rara, si se atiende á que una vez puesta en la pendiente de contraer un segundo matrimonio, no debía ocultársele que le quedaba poco tiempo que perder. Cualquier accidente podía destruir de un golpe el artificio, hasta cierto punto, de su belleza; ella sabía muy bien que el maldito *histérico* empezaba ya á sacar las uñas; mas precisamente por eso se expresaba con tanto juicio.

Ante todo pretendía ocultar su propia impaciencia, porque al ocultarla la infundía. Aquel joven tan impresionable no se resignaría á aplazar por mucho tiempo la realización de su dicha. ¡Qué satisfacción para ella verse arrastrada por el ímpetu de aquel amor apasionado al colmo de sus más vivos deseos!....

No quería precipitarse, para que la empujaran; quería apagar el fuego soplando.

—¡Oh! —replicó el conquistador triunfante.— Quiere usted alargar el plazo de mi felicidad, y eso es cruel..... ¿No nos conocemos ya bastante? Será una locura cerrar los ojos y unirse para siempre á una mujer cuyo carácter nos es desconocido; convengo en ello; pero es una insigne tontería tener hoy la dicha en la mano y dejarla para mañana. Además, estas cosas hay que hacerlas sin pensarlas.

El tono sosegado y hasta razonador de esta réplica inspiró á la presunta novia serios temores de que al fin se aviniera á un plazo más ó menos largo, tiempo en el que habrían de tratarse íntimamente, lo cual ofrecía varios peligros; porque no es lo mismo ver á una mujer á la esplendorosa luz de un baile que en la intimidad y en el abandono de la casa. Y si el futuro marido llegaba á sorprender el secreto de sus encantos, era exponerse á correr por lo menos las eventualidades de una inconstancia.

—De todas maneras—dijo contemplando la tela de su abanico—no ha de ser esto de golpe y porrazo; hay que tomarse algún tiempo; es necesario guardar ciertas formalidades.

—No veo inconveniente en ello, señora: mi plan es el siguiente: hoy es domingo..... esto es, mañana lunes se entablan las diligencias. Lunes....., martes...., miércoles..... El viernes podemos tomarnos los dichos, y el sábado..... asunto concluído.

—¡Una semana!—exclamó ella.

¿Le parecía el plazo demasiado corto ó excesivamente largo?

Téngase en cuenta, para resolver esta duda, que el deseo de casarse por segunda vez había presentado á su imaginación un nuevo aspecto del asunto, aspecto verdaderamente seductor, al través del que se veía por algún tiempo elevada á la celebridad. Su nombre iba á correr de boca en boca, y el público, sorprendido, le atribuiría el oculto poder de algún encanto irresistible: por algunos días llegaría á ser la mujer de moda.

Aquel matrimonio súbito, inesperado, debería causar un grande efecto. La envidia..... ¡oh! la envidia de sus más íntimas amigas llenaría por algún tiempo su corazón de las más vivas satisfacciones.

Respondiendo á esta idea, que se agitaba impaciente en el fondo de su pensamiento, añadió:

—El mundo tiene sus exigencias, y hay que contar con él: la primera formalidad que se nos presenta es la obligación en que estamos de dar parte á los parientes..... á los amigos.....

—¡Parte!—exclamó.—Yo, señora, no pienso dar parte ninguna: me caso para mí solo.

—En ese caso—arguyó ella—me propone usted un matrimonio clandestino.

—No, señora; propongo un matrimonio como Dios manda, y no veo la necesidad de darle parte á nadie.

—¡Oh, eso sería inaudito!

—¡Inaudito! ¿Por qué?

—Porque daríamos ocasión á toda clase de murmuraciones.

—¡Murmuraciones!

—Eso es.

—No lo entiendo.

—Imagínese usted lo que se diría de nosotros viéndonos siempre juntos, en los teatros, en los paseos, en los bailes, comiendo en una misma mesa, durmiendo bajo un mismo techo.....

—¡Ya, ya!—exclamó él, rascándose la cabeza.—Ya, ya comprendo: usted quiere vivir conmigo, ¿no es esto?

—¡Me admira la pregunta! Hay quien cree que se conserva más vivo el afecto interponiendo el atractivo de la separación. La vida íntima es prosaica, lo confieso. Sé algo de historia, y me parece que en Esparta los maridos no vivían con sus mujeres, y para verlas tenían que apelar á medios secretos, escalando de noche los balcones de su propia casa. ¿Es eso lo que usted desea? No niego el encanto de ese sistema; no desconozco que eso sería alargar la luna de miel; pero, ¡ay, amigo mío! en nuestra sociedad eso es impracticable; no está en nuestras costumbres; por consiguiente, piensa usted en un imposible.

Á este razonamiento le puso nuestro hombre la cara más estúpida que había puesto en su vida; y encogiéndose de hombros, como quien no entiende ni jota de lo que oye, replicó de esta manera:

—Quitando que los espartanos eran unos bárbaros, que sus casas no tenían balcones y que yo no he pensado en semejante cosa, todo lo demás está muy bien dicho. Esto no quita que vivamos

juntos; viviremos, puesto que usted se empeña en ello. Sea enhorabuena. Cabalmente mi casa es espaciosa; tiene vistas á Levante y vistas á Poniente; quiere decir que usted ocupará las habitaciones que caen al sol que se pone, y nosotros las que miran al sol que sale.

Esta vez fué la señora la que no entendió palabra de lo que oía. La separación de habitaciones le parecía bien; era de buen tono; era realizar hasta cierto punto el sistema de los espartanos, y de esa manera los secretos de su tocador se hallarían á cubierto de una sorpresa.

Hasta ahí perfectamente; pero aquel *nosotros* incomprensible la llenaba de confusiones. Veía surgir en el asunto de su matrimonio alguna persona más, con la que no había contado.

¿Qué nuevo individuo era este que había de habitar con su futuro cónyuge la parte de la casa que daba á Levante?

—¡Nosotros!.....—repitió.—¿Qué quiere decir *nosotros?*

—Quiere decir, señora, que viviremos juntos pero separados.

—Ó no nos explicamos, ó no nos entendemos. Me parece que estamos jugando al juego de los despropósitos. ¿Será posible que nos entendamos?

—Señora: creo que me explico bien claramente. Confieso con sinceridad que no me había ocurrido la idea de que usted quisiera vivir con nosotros, y, sin embargo, reconozco que la cosa es bien natural. No es usted todavía excesivamente anciana.....;

quiero decir que ya es usted una mujer de peso, una mujer juiciosa. Se conserva usted muy bien, eso sí; pero sea como quiera, se halla usted en la edad en que empiezan los achaques. Casando usted á su hija única se queda usted sola..... á merced de los criados y en poder de manos mercenarias. Pues bien: no hay que pensar en eso. Usted vivirá con nosotros, y Emilia y yo seremos para usted unos verdaderos hijos. ¿No es esto claro como la luz del día?

En otra ocasión, y quizá con menos motivo, la viuda se hubiera desmayado, cayendo aturdida bajo el peso de su desengaño; así es que en ésta se sintió acometida del deseo de perder el sentido, con ánimo resuelto de vengarse impunemente del hombre que de aquel modo había abusado de su credulidad.

El momento era oportuno para dejarse invadir por un ataque de nervios repentino; él acudiría á su socorro, y entonces, en el furor de las convulsiones, podría á mansalva destrozar la pechera de su camisa, rasgar su chaleco, y arrancarle las barbas. ¿Qué menos merecía el traidor que de aquella manera la había engañado, poniéndole la miel en los labios?

No obstante, se contuvo, temerosa de descubrir el engaño de que había sido víctima.

VII

CASUS BELLI

REPRIMIENDO el primer ímpetu del despecho, apeló á otro expediente más propio de las circunstancias. En vez de la convulsión, apeló á la risa; en vez de arañarle el rostro, se propuso sencillamente arañarle el alma; y como quien rompe los diques de una hilaridad largo tiempo contenida, prorrumpió en una furiosa carcajada, en una carcajada verdaderamente homérica.

Este arranque de estrepitoso buen humor cayó lo mismo que un jarro de agua fría sobre nuestro hombre, al que le pareció la carcajada más intempestiva que había resonado en sus oídos.

—No comprendo—dijo—el motivo de tan súbita alegría. No es ciertamente motivo de lágrimas ni

sollozos el asunto de que tratamos; y por satisfactorio que sea para una madre casar bien á su hija, no encuentro que sea la ocasión más oportuna para desternillarse de risa.

—Perdone usted—replicó ella.—Ni el sitio en que nos encontramos, ni la singular manera que hemos tenido de conocernos, podían hacerme creer que hablaba usted formalmente. Otra en mi lugar se hubiera reído desde un principio de tan injustificadas pretensiones; yo he tenido la condescendencia de no soltar la carcajada hasta el último momento.

No sé lo que pasaría por el espíritu atrevido de Ícaro cuando en lo más alto de su vuelo derritió el sol las alas de cera con que pretendía escalar el cielo; mas tengo para mí que una cosa semejante debió experimentar el ingrato amante de la pobre Juana al oir las palabras de su presunta suegra; pero reprimiendo ciertos impulsos de ira, que sentía hormiguear en su ánimo, insistió, diciendo:

—Reconozco la irregularidad del procedimiento: yo debí enviar delante embajadores extraordinarios, que, revestidos de plenos poderes y por medio de solemnes credenciales, anunciaran con toda pompa el objeto especial de mi visita. He incurrido en grave falta de formalidad oficial prescindiendo de las rigurosas reglas de la alta etiqueta; y, sin embargo, en esto no he hecho más que ajustar mi conducta á las costumbres establecidas, amoldándome al gran movimiento diplomático y político de nuestro tiempo, en el que los

más grandes asuntos del Estado se ventilan en espléndidos banquetes; tomando café se resuelven las más arduas cuestiones del mundo; en los postres de una comilona se hacen las más solemnes declaraciones; en los saraos y en las fiestas se fraguan estupendos negocios; ya en esta tertulia, ya en la otra, se dirigen los asuntos públicos; en los casinos se hacen y se deshacen ministerios, y en las tabernas se prepara en estos momentos el nuevo orden social que nos espera. Yo supongo que es usted la reina de la Gran Bretaña, Ana Bolena, por ejemplo: que lleva usted nada menos que la triple corona de Escocia, de Irlanda y de Inglaterra: yo no he de atribuirme una importancia menor que la del Gran Turco. Pues bien: ¿qué tiene de particular que al encontrarse nuestras respectivas majestades en esta espléndida fiesta, tratemos aquí de una alianza, que por de pronto no ofrece la contingencia de turbar la paz de Europa?

—Muy bien—contestó ella mordiéndose los labios.—Pero es el caso que las pretensiones del Gran Turco no pueden ser admitidas por la reina de Inglaterra.

—Me parece—replicó él—que es costumbre en las relaciones internacionales exponer las razones que sirven de fundamento á las resoluciones que se adoptan. En caso contrario, la Gran Puerta vería con profundo sentimiento en una negativa infundada el peligro de un *casus belli.*

—No ha de romperse por mi causa el equilibrio

europeo: hay tres razones poderosas que se oponen á esa alianza.

—Veamos la primera.

—La primera consiste en que hay mucha desigualdad en las edades.

—¡Mucha desigualdad en las edades!—exclamó el Gran Turco, llevándose las manos á la cabeza en señal de asombro.—¿Acaso, augusta señora, soy yo algún vejestorio carcomido ya por los años? Dígame Vuestra Majestad Graciosísima.....: ¿Tengo yo cara de viejo?

—No, Gran Señor; pero Emilia ha nacido después, y es demasiado joven.

—Ya tiene veinte años.

—¡Veinte años!.....

—Sí.

—¡Bah!

—Lo sé por ella misma.

—¡Oh! no los ha cumplido todavía.

—Ignoro si el Parlamento inglés habrá hecho alguna ley declarando que las mujeres son niñas hasta después que hayan cumplido los veinte años. Es muy posible que la Corona, en combinación con la Cámara de los Lores y con la Cámara de los Comunes, haya querido poner ese correctivo á las precocidades de la naturaleza. En tal caso, la inocente Emilia, en vez de hallarse en este baile luciendo todos los encantos de una mujer hecha y derecha, debería estar en un colegio, recibiendo las lecciones elementales de su primera educación. Es, pues, probable que sea en Ingla-

terra una criatura recién nacida, porque he oído decir que los Parlamentos con la Corona pueden hacerlo todo; pero en España, quiero decir, en Turquía, las mujeres á los veinte años están ya hartas de tener hijos.

—He aquí por qué—replicó la reina de Inglaterra—no le corre prisa ninguna anticipar su matrimonio. Ahora está en la edad de divertirse, en la edad en que se goza del mundo; cuando se case podrá hacer de su capa un sayo. No digo yo que se encuentre en los primeros albores de la infancia; ya no le estaría bien jugar á las muñecas; pero, créame usted, ahora está jugando á los moños.

—Pero, señora—preguntó muy formalmente el Gran Turco:—¿es que ha hecho usted ánimo de que no se case hasta que llegue á tener nietos?

Ana Bolena, á pesar de la rabia interior que la devoraba, se sonrió, celebrando la gracia de la observación; é irguiéndose después regiamente, dijo:

—La segunda razón que se opone á la conveniencia de esta alianza nace de la primera.

—En ese caso, no dudo que la hija será digna de su madre. Veamos, señora; veamos esa segunda razón con que Vuestra Majestad me amenaza.

—Es muy sencilla; se cae de su peso, y está reducida á tres palabras.

—Veamos.

—Emilia no ha pensado aún en semejante cosa.

El Gran Turco se santiguó dos veces, exclamando en el colmo de la admiración:

—¡Santo Dios! ¿Conque Emilia no ha pensado aún en semejante cosa?

—Es indudable.

—¿Está usted segura de ello?

—Estoy segura.

—¿Y cree usted que yo soy un moro de Marruecos, y que se me hace comulgar con ruedas de molino?

—No sé—contestó ella desdeñosamente.

—Las mujeres—añadió él—piensan en casarse desde el momento en que nacen.

—¡Bah! ¿Qué sabe usted de eso?

—Y si no, dígame usted: ¿por qué juegan á la casa, á las muñecas, á las visitas, á las comidas, en cuanto abren los ojos á la vida? ¿Qué quiere decir esto?

—Quiere decir que juegan.

—Quiere decir que anticipan con esos juegos la realidad de sus deseos; quiere decir que aun no son mujeres, y ya piensan en ser amas de su casa, esposas de sus maridos, y, claro está, madres de sus hijos.

—Y bien: ¿qué tenemos con eso?

—Tenemos que Emilia ha pensado en casarse.

—Aunque así sea; aunque Emilia haya jugado, como todas las niñas, á las casas, á las comidas, á las visitas y á las muñecas..... ¿quién le ha dicho á usted que piense casarse con el Gran Turco?..... Esta es la tercera razón que se opone á esa loca alianza.

—¿Quién me lo ha dicho?—exclamó *él* con

ademán triunfante.—¡Friolera! Lo sé de una manera auténtica, incontestable: me lo ha dicho ella misma.

—¡Ah!—dijo la viuda, guiñando graciosamente el ojo derecho.—¡Ella misma!..... Eso es inverosímil, imposible.

—¡Lo juro!—replicó él.

Ana Bolena hizo un gesto bastante desdeñoso, diciendo:

—Eres turco y no te creo.

—¿No? Pues sea ella árbitro de esta contienda.

—¡Ella!

—Sí, ella misma.

—Gran Señor, ha perdido usted el pleito.

—Eso lo veremos.

—¿Cómo?

—Yo la traeré aquí, y vendrá apoyada en mi brazo, y saldrá usted de dudas.

—¡Será curioso eso!

—Y tan curioso. Ya verá usted. El llanto sobre el difunto. Sí, señora; tengo su palabra.

Y diciendo y haciendo, se dirigió resueltamente hacia el salón del baile en busca de Emilia.

La viuda lo detuvo, exclamando:

—Espere usted....., espere usted, porque va usted á dar un paso inútil.

—¡Inútil! ¿Por qué?

—Porque, sean las que quieran las promesas de Emilia, no las cumplirá.

—¿No?

—No.

Y añadió, irguiéndose con arrogancia:

—La reina de Inglaterra interpondrá toda su poderosa influencia. Ahí tiene usted mi *ultimatum.*

—Ese es, señora, el *casus belli.*

—Séalo en hora buena.

—¡Qué! ¿Quiere usted que apele á la violencia?

—Lo mismo me da.

—Pues bien: soy capaz de entregarme á los mayores excesos; entraré á saco, y todo lo llevaré á sangre y fuego. Voy á poner en campaña todo mi ejército..... usted no sabe bien todo lo que hay detrás de la *Sublime Puerta.*

—Excita usted mi curiosidad con esas palabras, y ya deseo saberlo.

El arrogante turco temió, por lo visto, romper las hostilidades, porque se rascó la frente, y dijo:

—¿Qué quiere usted? ¿Que la ablande con mis lágrimas?..... ¿Qué la enternezca con mis sollozos?..... ¿Que me humille?..... ¿Que suplique?..... Pues bien: no quiero que se diga que por mí se rompe el equilibrio europeo..... Aquí me tiene usted de rodillas..... El Gran Turco á los pies de Ana Bolena.

—¡Alce usted..... alce usted!.....—exclamó ella. —¡Qué compromiso!..... Puede llegar algún imprudente..... pueden vernos..... ¡Ah!..... ¡es usted atroz!

—Muy bien—dijo él levantándose:—he agotado los recursos de la paz. Ahora apelaré á la guerra, y la Europa entera estará de mi parte. Robaré á

Emilia, como Paris robó á Elena, y arda Troya. Desde este momento quedan rotas las hostilidades. Emilia tiene veinte años, y ya puede disponer de su corazón y de su mano..... La ley nos ampara, la autoridad nos protege, y antes de una hora usted no tendrá hija, y yo estaré á dos dedos de tener mujer..... He dicho.

Y semejante al general O'Donnell en las conferencias anteriores á la batalla de Vad-Ras, se encasquetó el sombrero, que hasta entonces había tenido en la mano, hizo una cortesía de enemigo victorioso, y se retiró majestuosamente.

Todos sabemos que el general O'Donnell—Dios lo haya perdonado—se retiró de la conferencia en que los moros proponían la paz, por no oir la condición de que Tetuán había de ser devuelta al Emperador de Marruecos. Nuestro héroe, no menos arrogante é igualmente indignado, dió por concluídas las negociaciones, por no oir condición ninguna.

El primero dió una nueva batalla y consiguió una nueva victoria al pie del Fondac, y puso término á la guerra devolviendo á los moros la ciudad conquistada. Ahora veremos cómo el ingrato amante de la pobre Juana sale del belicoso empeño en que lo dejamos metido.

VIII

VENGANZA

En cuanto la señora se vió sola, sintió allá, en lo más recóndito de su cólera comprimida, ardientes deseos de llevarse ambas manos á la cabeza, y primero uno y luego otro, aplicarse hasta tres furiosos tirones de los perfumados rizos que coronaban su frente.

Mas es el caso que este desahogo de su ira ofrecía varios inconvenientes.

Por de pronto, se exponía á deshacer el artificio de su peinado, alto, majestuoso y erguido como la cimera de un casco romano; y no era esto lo peor, sino que corría el inminente peligro de quedarse en la mano con las magníficas trenzas que como grandes serpientes se enroscaban sobre su cabeza; porque, preciso es decirlo, aquel copioso cabello no era un don especial de la naturaleza;

era más bien una prodigalidad del peluquero; por supuesto, prodigalidad obtenida á los precios corrientes.

Desistió, pues, de su intento, reservándose los tirones para ocasión más oportuna, y la pegó con el abanico, abriéndolo y cerrándolo con verdadera furia, fenómeno atmosférico que anuncia siempre tempestad; su respiración se dejaba sentir por ráfagas huracanadas; brillaba en sus ojos el relámpago, y estaba á punto de estallar el trueno en su boca.

Daba grandes pasos sobre la arena de la explanada como una leona herida, haciendo volar los *cogidos* de su sobrefalda y las flotantes cintas de su tocado, á la vez que barría el suelo con la tendida cola de su vestido.

—¡Oh!—exclamó al fin.—Este es el chasco del siglo..... Me creí mujer, y me encuentro á dos dedos de ser suegra..... ¡Suegra! ¡Uf, qué palabra!..... Pero ese imbécil, ¿por qué no se explicó claramente desde un principio?..... Y..... ¿dónde se ha visto que una hija se case antes que su madre?..... No, no; no paso por eso..... Me opongo resueltamente á semejante boda..... Emilia sabe muy bien dónde le aprieta el zapato, y no se decidirá sin mi consentimiento. Como que es más pobre que las ratas, y espera que yo le deje mi fortuna..... Nunca, nunca..... Si consiento, me hundo. Cásela usted, y, ¡es claro! en seguida se llenarán de hijos, y me llamarán gritando: «¡Abuelita!..... ¡abuelita!.....»

Aquí debió llegar al colmo de su enojo, pues hirió violentamente el suelo con la planta del pie, y exclamó:

—¡Ah!..... ¡Sería mil veces madre, antes que ser una sola vez abuela!

Después de este arranque impetuoso de su furibunda elocuencia, se quedó pensativa.

—¡Bah!.....—dijo.—No debo fiarme mucho de la sumisión de Emilia..... ¡Caramba!..... Las mujeres lo atropellan todo por casarse. ¡Se tiene tan poco juicio á los veinte años!..... Es muy capaz de cerrar los ojos á la perspectiva de mi herencia, y apechugar con ese hotentote, que al fin y al cabo posee treinta mil reales de renta..... ¡Valiente cosa! Con treinta mil reales de renta no tiene la niña para cintas ni para moños. Pero..... ¿qué le importa eso? Tendrá marido, y mientras dura..... vida y dulzura..... ¡Qué lástima de tranca! Ello es que si se les ha puesto en la cabeza, se encasullan, y ese salvaje se reirá en mis barbas.

Al pronunciar la última frase se sentó como abrumada por el peso de sus pensamientos, y, al parecer, la furia de la tempestad había pasado.

—Afortunadamente—siguió diciendo—he sido bastante diestra, y no ha podido comprender lo que por mí pasa. Me estremece sólo la idea de que hubiese adivinado mi engaño..... Habría sido capaz de darle un cuarto al pregonero..... sólo por el gusto de ponerme en berlina. Pero vamos á cuentas: ¿me resigno?..... ¿consiento buenamente en que se casen y devoro en silencio mi enga-

ño?..... Eso sería hacerme cómplice contra mí misma. No, no. Además, es un calavera..... loco de atar..... ¡Pobre Emilia!..... Sería con él la mujer más desgraciada del mundo. No es feo, pero es brusco..... y *rococó*....., y además ha de ser tacaño y celoso..... ¡Qué horror!..... ¡Un marido celoso!..... Ella no tiene todavía experiencia para manejarlo, y á los dos meses se tirarían los trastos á la cabeza, y tendríamos las guerras civiles..... A ella, como es natural, le gusta el trato, la sociedad, el lujo, los bailes, los paseos y los teatros.....; en una palabra: le gusta el mundo, porque esa es la esmerada educación que ha recibido; y ese demonio de hombre ha de ser un marido sobón, cursi, cominero, insoportable. No, no; no debo comprometer la felicidad de Emilia, que al fin su padre me la recomendó al morir, y á mi lado nada le falta, y puede aspirar á una boda más ventajosa....., y no pierde el tiempo..... ¡Me casé yo á los treinta cumplidos!..... Todo esto está muy bien; pero supongamos que le ha entrado la prisa del casorio, y que pone pies en pared y cierra los oídos á mis consejos, y se casa..... y ese badulaque se sale con la suya..... Entonces..... quedaré lucida.

Esta idea volvió á poner en movimiento sus nervios fácilmente irritables, y, levantándose, comenzó de nuevo á dar largos paseos de un extremo á otro de la explanada.

El abanico abierto, digámoslo así, de par en par, se agitaba en su mano, haciendo flotar los rizos y las cintas del peinado con violentas ráfa-

gas de aire, siendo como el huracán de la tormenta que nuevamente rugía en su pecho.

La idea del casamiento la desesperaba..... No podía avenirse á la idea de ser la suegra de aquel hombre, y para mayor desconsuelo, empezaba á sentir el temor de no poder impedirlo.

—Y no es eso sólo—siguió diciendo.—Si yo me cierro á la banda y ella se obstina, habrá escándalo; ese deslenguado soltará la maldita lengua, y me irá poniendo por todas partes de vuelta y media..... ¿Y cómo se explicará la malicia de las gentes mi oposición á ese matrimonio?..... Pues..... Dirán unos que es envidia.....; que estoy desesperada con mi viudez.....; que soy una vieja verde.....; que he perdido el juicio. Otros dirán que es codicia, que es tacañería, que me valgo de este recurso para no rascarme el bolsillo y dar á la boda el esplendor que mi posición exige, y seré el platillo de las conversaciones y el blanco de la murmuración. ¿Y qué hago? Nada..... Va á ser preciso transigir..... Me encuentro sin defensa..... sola en el mundo..... ¡Ah!—exclamó registrando el bolsillo de su arrogante vestido.—Ni siquiera puedo llorar, porque ese maldito se ha llevado mi pañuelo.

Se hallaba, como vemos, en una posición difícil, porque tenía empeñada en ella toda su vanidad de mujer..... ¡Oh! y de mujer ya entrada en años.

Había vislumbrado la ansiada perspectiva de un segundo matrimonio, y la había visto desvanecerse como un sueño; y es el caso que aquel im-

bécil, aquel salvaje, aquel hotentote, aquel calavera, aquel marido sobón, *cursi*, cominero insoportable.....; en una palabra, aquel demonio de hombre, llenaba perfectamente la medida de sus deseos.

No se puede decir que era ambiciosa.

—¡Venganza! ¡Venganza!—gritó de repente.—Pero no una venganza fugitiva, sino una venganza lenta, sorda, continua, terrible; un puñal fino, agudo, penetrante, que se hunda poco á poco, que penetre línea á línea..... Sí, me parece que entreveo una gran venganza. Transigiré.....; que se casen..... ¿No quiere ser mi marido? Corriente; será mi esclavo..... Lo mismo me da..... De todas maneras, yo le he de imponer la tiranía de mi genio..... ¡Oh! Ha de estar en un pie como las grullas; lo he de tener en un puño..... ¡Ya está fresco! Seré su suegra, y desde ahora le aseguro que le ha caído la lotería..... ¡Ser su suegra!..... Esta es mi venganza..... Lo he de freir á fuego lento. Sí; Emilia me vengará.

Por el ademán resuelto que adoptó al pronunciar estas palabras, se colegía que se hallaba satisfecha de su propósito.

¡No era floja la venganza que se proponía llevar á cabo!

Al resignarse, puesto que no había otro remedio, á ser, digámoslo así, la suegra del hombre que, sea como quiera, la había engañado de un modo tan lastimoso, no abrigaba el culpable propósito de introducir la discordia en el matrimo-

nio, haciendo que el marido y la mujer anduvieran á la greña un día sí y otro no de cada semana. Al contrario: su fin era domesticar á la fiera salvaje de aquel hombre indómito, y convertirlo en un manso cordero, para que la inocente Emilia no sufriera su tiranía y pudiera ser la mujer más dichosa del mundo.

Su plan consistía en no separarse de la hija de su difunto marido, y guiarla, y guiarla hábilmente con oportunos consejos, para que no abusara de su debilidad y de su inocencia.

Como se ve, quería tenerla bajo su protección inmediata.

La venganza que se proponía llevar á cabo era hasta tierna.

No se resignaba á ser suegra sino á trueque de serlo en toda la extensión de la palabra.

Y en honor de la verdad, nada más justo.

Más que venganza, venía á ser su propósito una especie de sacrificio, puesto que se dirigía principalmente á que fueran felices.

Emilia sería, digámoslo así, el cuerpo de aquel matrimonio, reservándose ella el papel de alma.

Ya que no podía ser otra cosa, se conformaba con ser el alma del matrimonio.

Por supuesto, ni la madre ni la hija perderían fiesta ni recreo; frecuentarían los teatros, los bailes, los paseos; abrirían los salones para recibir los martes y los sábados, y pasarían la vida alegres como unas castañuelas.

No podría quejarse el ingrato amante de la po-

bre Juana, porque real y verdaderamente iba á estar divertido, aunque interiormente se lo llevaran todos los demonios.

Le sería forzoso acompañar á las señoras á las diversiones y á las visitas, y estaría perpetuamente en movimiento, como palillo de barquillero.

La viuda había tendido en el telar de su imaginación la urdimbre de una vida animada y brillante, y tejía hilo á hilo la tela de sus propósitos, sirviéndole de lanzadera el afortunado mortal que iba á ser su yerno.

La idea de los nietos le llegaba al alma, porque no se avenía fácilmente á pasar por abuela.

Sin embargo, dos reflexiones apaciguaban las rebeldes inquietudes de su repugnancia.

En primer lugar, no era madre de Emilia, y aunque podía serlo con sobrada holgura, en rigor no la obligaba la naturaleza á que los hijos de Emilia fuesen sus nietos.

En segundo lugar, encontraba cierta coquetería en oirse llamar abuela, pudiendo mostrar sus cabellos negros como el ébano, su talle erguido, su garganta fresca y sus ojos todavía brillantes, coronados por hermosas cejas.

Estas consideraciones tranquilizaron su espíritu, empezándole á parecer menos odioso el nombre de abuela.

¡Ya se ve! A primera vista, y á cierta distancia, podía pasar muy bien por hermana de su hija.

—Muy bien—dijo.—Al fin tendremos un hombre en casa que esté al frente de los negocios y

entienda con las modistas y con los cocheros. Pero ese pícaro—añadió súbitamente alarmada—me ha amenazado con un rapto, y es muy capaz de cualquier cosa. En un baile todo es posible..... ¡y en un baile en un jardín, donde es tan fácil extraviarse en las encrucijadas de las alamedas! Puede engañarla, favorecido por mi ausencia; llevársela lejos de la concurrencia con cualquier pretexto.....; hacerla subir en un coche, y robarla..... ¡Esto es tan fácil! Y por lo menos es posible.

La idea del rapto tomó cuerpo en su ánimo, y con la viveza con que la imaginación nos representa lo que tememos ó lo que deseamos, le pareció ver á Emilia arrastrada por el engaño de aquel seductor, decidido á llevar las cosas á un extremo deplorable.

Sin poderlo remediar, sintió el terror del escándalo.

—¡Corro—exclamó;—corro al lado de Emilia!

La broma empezaba á tomar á sus ojos cierto aspecto de gravedad. Si no su amor de madre, por lo menos su amor propio estaba interesado en impedir que aquel hombre se burlara de la hija como se había burlado de la madre.

Despreciar á la una y robar á la otra, era el colmo de la audacia.

—¡Oh, sí!—exclamó.—Es muy capaz de darme un mal rato..... He perdido un tiempo precioso. Este hombre es temible..... Corramos..... corramos.

Y diciendo y haciendo, recogió la ampulosa falda de su vestido, y se lanzó á la carrera, con

todo el ímpetu con que se llevan á cabo las grandes resoluciones.

Temía una catástrofe, y estaba además impaciente por realizar su plan, pues temía, no sin falta de razón, que su mortal enemigo, esto es, su futuro yerno, le ganara por la mano, anticipándose á hablar con Emilia.

Era preciso evitar este golpe decisivo de su terrible adversario, y corría á impedirlo.

IX

LAS OREJAS DEL LOBO

AN impetuosamente corría, que no tuvo tiempo para ver á su formidable enemigo, que, con el sombrero echado hacia atrás, los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos fijos en tierra, se adelantaba lentamente, absorto, al parecer, en hondos pensamientos.

Y claro está: se encontraron en el mismo camino, y, como la vez primera, chocaron violentamente.

Eran dos cuerpos que parecían empeñados en estrellarse.

Ella retrocedió colérica, diciendo:

—¡Oh! esta noche estamos ciegos.

Mientras él, asiendo la primera silla que encontró á la mano, la enarboló con ímpetu amenazador, exclamando iracundo:

—¡Señora!.....

La demostración era tan viva, tan elocuente, tan terrible, que la presunta suegra creyó muy oportuno retirarse algunos pasos, para ponerse fuera del alcance de la silla, pronta á caer sobre su cabeza.

Después preguntó con acento aterrado:

—¡Qué va usted á hacer!

—Nada—contestó el futuro yerno bajando el brazo.—Nada..... absolutamente nada.

—Entonces—volvió á preguntar ella con voz más firme—¿para qué ha cogido usted esa silla?

—¿Para qué he cogido esta silla?..... ¡Bah! La pregunta es graciosa. Calcule usted.

—No puedo calcularlo.

—Pues es bien sencillo.

—No tanto como á usted le parece.

—¿Desea usted saberlo?

—Sí.

—Pues bien: he cogido esta silla para lo que se cogen todas las sillas del mundo; para sentarme.

Y dejando el sombrero en otra silla que encontró al paso, y arrastrando la que aun tenía en la mano hacia un extremo de la explanada, la puso de golpe en el suelo, y de golpe también se sentó en ella.

Este alejamiento significaba por lo menos que no volvía del salón del baile muy dispuesto á emprender nuevas conversaciones.

Con los codos sobre las rodillas y la cabeza sepultada entre las manos, mostraba bien cla-

ramente que traía un humor muy poco comunicativo.

Era imposible desconocer que acababa de experimentar algún terrible contratiempo.

La viuda vió claramente que sus pretensiones habían sido desechadas por Emilia.

¿Á qué otra causa atribuir aquel desaliento?

Volvía, pues, desahuciado, á proponer la paz.

Esto era evidente: así es que se cruzó de brazos con la arrogancia del vencedor, y esperó la súplica del adversario vencido; mas éste permanecía inmóvil y mudo, dejando escapar de vez en cuando furiosos suspiros.

Entonces la viuda se decidió á dirigirle la palabra, y con sonrisa bastante burlona, le dijo:

—Me parece que vuelve usted del salón del baile algo contrariado.

—Bastante—contestó.

—Ya se conoce—insistió ella.

—Sí, señora; no tengo por qué ocultarlo: esa danza infernal me ha metido en el cuerpo una legión de demonios.

—De manera que vendrá usted hecho un infierno.

—Vea usted..... Vea usted cómo vengo.

Diciendo esto, mostraba sus botas cubiertas de polvo.

Luego metió la mano en el bolsillo de la levita, y sacando el pañuelo que guardó en la escena del guante, comenzó á golpear el charol de su correcto calzado, exclamando con voz tempestuosa:

—¡Qué baile! ¡Dios eterno, qué baile!

—¿Qué hace usted?—gritó ella.—¡Se está usted limpiando las botas con mi pañuelo!

—Es verdad, señora—dijo él, examinando el pañuelo que tenía en la mano.—Perdone usted; pero es que de este maldito jardín no quiero llevarme ni el polvo.

—¡Vamos! usted ha pisado alguna mala hierba.

—Muy mala, señora; muy mala.

—Debe ser así, porque tiene usted una cara, que da miedo..... ¡Jesús, qué ojos! ¡Qué ojos de basilisco!

Conforme hablaba, daba pasos hacia atrás, para hacer más expresivas sus palabras, y de este modo llegó hasta tropezar con la silla en que el furioso joven había dejado su sombrero, y sin volver la cabeza, se sentó de golpe.

El sombrero se aplastó, crujiendo bajo el peso respetable de aquella humanidad de cuarenta y cinco años, y el futuro yerno, como impulsado por un resorte, saltó de la silla, exclamando:

—¡Santo Dios, mi sombrero!

—En efecto—dijo la suegra.—¿A quién se le ocurre dejar el sombrero donde el primero que llegue puede sentarse? ¡Vamos! Esta noche está usted dejado de la mano de Dios. Tome usted..... tome usted su sombrero.

Con furor reconcentrado tomó nuestro héroe el sombrero hecho una torta, y contemplándolo con rabia reconcentrada, volvió á sentarse, diciendo:

—¡El número uno!

—¿Qué se ha hecho?—preguntó ella.

—Nada—contestó él.—Se ha deshecho.

La señora volvió á sentarse, quedando ambos frente á frente á cierta distancia respetuosa, mirándose el uno al otro de cierta manera equívoca, como si dijéramos, de reojo.

—Cualquiera diría—advirtió ella—que acaba usted de dar un mal paso.

Esta observación no obtuvo réplica ninguna, y siguió diciendo.

—Se parece usted á Napoleón en Santa Elena.

Tampoco esta comparación, hasta cierto punto lisonjera, alcanzó el honor de una respuesta.

Entonces le preguntó:

—¿Qué medita usted tan profundamente?

—Medito, señora—contestó al fin—que.....

—Veamos.

—Medito que soy un imbécil.

—Eso es ponerse en razón.

—Sin duda.

—Sea usted razonable, y nos entenderemos.

—¿Sí?

—Sí.

—No lo creo.

—Todo puede arreglarse.

—Imposible.

—Yo he reflexionado, y.....

—Y ha perdido usted el tiempo; porque yo he reflexionado también, y en este mismo instante estoy reflexionando.

—¿Y qué?

—Que he cambiado de modo de pensar.

—¡Hola!

—Lo que usted oye.

—¿Tan de repente?

—¡Ya lo creo! Como que se me ha caído la venda de los ojos.

—¿Es decir, que al fin y al cabo se ha convencido usted de su ceguedad?

—Así como suena.

—¿Y cómo ha sido eso?

—De un modo raro, que es al mismo tiempo muy frecuente. Una cosa así, parecida al despertar de un sueño. Imagínese usted que acabo de ver por primera vez una cosa que salta á los ojos, y que antes había visto muchas veces.

—¡Oh! Está usted incomprensible.

—Ahí verá usted.

—Ahí no veo nada.

—¿No? Pues la cosa no puede ser más clara.

Aquí la viuda acercó la silla en que estaba sentada á la de su interlocutor con curiosidad burlona, y bajando la voz, le preguntó:

—Pero vamos á ver: ¿qué ocurre?

Él cogió también su silla, acercándola á su vez, y contestó, imitando el tono y la voz de la viuda:

—Ocurre..... ¡Friolera!

—Veamos.

—Calcule usted: le he visto las orejas al lobo.

—¡Las orejas al lobo!

—Ni más ni menos.

—¿Qué me cuenta usted?

—Lo que oye.

—¿Y cómo ha visto usted eso?

—Enteramente lo mismo que la estoy viendo á usted en este instante.

—Es curioso.

—¡Oh, sí! muy curioso.

—El cordero—observó la viuda—es un animal de suyo manso y manejable, y tratándose de un baile en un jardín, bien pudiera encontrarse alguno; pero ¡un lobo!..... No acierto á explicarme.....

—Pues no tenga usted duda de que yo le he visto las orejas.

—Refiérame usted ese suceso extraordinario; estoy llena de curiosidad, porque..... ¡vamos! debe ser una cosa interesante.

—Mucho.

—¡Un lobo en un baile!..... Esto es fantástico.

—Oiga usted.

—Oigo sin pestañear.

—Yo salí de aquí hace diez minutos.

—Cierto.

—Embebido en la contemplación de mi próxima dicha.....

—Ilusiones.

—Seguro de vencerla á usted en el terreno de la fuerza.

—¡Seguro!

—Sí; como Bonaparte en Waterloo, contaba con noventa y nueve probabilidades contra una.

—¡Pobre Bonaparte!

—Más aún; pues como Julio César, contaba con la fortuna, esto es, contaba con Emilia.

—Ya comprendo..... Contaba usted con la fortuna, y la fortuna le ha vuelto la espalda.

—Espere usted. Al entrar yo en el salón del baile, prorrumpió la orquesta en un vals triunfante: era una especie de paso de carga, un torbellino de música; parecía que aquellos compases arrebatados celebraban mi victoria. Me detuve ante el raudal de parejas que daban vueltas ante mis ojos. Pues bien; á los pocos instantes vi pasar por delante de mí..... dos.....

—¡Dos lobos!.....

—Es lo mismo.

—¡Lo mismo!

—Sí. Vi pasar una pareja diabólicamente enlazada, con las bocas entreabiertas..... los ojos encendidos, las respiraciones fatigadas.....

—¡Jesús, qué miedo!

—Miedo..... no.

—¡No, y se me ponen los pelos de punta!

—Diga usted más bien, ¡qué vergüenza!

—¡Vergüenza!.... ¿y por qué?

—Porque.....

Aquí se detuvo, hizo algunos gestos sumamente expresivos, apretó los puños, amenazando con ellos al cielo y á la tierra, se echó el sombrero sobre la frente, y cruzó los brazos, diciendo:

—No sé, no sé cómo referirlo.

—¿Tan raro es el caso?

—No; precisamente raro no es; pero hay cosas

que se ven, que se pueden ver sin escándalo, que las vemos todos los días, y sin embargo, no se pueden contar.

—¿Por qué razón?

—Por una razón tremenda; porque parece que los ojos tienen menos pudor que los oídos.

—Si usted no se explica más claramente, le confieso que me quedaré en ayunas.

—La cosa es natural, muy natural..... ¡Ya lo creo!..... Como que es la cosa más natural del mundo. Pero no se comprende, si no se pinta con sus verdaderos colores, y sus verdaderos colores son excesivamente vivos..... No hay palabras con que pintarlos.

Quedóse pensativo, como quien busca en las obscuridades del pensamiento algún recurso extraordinario.

Entretanto la señora, cuyo nombre propio ignoramos, lo miraba medio risueña, medio sorprendida..... Empezaba á sospechar que aquella cabeza no estaba del todo sana.

De pronto se dió él una palmada en la frente, diciendo:

—Espérese usted: me ocurre una idea..... Tal vez pueda usted entenderme por señas.

—¡Por señas!

—Justo.

Pongámonos de pie para que el grupo tenga toda la exactitud necesaria.

Ambos abandonaron las sillas en que estaban sentados, y él siguió diciendo:

—Acérquese usted á mí.

La señora se acercó con cierto recelo.

—Abandóneme usted su mano derecha.

—¿Es indispensable?

—Absolutamente indispensable.

Aunque con visible recelo, ella le abandonó la mano que le pedía, y él la tomó con la izquierda, exclamando:

—¡Así, muy bien! Ahora suponga usted que esta mano que usted me abandona la oprimo yo contra mi corazón.

—Bien..... lo supondré.

—La mano izquierda la apoya usted sobre mi hombro..... Eso es.

—Pero.....

—Aguarde usted un momento; yo le rodeo á usted la cintura con mi brazo derecho.

—¿Qué hace usted?—preguntó la señora un tanto alarmada.

—Nada—le contestó.—No hago más que completar de este modo la exacta situación del grupo que copiamos. ¿Se entera usted?

—No me entero. Por más vueltas que le doy, no acabo de comprender á dónde va á parar todo esto.

—Pero ¡bien! ¿qué le parece á usted este grupo que formamos?

—No sé—contestó ella.—Este grupo..... No adivino..... Me parece..... ¡Vamos! acabe usted de explicarse.

—La cosa es bien clara. Añada usted el calor,

el ruido, la confusión, el movimiento, la música..... ¿oye usted? ese vals que arrulla, que embriaga..... el vértigo, en fin, que aturde, que marea, que ciega, y tendrá usted el cuadro con todos sus pormenores.

—No entiendo ni una palabra.

—¿No? Pues imagínese usted que algún curioso nos sorprendiera aquí en esta posición, en este momento crítico, y dígame usted: ¿qué pensaría de nosotros al vernos en la situación en que nos encontramos?.....

Estas últimas palabras produjeron en la viuda un sacudimiento eléctrico, y desasiéndose de los brazos de aquel hombre extravagante, se retiró á una respetuosa distancia, exclamando:

—¡Oh! ¡Sería una vergüenza!

—¿Una vergüenza, eh? Pues así—insistió él—los he visto yo pasar por delante de mis ojos.

Digámoslo en honor de esta señora: lo que acababa de oir le pareció inverosímil, y replicó sencillamente:

—¡Bah!..... Eso es increíble.

—Pues así—insistió él—los he visto yo con mis propios ojos.

La señora creyó que hablaba con un loco rematado, y le siguió el humor diciendo:

—Al verse sorprendidos por usted se quedarían muertos.

—¡Muertos!..... No, señora. Siguieron adelante, como si tal cosa. Ella con la sonrisa en los labios..... ¡Y qué sonrisa!..... El..... figúrese usted.....

en sus glorias..... ¡Qué espectáculo!..... ¡Qué accidentes!..... ¡Qué pormenores!..... Yo he visto eso muchas veces; pero esta vez me ha llegado al alma.

—Lo comprendo..... ¡Qué audacia!..... ¡En un sitio tan público!..... ¡En medio de una sociedad tan escogida!

—Eso es precisamente..... ¡En un baile á beneficio de los niños de la Inclusa!

—Y bien—advirtió la viuda encogiéndose de hombros—¿á nosotros qué nos importa eso?

—A mí, señora, me importa mucho.

—¿Por qué?

—¡Oh!.....

Esta exclamación la dejó escapar al mismo tiempo que apretaba los puños y rechinaba los dientes.

—¿Acaso—preguntó ella—es usted parte interesada?

—¡Phs!—contestó él, temblando de pies á cabeza.

—Eso quiere decir.....

—Pues quiere decir, señora, que le he visto las orejas al lobo.

X

EL VALS

No acertaba la suegra á compaginar lo que acababa de oir con el asunto del matrimonio; porque, en efecto, ¿qué tenía que ver aquel incidente con la cuestión que ambos traían entre manos? Además, lo que le había referido era de todo punto inverosímil; semejante desvergüenza habría excitado la indignación del concurso, y la atrevida pareja que de tal modo ofendía el decoro público habría sido arrojada del baile.

¿Cómo tantas personas decentes habían de consentir aquel ultraje hecho á la honestidad, á la decencia y á las buenas costumbres?

Porque, sea como quiera, allí se hallaban reunidas las familias más ilustres: madres severas, hijas

esmeradamente educadas, acerca de las que no había motivo que hiciera creer ni sospechar siquiera que hubiesen perdido la inocencia del colegio.

Es verdad que esta señora habría visto algunas veces grupos análogos y cuadros idénticos en los pasillos de los teatros, durante las locuras de las noches de Carnaval; mas ya se sabe que á los bailes de máscaras acuden en gran abundancia las mujeres de costumbres equívocas, y, por consiguiente, no son raros semejantes espectáculos; pero en una reunión tan escogida, donde reinaba el trato más exquisito, ¿cómo era posible una escena de tal modo escandalosa?

Preciso era que los actores de semejante cuadro vivo hubiesen perdido el juicio, cosa hasta cierto punto posible, en razón á que en el *buffet* se servía gran variedad de vinos escogidos, muy capaces de hacer perder el sentido á los más discretos.

No obstante, la buena señora se resistía á creerlo.

Positivamente el amante de Emilia había visto visiones..... Tal vez era todo ello una mera invención para disimular el coraje de su derrota.

Sin duda alguna Emilia se había negado, ó por lo menos se había resistido á sus locas pretensiones, y el hombre volvía furioso, y apelaba al recurso de esa estratégica indignación para encubrir la verdadera causa de su enojo.

Y..... ¡claro está!..... un joven tan metido en los

placeres del mundo, tan resuelto y, digámoslo así, tan despreocupado, no había de escandalizarse de una escena que más de una vez habría visto á la brillante luz del gas, en las calles más públicas y más concurridas de Madrid.

Sin más averiguaciones, la viuda dió el hecho por inverosímil, sacando en limpio que su mortal enemigo, vencido en su última trinchera, es decir, desahuciado por Emilia, volvía á entablar nuevas negociaciones.

¿Quién sabe si, al tener por ciertas sus suposiciones, renació en su corazón alguna esperanza?.....

¿Sería el primer hombre á quien el despecho llevaba á las más extremas resoluciones?

Desdeñado por la hija, ¿no podía recurrir á la madre como un acto de suprema venganza?

El hecho es que la viuda quedó pensativa, permaneciendo ambos por algunos instantes en completo silencio.

De repente prorrumpió la orquesta en armoniosos acordes, y llenó nuevamente el aire de ardientes melodías, haciendo sonar las notas arrebatadas de un vals irresistible.

La buena señora salió del abismo de sus reflexiones, y arrastrada por el torrente de la música que llegaba á sus oídos, movida por el resorte de aquellos compases seductores, comenzó á balancearse graciosamente, siguiendo el compás al mismo tiempo que decía:

—¡Vaya!..... Todo eso que usted me cuenta es increíble.

—¡Increíble!..... Bueno: convengo en que sea increíble; pero yo aseguro que es exacto.

—No hay—replicó ella—en esta reunión escogida dos personas capaces de darse en espectáculo de esa manera.

—¡Dos!.....—exclamó él.—Por mi cuenta, hay tantas como personas nos encontramos en este sitio.

—¡Bah!..... Usted ha experimentado algún contratiempo imprevisto, y el mal humor es así.....: todo nos lo hace ver muy obscuro.

—Al revés, señora; ese espectáculo, que la decencia no me permite pintar con todos sus colores, ha sido para mí un rayo de luz repentina. Veo claro, clarísimo: veo con una claridad que me espanta.

Diciendo esto, abría los ojos tan desmesuradamente, que la futura suegra empezó á sospechar de nuevo con cierto terror si, en efecto, tendría delante á un hombre que padeciera furiosos accesos de locura.

—Bien—le dijo;—de todas maneras, no hay motivo para enfurecerse de ese modo; y por lo que á mí hace, insisto en que necesitaría verlo para creerlo.

—Pues es sumamente fácil que se desengañe usted por sus propios ojos, si es que no tiene telarañas en el entendimiento..... Vea usted—añadió acercándose á la boca-calle de árboles que conducía al salón del baile.—Desde aquí se distingue perfectamente el foco luminoso de la fiesta.....

Venga usted, porque la cosa va á empezar de nuevo.

En efecto, desde el punto en que se hallaba se descubría la especie de rotonda rústica en la que hervía la concurrencia, iluminada por la luz viva y pálida á la vez del *gas*, que ardía encerrado en innumerables bombas.

—¿Qué se ve?—preguntó ella acercándose.

—Espere usted un momento..... Ahora..... mire usted.

—No veo nada—dijo la señora, mirando en la dirección que él le señalaba.

—Allí.....—insistió él.

—¿Dónde?—preguntó ella.

—¡Oh!—exclamó con impaciencia.—¡Las madres siempre ciegas!

La señora tuvo intenciones de echar á correr, porque decididamente aquel hombre estaba loco; mas contuvo los impulsos de su miedo. ¡Bah!..... ¡era un loco tan divertido!.....

—Digo—replicó—que veo mucha gente.

—Pues bien: fíjese usted en aquella cabeza rubia de espléndidos rizos..... en aquellos hombros desnudos, blancos como la nieve..... en aquella falda verde con encajes blancos.

—Sí.... ya veo; es Emilia.

—Fíjese usted ahora en aquel joven medio calvo que habla con ella, con el sombrero en la mano.

—Sí..... Es Campoverde..... Es un joven educado en París..... Ese chico será millonario.

—¿Ve usted ahora cómo el Sr. Campoverde rodea la cintura de Emilia?

—Ya lo veo.

—Vea usted cómo sus manos se enlazan.

—En efecto.

—Vea usted cómo sus rostros se confunden.

—Cierto.

—Vea usted cómo se estrechan, cómo se oprimen, cómo se balancean.

—Sí, sí; ya lo veo.

—Vea usted, en fin, cómo se lanzan en medio de la muchedumbre..... Véalos usted, arrastrados por el vértigo, rodar ansiosos por el borde del abismo..... Véalos usted..... Sus miradas centellean..... sus sonrisas arden..... ¿Necesita usted ver más todavía?

La viuda miró al amante de su hija con verdadero asombro. Indudablemente aquel pobre hombre estaba loco, y sintió hacia él compasión, porque, sean los que quieran los motivos de resentimiento que abrigara en su alma, tenía buen corazón, un corazón sensible..... Estaba loco, y loco rematado.

—¿Es eso—le preguntó—todo lo que usted ha visto?

—Eso.

—¡Ah!

—¡Qué!..... ¿Le parece á usted poco?

—Me parece la cosa más natural del mundo.

—Pues hace un momento — replicó el loco con bastante juicio—le ha parecido á usted un

escándalo, una desvergüenza inaudita, increíble.

—Es verdad.

—Entonces.....

—Entonces..... no es lo mismo.

—¿No?

—No.

—Usted está ciega.

—Y usted.....

Se detuvo, como queriendo detener la palabra que tenía en la punta de la lengua, y añadió con viveza:

—Usted todo lo saca de quicio.

No debe sorprendernos que la presunta suegra viera en su futuro yerno los síntomas patentes de una cabeza destornillada, porque cuando la mayoría del género humano pierde el juicio, los cuerdos son los locos.

Por lo que hace á nuestro héroe, se encogió de hombros y se cruzó de brazos.

No sabía cómo iluminar las obscuridades de aquella ceguedad tenebrosa. La buena señora lo había visto todo, y sin embargo no veía nada.

—¡Bien!—dijo.—Será la cosa más natural del mundo; pero convenga usted, al menos, en que es una cosa terrible.

Ella hizo un movimiento de impaciencia, y replicó, diciendo:

—¡Venga usted acá, hombre de Dios! ¿No ve usted que todas hacen lo mismo? ¿No ve usted que estamos en un baile? ¿No ve usted que están valsando?

—¿Es decir—replicó él á su vez—que cuando se valsa, el brazo no es brazo, la cintura no es cintura, las manos no son manos, la mujer no es mujer, ni el hombre es hombre?

—No digo eso.

—Entonces, ¿qué es lo que usted dice?

—¡Bien claro está!

—Dirá usted que el vals es un derecho honesto que concede al hombre la facultad de abrazar públicamente á todas las mujeres, á la vez que impone á la mujer la obligación de dejarse abrazar públicamente por todos los hombres. ¿No es esto lo que usted dice?

—No, no, señor; no es eso. El baile es un placer lícito, admitido y corriente. Todo el mundo baila, y el mismo David en persona bailó delante del arca.

—Sí; ya sé que el mundo se ha convertido en una verdadera danza. Yo mismo, hasta hace un momento, no he sido más que un danzante. Pero ¿sabe usted lo que es el desenfreno de ese *vals íntimo*, que autoriza á las mujeres honradas para que puedan perder el juicio?..... ¿Sabe usted á dónde lleva esa licencia concedida por las costumbres, que á la mujer honesta hace hacer en público, con el primero que llega, lo que no se permitiría en su propia casa con su propio marido en presencia de sus criados?..... ¿Sabe usted lo que es un vals?

—¡Oh!—exclamó la señora.—Es usted atroz..... ¡Qué manera tan horrible de desfigurar las cosas!.....

Nuestro héroe echó atrás las manos con mal

reprimida impaciencia, y preguntó muy amablemente:

—Señora, ¿no ha valsado usted nunca?

Esta pregunta, disparada á boca de jarro en el momento mismo en que el vals era objeto de tan vivas acusaciones, hizo vacilar á la madre de Emilia, que bajó los ojos, diciendo:

—¡Yo!.....

—Usted ha valsado—dijo él.—No me cabe duda. Usted ha valsado.

—Bien—contestó ella—¿y qué?

—Nada, señora..... nada..... Todos los incentivos, todas las voluptuosidades, todas las contingencias..... Nada: la luz, el aire, la música, los perfumes, el compás, la confusión, el movimiento..... Nada..... absolutamente nada.

—Sí—añadió ella—convengo en que puede ser un peligro; pero, desengáñese usted, la que no quiere.....

Nuestro héroe era implacable, y no la dejó terminar la frase.

—¡La que no quiere!.....—exclamó.—Sí, la que no quiere, no valsa.

Convengamos en que el loco hablaba muy juiciosamente.

XI

ROMPIMIENTO

VERDADERAMENTE—dijo la señora—habla usted como un misionero; y si en vez de predicar en este jardín, animado por el bullicio de un baile, predicara usted en los desiertos de África, sus sermones causarían un grande efecto.

—Ya veo, señora—replicó él—que lleva usted en el entendimiento telarañas inextinguibles. Si le parece á usted poco las indecorosas eventualidades de un vals; si le parece á usted que debe exponerse á ese abrazo estrecho, íntimo é interminable, la inocencia de unas, la honestidad de otras y el decoro de todas, por mi parte puede usted desde ahora mismo desnudarse del último resto de dignidad, y bailar el *cancán* en medio

de la plaza pública. Yo le prometo á usted de antemano un éxito seguro. Obtendrá usted muy justamente los aplausos de la concurrencia, y no le faltarán á usted espectadores que extiendan por el mundo su gloria. Pero, entretranto, convenga usted conmigo en que lo que acaso no se consigue en dos años de seducción tenaz y asidua, se puede conseguir en dos vueltas de *vals íntimo*. ¿No ha observado usted qué confianza, qué abandono, qué desvergüenza inspira ese vals libre, que me ha hecho abrir los ojos?

Ella preguntó:

—¿Y á quién se propone usted convencer con esas exageraciones de su mal humor? ¿Por ventura es el vals una invención moderna, una invención de ayer mañana, que ha venido de golpe y porrazo á corromper nuestras costumbres?..... El mundo va por ahí hace mucho tiempo, y es un insensato el que quiera oponerse al impulso de la corriente.

—Yo, señora, no me propongo convencer á nadie: pinto las cosas como son, advierto los peligros que ofrecen, y dejo á cada cual que se descuerne como lo tenga por conveniente. El vicio es antiguo, ¡ya lo creo! como que está en la masa de la sangre del género humano, y hay llagas en nuestras costumbres á las que no se puede tocar, porque todos las padecen. Los regeneradores de la sociedad presente se queman las cejas buscando la emancipación de las mujeres, cuando, en verdad, una mujer valsando en brazos del primero que

llega es la imagen más acabada y más perfecta de la mujer libre, de la mujer emancipada de todo decoro. Estoy seguro de que mi madre no valsó nunca, y si yo tuviese una hija, le juro á usted que nunca valsaría.

La viuda escuchó estas palabras con frecuentes señales de impaciencia.

Al fin le dijo:

—Está usted terrible, y le advierto que si da en la manía de encajarnos esos sermones, va usted á perder el pleito con las mujeres; porque, no hay que darle vuelta, por valsar nos despepitamos todas.

La réplica era formidable: irracional, eso sí, pero tremenda.

Era contestar, digámoslo así, con el testimonio de la opinión pública; era, como se usa en los parlamentos, echar sobre la razón el peso de la mayoría: ó, como se usa entre las naciones cultas, lo mismo que entre los pueblos salvajes, echar el derecho al poderoso argumento de un ejército.

La fuerza de esta réplica consistía en las fuerzas reunidas de todas las mujeres juntas.

Una fuerza incontrastable.

Un millón de mujeres por lo menos, jóvenes, frescas, risueñas, espirituales, llenas de encantos y de adornos, iban á abrumarlo con sus burlas y á confundirlo con sus desdenes.

La bella mitad del género humano, con sus labios de púrpura y sus dientes de perlas, iba á reirse de él, sin misericordia, en sus propias barbas.

Pudiera ser que alguna madre algo reflexiva, ó alguna abuela un poco juiciosa, salieran á su defensa; pero reconozcamos que tan débil auxilio sería inútil contra el torrente de tantos corazones jóvenes ansiosos de valsar con aquél ó con éste, con uno ó con otro.

¡Vaya usted á decirle á las mariposas que no den vueltas alrededor de la traidora luz que las atrae, por el pueril temor de que al fin puedan acabar por quemarse las alas!

Nuestro hombre se sintió arrastrado por la fuerza de la réplica, y no supo qué contestar.

Se encogió de hombros, y dando media vuelta, comenzó á pasearse á lo largo de la explanada.

Ella añadió:

—Usted está celoso.

—¡Celoso!

—Eso mismo.

—¿Por qué?

—Porque valsa.

—Es posible.

—¡Oh!..... no es el primero.

—Luego.....

—¡Es claro! los celos hacen ver visiones.

—Pero, señora.....

—¿Qué?

—Usted misma lo ha visto con sus propios ojos.

—¿Qué he visto?

—¡Friolera!

—¿Y qué quiere decir friolera?

—Quiere decir.....

Aquí se detuvo, como quien necesita tomar aliento para adoptar una resolución enérgica y definitiva, ó como quien no se siente con fuerza bastante para llevarla á cabo.

—Quiere decir—siguió diciendo—que..... que mientras á mí no me concede su mano si usted no da ese ridículo consentimiento, al Sr. Campoverde, previa la amplia licencia de un vals, le entrega la mano, el brazo, el hombro, la cintura..... Esto es claro como la luz del día. Esto salta á los ojos.

La señora no pudo oir esta observación sin soltar una estrepitosa carcajada, exclamando al mismo tiempo:

—¡Oh, qué sutileza!

—Es igual.

—Sea.

—Sólo he venido á decirle á usted que renuncio á mis pretensiones.

—Mejor.

—Que desisto de mi felicidad.

—Corriente.

—Que ya no quiero ser dichoso.

—Muy bien.

—Conque..... asunto concluído.....

—Celebro tan juiciosa determinación..... ¡Pobre Emilia! Iba á hacer un buen negocio..... ¡Y yo, tonta de mí, que por pura bondad me sentía inclinada á consentir! Á los quince días la hubiera usted matado tísica.

—¿Y le parece, señora, que habría yo hecho un bonito negocio?..... Supóngase usted que cierro

los ojos; que no veo nada de lo que he visto; que doblo la cabeza, y me caso, y le digo: «Querida mía, basta de bailes, basta de locuras; es preciso volverle la espalda al mundo en que has lucido tus adornos y tus encantos; para ti ya no hay más mundo que el de tu casa.....

—No siga usted, caballero—dijo ella.—A los veinte años, cuando está en la flor de la juventud y de la belleza, eso sería enterrarla viva. Para eso se compra una esclava. ¡Y buen genio tiene la niña para sufrir semejante despotismo!..... ¿Se ha creído usted que, en efecto, es el Gran Turco?..... Y además sería inútil. Al pronto puede ser que apareciera resignada; se sometería durante la luna de miel; pero luego sentiría en el fondo de su corazón horror hacia el tirano que bárbaramente sepultaba entre las cuatro paredes de la casa su juventud y su hermosura, y, ¡claro está! después iría poco á poco sacando las uñas. Ninguna mujer se resigna á vivir encarcelada por el solo delito de tener pocos años y ser agradable á los ojos del mundo. ¡Desgraciados los maridos tiranos!..... No tendría usted en su casa ni un momento de sosiego: no hay nada en el mundo semejante á una mujer que no la dejan hacer su gusto, porque es capaz de todo.

—No prosiga usted, señora. Comprendo toda la fuerza de sus razones. Sería tener una fiera enjaulada, unas uñas dispuestas siempre á sacarme los ojos; un ataque de nervios por la mañana, otro por la tarde y otro por la noche: tempestades de

sollozos, huracanes de suspiros y diluvios de lágrimas. Esto es, el infierno dentro de la casa.

—Y no es eso sólo—añadió la señora, abanicándose con bastante desenvoltura.

—¿Le falta algo al cuadro?

—¡Ya lo creo!

—Es verdad.

—¡Ya ve usted!.....

—¡Oh! Sí.

—Al fin y al cabo.....

—Por supuesto.

—No somos de bronce.

—Al contrario.

—¡Pues!

—Son ustedes de vidrio.

—Tanto va el cántaro al agua ....

—Eso es.

—Que al fin se quiebra.

—¡Quién lo duda!

—Nadie tiene la vida en el bolsillo.

—Ni la virtud tampoco.

—¡Es claro!

—Clarísimo.

—La pobrecilla.....

—¡Infeliz!

—Acabaría por morirse.

—Ó Dios sabe.

—Y usted sería su asesino.

—Ó su víctima.

—Inspiraría usted horror.

—No; risa.

—He ahí las consecuencias.

—Justo.

—Me parece..... que.....

—Sin duda.

—Esto no tiene vuelta de hoja.

—Es verdad. Acaba usted de hacerme comprender todos los inconvenientes de semejante sistema, y cambio de propósito.

—Eso es lo cuerdo.

—Me caso, pues, y le digo: Encantadora Emilia: eres demasiado joven, demasiado bella, para sepultarte entre las cuatro paredes de la casa, cuando el mundo te ofrece todavía tantos placeres y tantos triunfos.

—Eso es mucho más razonable.

—Yo soy tu marido, pero no quiero ser tu tirano..... Eres libre. No he de privarte yo de las inocentes satisfacciones que el mundo te ofrece. Gasta, triunfa y goza..... ¿No es esto?

—Eso mismo.

—Muy bien. Emilia sería la mujer más feliz del mundo, la primera en todas las fiestas. Será mi mujer, y el Sr. Campoverde continuaría siendo su pareja. Cuando digo Campoverde quiero decir cualquier danzante. Será mi mujer en mi casa, y su pareja en todos los bailes. Yo le doy mi mano y mi nombre, y él sus brazos..... Yo me caso, y él valsa. ¡Oh!..... No: eso no es posible. Prefiero, señora, que me entierren con palma. Retiro, pues, mis pretensiones; huyo de la felicidad que había soñado, por no caer en la desventura que estoy

viendo. Es un rompimiento terminante, formal, categórico, definitivo é irrevocable. Reciba usted, señora, el testimonio de mi consideración, y como si no nos hubiéramos visto nunca. Conque..... Buenas noches.

Dijo, se inclinó trazando una ceremoniosa cortesía, y dando media vuelta, fué con aire majestuoso, melodramático, á sentarse en un extremo de la explanada.

Allí compuso tranquilamente su sombrero medio aplastado todavía, apoyó el codo sobre el respaldo de la silla, recostó la cabeza sobre la mano, dejándose llevar por el torbellino de pensamientos que agitaban su espíritu.

Cualquiera que sea la extrañeza que nos causen las singularidades de este personaje, comprenderemos que había caído en pocos momentos de las alturas de su soñada dicha á la realidad de un triste desengaño.

Allá en su imaginación se había forjado esa felicidad más ó menos quimérica que la mayor parte de los hombres se forjan ante los seductores atractivos de la primera mujer desconocida que les sonríe. La idea de esta felicidad había tomado en su ánimo cierta consistencia, á la cual contribuía en mucha parte la natural terquedad de su carácter.

Hacía un año que no pensaba en otra cosa; veía á Emilia de lejos; se contentaba con sus miradas, y lo llenaban de gozo sus sonrisas; vivía entre inquietos temores y dulces esperanzas.

No diremos que era un amor ideal; pero sí un amor más fantástico que positivo. Venía á ser como la novela de su corazón.

El objeto de sus tenaces imaginaciones aparecía siempre á sus ojos entre nubes de encajes y seda, iluminado por el vivo resplandor que baña el rostro de las mujeres satisfechas de sí mismas. Su presencia era una aparición, y experimentaba al verla el deslumbramiento que producen los relámpagos, y después la ceguedad que dejan.

¡Ya se ve! Todas estas circunstancias eran bastantes para que á nuestro héroe se le fuera, si es lícito decirlo así, el santo al cielo.

Pero he aquí que al acercarse esta felicidad, tanto tiempo soñada, el encanto se desvanece y la ilusión se disipa. Cuando menos lo teme, cuando menos lo espera, cuando más la adora, se la encuentra..... preciso es decirlo..... textualmente en brazos de otro.

Aquel vals fué un rayo de luz que iluminó de pronto sus ojos, para destruir de un solo golpe todo el artificio de su dicha.

Convengamos, pues, en que, al fin y al cabo, no le faltaba razón para tocar con las manos el cielo.

Sentía desvanecida su esperanza, y, lo que es peor, herido su amor propio.

XII

TEMPESTAD

No quedó la desahuciada suegra muy complacida de aquel brusco é inesperado rompimiento, porque también sintió herido en parte su amor propio; mas no tuvo por conveniente descubrir su enojo; antes por el contrario, tomando á risa el caso, comenzó á echarse aire con el abanico, diciendo muy sosegadamente:

—¡Bah!..... Esta es una nube de verano. Por lo demás, Emilia se reirá como una tonta cuando sepa qué especie de marido le había deparado la fortuna.

—¡Se reirá!.....—exclamó el amante desesperado, levantándose de la silla en que, digámoslo así, yacía sumergido en profundas reflexiones.—Se reirá..... Bien.....: eso lo veremos.

—¿Y con qué derecho—preguntó ella—puede usted impedir que se ría cuanto quiera? ¿Acaso manda usted en su boca? ¡Apuradamente no es la chica tentada de la risa!.....

—¿Sí?..... Pues repito que lo veremos. No crea usted que yo me dejo arrebatar la felicidad tan fácilmente. Todavía no ha nacido el que se ha de reir del hijo de mi madre.

—No veo manera—advirtió ella—de que pueda usted sellar sus labios.

—Sí; sí, señora: hay manera de helar la risa en su boca. La niña es bastante alegre de cascos; en eso estamos conformes; mas tenga usted presente que yo tengo una cabeza muy ligera, más ligera que la pólvora, y cuando se me pone una cosa entre ceja y ceja, soy capaz de saltar por encima de una torre. Cabalmente en este instante se me está ocurriendo una idea.....

—Algún desatino.

—No, señora; una idea soberbia..... ¡Oh! sí.....; el escándalo va á ser soberano: habrá gritos, desmayos, carreras, voces, lágrimas y sangre.

Y golpeándose la frente con la palma de la mano, añadió con arrogancia:

—¡Señora..... aquí hay algo!

No sin algún sobresalto preguntó ella:

—¿Qué intenta usted?

—Intento tomar una venganza, que ha de ser digna de la antigüedad.

—¡Una venganza!.....

—Ni más ni menos.

—¿De qué modo?

—De un modo muy sencillo.

—Veamos.....: será curioso.

—Hace veinte años que la plaza de San Sebastián fué teatro de un sangriento suceso..... ¿Se acuerda usted?..... También se trataba de un baile..... También fué un vals la causa de aquella catástrofe.

—¡Qué dice usted!

—Digo que mientras ella valsaba, bien ajena de la tempestad que se cernía sobre su cabeza, él llegó, y sin más ni menos, hundió en su corazón un cuchillo enorme, y la infeliz dió un grito y cayó muerta.

—¿Y á qué viene ese recuerdo?

—Me lo ha traído á la memoria la analogía del caso.

—¡Qué está usted diciendo!..... Aquello fué un asesinato horrible.

—Sin duda.

—Un crimen espantoso.

—Sí, digno de *Otello.*

—¡Cómo!—exclamó la señora indignada.—¿Se atreve usted á ensalzar ese crimen?

—Yo, no; usted es la que lo habrá aplaudido muchas veces en el teatro. Yo podía hacerme célebre; yo también, como *Otello*, podía aspirar á ser el primer personaje de una ópera.

—¡Sería usted capaz de imitar semejante ejemplo!.....

—¡Oh!—dijo—¡la celebridad es tan seductora!

—¡Dios mío!—exclamó ella, llevándose las manos á la cabeza.

—Sí—continuó él;—la celebridad es seductora; pero cálmese usted..... Mi proyecto es más completo..... prefiero el drama á la tragedia.

—¿Qué es, en fin, lo que usted intenta?

—¡Poca cosa! El señor Campoverde se pasea ahora muy tranquilo por el salón del baile, saboreando las delicias del vals.

—¿Y qué?

—Nada: yo llego como si tal cosa.

—¡Y bien!

—Me acerco á él muy tranquilo.

—Acabe usted.

—Y al tenerlo delante, levanto la mano, y *¡paf!*, se la planto en la mejilla.

—¡Qué atrocidad!

—Como usted lo oye. En seguida tumulto, confusión y desafío. Yo elijo las armas; nos batimos como dos leones.....; me mata, y quedo vengado.

—¡Jesús! ¡Cuánto desatino!

—Mi sangre caerá gota á gota sobre la conciencia de esa señorita, tan ligera de cascos..... Siempre que oiga un vals temblará de pies á cabeza; mi sombra implacable la perseguirá por todas partes; no hará sueño tranquilo, y, dormida ó despierta, no podrá arrancar de su memoria mi imagen ensangrentada. Ese..... ese es el drama..... ¿Se ríe?..... Pues bien: ella llorará..... Ya verá usted cómo sienta la cabeza.

La viuda se mordió los labios, tal vez por con-

tener en ellos la risa que bullía en su boca, tal vez aterrada por la calma sombría con que aquel loco le daba cuenta de sus sangrientos propósitos.

No obstante, le dijo:

—¿Y se resigna usted á morir tan joven?

—La vida—le contestó—me es insoportable.

—Bien; pero es un modo de morir muy desastroso.

—Mejor; eso hará más terribles sus remordimientos.

—Va usted á afligir á su madre.

—Yo no tengo madre.

—Pero tendrá usted familia.

—Mi familia me heredará.

—Tendrá usted amigos.

—¡Amigos!..... La desgracia no los ha tenido nunca.

—Campoverde no admitirá esa provocación insensata.

—Le juro á usted—replicó echando fuego por los ojos—que el bofetón será terrible, para que el duelo sea á muerte.

—¡Qué horror!

—Nos batiremos con arreglo á los últimos adelantos del siglo; con carabina *minié* ó con fusil *chassepot*, en mangas de camisa y sin testigos, en los montes del Pardo ó en los montes de Toledo. Cada uno entrará en el terreno por donde le acomode..... Allí nos buscaremos como el cazador busca á la fiera, y el que caiga.....

—¡Qué barbarie!

—Así se hacen las cosas.

—¡Eso es salvaje!

—¿Salvaje?..... Pues así se hace en los Estados Unidos, que es el país más civilizado de la tierra.

—¡Pero eso es atroz!

—Aquí no hay más que balazo limpio..... Ahora verá usted lo que sucede.

Y diciendo y haciendo, se echó atrás el sombrero, lanzándose impetuosamente hacia el salón del baile, donde comenzaban á sonar de nuevo los acordes de la orquesta.

La viuda quiso detenerlo, no precisamente porque le agradase oir disparatar á aquella cabeza destornillada, sino más bien porque temió que pusiera en planta por lo menos la primera parte de su proyecto.

Era un loco capaz de llevar á cabo el disparate que había concebido.

Y, en verdad, era una broma bien poco agradable, porque al fin el nombre de Emilia sonaría en los comentarios del escándalo.

Su instinto de mujer le advirtió este peligro.

Mas no tuvo necesidad de hacer grandes esfuerzos para detenerlo, porque él mismo, al llegar á la bocacalle de árboles que conducía al salón del baile, retrocedió, exclamando:

—¡Qué veo! ¡Qué veo!..... ¡Soberbio batacazo!.....

En aquel momento se esparció, por la concurrencia que llenaba el salón, un rumor sordo, mezclado de gritos y de carcajadas.

Sin duda alguna ocurría algo extraordinario,

medio trágico y medio cómico, que de aquel modo excitaba la hilaridad y el terror de la concurrencia.

—¿Qué ocurre?—preguntó la señora.

—Nada; que han perdido el equilibrio.

—¡El equilibrio!

—Eso es. Una revolución completa.

—¡Qué dice usted!—exclamó la señora alarmada.

—Digo que acaba de verificarse la más escandalosa inversión del orden. Ó lo que es lo mismo: lo de arriba abajo, y lo de abajo arriba.

—Pero, ¿qué es ello?

—Una catástrofe..... La última pincelada del cuadro. Venga usted, señora; venga usted, porque el espectáculo es sumamente curioso.

Acercóse la señora, y mirando atentamente hacia el salón del baile, dijo:

—En efecto: la gente se arremolina.

—¡Es claro!

—Los más curiosos se suben sobre las sillas.

—¡Pues! Para ver mejor la escena.

—Unos manotean.

—Esos son los comentarios.

—Otros se ríen.

—Celebrando el caso.

—Todos hablan.

—Todos.

—¿Qué sucede allí?

—¿No lo está usted viendo?

—No: no veo nada.

—Mire usted bien.

—¿Qué sucede allí?

—Sucede que á una pareja se le han ido los pies, y ha caído en tierra.

—¿Cómo ha sido eso?

—¡Cómo ha sido! Claro está: valsando.

—¡Ya!

—No es posible dar tantas vueltas sin perder la cabeza.

—Sí, es fácil.

—¡Ya lo creo!

—Pero es muy ridículo.

—¿Nada más?

—¡Le parece á usted poco!.....

—Vea usted; ahora la levantan.

—¿A quién?

—A ella.

—¡Pues!..... ¡será alguna atolondrada!

—Y no puede andar.

—Naturalmente.

—Ahora no podrá ocultar el pie de que cojea.

—¡Quién será!

—Yo no distingo más que una falda verde.

—¡Verde!

—Sí, con encajes blancos.

—¡Blancos!

—Sin duda. Y es rubia, y tiene un pie precioso; estoy seguro de ello, porque lo he visto.

—De manera que.....

—Calcule usted.

—¡Qué loca!

—Ahora vuelve la cabeza. Esa, esa es la víctima.

La viuda no pudo contener un movimiento de sorpresa, y exclamó:

—¡Ah! ¡si es Emilia!

—La misma—exclamó el ingrato amante de la pobre Juana.

—¡Acudamos á socorrerla..... se habrá lastimado! Esas caídas suelen ser muy graves.

Nuestro héroe se cruzó de brazos; y mirando á la viuda con la calma estoica de los romanos del Bajo Imperio, añadió:

—Gravísimas.

—¡Oh, qué hombre!—exclamó ella.

Y sin perder más tiempo, se alejó, murmurando palabras ininteligibles.

En cuanto Jaime se vió solo, cogió el sombrero, y lo arrojó contra el suelo.

Miró después á su alrededor con todo el ademán del que busca un poste bastante duro contra el que romperse la cabeza; y cerrando los puños, tendió las brazos en el aire, como si amenazara á la vez al cielo y á la tierra.

Hasta entonces había contenido los impulsos de su cólera, porque la tempestad que rugía en su corazón, semejante á las tempestades de la naturaleza, necesitaba la soledad para desbordarse.

Su furia nacía principalmente de su propia debilidad. No se sentía con fuerzas para renunciar á las delicias de aquel amor que embargaba sus sentidos, y le faltaba valor para cerrar los ojos y lanzarse al abismo de su soñada dicha.

Su espíritu estaba pasando por el horror de una vacilación tenebrosa, y, por cómico que nos parezca su carácter, en el fondo de su alma se agitaba una tempestad, que podía causar grandes estragos en una cabeza en que se encontraban bastante obscurecidas aquellas ideas sanas y puras que la religión verdadera infunde, única tabla de salvación á que podemos asirnos en los naufragios de la vida.

Estaba desesperado: le era imposible vivir con Emilia, y no podía vivir sin ella.

A lo menos así le parecía á él en aquel angustioso momento.

No había visto en el vals, cuyo recuerdo caía como una gota de acerba hiel en el vaso de sus más dulces esperanzas, una ingratitud, ni una infidelidad, ni una inconstancia; había visto otra cosa mil veces peor, mil veces más cruel, mil veces más amarga: había visto el completo desencanto de todas sus ilusiones.

Una ingratitud se olvida, una infidelidad se perdona, una inconstancia se disculpa; lo que no se olvida, ni se perdona, ni se disculpa, es precisamente lo que él había visto.

No era para él temible Campoverde; era temible cualquiera, porque la temible era ella.

Ella, que le había descubierto en tres vueltas de vals que tenía por rival nada menos que á la mitad del género humano.

¿Cómo no había visto esto antes?

No lo sé.

Aun en el momento mismo de su súbito desengaño intentaba convencerse, persuadirse de que era injusto.

Su amor quería defenderla, justificarla; pero la veía pasar por delante de sus ojos, arrebatada por el vals, voluptuosa, sensual, embriagada, respirando con ansia las delicias de todos los deleites, y sentía que su corazón oprimido se retorcía dentro del pecho.

El tormento que padecía era éste:

La amaba, sin poder estimarla.

Sentía el atractivo de sus encantos, al mismo tiempo que experimentaba hacia ella una repulsión indecible.

La tempestad, pues, rugía furiosa dentro de su cabeza, y al resplandor de los relámpagos de su ira veía profundas obscuridades, que ahogaban su razón y obscurecían su entendimiento.

Se hallaba en el borde del abismo, en los primeros mareos que produce el vértigo.

Tal era, en realidad, el estado de su alma.

XIII

JUANA

En aquella tempestad no había solamente relámpagos: había también rayos.

¿Contra quién iban dirigidos?

Al pronto no vió su ira más que al afortunado Campoverde, en cuyos brazos valsaba Emilia como una loca.

Ese hombre era el que le arrebataba la felicidad en el momento mismo en que iba á asirla.

Él era el ladrón de su dicha; contra él, por consiguiente, se volvió su furiosa cólera.

Ya habremos advertido que nuestro héroe no poseía un entendimiento demasiado fecundo en recursos; sus alcances no traspasaban los límites que la Providencia, en sus altos juicios, ha puesto

á la inteligencia del vulgo de las gentes; mas si en verdad no había inventado la pólvora, no era tan mostrenco que no supiera usarla.

Así es que concibió la idea de un lance de honor, con todas las circunstancias propias de los adelantos del siglo.

Cabalmente acababa de leer en aquellos días el interesante relato de un lance de esta especie consumado por dos *yankees*, que los periódicos se habían apresurado á reproducir en la sección amena de sus columnas, con todos los horrorosos pormenores que eran propios del caso.

La celebridad de este suceso cautivó su atención, y fué un ejemplo que le vino de molde para dar al mundo tremendo testimonio de su desesperación y de su venganza.

Sentía una viva necesidad de arrojar al rostro de aquella mujer pérfida una hazaña estupenda; bárbara, sí, pero llevada á cabo por medio del culto refinamiento de las armas.

Dos salvajes habrían dirimido la contienda de su mutuo enojo apelando á los arcos y lanzándose con rabioso encono flechas envenenadas; pero dos hombres civilizados no podían luchar como dos feroces serpientes, y recurriendo á la precisión de los fusiles más perfectos, de la pólvora más expansiva y del fulminante más exquisito, ventilarían aquel caso de honra enviándose recíprocamente los mortales, pero cultos mensajes de unas cuantas balas cónicas.

La novedad de este lance llamaría vivamente la

atención pública; quince días por lo menos sería objeto de todas las conversaciones; los periódicos se harían lenguas del caso; los nombres de los combatientes darían la vuelta al mundo, corriendo de boca en boca, y Emilia, aterrada, comprendería al fin todo el valor del hombre que había perdido.

Iba á ser á sus ojos un ser extraordinario, un espíritu superior, una naturaleza enérgica, poderosa, terrible.....; en una palabra: iba á ser un héroe.

Y entonces su corazón, tan fuertemente herido, sentiría por él un amor desesperado, un amor sin esperanza, y por lo mismo más tenaz y más profundo..... Ningún hombre se presentaría á sus ojos con tanto prestigio, porque ninguno podría presentarle el doble prestigio de la gloria y de la muerte..... Necesitaba desaparecer de entre los hombres para vivir perpetuamente en su memoria.

Tal era el segundo aspecto que tomaba la novela de su corazón, y, como el autor dramático que encuentra un recurso de gran efecto, se restregó las manos satisfecho de sí mismo, recogió el sombrero, que yacía aplastado contra el suelo como si su dueño hubiera perdido la cabeza, lo compuso del mejor modo que le fué posible, y después de limpiarlo con la manga de la levita, se lo puso gallardamente, un tanto inclinado sobre la ceja derecha, como quien va resueltamente á jugar el todo por el todo.

En el cristal bastante turbio de su imaginación acalorada se pintaban todas esas fantásticas imágenes con claridad deslumbradora, y, si es posible decirlo así, del fondo de su misma desesperación surgían los resplandores de una alegre esperanza. Cualquiera que fuese su destino en el otro mundo, ¡cuán dichoso no sería viéndose desde allí dueño del corazón de Emilia!

Mas he aquí que de repente levanta sobre su cabeza las manos crispadas, y el sombrero, lanzado con ímpetu, vuelve á rodar otra vez por tierra.

¿Qué nueva contrariedad encontraban sus designios?..... ¿Qué dificultad imprevista se oponía al paso de su cólera, de su venganza y de su triunfo?

Le había ocurrido una reflexión abrumadora, una reflexión invencible, que echaba abajo todo su proyecto.

Pensó que después del tremendo lance en que los dos adversarios deberían quedar sobre el campo de batalla, á los ojos de Emilia se presentarían dos seres extraordinarios, dos seres superiores, dos naturalezas enérgicas, poderosas, terribles.....; en una palabra: dos héroes.

Pensó con furor indecible que aquel maldito Campoverde, calvo y todo, acudiría también después de muerto á disputarle el corazón de Emilia; esto es, el recuerdo perpetuo en su memoria.

Iba nada menos que á partir con su mortal enemigo el éxito de la hazaña; iba á proporcionarle

la ocasión de perpetuar su recuerdo en el corazón volátil de aquella criatura inconstante.

No: Campoverde vivo no era temible; no pasaría nunca del nivel común de los hombres; pero Campoverde muerto en un duelo memorable le parecía invencible.

Era, pues, preciso renunciar al duelo.

Cogió una silla, y se sentó más desesperado que nunca, considerándose en el colmo de la mayor desventura.

Estaba llena la medida de su desdicha.

El ruido de la fiesta en que se hallaba lo envolvía en una atmósfera de satisfacción y de contento, que hacía más acerba la amargura de sus reflexiones.

Semejante á un ciego, sentía en sus mejillas el calor del sol, sin poder gozar del esplendor de sus rayos.

Las voces alegres que resonaban en sus oídos le mordían en el corazón como serpientes emponzoñadas; el estrépito del *Bouffet*, que resonaba á su espalda, le parecía una burla más que su suerte le deparaba.

Y aquel vals ardiente, voluptuoso, sensual, que llenaba el aire de arrebatadoras melodías, hería su alma, causándole un tormento indecible.

Veía á Emilia, arrastrada por el torbellino de la música, casi suspendida en los brazos de Campoverde, dar vueltas ante sus ojos, embriagada en las delicias de un deleite, cuya idea despedazaba su corazón con los garfios más agudos de los celos.

Por una crueldad de su propia imaginación, se la representaba en el momento de la caída, y veía asomar bajo las dobles ondas de la seda y de los encajes un pie pequeño, fino, delicado, el pie más seductor que había visto en su vida....., el pie de Emilia, más seductor que nunca.

La vida del mundo en el momento de sus más tumultuosos placeres arrojaba sobre él sus gritos y sus resplandores, sin duda para hacer más honda su desventura.

Tal vez hallándose en las fúnebres soledades de un cementerio habrían tomado sus ideas un rumbo más sosegado..... Quizás habría pensado en la vida; pero en un baile pensó en la muerte.

El vals.... aquel maldito vals, cuyos voluptuosos compases le arrebataron como en ciego torbellino las risueñas esperanzas de su dicha, volvió á estremecer el aire con sus ardientes notas. Esto venía á ser la gota de agua que hace derramar el vaso.

Los acentos de la orquesta penetraban en su alma, clavándose en ella como alfileres encendidos.

—¡Oh!—exclamó levantándose.—Es preciso morir, morir, y morir pronto.

Tal debió ser el momento oportuno que la alevosa idea del suicidio aprovechó para dejarse ver en las sombrías obscuridades de su espíritu.

Desechado el duelo por inútil, la idea de arrancarse la vida llenaba la medida de sus deseos.

Nadie tendría derecho á hacerle competencia en la memoria de Emilia, y el suicidio consumado

allí mismo, en medio de la fiesta, en medio de la alegría y de la vida, sería de un efecto seguro y terrible.

Contestaría á la algazara de la fiesta que insultaba su desesperación, arrojándole al rostro..... lo diré así..... puñados de su propia sangre.

No había tiempo que perder, pues era preciso dar el tremendo golpe antes que el baile terminara.

¡Bah!..... Tenía en su mano el medio seguro de poner un triste fin á una fiesta tan alegre..... ¿Quién podía detenerle?.....

Ante todo, era preciso llenar una formalidad indispensable.

Era preciso dejar sobre su cadáver algunas palabras escritas, que, como una voz póstuma, revelaran el motivo de su desastrosa muerte.

Dicho y hecho: recogió el sombrero por segunda vez, y volviendo á sentarse, lo aplastó enérgicamente sobre sus rodillas para que le sirviera de mesa, sobre la que pudiera trazar con mano segura algunos renglones fúnebres.

Después metió la mano en el bolsillo interior de la levita que cae sobre el corazón, y sacó una cartera; pero no salió la cartera sola, porque apareció con ella una carta que aun no había sido abierta.

Era la carta de Juana.

¡Oh qué aparición tan impertinente en aquel solemne momento!

Cogióla por los extremos con ademán decidido

de rasgarla en dos pedazos; pero tal vez una curiosidad repentina lo detuvo, pues rompiendo el sobre en que se hallaba contenida, la abrió, y comenzó á leerla.

La primera lectura fué rápida, como el que pasa sobre ascuas, como el que lee con ánimo resuelto de no enterarse.

La segunda fué una lectura lenta, reflexiva, como si leyera palabras escritas en una lengua que no acababa de entender.

Llegó al fin, y comenzó de nuevo.

Era la tercera vez que la leía.

La carta decía lo siguiente:

«No te negaré que tus palabras me han costado muchas lágrimas, porque al fin mi corazón se había aficionado al tuyo; pero me consuela la idea de que seas dichoso. Tú eres bueno en el fondo, y mereces la dicha que es posible disfrutar en esta vida. Créeme: no me hubiera perdonado nunca haber servido de estorbo á tu felicidad, porque tu felicidad es lo que yo quería para ti. Si otra consigue hacerte dichoso, yo la querré con toda mi alma.

»Esto te lo dice la que hasta hoy ha sido tu novia: oye ahora á la que desde hoy será tu verdadera amiga; á la que, como antes, rezará todos los días por ti con el mismo fervor con que ha rezado siempre.

»Jaime, no busques la dicha en los placeres.....; no te dejes seducir por el oropel del mundo.

»Si te engañan, ten paciencia, y perdona since-

ramente á los que abusen de tu irreflexión; pero, ¡por Dios! no te engañes á ti mismo, porque tú no puedes perdonarte, y Él, que todo lo ve, todo lo sabe y todo lo juzga, te pedirá estrecha cuenta de tu vida, porque la vida no es tuya, se la debes á Él, y ¡ojalá puedas devolvérsela tan pura como te la dió!

»Si viviera tu madre, te diría lo mismo que yo te digo y en las mismas palabras con que yo lo hago.

»¿Te acuerdas de tu madre?..... ¿Le rezas todos los días?..... Vamos á ver..... ¿Á que no le has rezado hoy ni un *Padre nuestro* siquiera?..... ¡Eso sí que sería una grande ingratitud!..... Eso me causaría más pena, mucha más pena que tu inconstancia.

»Te gusta el mundo, y es natural. Eres joven y algo atolondrado, y es fácil que tus ojos se deslumbren; pero, mira, yo he leído muchas veces que todas esas vanidades son muy fugitivas y dejan en el alma muchas amarguras.

»Mi madre está enterada de nuestro rompimiento: se lo he dicho esta mañana al volver de Misa.

»Me miró con ansiedad; pero al verme tranquila, me dijo: «No lo culpes....: es buen muchacho, y esto es que la voluntad de Dios así lo quiere.»

»Esto ha dicho mi madre; no temas, por consiguiente, volver á esta casa, porque aquí todos te recibirán como siempre, porque nada has perdido

ni en nuestra consideración ni en nuestro cariño.

»Dios quiera que sientes la cabeza. ¡Cuánto le agradeceremos todos á la que consiga hacerte juicioso!»

Así terminaba esta carta, al pie de la que se hallaba la firma de «Juana».

Terminada esta tercera y última lectura, se restregó los ojos como el hombre que después de un profundo sueño comienza á despertarse.

Encerró la carta en el sobre, y volvió á ocultarla en el mismo bolsillo de donde la había sacado.

Esto es, en el bolsillo que, como hemos indicado antes, caía sobre su corazón.

Hecho esto, se quedó pensativo.

Más que pensativo, absorto.

Veía, al parecer, algo que hasta entonces no había visto.

Cualquiera, al verlo inmóvil, pálido y con los ojos fijos en el suelo, habría creído que era el reo en presencia del juez que debía juzgarle.

Poco después, lanzando un profundo suspiro, cogió el sombrero, que permanecía sobre sus rodillas, y, aunque con mucho trabajo, consiguió devolverle su forma primitiva. Luego arregló su corbata, cuyo lazo se encontraba junto á la oreja, como si tuviese que comunicarle algún secreto, y sin más pormenores, se puso de pie y levantó la cabeza.

Entonces, mirando al cielo, que á través de las copas de los árboles azuleaba al resplandor sereno

de las estrellas, exclamó con profunda vehemencia:

—Cuando un hombre se decide á ser imbécil....., ¡Dios mío, qué imbécil es!.....

Sin duda en esta exclamación se hallaba encerrado todo su pensamiento, porque no dijo más; y poniéndose el sombrero, miró su reloj, y salió de la explanada, desapareciendo por la calle de árboles opuesta á la que conducía al salón del baile.

SEGUNDA PARTE

EL FRUTO PROHIBIDO

I

EL TRUENO

CUANDO el calor echa de las grandes poblaciones á las gentes acomodadas cuya fortuna les permite el placer de veranear, se reune en los baños de Cestona una sociedad de enfermos bastante escogida.

No se ven allí los paralíticos que acuden á Alhama de Aragón casi seguros de encontrar el movimiento que les falta á sus miembros entumecidos; ni los malhumorados pacientes que van á buscar en los baños de Archena una salud loca-

mente perdida; ni los semblantes macilentos de la mayor parte de los que se prometen encontrar en los manantiales de Aguas-Buenas la renovación, bastante difícil, de una vida agotada; ni, en fin, los cadáveres, digámoslo así, moribundos que, después de muchos trabajos, consiguen llegar á las ásperas alturas en que brotan las solitarias aguas de Panticosa.

No, señor; los que habitualmente concurren á los baños de Cestona son unos enfermos de los que puede decirse que gozan de regular salud.

En el cólera de 1855, el gobernador de Barcelona quiso asegurar al Gobierno el buen estado sanitario de la ciudad, y dirigió al Ministro de la Gobernación un despacho, concebido, poco más ó menos, en estos términos:

«Aquí, Excmo. señor, no hay más que enfermedades saludables.»

Pues bien: esa frase, que si no recuerdo mal publicó entonces la *Gaceta de Madrid*, puede aplicarse á los enfermos que visitan las aguas medicinales de Cestona.

El establecimiento de estos baños es espacioso, y se halla situado á la sombra de un monte cubierto de castaños; pasa por allí un riachuelo, que más adelante se convierte en ría, para desembocar dignamente en el Océano.

Dentro de la casa tienen los enfermos salón de sociedad, donde se pasa la noche en animada tertulia; allí se murmura, se juega, se canta y se baila; hay mesa de tresillo y mesa de billar: nada

falta á la comodidad y á la distracción de los enfermos.

La vida no se pasa allí mal, pues aquellas aguas, aquellos aires y aquellas montañas despiertan el apetito, y se come bien. Por lo demás, se hacen excursiones á los sitios más pintorescos de las cercanías.

A un tiro de fusil está la pacífica aldea que da nombre á estos baños, y más allá, camino de Zumaya, se deja á la derecha el valle de Oiquina, escondido, solitario y triste, que ofrece á la vista un precioso panorama.

No me sería difícil designar con sus nombres y apellidos y con todas sus circunstancias individuales á las personas que se hallan reunidas en los baños de Cestona en el momento en que voy á dar principio á mi relato, porque los periódicos han publicado repetidas listas de los personajes que allí se encontraban; mas sea el que quiera el interés que pueda inspirar tal estadística, á nosotros no nos son indispensables datos tan precisos para la completa inteligencia de la historia que referimos.

Acababa de pasar el coche que desde la estación de Zumárraga conduce el correo á Cestona y á Zumaya, y los bañistas, reunidos en el salón, ojeaban los periódicos y leían las cartas, comunicándose unos á otros las noticias más interesantes.

No todos se entretenían en ojear periódicos ó en leer cartas, pues la señora de Montfort mataba

el tiempo majestuosamente recostada sobre el diván del salón, mirando unas veces al techo con distraída indiferencia, ó siguiendo con sus grandes ojos verdes y algo saltones los arrogantes pasos y el marcial continente de un joven que paseaba su gigantesca persona de un extremo á otro de la estancia, dejando ver ciertas señales de reprimida impaciencia.

La señora parecía complacerse en medir á hurtadillas las anchas espaldas y las hercúleas formas del joven, que, por su parte, afectaba hacia ella una especie de desdén algo sospechoso.

Entretanto, una señorita bastante agraciada lucía sus preciosas manos, haciéndolas correr como dos locas por las teclas del piano, que exhalaban con todo el rigor del arte los más tiernos acordes.

El general Montfort jugaba desesperadamente al tresillo en un ángulo del salón, dejando oir su voz dura y su acento catalán, con la misma violencia que si mandara cargar á la bayoneta á un regimiento de infantería.

No debe extrañarse la exasperación de su habitual aspereza, porque aquella noche jugaba con malísima suerte: había sufrido ya dos *codillos*, y le habían cortado una *bola*. Iba al *robo*, sin conseguir ver un *estuche*, y era víctima de los más desastrosos *encartes*.

Comprenderemos la furia de este bizarro general cuando sepamos que la *espada* huía siempre de su mano.

Otras personas, acá ó allá, de pie ó sentadas, hablaban en voz baja ó bostezaban silenciosamente, á la vez que en la pieza inmediata se oía el choque de las bolas de marfil, que rodaban sobre la mesa de billar, ejecutando las más difíciles carambolas.

Como se ve, en esta noche la tertulia no parecía excesivamente animada, y pudiera creerse que el fastidio empezaba á invadir el buen humor de los bañistas de Cestona. Por lo demás, las señoras se hallaban vestidas con exquisito esmero, medio de corte, medio de campo, lo que daba á la reunión cierto aspecto pintoresco y teatral.

Bien observado el caso, se advertía entre los concurrentes cierta animación sorda, pues circulaban misteriosos cuchicheos, y había sonrisas equívocas y miradas maliciosas, que iban de una parte á otra, como si todos los presentes estuvieran en el secreto del asunto de que se trataba.

La señora de Montfort permanecía aislada, sumergida, si podemos decirlo así, en su inalterable indiferencia. Y si por acaso era ella el objeto de aquellas discretas murmuraciones, preciso es confesar que su aspecto impasible desafiaba con desdeñosa arrogancia las iras de la maledicencia.

El joven Hércules, sobre cuya gigantesca persona llamamos antes la atención, continuaba paseándose de un extremo á otro de la estancia, interrumpiendo sus paseos de tiempo en tiempo, unas veces deteniéndose delante del piano, como si quisiera admirar por sus propios ojos la agili-

dad de los dedos redondos y sonrosados que recorrían las teclas, y otras parándose algunos instantes delante de la mesa del tresillo, para enterarse de algún curioso accidente del juego.

Una viuda que todavía llevaba en sus adornos las últimas sombras del luto, se dirigió á una de las ventanas del salón que daba al campo, y levantando los ojos al cielo, en cuyo fondo azul brillaban magníficamente las estrellas, tosió con cierta insistencia, y dijo en voz alta:

—Me parece que hay tempestad.

Este anuncio hizo reir á varios de los circunstantes, y la señora de Montfort hizo un movimiento, como si buscara una posición más cómoda.

—¡Tempestad!—exclamó uno que se hallaba próximo á la ventana.—No veo señal ninguna: el cielo está claro y sereno.

—No se fíe usted—replicó la viuda—de esa calma aparente. La atmósfera está cargada de electricidad; eso es indudable.

Aquel á quien iba dirigida esta observación meteorológica se encogió de hombros, diciendo:

—Es posible que haya usted visto surcar el horizonte algunos relámpagos, porque ese fenómeno atmosférico se observa en las noches más serenas del verano, sin que hasta ahora, que yo sepa, haya sido anuncio de próximas tempestades.

La formalidad, digámoslo así, competente, con que fué dada esta respuesta casi científica, hizo sonreir á los que seguían el curso de esta conversación, incluso á la señora de Montfort, que tuvo

la bondad de sonreirse, haciendo con la boca un gesto bastante desdeñoso.

El que así acababa de hablar no encontró el motivo justificado de aquellas sonrisas, porque sus palabras estaban muy puestas en razón, y lo que había dicho no merecía el honor equívoco de aquella hilaridad, que debió parecerle de malísimo gusto.

Por lo visto, no comprendía el verdadero sentido que encerraban las observaciones de la viuda, siendo, en tal caso, uno de los pocos concurrentes que no estaban en el secreto de lo que allí ocurría.

—No sé—añadió la viuda, dando á su fisonomía una expresión picaresca;—no sé distinguir de relámpagos; pero siempre he oído decir que las grandes calmas son precursoras de grandes tempestades; y vea usted qué silencio y qué inmovilidad reina en la naturaleza. Confieso mi debilidad; esta calma me aterra.

—Si usted se obtina en ello—advirtió el otro—tendremos tempestad, y habrá rayos y centellas; porque, ¿quién resiste al capricho de una mujer? Mas, por mi parte, aseguro que la tempestad no ha de quitarme el sueño.

—¡Ah! Es usted muy incrédulo—dijo la viuda.—Yo le tengo un miedo terrible á las nubes, y, además, poseo un barómetro infalible.

—¿Cuál?—preguntaron algunos.

—Mis nervios—contestó.

—¿Y bien?—volvieron á preguntarle.

—Nada—dijo;—que me siento sumamente nerviosa.

La señora de Montfort miró atentamente á la joven viuda con ojos escudriñadores, con esa mirada con que leemos las palabras escritas en letra poco inteligible.

Sin duda pretendía indagar en la expresión del semblante el verdadero sentido de lo que decía.

Ésta, por su parte, no reparó en el examen de que era objeto, y adelantándose con graciosa desenvoltura, detuvo en medio del salón al formidable Hércules, que continuaba, como hemos dicho, su paseo, indiferente, al parecer, á la disputa que acababa de suscitarse.

Lo detuvo, y le dijo:

—¿Cree usted, Román, que no tengo razón?

—Señora—le contestó encogiendo sus robustos hombros:—no poseo bastantes conocimientos para decidir una cuestión tan grave.

—No se trata—advirtió ella—de decidir; se trata solamente de que nos diga su opinión. Creo—añadió riéndose como una loca—que cuento con gran mayoría de votos, y el de usted no deja de ser importante, á pesar de su modestia respecto á conocimientos..... ¿cómo se dice?..... á conocimientos.....

—Meteorológicos—dijo una voz.

—Eso es—repitió ella:—meteorológicos.

—¡Ah, señora!—exclamó Román.—Si es que se ha de decidir esta cuestión atmosférica por mayoría de votos, me inclino desde luego á su

parecer, porque, lo confieso ingenuamente, me gustan las tempestades.

La señor de Montfort se agitó sobre su asiento, cruzando los pies sobre el taburete en que los apoyaba, con un aire que podía pasar por el primer soplo del huracán de aquella tormenta que se discutía.

Así debió entenderlo la promovedora del debate, pues mirando á la señora de Montfort con amable sonrisa, dijo:

—Estoy segura de que la generala es también de mi parecer.

—Es posible—contestó ésta secamente.

—En ese caso—siguió diciendo—mi triunfo es completo.

—No tanto—replicó Román—porque de todas maneras, atendiendo á la estación en que nos encontramos, no pasará la tempestad de ser una ligera nube de verano.

La señora de Montfort tosió, como si hubiera querido desembarazar su garganta de algún nudo repentinamente formado.

Entonces la revoltosa viuda se volvió hacia su primer contrincante, que, dudoso de lo que debía creer, sondeaba desde la ventana las profundidades del cielo, buscando en la serena tranquilidad de la naturaleza algún anuncio, algún indicio de la tempestad de que se trataba.

Se volvió, pues, hacia él, y le dijo con aire triunfante:

—Vamos..... ¿está usted convencido?

—Señora—replicó—es posible, y no me atreveré yo á jurar lo contrario, que dentro de una hora tengamos sobre nuestras cabezas la más deshecha tormenta; pero la verdad es que el cielo guarda tan sigilosamente el secreto de la catástrofe que nos prepara, que no veo en él señal ninguna que le advierta.

—En ese caso—insistió ella—me veo en la necesidad de declarar que está usted ciego.

Y dando media vuelta, se asió con encantador aturdimiento al poderoso brazo de Román, como si buscara un refugio bajo el amparo de su gigantesca persona.

Un ligero murmullo de aprobación circuló por la concurrencia, celebrando la gracia de sus movimientos y la viveza de su genio, á lo cual contestó con esa lenta inclinación de cabeza con que las grandes y las pequeñas actrices recogen los aplausos de los espectadores.

Al mismo tiempo dijo:

—El ayudante del general Montfort me protege.

Pronunció estas palabras, dando á su acento y á su fisonomía una expresión sumamente picaresca, que no se escapó á la perspicacia de muchos de los circunstantes, pues el murmullo se convirtió en risas.

En efecto: el Hércules que tenemos en escena era ayudante del general Montfort; su nombre era Román; pero la viuda se complacía con frecuencia en designarlo con el título de su empleo, y lo

hacía siempre con cierto énfasis, marcando especialmente la palabra *ayudante*.

Este capricho constituía en ella una gracia generalmente admitida, pues rara vez dejaba de excitar la sonrisa en los que la oían.

El ayudante del general Montfort quiso también contribuir por su parte al éxito; mas alguna reflexión súbita debió contenerlo, helando la sonrisa en su boca.

Por lo que hace á la generala, aunque imperceptiblemente, frunció el entrecejo y se mordió los labios.

Asida al brazo del ayudante, la movible viuda comenzó á pasearse á lo largo del salón, entablando con su compañero de paseo un diálogo animado, íntimo, en voz muy baja, dejando oir únicamente medias palabras, como si quisiera tentar la atención de los más curiosos, dejándoles coger algunos cabos sueltos de la conversación, que, digámoslo así, llevaba entre manos.

Estaba en escena, y los circunstantes seguían sus movimientos y sus palabras con el mismo interés con que en el teatro seguimos los accidentes de la comedia que se representa á nuestros ojos; y hablando entre sí, decían:

—¡Oh, es una mujer deliciosa!

—Un verdadero diablillo.

—Se ha empeñado en que haya tempestad.

—Y va á conseguirlo.

—La generala la mira de reojo.

—¡Ya lo creo!

—Román está en un potro.

—Ya..... es la víctima.

—¡Silencio!.....—exclamó de pronto, deteniéndose en medio del salón.—¿No oyen ustedes?

Todos guardaron silencio, abriendo los oídos de par en par, y hasta enmudeció la voz del piano en medio de una difícil *fermata*.

Pero nada se oía.

—¿Qué es ello?—le preguntaron.

—Un trueno—contestó.

—¡Un trueno!

—Sin duda. Lejano..... muy lejano; pero trueno,

Diciendo esto, abandonó el brazo del ayudante, y se dirigió á la ventana, aplicando el oído.

—¡Otro!—dijo.

En efecto: se distinguía confusamente un rumor lejano, interrumpido de vez en cuando.

—No es trueno (advirtió uno de los que escuchaban): son ráfagas de aire.

—Será el ruido del mar—dijo otro—que suele oirse á largas distancias en el silencio de la noche cuando el viento viene de la costa.

—Si en este país hubiera inundaciones—añadió un tercero—creería que algún río había salido de madre; porque el ruido que oigo se parece al que produce un torrente.

—¡Ah!—exclamó una señorita realmente asustada.—¡Si será un terremoto!

—Tampoco es posible—le contestaron—porque en estos valles no se experimentan esos sacudimientos de la tierra. Además, un terremoto tan

repetido nos habría sepultado ya bajo estos montes que nos rodean; y, en honor á la verdad, nada se mueve á nuestro alrededor.

El rumor proseguía, interrumpido por desiguales intervalos, y proseguía dejándose oir cada vez más próximo, más distinto y más pavoroso.

—¡Ea!—dijo la impaciente viuda.—Esto no puede ser más que truenos lejanos, el rumor de la tempestad que se acerca..... ¿Oyen ustedes ahora?..... Me parece que bien distintamente se oye.

La mayor parte de los que se hallaban en el salón se habían agrupado delante de la ventana, y escuchaban atentamente, sin saber á qué atribuir aquel rumor intermitente y profundo que iba y venía, acercándose siempre.

El que primero había sostenido la imposibilidad de una tempestad estando el cielo sereno y la atmósfera tranquila, era el que más atentamente escuchaba, porque estaba hasta cierto punto interesado su amor propio en que aquella noche, por lo menos, no se turbara la serenidad del cielo ni la tranquilidad de la atmósfera. Así es que, antes que ninguno, percibió una circunstancia que determinaba de una manera inequívoca la verdadera causa de aquel rumor pavoroso.

Entonces exclamó con convicción profunda:

—Señores: no es la tempestad que se acerca, ni el estrépito del mar que llega, á pesar de la distancia; ni es un terremoto que ruge, ni un torrente que se despeña; ni siquiera es el viento que brama en las cimas de los montes: no es nada de eso.

—¿Por qué?—le preguntaron.

—Por una razón muy sencilla—contestó.—Porque no hay noticia en el mundo de que las tempestades, ni las olas del mar, ni los terremotos, ni los torrentes, ni los huracanes paseen su furor por la tierra adornados con collares de cascabeles.

Dijo, y dió una vuelta sobre sí mismo, con la arrogancia del que acaba de aniquilar á su contrario por medio de un golpe maestro.

El rumor, que se dejó oir más claramente, confirmó sus palabras, y hasta la viuda reconoció la evidencia del caso, diciendo:

—Hemos sido muy torpes. La tempestad, el torrente, el terremoto y el huracán, quedan reducidos al rumor de un coche que pasa por el camino. Creo que pueden ustedes tranquilizarse, aunque, por otra parte, reconozco que había motivo para atemorizarse, porque no se puede negar que el trueno que nos ha puesto en alarma es un trueno de campanillas.

Alguno hubo que quiso disculpar su torpeza, y dijo:

—Un coche á estas horas no deja de ser un suceso extraordinario; hace una hora que pasó el correo, que es el único, ó por lo menos el último coche que pasa por este camino; nuestras dudas son, por consiguiente, muy disculpables.

Nada hubo que oponer á esta observación, y todos guardaron silencio.

II

LA SILLA DE POSTA

EL ruido del coche cesó repentinamente en el momento en que más próximo sonaba; señal de que se había detenido en la puerta del establecimiento, y era claro que traía una nueva remesa de enfermos.

Probablemente estos viajeros no habrían encontrado asientos en el coche-correo de Zumárraga, y habían tenido que valerse de un coche, digámoslo así, extraordinario para llegar aquella misma noche á los baños de Cestona.

Semejante observación explicaba perfectamente la llegada de aquel coche inusitado; mas es el caso que tropezaba con una dificultad muy atendible, que uno de los que allí se hallaban expuso en los términos siguientes:

—Los viajeros que, al parecer, acaban de llegar, han debido encontrar asientos en el coche-correo, porque yo lo he visto pasar, y venía vacío.

En aquel momento apareció en la puerta del salón un joven de fisonomía expresiva y sueltos modales, en cuyo aspecto se advertía desde luego esa cordial franqueza que, por lo común, llevan siempre consigo los seres dichosos.

Á primera vista se advertía en él esa satisfacción íntima del que ha encontrado la paz de una dicha tranquila é inalterable; parecía, por lo menos, y perdóneseme lo raro del caso, un hombre contento con su suerte.

No era ciertamente un ser satisfecho de los encantos de su persona, ni de los atractivos de su talento; no había en él apariencia alguna de poseer un espíritu reflexivo; no tenía traza ninguna de ser ni filósofo, ni poeta. Lo que no podía dudarse desde el momento en que se le veía, es que era un hombre dichoso.

La movilidad de su fisonomía indicaba cierta vehemencia más ó menos pasajera en sus sentimientos y en sus ideas, y la impetuosidad que se advertía en su carácter dejaba traslucir que aquella máquina, puesta una vez en movimiento, sería difícil detenerla.

La parte de niño que hay en todo hombre estaba en él aumentada, es decir, que había conservado el aturdimiento de los pocos años, sin dejar por eso de ser un hombre hecho y derecho.

Juzgándolo por las ligerezas de su carácter y

por las impetuosidades de su genio, podía tomársele por un calavera incapaz de pensar seriamente sobre ninguna cosa de este mundo; mas sus locuras permanecían ignoradas; no se contaba de él ningún desatino extraordinario; antes bien se tenía por cosa averiguada que vivía muy juiciosamente.

Semejante al pájaro encerrado en la jaula, se movía sin descanso, aleteaba mucho, como si de esta manera quisiera demostrar la alegría de verse encerrado.

Su presencia en el salón fué agradablemente acogida, y varias voces exclamaron al verlo:

—Señores..... aquí está el Vecino.

El Vecino se conoce que estaba acostumbrado á estos recibimientos, pues á su vez dijo, saludando á derecha é izquierda con cómico desembarazo:

—El Vecino, señores.....; el Vecino, y en una pieza.....: cosa que causará á ustedes admiración cuando sepan que he estado á punto de romperme un brazo ó una pierna.

Estas palabras, pronunciadas en voz alta, atrajeron hacia su persona toda la atención de los circunstantes.

La señora de Montfort tuvo la amable condescencia de sonreirse, y con un acento valenciano que hacía más desabrida la displicencia natural de su carácter, exclamó:

—¡Ah!..... Hubiera sido una desgracia.

—Sin duda—contestó el Vecino;—pero en

cambio habría tenido el gusto de sorprender á ustedes, entrando aquí con una pierna ó con un brazo en la mano.

—Nuestro Vecino—dijo la viuda—venía, por lo visto, en el coche que acaba de detenerse, y ¡claro está! ha volcado.

Una muestra de general asentimiento dió á entender á la viuda que todos eran de su parecer: solamente la generala se opuso, diciendo:

—¡Oh!..... Hay muchas maneras de romperse un brazo.

—Innumerables—añadió la otra:—pero la más segura de todas es la de un vuelco, y nuestro Vecino no puede ocultar que ha pasado por esa contingencia. Vean ustedes el desorden de su vestido.

Y como si quisiera comprobar la exactitud de estas palabras, el Vecino mostraba en su vestido y aun en su persona las señales evidentes de una gran caída.

—En efecto—dijo:—he caído sin poder evitarlo, y han pasado sobre mí cuatro caballos y cuatro ruedas.

—¡Qué barbaridad!—exclamaron algunas voces.

—¡Pero eso es imposible!—replicaron otras.

—¡Imposible!..... ¿Por qué?—preguntó, poco satisfecho de que se pusieran en duda sus palabras.

—Porque parece increíble—le contestaron—que pasen cuatro caballos y cuatro ruedas por encima de un hombre sin hacerle lesión ninguna.

—Pues yo lo aseguro—insistió;—y sostengo

que no hay en todo mi cuerpo ni el más ligero rasguño. Si tuviera algún miembro roto, aseguro á ustedes que no incurriría en la impertinencia de ocultarlo.

Al ayudante del general Montfort le pareció increíble el caso, y midiéndolo de pies á cabeza desde la formidable altura de su gigantesca persona, dijo:

—Bien: convengamos en que han pasado por encima de su cuerpo cuatro caballos y cuatro ruedas sin causarle lesión ninguna. No hemos de poner en duda la veracidad de sus palabras por tan poca cosa; pero convengamos al mismo tiempo en que parece inexplicable cómo puede pasar un coche que vuelca por encima de la persona que va dentro.

Dicho esto, miró á su alrededor, satisfecho de sí mismo, mientras el Vecino, haciendo un gesto bastante expresivo, replicó diciendo:

—Muy bien..... Aplaudan ustedes la finura de esa observación, porque lo merece. Yo mismo, víctima de la ironía que encierra, me encuentro dispuesto á celebrarla, y sólo tengo que oponer dos razones insignificantes. Primera: que el coche no ha volcado. Segunda: que yo no iba dentro del coche.

Esta réplica hizo reir á los circunstantes, sobre todo á la señora de Montfort, que la celebró con ruidosas carcajadas, acerca de cuya espontaneidad podía haber diversos pareceres.

—¡Oh, qué gracia!—exclamó.—Han quedado

ustedes lucidos..... Vecino, lo que usted dice no tiene vuelta de hoja.

El ayudante del General se mordió los labios, y alguna palabra dura quiso salir de su boca; mas la generala lo impidió, pues se interpuso, diciendo:

—Es usted el alma de nuestra tertulia. Esta noche nos aburríamos soberanamente. Yo, por mi parte, puedo asegurar que hasta he dormido. La Marquesa, á pesar de sus dolencias y de su luto, ha hecho esfuerzos inauditos por distraernos, sin poder conseguirlo: estábamos en el colmo del fastidio. El correo ha venido sin traernos ninguna noticia de interés, ningún suceso de importancia. Pero llega usted, amigo mío, como suele, con alguna novedad extraordinaria, ó á lo menos inesperada, digna de llamar nuestra atención, y así es que ha bastado su presencia para ponernos á todos en movimiento.

Esta vez fué la viuda la que se mordió los labios, porque, como ya habremos comprendido, á ella se dirigía la generala, distinguiéndola con el título de Marquesa, que disfrutaba como un recuerdo de su difunto marido.

Como hemos podido observar, la marquesa poseía un buen humor á toda prueba; se había propuesto pasar la vida de la mejor manera posible, y con todo se divertía y de todo sacaba partido. Sus ojos, cuya mirada no dejaba de ser escudriñadora, tenían la facultad de ver todas las cosas por el lado risible. Consolándose á sí misma de la

muerte del difunto marqués, decía: «A lo menos, no se dirá que le he dado el sentimiento de morirme antes.» Era, pues, una de esas mujeres de las que se dice que son capaces de reirse de un entierro.

Este buen humor, que probablemente conservará toda su vida, formaba singular contraste con el aspecto de su persona, pues la palidez enfermiza de sus mejillas no era señal de una salud excelente; antes bien dejaba traslucir que aquella naturaleza se hallaba malhumorada.

Todas las miradas se volvieron hacia ella, porque las palabras de la señora de Montfort, dichas, si es posible explicarme así, con amable aspereza, exigían una respuesta aguda, una salida ingeniosa, que hiciera reir á los circunstantes á costa de la arrogante generala. Mas el ingenio no es una facultad que se tiene siempre á la mano; falta muchas veces, quizá cuando más necesario es, y la marquesa se encontró sin la respuesta digna de la ocasión y de las circunstancias; mas no era mujer que se dejaba dominar fácilmente, y aplazando para coyuntura más favorable un justo desquite, guiñó graciosamente el ojo derecho, como si se hiciera á sí misma una señal de inteligencia, y después, dirigiéndose al Vecino, le dijo:

—Nuestros esfuerzos han sido inútiles para sacar á la señora de Montfort de la preocupación que esta noche la domina; usted, más dichoso, ha conseguido disipar su fastidio. Ahora, siéntese usted, y cuéntenos todos los pormenores de tan raro suceso.

—Aquí—gritó la generala, señalando al Vecino un sitio en el sofá junto á ella;—aquí estará usted más cómodo, porque esas sillas son infernales, y esas butacas insoportables.

El Vecino se inclinó cortésmente y fué á sentarse en el sofá junto á la generala.

—No deja de ser singular—dijo—lo que me ha sucedido.

—Veamos.

—Después de todo—siguió diciendo—no tiene nada de particular: á cualquiera habría podido ocurrirle.

—Á cualquiera—advirtió la generala—que tenga la cabeza tan ligera como usted; porque de seguro se trata de alguna locura.

—Es posible, señora, porque no debo ocultar que, al fin y al cabo, una pasión me ha conducido al terrible extremo en que me he visto.

—¡Una pasión!—exclamaron algunas señoras sorprendidas.

—Sin duda—añadió;—pero no hay motivo para alarmarse; pues no se trata ni de una pasión desesperada, ni de una pasión culpable.

—¡Hola!—dijo el ayudante del general Montfort.—La tragedia del coche se va á convertir en idilio.

—¿Acaso no hay en el mundo más amor que el que nos inspiran las mujeres? No negaré que en el fondo de mi aventura hay una mujer, y en todo ello muchas mujeres; mas el amor de que se trata es un amor inocente..... Es el amor al arte.

—Explíquese usted—dijo la marquesa—si es que tiene el propósito formal de que lo entendamos.

—Voy á explicarme: hay quien admira las obras maestras que salen de las manos de los hombres; obras al fin incompletas, puesto que les falta el *quid divinum* de la vida, que el genio del hombre no puede infundirles. Yo profeso la opinión de que el arte está en la naturaleza, y en ella busco las obras supremas del arte; y en punto á escultura, que es mi ramo predilecto, he preferido siempre las estatuas de carne y hueso que andan por el mundo, á las estatuas de mármol y de bronce que adornan los salones y los jardines.

Al terminar el Vecino la exposición de esta teoría, la señora de Montfort se irguió gallardamente, y él prosiguió diciendo:

—Cerca de aquí hay dos museos. ¿No han pasado ustedes por Azpeitia?..... ¿No se han detenido algunos instantes en Azcoitia?..... Pues bien: estos dos pueblos tienen fama de poseer magníficas esculturas.

Ninguno de los circunstantes tenía noticia de que los pueblos citados fuesen famosos por sus obras de arte; así es que lo nuevo del caso produjo un murmullo de incredulidad.

—Quiero decir—añadió—que en Azpeitia y Azcoitia se crían mujeres hermosas, dignas por su belleza de la más remota antigüedad.

—Hasta ahora—advirtió la marquesa—esa fama la tenían conquistada las mujeres de Andalucía.

—Cierta gracia—replicó la generala—es lo que se les concede á las mujeres andaluzas; pero la verdadera belleza se encuentra, sin disputa, en el reino de Valencia.

Miró el Vecino alternativamente á la señora del general Montfort y á la viuda del Marqués, y dijo:

—Sería difícil, señoras, resolver la cuestión que ustedes suscitan; pero en realidad no se trata ahora de esos preciosos tipos que podemos llamar modernos, porque su antigüedad sólo se remonta á la invasión árabe. Yo hablo de un modelo de belleza más antiguo, tan antiguo por lo menos como la lengua que se habla en estas montañas. Mi amor al arte vivo, al arte de la naturaleza, me sugirió la idea de una expedición artística á los pueblos de Azpeitia y Azcoitia, famosos por la hermosura de sus mujeres. Allí, pensé yo, voy á encontrar la belleza humana como debió salir del arca de Noé.

—¡Diablo!—exclamó uno de los jugadores de tresillo.—Eso constituiría una verdadera belleza arqueológica.

—Sin duda—replicó vivamente el Vecino.—Un tipo primitivo, casi antediluviano, perfectamente conservado en la tranquila soledad de estos valles.

—Esto es curioso—advirtió el ayudante del general Montfort.—Me parece que nos vamos á encontrar manos á boca con alguna hermosura fósil.

Esta observación produjo alguna hilaridad, éxito que la generala cortó, diciendo:

—Siga usted, amigo mío. Quedan prohibidas

las interrupciones, porque todo lo que está usted diciendo es muy original y muy interesante.

—Prosigo, pues. Esta mañana al amanecer emprendí mi expedición á pie, como un artista, á los pueblos de Azpeitia y Azcoitia, y en uno y en otro he pasado el día estudiando el tipo de la mujer antigua, de la mujer de los Patriarcas. Allí he visto á Sara, á Raquel, á Rebeca, en su sencillez, y en su belleza, y en sus costumbres.

—Entonces quiere decir—indicó la marquesa—que ha hecho un viaje á la Mesopotamia.

—Ni más ni menos—contestó el Vecino muy formalmente; y siguió diciendo:—Mucho después de obscurecer di por terminada mi expedición, y me dispuse á tomar la vuelta; mas, en honor de la verdad, me sentía cansado, y hubiera preferido el traqueteo de un coche á volverme á pie: así es que decidí esperar al correo para venirme á Cestona; pero el correo había pasado ya. Me encogí de hombros, como el hombre que se resigna con su suerte, y me dispuse á tomar el camino. En aquel momento sentí el estrépito de un coche, y me esperé, seguro de encontrar en él un asiento que me hiciera menos largo el camino. A los pocos instantes el coche llegó, y se detuvo delante de mí, como si el cochero que lo dirigía hubiera adivinado mi deseo, cosa que me pareció muy natural, si se atiende á que mi traje y mi aspecto indicaban bien claramente mi calidad de viajero.

El coche quedó parado, y el cochero inmóvil en el pescante. Me dirigí á él, y le dije: «Un asiento.»

Me miró de alto abajo con cierta estúpida insolencia, y no se dignó contestarme ni una palabra..... «¡Eh!.....» volví á gritarle..... «¿Es usted sordo?..... Necesito un asiento para Cestona.» Contestóme con la misma insolencia y con el mismo silencio. El bribón se había propuesto burlarse de mí. Apreté los puños, alzándolos sobre mi cabeza para darle á entender que era muy capaz de descargarlos sobre sus espaldas; mas si yo le enseñé los puños, él me enseñó los dientes, dejándome ver una sonrisa soberanamente imbécil, y antes de que yo pudiera realizar mi amenaza, agitó las riendas y puso los caballos al galope. Me lancé sobre el coche, y de un salto me puse sobre el estribo.

—¡Qué locura!.....—exclamó la señora del general Montfort.

—No es una manera de viajar muy cómoda..... —dijo la marquesa.

—Pero en cambio—añadió Román—es la manera más barata que se conoce.

—Mi propósito al asaltar el estribo del coche fué seguir al cochero hasta el fin del mundo, para enseñarle los inconvenientes que suele tener la imbecilidad.

—¡Qué disparate!..... ¿Se proponía usted pedirle una satisfacción?

—No, señora marquesa; mi propósito era más modesto. Pretendía únicamente descargar dos veces, primero uno y luego otro, sobre la cabeza del imbécil, los dos puños perfectamente cerrados.

—¡Andar á cachetes con un cochero!.....

—¿Por qué no?

—¡Es muy natural!—advirtió el ayudante.—El que viaja en el estribo de un coche bien puede andar á cachetes con el cochero.

—Sin duda—insistió el Vecino.—Ante ninguna consideración humana renunciaría al placer de castigar una insolencia.

Ambos interlocutores se miraron fijamente, y los más perspicaces pudieron sospechar que no estaban muy contentos el uno del otro.

La generala dijo:

—Siga usted su cuento, y no haga caso de las interrupciones.

—El coche rodaba impetuoso por el camino, arrastrado por cuatro caballos, que galopaban á compás, como si los cuatro no fueran más que uno. La incomodidad de la posición en que iba aumentaba mi cólera de tal modo, que me complacía en ir sucesivamente aumentando el número de puñadas que habían de caer sobre la cabeza del cochero. Me ocurrió la idea de abrir la portezuela y tomar asiento dentro del coche; mas pronto advertí que la posición en que iba me lo impedía, y comprendí, no sin terror, que si la portezuela llegaba á abrirse rodaría sin remedio por el camino. Entonces, con mis manos fuertemente asidas á la llave para poder conservarme de pie sobre el estribo, la sujeté para que no pudiera abrirse. No me ocurrió ni por un instante la idea de abandonar mi propósito; pero además habría sido inútil, porque los caballos corrían cada vez con más vio-

lencia, y concebí el proyecto de meterme por el ventanillo que delante de mí tenía cerrado por una persiana. Hasta entonces no había reparado en que el coche no era de los que ordinariamente van y vienen de Zumárraga á Zarauz y á Cestona; era una silla de posta perfectamente cerrada, dentro de la que no se advertía ruido alguno; ó iba vacía, ó los viajeros que la ocupaban dormían á pierna suelta, ó iban muertos. Indudablemente era un coche particular, en el que viajaba algún gran personaje. Esta reflexión detuvo mi mano en el momento en que iba á descorrer la persiana. En esto los caballos hicieron alto, y yo salté del estribo y fuí resueltamente á colocarme delante de los caballos. El cochero pareció asombrado de mi presencia, y yo le dije: «Ahora veremos si es usted tan duro de puños como de cascos.» No me contestó ni una palabra, pero miró á un lado y á otro con ademán indeciso. «Supongo, añadí, que no me obligará usted á que le ayude á bajar del pescante.» Al acabar yo de pronunciar estas palabras, la persiana del testero de la silla se descorrió de golpe, y una voz imperiosa, fina, aguda é irritada, gritó: «¡Eh... *allons... allons!*» Este grito produjo en el cochero el efecto de un resorte, pues tendió la fusta, la hizo crujir con violencia sobre las cabezas de los caballos, y la silla de posta partió como un rayo; yo sentí un empuje irresistible que me hizo caer de espaldas, y los cuatro caballos y la silla de posta pasaron sobre mí como un torbellino.

III

EL VECINO

AUNQUE la víctima bárbaramente atropellada por los caballos y por la silla de posta se hallaba allí sana y salva, sin embargo, la parte más nerviosa del auditorio no pudo contener un movimiento de horror, y hasta hubo quien cerró fuertemente los ojos por no ver el horrible espectáculo que debe ofrecer un cuerpo humano sobre el que pasan nada menos que cuatro caballos y una silla de posta.

El Vecino paseó la mirada por el corro que lo rodeaba, saboreando la satisfacción de haber conmovido tan vivamente á su auditorio; y aunque descubrió en la boca del ayudante del general Montfort una sonrisa de desdeñosa incredulidad, se encogió de hombros, y siguió diciendo:

—Me creí muerto, completamente muerto; destrozado por los cascos de los caballos, y despedazado por las ruedas del coche. En honor de la verdad, no sentía dolor ninguno, y sólo experimentaba un vago atolondramiento, que me impedía moverme; me pareció que había perdido la conciencia de mi ser, y experimentaba una sensación vaga é inexplicable, indudablemente la que debemos experimentar en el momento en que el alma se separa del cuerpo; yo me sentía como separado de mí mismo, y hubo un instante en que creí que había pasado á mejor vida. Todo pasó como una centella.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó la marquesa.—¿Si estaremos hablando con un cadáver?

—Juro—contestó el Vecino—que no he muerto: los caballos pasaron sobre mí sin tocarme, y las ruedas del coche han respetado mi vida.

—¿Y cómo cayó usted en la cuenta de que estaba vivo?—preguntó la generala.

—Levantándome—contestó.—El ruido del coche que se alejaba despertó en mí la cólera adormecida por el golpe, y me lancé en furiosa carrera, empeñado en alcanzarlo. Mi ira había cambiado de dirección; ya no era el cochero el objeto de mi rencor; lo que encendía mi sangre era el recuerdo de aquella voz fina, aguda é imperiosa que desde el fondo de la silla de posta había gritado: *Allons allons*. Aquella voz se había clavado en mi oído como un puñal, lanzando sobre mí los caballos; el timbre de esta voz me decía claramente que

había salido de la boca de una mujer, de una mujer joven; más aún: de una mujer hermosa; y esta circunstancia aumentaba la cólera de que me hallaba poseído.

—Esto es más original—dijo el ayudante del general Montfort.—Al fin y al cabo, andar á cachetes con un cochero, no es cosa enteramente nueva; pero no sé cómo se llega á las manos con una mujer; y me parece que sería bastante difícil encontrar testigos para ese lance.

Al oir el Vecino esta observación, se rascó la cabeza con ademán impaciente, y replicó diciendo:

—Rara es la mujer que no tiene un marido, un hermano, un amante ó un amigo que responda de sus acciones y de sus palabras.

—Sin duda—advirtió el ayudante.—Y tratándose de una mujer joven y hermosa, y que viaja en silla de posta, no faltaría quien se encargara de dar por ella cuantas satisfacciones se le pidiesen.

—Eso es—dijo el Vecino.—Eso mismo pensaba yo mientras corría detrás del coche, que huía á todo escape.

—Yo—insistió el corpulento Román—tomo desde ahora su causa bajo mi protección.

—¡Hola!—exclamó el Vecino.—¿Quiere usted que confesemos que Dulcinea del Toboso es el modelo más acabado de belleza que puede presentarse á la admiración de los hombres?..... Es posible que estas señoras no convengan en ello

tan fácilmente; mas, por lo que á mí hace, no encuentro ninguna dificultad en confesarlo.

—No me propongo sostener la supremacía de su belleza: lo único que pretendo es advertir que no hay ofensa ninguna en que mandara á su cochero seguir adelante.

—Muy bien; pero es el caso que la silla de posta no podía seguir adelante sin atropellarme.

—Esas son las contingencias á que se expone el que se empeña en detener un coche en medio del camino, sin más autoridad que la de su persona.

—Enhorabuena—replicó;—pero yo seguí á todo correr al coche que delante de mí huía, y lo alcancé.

—¡Jesús!—exclamó la marquesa. Es usted un hombre prodigioso.

—Á lo menos—añadió la generala—sabe entretenernos con la narración de sus aventuras.

—Pues es lástima—advirtió la marquesa—que no haya hecho algún viaje al centro del África; porque si cosas tan raras le suceden á dos dedos de los baños de Cestona, ¡qué estupendas maravillas no nos contaría de esos países desconocidos!

—Señores—preguntó;—¿es acaso increíble que un coche pase por encima de un hombre sin causarle lesión alguna? ¿No hay bastante espacio entre caballo y caballo, y entre rueda y rueda, para salir ileso?

—¡Es muy posible!—gritó el general Montfort desde su asiento.—Yo he visto á un artillero salir

sin novedad por debajo de una pieza de á ocho, después de haber caído delante de los mulos que arrastraban la cureña.

—En la guerra—dijo uno de los presentes—suceden cosas extraordinarias; pero en sana paz.....

—No había tal guerra—gritó de nuevo el general:—fué en una parada.

La joven que se hallaba delante del piano, y que había suspendido la ejecución de una melodía de Mozart, tomó parte en la conversación, diciendo:

—Es raro eso; pero al fin es creíble; mas ¿cómo es posible que un hombre alcance á un coche que lleva cuatro caballos? El Vecino nos quiere comulgar con ruedas de molino.

—Para el caso de que se trata—advirtió la generala—lo mismo corre un caballo que cuatro.

—Es indiferente ese pormenor—dijo el Vecino; —porque yo habría alcanzado á la silla de posta aunque hubiera llevado un escuadrón de caballos. Ya veo que no dan ustedes crédito á mis palabras, y voy á confundir su incredulidad.

—¡Veamos!—exclamaron todos.

—El sitio de la catástrofe está á doscientos pasos de la casa; cuando me levanté de mi mortal caída, la silla de posta me llevaba lo menos cien pasos de delantera, y confieso que si hubiera seguido el camino, me habría sido imposible alcanzarla; pero es el caso que se detuvo á la puerta del establecimiento, y ahí la he alcanzado.

Realmente no había nada que replicar, y todos guardaron silencio.

Él prosiguió:

—Cuando el cochero me vió aparecer por segunda vez, me miró con ojos espantados, como si tuviera delante un alma del otro mundo. Yo apreté los puños para lanzarlos sobre su cabeza; pero me contuve ansioso de otra reparación más cumplida. Esperaba ver salir del coche algún gigante á quien pedirle cuenta de tan bárbaro atropello.

La palabra gigante produjo dos efectos contrarios; pues mientras el ayudante del general Montfort fruncía el entrecejo, la generala prorrumpió en una ruidosa carcajada.

El Vecino, indiferente al parecer á ambas demostraciones, siguió diciendo:

—Se abrió la portezuela del coche, y apareció en ella una falda que saltó, poniéndose en el suelo de un brinco, dejando ver un cuerpo, si no precisamente gracioso, á lo menos suelto y ágil, sobre el que se movía una cabeza de mujer, en la cual no advertí esa distinción, esa superioridad que debemos suponer en las personas que, por su fortuna ó por su rango, viajan en silla de posta. Una vez en tierra, tendió la mano á otra persona que se disponía á salir del coche. Esta persona alzó ligeramente la falda de su vestido para apoyar el pie en el estribo, y declaro que en este momento mis ojos se abrieron de par en par, porque me parece que no he visto en mi vida un pie más pequeño, más atrevido ni más graciosamente calzado, y levanté los ojos en busca del semblante,

seguro de encontrar en él una tez morena, dos ojos negros grandes y altivos, un rostro, en fin, meridional, porque pies como el que yo había visto sólo se usan en el Mediodía de España.

La marquesa hizo un movimiento indiferente, y con la mayor naturalidad del mundo descubrió parte de una preciosa bota, haciéndola asomar bajo la graciosa falda de su vestido.

—Pero, señores—siguió diciendo—me llevé un solemne chasco.

—¿Acaso era fea?—preguntó uno.

—Sin duda—añadió la generala:—buscando el semblante de una mujer, se encontró usted con la cara de una niña.

—Más bien me parece á mí.....—advirtió otro—que ha debido encontrarse con el semblante arrugado de algún vejestorio. Estos chascos son muy frecuentes.

—Pues, señor—replicó el Vecino—no dan ustedes pie con bola: no es fea, ni es una niña, ni es una vieja.

—¿Pues qué es?.....—preguntaron.

—Es—contestó—rubia, rubia como el oro, soberbiamente rubia. Bajo el ligero sombrero de viaje, que, digámoslo así, cubría su cabeza airosamente echado sobre la frente, caían en profusión airosamente magníficos rizos, que brillaban sobre las ráfagas azules del abrigo que cubría sus hombros, como los rayos del sol cuando amanece. Si la aurora tiene semblante, cosa que no se halla aún averiguada, tengan ustedes por seguro que el

semblante de la aurora es el que yo he visto al través de la gasa que caía de su sombrero.

La generala le interrumpió, diciendo:

—Poco á poco, amigo mío: de noche y detrás de un velo, todas las mujeres parecen hermosas.

—Convengo en ello; mas no se puede negar que es prodigiosamente rubia y que mira al través de dos ojos azules como el cielo.

—Tampoco—añadió la marquesa—es la belleza patrimonio exclusivo de las rubias.

—Ciertamente—replicó el Vecino;—pero sea el que quiera el mérito artístico de su semblante, puedo asegurar que posee un talle digno de la escultura antigua. Apenas sus menudos pies pisaron la tierra, echó sobre su hombro el embozo del abrigo, y con toda la majestad de una reina entró en el establecimiento. Nadie más salió de la silla de posta.

—Me alegro—dijo la marquesa;—porque hubiera usted sido capaz de darnos el espectáculo de un desafío.

—Es sensible, sin embargo—añadió el ayudante;—porque á estas horas el pobre cochero no tendrá hueso sano.

—No—contestó el Vecino;—porque al dirigirme á él se quitó el sombrero y se encogió de hombros, diciendo: «La Señora.....—¿Y qué tengo yo que ver con la señora?—le pregunté.—¡Oh! es terrible—me contestó:—lo que manda hay que hacerlo al instante.—¿Aunque vaya en ello la vida de un hombre?—¡Un hombre!—exclamó.—Á la se-

ñora, ¿qué le importa un hombre?» Estas excusas me dejaron satisfecho, y por lo mismo que parecía dispuesto á recibir de mis manos unas cuantas puñadas, no tuve empeño en aplicárselas; además, deduje de sus palabras que la señora es un ser raro, cuya fiereza de carácter merece particular estudio. Por lo visto, viene á tomar las aguas de estos baños; la tendremos aquí algunos días, y veremos si en efecto es tan fiero el león como lo pintan.

—¡Bah!—exclamó la generala con altanero desdén.

—Sin embargo—añadió la marquesa;—todas las circunstancias deben hacernos creer que es una mujer extraordinaria: en primer lugar, viaja en silla de posta; en segundo lugar, es rubia como el oro y posee unos pies increíbles; en tercer lugar, hace echar sus caballos sobre el primer transeunte que se le pone delante. ¿Es poco esto?..... Pues añadan ustedes que tiene un cochero decididamente imbécil. Por último: confesemos que su presencia nos ha sido anunciada de un modo fantástico; no hace mucho tiempo que el ruido de su silla de posta nos ha tenido aterrados: parecía el anuncio pavoroso de alguna catástrofe.

Estas palabras hicieron sonreir á los circunstantes, y una voz casi de niña preguntó:

—¿Se sabe quién es?

El Vecino se encogió de hombros contestando:

—Conozco á todas las mujeres notables de la buena sociedad, y no es ninguna..... Es una mujer desconocida.

—¿Y viaja sola?—preguntó otro.

—La primera que yo he visto salir del coche debe ser su doncella, y es la única persona que la acompaña.

Exceptuando los cuatro que jugaban al tresillo, todos los demás sintieron cierta curiosidad. ¿Quién podía ser?..... Se pasó revista á todas las mujeres conocidas por su fausto y por su belleza, por sus caprichos ó por sus locuras, y una á una fueron desechadas.

—No hay que calentarse la cabeza en vanas conjeturas—dijo el ayudante del general Montfort—porque pronto saldremos de dudas. ¿Creen ustedes que se acueste esta noche sin venir á presentarnos sus rizos rubios y sus ojos azules?

—No lo creo—contestó el Vecino—porque se ha encerrado en sus habitaciones, y yo mismo le he oído decir con voz fina, aguda é imperiosa: «Berta, quiero descansar.» Renunciemos, pues, por esta noche.

Diciendo esto, se levantó, y saludando de una vez á todos los presentes, salió del salón y poco después del establecimiento.

Al fin perdieron la esperanza de que la desconocida se dejase ver, y, primero unos y luego otros, fueron abandonando el salón; pero todos pasaron al retirarse por delante de las habitaciones que ocupaba, cuyas puertas cerradas sólo permitieron ver los reflejos de la luz que se escapaban por las junturas de las maderas.

La última que salió del salón fué la generala

que lo hizo apoyándose desdeñosamente en el brazo del ayudante, y diciéndole por lo bajo:

—Se equivoca usted, caballero, si cree que esto va á ser una ligera nube de verano.

En el mismo tono él le contestó:

—Señora, es una soberana ridiculez: la marquesa lo ha conocido, y se burla de nosotros.

—Y usted da pábulo á ello—replicó la generala apretando los dientes;—usted, que se complace en mostrarse con ella.....

Entretanto el general Montfort jugaba furiosamente al tresillo, empeñado en llevarse la doble *puesta* que había en el plato.

IV

LA VELADA

Si, como dice Balzac, los paisajes tienen ideas, el que se nos presenta al empezar este capítulo debe tener la tranquila idea de esa paz casi inefable que acompaña siempre á las conciencias en que no han penetrado la inquietud de las ambiciones ni el sordo pesar de los remordimientos.

Es un paisaje humilde, casi escondido en el pequeño valle que lo forma, sobre el que levantan los montes vecinos sus cimas solitarias, como si quisieran ocultarlo á las agitaciones del mundo.

Por lo más hondo del valle se desliza la ría silenciosa, con el sosiego de quien lleva por el mundo su conciencia tranquila, y, á las vagas clari-

dades de la noche, relampaguea el agua bajo la sombra de las montañas.

El viento suave de la noche susurra en las ramas de los castaños y en los vástagos de los manzanos, que apenas se mueven, agobiados por el peso del fruto que brilla bajo la obscuridad de las hojas.

De la misma manera susurra la corriente de la ría, como si el agua y el aire, poseídos del hondo sentimiento de la soledad, quisieran imponer silencio á la naturaleza.

El Vecino vuelve del establecimiento, donde pasa todos los días las primeras horas de la noche. Como ya hemos podido advertir, es un elemento indispensable en la sociedad de los bañistas. Las excentricidades de su carácter dan esta vez á los baños de Cestona una animación, que hace más agradable la vida de las gentes reunidas allí por habituales dolencias, que el uso medicinal de estas aguas hacen más llevaderas.

Los enfermos, digámoslo así, se divierten mucho con las singularidades que ofrece á su entretenimiento el carácter particular del Vecino, y, sobre todo, las enfermas no aciertan á pasarse sin la novedad continua de las raras aventuras que diariamente le ocurren, y cuyos relatos hacen las delicias de la concurrencia, porque el Vecino es un hombre que trasforma los más cómicos incidentes de su vida en verdaderos dramas y en terribles tragedias. La formalidad de sus palabras contrasta graciosamente con el aturdimiento de

sus acciones; y el hecho es que sus cosas obtienen un éxito completo.

Volvía, pues, del establecimiento, donde, como hemos visto en el capítulo anterior, había relatado la estupenda aventura de la silla de posta y de la mujer desconocida.

Sus pasos acompasados interrumpían el silencio de la noche, y de vez en cuando se detenía, volvía la cabeza, y contemplaba un momento la masa del edificio, que se dibujaba confusamente á su espalda sobre el lienzo obscuro de la montaña, dejándole ver esas ráfagas luminosas que se escapan de las ventanas mal cerradas cuando hay luz dentro de las habitaciones.

Entró en el pueblo, atravesó en toda su longitud la calle principal, salió de nuevo al camino que, dividiéndose poco después, conduce por la derecha á Zumaya y por la izquierda á Zarauz.

Dejó luego el camino, y bajó á la orilla de la ría; allí encontró el puente de piedra que abre paso á la opuesta ladera del valle, y bajo cuyos ojos ondulaba el manto del agua formando como una especie de jaspe luminoso.

No se detuvo á contemplar este silencioso espejo, donde á la vez se reflejaba la sombra del monte y la claridad del cielo.

Al llegar á la opuesta orilla miró al través de los árboles, y sus ojos se encontraron con un rayo de luz, que llegó hasta él serpenteando entre las ramas y deslizándose entre las hojas.

Entonces movió la cabeza sobre uno y otro

hombro, con aire poco satisfecho. Por lo visto no le era agradable aquella claridad, y Dios sabe qué vería al reflejo de aquella luz misteriosa, que escondida entre el follaje parecía esperarle.

Siguió adelante por una especie de alameda iluminada por la luz que antes he indicado, en cuyas ráfagas, atraídas por la claridad, volaban aturdidas las mariposas nocturnas.

Al fin de la alameda se levantaba un edificio, que era á la vez palacio y cabaña. Sobre el fornido arco de la anchurosa puerta ostentaba un escudo de piedra ennegrecido por el tiempo, que atestiguaba con irrecusable testimonio la antigüedad nobiliaria de aquella casa solariega.

Este aspecto feudal se veía desmentido con sólo dar una vuelta alrededor del edificio, pues por la parte posterior más tenía aspecto de granja que de castillo. Allí se hallaba el establo, y se veían descansando sobre sus toscas pértigas los carros, cuyas ruedas sin rayos rechinan horriblemente al rodar por aquellos caminos que suben y bajan por las faldas de los montes, ciñéndolos como cintas que se abren paso al través de los árboles, que les disputan la tierra.

El Vecino llegó á la puerta principal, y empujando suavemente una de sus hojas, entró en la casa, y casi á tientas comenzó á subir los anchos peldaños de una escalera de piedra que descendía majestuosamente entre dos muros sólidamente construídos.

Esta escalera no pasaba del primer piso, y salía,

digámoslo así, á recibirla una gran puerta, cuyas macizas maderas de roble tallado ostentaban, aunque ya bastante deterioradas, caprichosas molduras, que cualquier anticuario habría considerado como muy dignas de figurar en un museo de antigüedades.

La puerta se hallaba de par en par abierta; así es que el Vecino no tuvo necesidad de abrirla para penetrar en un salón de techo artesonado y de paredes desnudas, que aparecía confusamente iluminado por el resplandor que se escapaba de otra puerta, abierta en uno de los ángulos de este salón respetable y desmantelado.

Nadie salió al encuentro de nuestro hombre, que siguió su camino hasta penetrar en la habitación inmediata, por cuya puerta francamente abierta salía la claridad, que, como hemos dicho, iluminaba el salón artesonado.

La habitación inmediata era una especie de gabinete amueblado á la ligera.

Indudablemente debía servir á un mismo tiempo de comedor y de sala, porque los muebles indicaban á la vez este doble uso.

En medio de la estancia se veía una mesa redonda, cubierta con un tapete de hule, y en medio de la mesa se levantaba un quinqué de porcelana azul. Al tubo de cristal en que la luz se hallaba encerrada se ajustaba una pantalla verde, que, mitigando el resplandor de la llama, cubría la habitación de claridad y de sombra, como el sol cuando amanece entre nubes.

Sobre el tapete se hallaban esparcidos con cierto desorden pequeños líos de telas, cintas de algodón y de seda blancas como la nieve, azules y de color de rosa, puntillas de diversos dibujos y encajes de finísimo bordado. Se veían á la vez los moldes de papel que sirven para llevar las tijeras con mano segura por los tejidos de las telas, recortes que formaban las más caprichosas figuras, carretes con hilos y sedas, y, en fin, botones de nácar, corchetes y trencillas tejidas en máquina para guarnecer y adornar las costuras.

Imaginémonos la mesa de labor de una costurera afamada en los días de más urgente trabajo, cuando son muchas las obras y poco el tiempo, cuando es preciso cortar y coser sin descanso, y hay que robarle á la noche algunas horas para hacer más largo el día y más corta la tarea, y tendremos, como si dijéramos, el *fac simile* de esta especie de *obrador* que acabamos de descubrir siguiendo los pasos del Vecino.

En efecto: allí hay tela cortada para muchos días de trabajo; pero no se ven más que dos manos empleadas alternativamente en cortar y en coser, y, justo es decirlo, manos que ofrecen al estudio del arte una corrección admirable; manos blancas, finas, sonrosadas, de dedos afilados y de uñas de nácar, en las que se percibe con los ojos la suavidad, y que más parecen hechas para acariciar que para coser.

No tengo noticias de que en este siglo de las investigaciones se haya averiguado si se pueden

encontrar en las manos señales que indiquen el carácter, la índole, los gustos, las inclinaciones y las aptitudes. Cubí ha sorprendido el secreto de las protuberancias, y, estudiando las elevaciones y las depresiones de la cabeza humana, ha penetrado el misterio del carácter, del gusto, de la inclinación y de la aptitud, añadiendo al cúmulo de nuestros modernos conocimientos las adivinaciones de la ciencia nueva que llamamos frenología. Mas esta ciencia no ha llevado sus investigaciones más allá de las protuberancias de la cabeza.

Es muy antiguo el oficio de adivino. Entre los gitanos es frecuente encontrar todavía mujeres inspiradas, que saben leer en las rayas de nuestras manos la gloria ó los desastres de nuestros futuros destinos; mas estos oráculos de la superchería han caído, digámoslo así, derrotados por la ciencia de los frenólogos.

Á las viejas gitanas que leen la buenaventura en las palmas de las manos, han sucedido los nuevos sabios que leen en las asperezas exteriores de la cabeza los profundos misterios del alma humana.

Admiremos aquí uno de los rasgos victoriosos del progreso que alcanzamos en nuestros días.

Ello es que científicamente no podemos adivinar nada del precioso contorno de las dos manos que tenemos á la vista; mas sea como quiera, y perdone en esta ocasión la ciencia, no es posible contemplarlas sin sentir una delicada complacen-

cia, como si la suave pureza de sus perfecciones y la gracia casi infantil de sus movimientos nos dijeran que pertenecen á un corazón delicado, hermoso y tierno.

Pudiera decirse: he ahí el corazón en la mano.

Inclinada sobre las manos, que cosían, permítaseme decirlo así, con afán amoroso, aparecía una cabeza, cuyos rizos negros pugnaban por escaparse al través de las mallas de una redecilla blanca que los oprimía, luchando á su vez por sujetarlos.

Los rizos que coronaban la frente, libres de toda sujeción, se levantaban en ondas, más bien se erguían orgullosos de su opulencia, de su juventud y de su brillo, dando á la fisonomía la serenidad apacible de un cielo sin nubes.

El color mate de las mejillas resaltaba admirablemente bajo la sombra espaciosa de las pestañas, y, siguiendo la graciosa línea de la nariz, encontraban los ojos una boca de labios sonrosados, que hacía más pequeña el ligero fruncimiento que la contraía.

Un peinador blanco disimulaba en cuanto le era posible los puros contornos de los hombros y del talle.

No diré yo que era una de esas bellezas refulgentes que deslumbran con el esplendor de sus encantos y que satisfechas de sí mismas llevan en el aire, en las miradas y en las sonrisas el poder que da la arrogancia de las perfecciones.

Al contrario; la bella criatura que tenemos de-

lante pertenece al género de las bellezas que me atrevo á llamar veladas, porque su mérito, oculto no sé tras de qué velo misterioso, pasa por lo común desconocido á las fugaces miradas del mundo, tal vez porque lleva en el aire, en las miradas y en las sonrisas la modestia de sus atractivos.

De vez en cuando se detenía á contemplar el efecto artístico de su trabajo; y alzando en la mano la costura, inclinaba hacia uno y otro lado la cabeza, saboreando el feliz resultado de sus tareas, de la misma manera que un pintor se aleja del lienzo y consulta á distancia conveniente los armoniosos rasgos del pincel con que da vida á sus creaciones.

Entonces descubría en toda su extensión dos cejas negras y finas, airosamente arqueadas, bajo las que se abrían dulcemente dos ojos igualmente negros, iluminados por la luz de una mirada á la vez confiada y satisfecha.

Embargaba completamente su ánimo la tarea que traía entre manos; y al ver el esmero que ponía en su obra y el impaciente placer con que seguía incansable sus labores, cualquiera hubiera creído que ella misma disponía y aderezaba su *trousseau* de novia.

Alguna vez clavaba la aguja en la almohadilla del costurero, y llevando la mano á su corazón, permanecía algunos instantes inmóvil, como si escuchara dentro de sí misma las mudas confidencias de su alma. Y algo íntimo, misterioso y profundo debía decirse á sí propia, porque bajaba los

ojos pensativa, sonreía con mal disimulado contento, y parecía que se animaba el fresco color de sus mejillas.

Después volvía con más afán á su trabajo.

La velada parecía interminable.

Era ya más de la una de la noche, y el sueño no aparecía en los párpados de esta afanada costurera.

Alguna conversación secreta mantenía con su pensamiento, pues pasaban por el limpio cristal de su fisonomía diferentes expresiones, ya de temor, ya de esperanza, ya de alegría, y, perdóneme su modestia, hasta de orgullo; orgullo en el cual podía traslucirse algo de inefable.

Cuando el Vecino apareció en el dintel de la puerta, la costurera alzó la cabeza; y fijando en él los ojos, le envió el saludo de la más cordial sonrisa; pero como si temiese que descubriera en su semblante el secreto que guardaba en lo más íntimo de su alma, volvió de nuevo la cabeza sobre la costura, y continuó cosiendo.

Entró el Vecino silenciosamente, arrojó el sombrero sobre una silla, y fué á dar con su cuerpo, fatigado sin duda por la expedición y por los percances de aquel día, sobre una butaca, que, con los brazos desmesuradamente abiertos, parecía que lo estaba esperando.

Apenas fijó los ojos en aquel mundo de telas, de cintas, de lazos, de puntillas y de encajes, que campeaban sobre el hule obscuro que cubría la mesa, y no le causó extrañeza alguna aquella

labor empeñada en las altas horas de la noche.

La costurera no parecía muy satisfecha de la indiferencia del Vecino, y siguiendo con más afán la tarea de aquella velada, lo espiaba á hurtadillas, haciendo gestos casi imperceptibles que denotaban su impaciencia.

Pero el Vecino, sumergido en la butaca, había cerrado los ojos.

Entonces ella dió un golpe con el costurero sobre la mesa, golpe inútil, porque él permaneció inmóvil, como si hubiera cerrado los oídos de la misma manera que los ojos.

V

LA REVELACIÓN

El ruido del costurero había sido inútil; mas las mujeres tienen muchos recursos para vencer las obstinaciones del sueño, si es que el Vecino dormía, cosa indudablemente posible para los que no han penetrado todavía en los secretos de la presente historia; pero yo, que los conozco al dedillo, me atrevo á dudar de la sinceridad de aquel sueño.

Ella apeló á un nuevo recurso, más natural que el que había empleado antes, y que consistía en acercar algo más la silla en que estaba sentada á la mesa en que hacía labor, para lo cual la arrastró sobre el pavimento, produciendo un ruido sumamente desagradable.

Pronto comprendió la ineficacia de este segundo medio, pues, á pesar de todo, el Vecino continuaba profundamente dormido.

Entonces movió la cabeza con cierto enojo, y dando á su voz una dulzura afectuosa, exclamó:

—¡Jaime!

Jaime no hizo movimiento ninguno; pero abrió los ojos, y en el mismo tono contestó diciendo:

—¡Juana!

Ella, sin levantar los ojos de la labor que tenía entre manos, le preguntó:

—¿Dormías?

—¡Phs!..... —fué toda la respuesta que acertó á darle.

—Debes estar cansado de tu expedición de hoy —añadió ella.

—¿Por qué?—preguntó Jaime con cierta inquietud.

—Porque todas las noches cuando vuelves del establecimiento me cuentas muchas cosas. Me hablas de la generala, imitando su acento catalán; me hablas del ayudante del general, que en efecto es un gigante; me hablas de la viuda, que, según tú, se consuela todo lo que puede de la pena de su viudez. En fin: me hablas de muchas cosas que allí pasan, y que en verdad no me importan; pero que al fin me entretienen, haciéndome cómplice de tus murmuraciones; pero esta noche has vuelto mudo. Parece que esa lengua, no siempre muy caritativa, se te ha pegado al paladar. Vamos, Jaime; debes estar muy cansado.

—Sí—contestó el Vecino.

—Ó estás muy cansado—siguió diciendo Juana—ó alguna idea te preocupa.

—No—contestó Jaime lacónicamente.

—¡Sí! ¡No!—exclamó ella.—Esta noche, que hablaría yo por los codos, tú estás mudo..... ¡Ah, qué maridos..... qué maridos!.....

El Vecino hizo un movimiento, por medio del que cambió de postura.

—Dime—añadió Juana:—¿qué color te gusta más, el azul ó el rosa?

—Los dos—dijo Jaime.

—Tienes razón. Sobre una cabeza rubia como la de un ángel, cualquiera de los dos colores cae perfectamente. ¿Me entiendes?

Después de mirarla atentamente, como si quisiera indagar en la expresión del semblante el sentido de las palabras, movió la cabeza, y le contestó:

—No, mujer; no te entiendo.

—Pues bien, Jaime—dijo ella:—es preciso que lo sepas..... ¡Mira tú qué capricho! se me ha metido entre ceja y ceja una cabeza rubia. ¿Qué te parece?

—¡Rubia!.....

—Eso es; rubia, con ojos azules.

—¡Azules!.....—volvió á exclamar Jaime.

—Sin duda. ¡Qué!..... ¿acaso es imposible?

—Y bien: ¿dónde has visto tú esa cabeza rubia que se te ha metido entre ceja y ceja?

—¿Dónde?.....

—Sí.

—Adivínalo.

Jaime permaneció algunos instantes pensativo, como si hablando interiormente se dijera á sí mismo:

«¡Una cabeza rubia!..... ¡Diablo!..... ¡qué capricho! Esta tarde precisamente he visto yo una..... magnífica cabeza por cierto..... ¡Oh! sí, la abominable desconocida de la silla de posta es espléndidamente rubia.....: sí, estoy seguro de ello..... Pero ¿qué tiene que ver?..... ¡Bah!.....: es imposible.»

Y sin llevar más adelante el rumbo de esta reflexión bien poco inquisitiva, arqueó las cejas, se encogió de hombros, y dijo:

—Juana, no adivino.

—Vamos, hombre.....—replicó ella.

—Vuelvo á decirte que no adivino.

—Muy bien: has perdido en un solo día toda tu perspicacia.

—Es posible.

—Repasa tu memoria, y dime: ¿no has pensado nunca....., es decir, no se ha presentado alguna vez á tu imaginación aunque no sea más que el contorno risueño de una cabeza rubia?.....

Rascóse Jaime la frente, como si experimentara la repentina comezón de algún pensamiento, y después de vacilar un instante, dijo:

—¡Phs! Nunca.

—¿Me engañas?—volvió á preguntar ella, añadiendo algunas gotas de miel á la habitual dulzura de su acento.

—No te engaño—contestó él con cierta naturalidad un tanto afectada.

—¡Ah!—exclamó Juana moviendo la cabeza.

Esta exclamación y este movimiento, que podían expresar duda ó desengaño, produjeron efecto en el ánimo de Jaime, pues añadió apresuradamente:

—Nunca..... precisamente, no; pero, en fin, quiero decir.....

—¡Qué!

—Que alguna vez.....

—¿Alguna vez?

—Sí.

—Veamos—dijo ella, animando su rostro con una afable sonrisa.—Explícate cómo ha sido eso.

—¡Bah!—exclamó Jaime.—Esa es una historia que pasó hace ya más de dos años. Una historia casi inconcebible. Yo no sé cómo sucedió aquello. En fin, entonces pensé alguna vez en el falso encanto de una cabeza rubia y en la belleza todavía no bien discutida de unos ojos azules. Mas esa historia la conoces tú con todos sus pormenores; te la he contado muchas veces.

Juana no pudo contener la carcajada de que se vió repentinamente acometida, y dijo:

—¡Ya!..... ¿Hablas de la historia del vals?

—Justamente.

Hubo algunos momentos de silencio, y con esa rapidez con que el semblante de los niños pasa de la risa á las lágrimas, Juana dejó de reir para ponerse seria, y exclamó diciendo:

—¡Hola! ¿Aquella mujer era rubia?

—Sí—contestó Jaime:—era rubia.

—Pues bien, amigo mío, no se trata de eso.

—¿No, eh?

—No.

Sin duda esperó una nueva pregunta; pero Jaime no tuvo por conveniente hacerla. Ella tomó el silencio por pregunta, y respondió diciendo:

—No se trata, señor mío, de esa belleza rubia que le tuvo por algún tiempo sorbido el seso y trastornado el juicio. La cabeza que yo veo en mis sueños no es, por cierto, la cabeza de una mujer.

Aquí abrió Jaime desmesuradamente los ojos, hizo un gesto de sorpresa, y pronunció estas palabras:

—En ese caso, señora, me será permitido creer que es la cabeza de un hombre la que usted ve en sus sueños.

Con la mayor naturalidad del mundo, y sin levantar los ojos de la costura, ella replicó:

—Tampoco.

—Entonces, querida mía—añadió él con acento burlón—di que me propones un enigma demasiado obscuro para los cortos alcances de un simple mortal. Dime, á lo menos, á qué oráculo debo acudir para que me explique el recóndito sentido de tus palabras.

—Puedes—le dijo ella—consultar este caso con el oráculo de tu corazón.

—¡Diablo, señora!—exclamó el Vecino.—Mi

corazón no suele distinguirse por su excesiva perspicacia; y, hablando con franqueza, puedo asegurar que no goza conmigo del mejor concepto. Si yo no fuera un hombre de juicio, me obligaría muchas veces á cometer los más grandes desatinos.

Juana dejó por un momento la tarea de su labor; apoyó el codo sobre la rodilla y la barba sobre el hueco de la mano, y mirando atentamente á su interlocutor, le hizo la siguiente advertencia:

—Al decir tu corazón, he querido decir tus deseos.

—¡Deseos!..... —exclamó Jaime. —¡Á buena parte acudes! He ahí unos locos que no nos dejan vivir en paz ni un solo momento. ¿Estamos alguna vez seguros del objeto de nuestros deseos? Hoy una cosa y mañana otra, al fin acabamos por desearlo todo. Los deseos no son más que las vanas impaciencias de la vida; en vez de consultarlos, debemos huir de ellos.

—¡Oh—dijo Juana—y qué filósofo has venido esta noche!..... Hablas como un libro. Y, en verdad, no es aquí muy socorrida tu biblioteca, pues en este viaje á las provincias sólo nos ha acompañado mi devocionario. Dime, Jaime: ¿dónde has leido todo eso?

—En un gran libro—le contestó—en el gran libro de la vida.

—Muy bien. ¿Y en ese libro no hay algún capítulo que hable de los deseos legítimos?

—Es posible.

—¡Ay, Jaime! ¿Eres tan dichoso que no deseas nada?.....

Al oir esta pregunta, Jaime se revolvió en el fondo de la butaca, como si se sintiera acometido de un malestar repentino, y contestó con voz no muy segura:

—No sé; pero puedo asegurarte que no quiero desear nada.

Juana emprendió de nuevo su labor, y el filósofo guardó silencio.

Así trascurrieron algunos minutos, hasta que al fin ella reanudó el diálogo, diciendo:

—¿Cuánto tiempo hace que nos casamos?

—Diez meses—contestó Jaime.

—Justamente—añadió ella.—Nos casamos en Octubre, y estamos en los primeros días de Agosto.

—¡Diez meses, Juana!..... ¡Cómo se pasa el tiempo!

—Es verdad, Jaime..... Á mí me parece un siglo.

—Lo creo.

—Imagínate: ¡como vivimos tan solos!.....

—¡Solos!

—Pues.

—Pero.....

—¿Pero qué?

—Me parece que pronto vamos á tener compañía.

—¿Á quién esperas?.....

—¡Oh!

—¿Qué quiere decir ¡Oh!?

—Quiere decir que eres muy torpe.

—Querida mía, no te he visto nunca tan incomprensible.

—¡Ya!

—¿Quieres explicarte?

—Y tú, ¿quieres comprenderme?.....

—¿Esperas alguna persona de la familia?.....

—Sí y no.

—¿Qué amigo íntimo va á sorprenderme con su presencia?

—Ninguno.

—¿No se puede saber el nombre del huésped que esperamos?

—No tiene nombre.

—¿De manera que es un ser desconocido?.....

—Sí, Jaime; desconocido y esperado.

—¿Y no lo hemos visto nunca?.....

—Yo sí—se apresuró á decir Juana.—Yo he visto su cabeza rubia como el oro y sus ojos azules como el cielo; y su boca fresca como una rosa, me ha sonreído muchas veces en la obscuridad de mis sueños..... ¿No me entiendes todavía?.....

—Ya te comprendo, y en verdad he debido comprenderte antes. Todo ese mundo de telas, de cintas y de encajes que tienes sobre la mesa, ha debido advertírmelo. Pero, dime, Juana, ¿estás segura?.....

Ella bajó los ojos, se encendieron suavemente sus mejillas, y dijo á media voz:

—Sí, estoy muy segura.

—En ese caso, debo decirte que empiezas á ser

una madre poco cuidadosa..... Mira; está amaneciendo, ó, más bien, ya es completamente de día, y aun estás ahí cose que te cose. Eso no puede ser bueno. Además—añadió levantándose—es preciso que ya lo vayas acostumbrando á que no trasnoche.

Y dirigiéndose á la ventana que daba sobre la ría, la abrió de par en par, diciendo entre dientes:

—¡Qué revelación! ¡Era padre, y no lo sabía!

La luz del día inundó la habitación, avergonzando con su claridad los rojos reflejos del resplandor que ardía dentro del tubo del quinqué, y Jaime sondeó el paisaje y aspiró el aire de la mañana con el ansia del que siente en su ser el vigor de una nueva vida.

De repente sus ojos se fijaron en una sombra que descendía por uno de los senderos del valle, y distinguió á la mujer desconocida de la silla de posta, que, cubierto el rostro con la gasa del sombrero y graciosamente apoyada en el brazo de su doncella, bajaba muy despacio por la falda de la montaña.

—¡Ah!—exclamó al reconocerla.

Y alzando los brazos y apretando los puños, la amenazó, como si hubiera querido confundirla.

—¿Qué es eso?—preguntó Juana.

—Nada—contestó el Vecino.—Que ya es hora de que nos acostemos.

Y diciendo y haciendo, cerró bruscamente la ventana.

VI

SUPOSICIONES

La ociosa sociedad reunida en el establecimiento había encontrado en la mujer desconocida de la silla de posta un motivo de viva y permanente curiosidad, porque es el caso que la recién llegada parecía esquivar todo encuentro con el resto de los bañistas, como si pretendiera hacer de su persona un misterio impenetrable.

Bastaba que ella no dejara verse, para que todos con igual ahinco desearan verla. Si su propósito era permanecer alejada y desconocida, convengamos en que la empresa no dejaba de ser ardua, porque había allí lo menos veinte personas asiduamente ocupadas en inventar recursos que rasgaran, digámoslo así, el velo en que se ocultaba, y rompieran al fin el aislamiento en que vivía.

El primer día se la esperó en el comedor á la hora del almuerzo; pero fué inútil, porque ella se hizo servir el almuerzo en su cuarto.

Á la hora de comer era indudable que se presentaría en el comedor; mas esta vez también se llevaron chasco los curiosos, porque pasó la comida de aquel día sin que se dignara aparecer ni en la primera ni en la segunda mesa.

Quedaba todavía el recurso del salón donde los bañistas se reunían á pasar las primeras horas de la noche, y era casi seguro que acudiría á esta cita tácita que todos se daban, en la que pasaban el rato muy agradablemente los que no tenían el mal gusto de fastidiarse.

Parecía increíble que aquella fastuosa viajera renunciara al placer de deslumbrar á la concurrencia con el gusto exquisito de sus variados prendidos; y, francamente, ¿hay muchas mujeres, por poco acostumbradas que estén á las satisfacciones de la vanidad y del lujo, que pierdan por puro capricho la ocasión de lucir una *toilette* más ó menos ruidosa?.....

Partiendo de esta suposición, bastante razonable, era muy presumible que la desconocida hiciera aquella noche su triunfante aparición en el salón del establecimiento.

La sociedad allí reunida esperó con la impaciencia de un público ansioso de emociones lo que podemos llamar el *debut* de tan misteriosa persona.

Pero el público se vió una vez más chasqueado, pens trascurrió la primera hora, y la segunda, y

la tercera, sin que asomara por la puerta del salón el objeto de la curiosidad pública.

Jamás mujer alguna ha brillado tanto por su ausencia, y preciso es reconocer que la sociedad del establecimiento tenía motivo suficiente para desesperarse de aquel tenaz retraimiento. Así es que las conversaciones, al principio tan animadas, fueron amortiguándose poco á poco, hasta que cayeron en esa indolencia, en ese fastidio, en ese abatimiento que producen los casos frustrados.

La concurrencia comenzó á bostezar, y uno á uno se fueron retirando los concurrentes, buscando en las dulzuras del sueño una gota de miel con que templar la amargura de aquel desengaño.

Así habían transcurrido tres días, sin que la dama misteriosa hubiese hecho su presentación en aquel pequeño gran mundo.

Y no era ciertamente una dolencia más ó menos grave la que la secuestraba de la amena comunicación y del íntimo trato de aquellas gentes, de suyo amenas y comunicativas, pues se había averiguado que salía del establecimiento muy de mañana, y hacía sus excursiones por los alrededores, volviendo antes de que los bañistas menos perezosos hubiesen sacudido la dulce tiranía del último sueño.

El honor de esta averiguación, confirmada por varios testigos, correspondía principalmente al gigante Goliat, al descomunal ayudante, para el que era por lo visto caso de honra militar la persecución de este desconocido enemigo que ha-

bía venido á turbar la paz del establecimiento.

Este militar pundonoroso había concebido el plan de una batida de éxito seguro, y había pasado una noche entera espiando el cuarto de la desconocida; y cuando ya el sueño lo obligaba á emprender la retirada, sintió que la puerta del cuarto se abría.

Tomó posiciones con toda la pericia de su estrategia, y la vió salir, y deslizarse, y perderse como una sombra á lo largo de la galería, desapareciendo en el hueco de la escalera.

Entonces este militar bizarro, algo aligerado de ropa, corrió á ceñirse su arrogante cazadora y á calzarse sus botas de campaña; echó sobre la ceja derecha el ala de su sombrero de paja, y guiñándose confidencialmente el ojo izquierdo, se atusó los bigotes, tomó los guantes, y se lanzó en persecución del enemigo.

Pero el enemigo huía sin dejar rastro de su paso, y después de una exploración minuciosa é inútil, volvió al establecimiento, no muy satisfecho de su fortuna.

Detúvose en la puerta meditando un nuevo reconocimiento, cuando, apoyada en su doncella y velado el rostro por la gasa del sombrero, la vió venir con paso lánguido é indiferente, dirigiéndose al establecimiento con suma lentitud.

El ayudante la esperó, y al pasar le hizo un saludo que recordaba sus tiempos de cadete, y por el que sólo obtuvo una ligerísima inclinación de cabeza.

Cuando la generala se enteró de esta desgraciada excursión del ayudante, echó todo el vinagre de su genio en la expresión de su fisonomía, ya de suyo agria, y con acento varonil dijo:

—¡Oh!..... es una curiosidad impertinente, que me parece de malísimo gusto.

Al oir estas palabras de acerba crítica, que demostraban la severidad de su juicio, la viuda pisó con mucho disimulo el pie de la que se hallaba junto á ella, y ésta bajó los ojos para sonreirse.

Evidentemente la mujer desconocida iba á dar juego.

Por de pronto, la generala no disimulaba su desagrado, y el terrible Goliat, por su parte, no retrocedía en la empresa, y aunque á salto de mata, proseguía en el empeño de la persecución comenzada.

La viuda, por puro entretenimiento, sabía excitar el amor propio del gigante, y el público que estaba en el secreto se divertía esperando una escena hasta cierto punto trágica.

Para entenderse entre sí los que estaban en el complot, habían puesto al ayudante el nombre de Jasón y á la generala el nombre de Medea.

Entretanto la desconocida continuaba inaccesible; hasta entonces no se había presentado en el comedor, ni se había dignado aparecer en el salón, donde se la esperaba inútilmente todas las noches.

Á pesar del velo con que tenazmente llevaba cubierto el rostro, los que la habían visto de cerca

hacían de su belleza grandes encomios, acerca de los que se discutía largamente.

La viuda no tenía inconveniente en creer que era una mujer encantadora, advirtiendo á la vez que las alabanzas de los hombres deben tomarse siempre á beneficio de inventario.

En lo que convenían todos era en que poseía el aire distinguido de las mujeres de buen tono; y aunque la generala hacía gestos de desdeñosa incredulidad, se tenía por cosa cierta que era muy joven.

Pero bien; ¿quién era esta mujer verdaderamente desconocida, que gozaba el privilegio de atraer hacia sí la atención de aquellas gentes, por lo común acostumbradas á la rapidez de las impresiones que se experimentan en la vida del gran mundo?.....

Semejante pregunta venía á ser como la llave que abría de par en par las puertas espaciosas de todas las suposiciones.

¡Su nombre!..... He aquí la primera obscuridad con que se tropezaba.

Nadie había oído pronunciarlo.

Sus criados la designaban siempre con este tratamiento exclusivo y respetuoso: *La señora;* y los sirvientes del establecimiento, adoptando la misma fórmula, no la conocían más que por *la señora.*

Siempre que la generala la oía nombrar de este modo se abanicaba con violencia, golpeaba el suelo con la planta del pie, y decía:

—¡Oh, la señora!.....: como si no hubiera otra en la casa.

Se había consultado el catálogo de todas las personas visibles del gran mundo, y no se encontraba ni un nombre ni un título que pudiera acomodarse á su persona.

De la misma manera se había registrado hasta el último rincón de los salones, y nadie recordaba haberla visto antes en ninguna parte.

En vista de este dato estadístico irrecusable, se formuló la primera suposición, contenida en estas palabras:

«Señores, no es española.»

Al pronto esta averiguación se tuvo por indudable, y se dedujo que debía ser inglesa.

Un diplomático que acababa de ser agregado á la embajada de Londres era el mantenedor de este parecer, en atención á que se trataba de una mujer alta, rubia y de ojos azules.

—Es seguro—decía:—conozco perfectamente el tipo inglés, y sostengo que es hija legítima de Inglaterra. El retraimiento en que vive lo atestigua. No conoce á nadie, y, por lo tanto, no ha encontrado quien nos la presente. Sin esta formalidad de la etiqueta inglesa la severa *lady* permanecerá eternamente encerrada dentro de sí misma.

Semejante suposición hizo fortuna por algunos momentos, y se la tuvo por inglesa de pura raza. Pero uno de los que se hallaban presentes observó una circunstancia, que él casualmente había advertido.

Entre las cartas llegadas en el correo de aquel día, había una en cuyo sobrescrito se leía:

«Madame Albert.»

Esta carta era para la desconocida.

Con semejante dato la suposición del diplomático cayó por tierra, y quedó convenido casi por unanimidad que era francesa.

Mas el médico del establecimiento opuso á ello una dificultad bastante atendible, á saber: que *la señora* hablaba el castellano con toda pureza, sin que descubriera en su acento rastro de ninguna lengua extranjera.

En resumen: después de tantas averiguaciones, no era posible asegurar con certidumbre á qué nación pertenecía.

Es verdad que se acababa de adquirir el dato auténtico de un nombre escrito en el sobre de una carta; mas este nombre vulgar y obscuro no derramaba luz ninguna sobre la persona á quien iba dirigida.

En efecto: la pregunta era la misma: ¿Quién era *Madame Albert?*.....

Como era natural, siguieron las suposiciones.

Y se comprende perfectamente el obstinado empeño de tanta curiosidad. *Madame Albert* era necesariamente alguien. Pues bien: ¿quien era *Madame Albert?*

Su nombre y su persona no bastaban; se hacía indispensable inquirir algo más. Si llevara un título á lo menos de marquesa ó un apellido ilustre en los fastos del arte; si fuera una *prima donna*

furiosamente aplaudida en los principales teatros de Europa, ó una notabilidad ecuestre de las que más arrebatan en los circos olímpicos, ya sería otra cosa; pero *Madame Albert*, alta, rubia, bella y joven, venía á ser como un misterio, que era preciso descifrar.

El nombre y la persona no se veían más que como los dos términos de un problema, cuya incógnita era ella misma.

Las pretensiones de la sociedad reunida en el establecimiento, justo es convenir en ello, no traspasaban los límites de lo razonable. De la noche á la mañana cae allí, como llovida del cielo, una *Madame Albert* que se anuncia como las tempestades por medio del trueno, que esquiva todo trato, que huye de toda compañía. ¿Quién es esta *Madame Albert?* Se ignora.

Viaja en silla de posta, la sirve una doncella que no se separa de su lado, y la acompaña un mayordomo que sonríe muy finamente y que evade con candorosa ingenuidad todas las preguntas que se le dirigen, y, ¡cosa bien natural! se desea conocerla antes de haberla conocido.

¿Quién es?.....

—Puede ser una princesa que viaja de incógnito.

—¡Oh!—exclama la generala.—No lo creo.

—Puede ser también una mujer que tenga poderosos motivos para huir de un marido terrible y celoso.

—Lo dudo—añade la viuda.—Ya no hay maridos celosos.

—¿Quién sabe—advierte un tercero—si ocultará en su corazón la pena de algún triste desengaño?

La generala, dirigiéndose al ayudante de su marido, le pregunta con imperio:

—¿Y usted qué piensa, caballero?.....

—Pienso que *Madame Albert* no es *Madame Albert.*

—¡Hola!—exclama la generala.—¿Y como ha hecho usted esa averiguación tan luminosa?.....

—Yo, señora—le contesta el gigante Goliat—me he permitido suponerlo.

Esta era la conversación continua. En la mesa, en paseo, en las reuniones, en el salón, bailando, jugando, en fin, hasta durmiendo era *Madame Albert* el objeto misterioso de aquella curiosidad sobreexcitada.

Y nada se inquiría, absolutamente nada; todas eran suposiciones.

VII

EL HILO DE LA INTRIGA

La presencia de *Madame Albert* había eclipsado en cierto modo la celebridad del Vecino. Es verdad que él, por su parte, no parecía muy interesado en el descubrimiento en que se hallaba empeñada la curiosidad de los bañistas.

Se mostraba reservado y retraído; y por uno de esos cambios repentinos tan propios de los caracteres impresionables, aparecía hasta taciturno, como si un pensamiento íntimo absorbiera su locuacidad.

En otra ocasión se habría notado mucho un cambio tan inexplicable; pero á la sazón se hallaban los ánimos preocupados y distraídos con la misteriosa persona de *Madame Albert*, y no reparaban en ello.

No obstante, para la viuda, que era de suyo

observadora, no pasó inadvertido, é hizo notar la singular coincidencia de que el loco del Vecino hubiese sentado la cabeza precisamente desde la llegada de la desconocida al establecimiento, haciendo sugerir la sospecha de que entre ambos existía alguna inteligencia.

—Por lo menos—decía—el Vecino sabe quién es *Madame Albert.*

—Sí, sí—exclamaban otros;—está en el secreto; su propia reserva lo vende. Siempre que nos oye hablar de ella frunce el entrecejo, afecta un desdén sospechoso, y ladea la conversación. Estos indicios son vehementes.

—Ayer tarde—añadió uno de los circunstantantes—se le escapó una confesión preciosa.

—¡Preciosa!—exclamaron muchos á la vez.—¡Y la ha tenido usted guardada hasta ahora!

—Verán ustedes: paseábamos solos, y habíamos agotado ya muchas conversaciones. Empezaba á obscurecer, y caminábamos silenciosos. El crepúsculo, señores, es la hora de los misterios y de las meditaciones. De repente vi flotar por un sendero que baja de la montaña el velo del sombrero de *la señora.* «¡Hola!—exclamé:—allí tenemos á *Madame Albert.*» En efecto: era ella, que descendía lentamente, apoyada, como siempre, en el brazo de su doncella. El Vecino alzó los ojos, y se encogió de hombros. Yo le dije: «Vamos despacio; ella baja al camino que nosotros seguimos, y podemos encontrarla. Indudablemente se dirige al establecimiento, y nosotros también seguimos

la misma dirección. Nada más justo que saludarla, y nada más fácil que emprender una conversación que nos abra las puertas, tan tenazmente cerradas, de su trato. Nuestro triunfo será completo si nos ven entrar con ella en el establecimiento: habremos puesto una pica en Flandes.—No aspiro á semejante gloria—me contestó.—¡Oh!—añadí:—es una mujer hermosa, que reune al atractivo de su belleza el misterio de su conducta.—Pues bien—me replicó:—apresuremos el paso, porque no quiero encontrarla; la detesto.—¿Qué razón hay para aborrecerla?—le pregunté yo admirado.—¡Diablo!—exclamó.—¿Olvida usted que estuve á punto de ser aplastado por los cascos de sus caballos y por las ruedas de su silla de posta?..... Vivo de milagro, y no es ciertamente á ella á quien le debo la vida. ¡Y en qué ocasión! Imagínese usted que hoy, día de la fecha, daría todos los años que me quedan de existencia sólo por seguir viviendo.—¿Tan necesaria—le pregunté sonriéndome—le es á usted la vida en estos momentos?—Mucho—me contestó.—¡Friolera!» Y poniendo la mano confidencialmente en mi hombro, añadió: «Voy á ser..... nada..... es una niñería..... en fin, yo soy feliz, y basta.» Soy hombre de mundo, y no creo fácilmente en la felicidad de nadie; así es que moví la cabeza con aire dudoso. Miróme fijamente, sin disimular la lástima que le inspiraba, y me dijo: «Comprendo todo el valor de esa duda. ¿Ha soñado usted alguna vez con la aparición misteriosa de una cabeza rubia de ojos azules y

boca sonrosada?..... Tampoco yo había soñado con ella hasta ahora.—Eso quiere decir.....»—le interrumpí yo.—Pero antes de que terminara mi pregunta, me contestó: «Quiere decir pura y simplemente que soy dichoso.» No esperó una nueva pregunta, y alejándose de mí, me dejó en medio del camino con la boca abierta.

En honor de la verdad, esa era la situación de los oyentes: todos estaban con la boca abierta, y el narrador del suceso se detuvo algunos instantes para saborear el éxito de su relato. Después dijo:

—La confesión no puede ser más explícita: he aquí el resumen: detesta á *Madame Albert;* es dichoso, y sueña con una cabeza rubia de ojos azules y boca sonrosada. ¿Qué tal?..... Ahora bien: ¿se entienden?..... Parece indudable. ¿Desde cuando?..... No se puede fijar la fecha; mas debe presumirse que la cosa es ya antigua. Acaso la presencia aquí de esta señora desconocida y misteriosa no sea más que una cita.

Ninguna objeción se levantó contra este parecer; antes por el contrario, se añadieron nuevas razones para confirmarlo, reanudándose la conversación de esta manera:

—Por eso—decían unos—el pícaro Vecino vive alejado del establecimiento.

—¡Ya se ve!—añadían otros: no era cosa de que trajera aquí á su mujer á ser testigo de sus aventuras. Así está á cubierto de un percance.

—Y su mujer no ha de ser muy fácil de manejar.

—¡Ca! Por lo que se ve, es una especie de hurón, siempre metida en su madriguera.

—¡Pues! una fierecilla doméstica..... que probablemente será celosa; es decir, una mujer insufrible.

—Y ahora caigo—dijo la viuda;—la expedición que hizo al valle de Loyola no tuvo más objeto que ir á esperarla.

—¡Oh! sin duda—exclamó la generala, dejando caer sobre el gigante Goliat una mirada olímpica.

—Y es claro: la historia del camino, todo aquello de haber sido atropellado por la silla de posta, no fué más que una invención.

—Invención, por cierto, no muy creíble.

La viuda miró al Ayudante arqueando las cejas: quería decirle:

«Amigo mío, ha llegado usted tarde.»

Él se mordió los labios, irguiéndose, sin embargo, como un soldado impertérrito que está resuelto á quemar hasta el último cartucho.

Al mismo tiempo la generala soltó una carcajada estrepitosa, que resonó como el redoble de una banda de tambores.

Como se ve, la sociedad del establecimiento tenía en su mano el hilo de aquella intriga. Estaba, pues, descubierto el secreto de *Madame Albert*, y desde aquel momento cada uno iba á constituirse en espía de sus acciones.

No se puede decir que hubiera un complot convenido y acordado de antemano; mas cada uno

de por sí había concebido el proyecto de una sorpresa.

Ninguno se resignaba á ser, digámoslo así, encubridor ó cómplice de un amor culpable; y no teniendo á la mano otra pena que imponer á los delincuentes, justo era que cayera sobre ellos el castigo del escándalo.

Y bien: ¿quién había de escandalizarse, si todos estaban en el secreto?.....

La conversación que en sus puntos principales hemos seguido se suscitó durante la comida de la primera mesa, y el general, más atento á las necesidades de su apetito que al interés de lo que se hablaba, guardó silencio mientras duraron los platos fuertes, en los que por lo visto encontraba su paladar más sustancia que en el asunto que á la sazón era objeto de tantos comentarios.

Pero, una vez en los postres, satisfechas ya las primeras exigencias un tanto voraces de su estómago, se creyó obligado á tomar también parte en la conversación, y dijo:

—Ahora sólo falta que esa misteriosa rubia tenga un marido algo ligero de genio y un poco pesado de manos, y que de la noche á la mañana caiga aquí como por la chimenea, y nos sorprenda á todos, dándonos el espectáculo de una escena ruidosa.

—En ese caso—advirtió la viuda—el desenlace de la comedia sería completo; tendríamos por fin de fiesta un divorcio y un duelo.

—¡Un duelo!.....—exclamó el general.—Nada

de eso. Creo que los hombres deben batirse por todo, menos por la mujer propia.

—Gracias—dijo la generala.

—Un duelo—insistió la viuda—no quiere decir una escena sangrienta en que caiga uno de los dos atravesado de un balazo ó de una estocada: eso pertenece al género patibulario. Yo hablo de un duelo más razonable, más en armonía con la dulzura de nuestras costumbres; duelo de mero espectáculo, en que un discreto rasguño ponga término á la contienda. Esto es más humanitario, más corriente, más admitido.

—Sin duda—afirmó la generala.

—Además—añadió el general—el papel de marido celoso es un papel muy triste. Es un personaje cómico que tiene el privilegio de excitar la hilaridad.

—¡Vaya!—exclamó una voz dulce y musical.—Otelo no me parece un personaje risible.

—Señorita—replicó el general:—perdone usted la aspereza de mi juicio; pero tengo á Otelo por un insigne badulaque. ¿Á qué viene aquel asesinato brutal?..... ¿Á qué viene aquel suicidio insensato?.....

—Vamos, general—preguntó la viuda:—¿qué hubiera usted hecho en su caso?.....

—¡En su caso!—repitió riendo á carcajadas.—En su caso habría hecho lo mismo que hago ahora; reirme, reirme con todas mis fuerzas. ¿Qué tal señor ayudante? ¿no hubiera usted hecho lo mismo?

—Lo mismo, mi general—contestó el ayudante.

El que había promovido esta conversación con el relato que antes hemos referido, intervino diciendo:

—Otelo no es en rigor el ejemplo más propio que podemos encontrar en el teatro. Me parece que viene más de molde *El Médico de su honra.*

—En aquellos tiempos—replicó el general—era, por lo visto, fácil administrar á una mujer infiel el remedio de una sangría suelta; pero hoy sería imposible: el horror de la sociedad y el rigor de la ley caerían sobre el culpable. Nada de eso. A mí no me gusta matar más que en la guerra: con la Ordenanza en la mano soy capaz de fusilar á mi padre; fuera de ahí, no mato.

—Venimos á parar—insistió la viuda—en lo que he dicho: no queda más recurso que el duelo y el divorcio.

—El duelo sería exponerse á dejarla viuda, y en cuanto al divorcio, equivaldría á concederle la licencia absoluta, la libertad completa.

—¿Y qué hacer entonces?

—Reirse, señora; reirse.

—Es el sistema más cómodo—añadió otro de los circunstantes;—pero yo apelaría al recurso de encerrarla en un convento.

—¡En un convento!..... —exclamó el general.—¿Y cómo?..... Las leyes la protegen, y como ella no quisiera encerrarse, le sería á usted imposible encerrarla. Más bien puede hacerse que pier-

da el juicio. Un marido engañado puede considerarse con derecho á hacer creer que su mujer está loca, y en ese caso, nada más natural que encerrarla en un manicomio.

Miró la viuda atentamente al general, que en aquel momento doblaba la servilleta y la ponía sobre la mesa; la generala tosió como si se la hubiera atravesado algo en la garganta, y uno preguntó:

—Y bien: ¿qué se haría con el cómplice?

—Con el cómplice—contestó el general—no sé; pero yo, puesto en ese caso, lo entregaría á los terribles puños de mi ayudante, que, celoso del honor de su general, daría de él muy buena cuenta; estoy seguro de ello.

Goliat se inclinó en señal de asentimiento, y esta inclinación debió hacer que la sangre afluyera á su rostro, porque se puso encarnado como un tomate. Tal vez se sonrojara de pura modestia.

Circuló por la mesa una sonrisa imperceptible, y el general, levantándose, dijo:

—El hecho es que hemos cogido el hilo de la intriga, y ya sólo nos falta el marido celoso.

—¿Vendrá?—preguntó la viuda, tomando el brazo que el general le ofrecía.

—Es posible, señora—le contestó:—es muy posible que venga.

A la vez la generala tomaba el brazo del ayudante, y le decía en voz baja:

—Está usted en ridículo con sus desdichadas pretensiones sobre *Madame Albert*, y ahora ha

incurrido usted en la inconveniencia de ponerse encarnado como una remolacha.

Esta vez no fué al rostro del gigante adonde se agolpó su sangre; antes bien pareció que toda ella fué á refugiarse en su corazón, porque se puso pálido como la cera.

Después de comer era la hora del paseo, y todos los asistentes á la primera mesa, por orden de parejas ó en pequeños grupos, salieron del establecimiento á respirar el aire fresco de la tarde, llevando cada uno más ó menos enredado su ánimo en el descubierto *hilo de la intriga*.

VIII

NUEVOS DATOS

A pesar de lo que hemos visto, aun había quien dudase que, en efecto, entre la desconocida y el Vecino existiera alguna misteriosa inteligencia.

No consideraban bastante fundados los indicios hasta entonces conocidos para aventurarse á tener por cosa segura la existencia real y positiva de aquella especie de drama, probablemente más imaginado que verdadero.

Por otra parte, *Madame Albert* incurría en grave imprevisión haciendo de su vida un misterio, que naturalmente había de despertar la curiosidad y atraer sobre su persona la atención de las gentes que á la sazón ocupaban el establecimiento.

Podía muy bien tener con el Vecino las más

estrechas inteligencias, sin que por eso se viera obligada á secuestrarse de aquel modo del ameno trato de la sociedad allí reunida. ¿Qué inconveniente había en ello?

Haciendo la vida comunicativa y sociable que todos hacían, ¿no le era más fácil entenderse con el Vecino, sin despertar sospechas que pudieran descubrirla?.....

Quizá al lector le parezcan estas observaciones un tanto sensatas; pero el hecho es que todos los que se creían en plena posesión del hilo de la intriga las tuvieron por inadmisibles; tanto más, cuanto que vamos á ver cómo adquirieron nuevos datos, que confirmaron la vehemencia de las sospechas adquiridas.

La viuda, sin abandonar el brazo del general, dirigió su paseo por el camino que conduce desde el establecimiento al pueblo, rumbo que siguieron la generala, el gigante Goliat y algunas otras personas, formando un grupo, no diremos precisamente encantador, pero sí animado, porque la viuda poseía el atractivo de la mordacidad, y todos sabemos cuán sabroso es el manjar de la murmuración.

Al llegar la generala se desprendió del brazo del ayudante, y con una voz bastante dulce, dada su natural aspereza, dijo:

—¡Ay, Jorge! ¿Dónde te has metido?..... Llevas toda la espalda llena de polvo.

Al mismo tiempo sacó su precioso pañuelo de batista guarnecido de encajes, y comenzó á golpear con él la espalda de su marido.

Era una muestra de afectuosa jovialidad, á la que por lo visto el general no debía estar muy acostumbrado; así es que, dulcificando también la voz, lo cual daba á su acento cierta exprexión cómica, le dijo:

—Gracias, Eulogia; eres muy amable.

La viuda bajó la cabeza para ocultar la indiscreta sonrisa que apareció en sus labios, y exclamó:

—¡Oh! la generala es siempre un modelo de amabilidad.

—Siempre no—replicó el general:—y he ahí por qué en esta ocasión es mucho más apreciable su agasajo.

Ella sacudió su pañuelo, y apoyando la mano sobre el hombro de su marido, le preguntó:

—Siempre no, ¿eh?

—En honor de la verdad—añadió el veterano—yo tampoco soy una malva; mi oficio no me permite hacerme de miel, y he tenido que ajustar mi carácter á las asperezas de la Ordenanza.

La generala dejó caer la cabeza sobre la mano que apoyaba en el hombro de su marido, y le replicó, diciendo:

—Muy bien: nadie se opone á tu severidad militar; pero, Jorge, me parece que tu mujer no es un recluta.

—¿Estorbo?—preguntó la viuda, guiñando dulcemente los ojos.

—No tal, señora; puede usted presenciar estas tiernas intimidades. No le niegue usted á mi va-

nidad de marido la satisfacción de que usted las escuche.

—¡Ay, Jorge!—exclamó la generala, exhalando un buen suspiro.—Siempre eres el mismo.

—No, hija mía—dijo el general.—He cambiado tanto, que apenas me reconozco. Los años han apaciguado mucho los ímpetus de mi juventud. Ya soy perro viejo. Si tuviera veinticinco años tomaría tus halagos de esta tarde al pie de la letra; pero ¡qué quieres! he cumplido ya sesenta, y no he de dejarme engañar como un cadete.

—¡Qué dices, Jorge!—exclamó ella entre risueña y enfadada.

—Digo, Eulogia, que te entiendo.

—Eso es bien fácil—añadió Eulogia con aire indiferente;—porque al fin yo no soy ningún misterio.

—Sin embargo—replicó el general:—parece cosa convenida que los maridos hemos de tener siempre una venda en los ojos; pero no te fies, porque conozco la estrategia de las emboscadas.

Eulogia miró de reojo á su marido, repitiendo:

—¡Emboscadas!..... ¡Qué quiere decir emboscadas!.....

—Tu admiración—siguió diciendo el general—me prueba que dudas de mi perspicacia..... Vamos á ver: ¿á que te adivino el pensamiento?

Al hacer esta pregunta, se detuvo, y la viuda y la generala también se detuvieron.

—Mírame—continuó—cara á cara. ¡Hola! Parece que te conmueves: cualquiera diría que te-

mes ver descubierto tu secreto..... ¡Diablo!..... No sabes fingir.....: te has puesto pálida.

—¡Pálida!—repitió ella:—es posible..... Me tiene sorprendida tu jovialidad.

Diciendo esto, quiso sonreirse, y frunció el entrecejo, diciendo:

—Vamos: descubre mi secreto.

—Conste—dijo el general—que tú lo exiges.

—Sí—insistió ella con cierta arrogancia:—lo exijo.

—Yo—advirtió el general—me lavo las manos.

Hubo un momento de espectación. La Generala esperaba las palabras de su marido con marcial continente, y en los ojos de la viuda se advertía la expresión atenta del espectador que sigue con maliciosa curiosidad el curso de una escena interesante.

Al fin el General dijo:

—Querida mía: tú has querido practicar un reconocimiento; es decir, que deseas conocer la situación del enemigo, y me has echado encima las guerrillas de tus halagos, sacudiéndome el polvo por la espalda.

La viuda se mordió los labios para contener la risa, y él siguió diciendo:

—Ahora bien: si yo me dejara arrollar, tu victoria me costaría algo cara. No me la harías pagar menos que con el tren de lujo que deseas estrenar este invierno en Madrid. ¡Friolera!..... Un landó de primer orden y un par de caballos de primera fuerza. ¿No es esto?

Las dos señoras bajaron la cabeza, y el general soltó una ruidosa carcajada, mientras que Eulogia, encogiéndose de hombros, exclamó:

—¡Ah, Jorge! ¡eres invencible! Pero, mira; me presentas la batalla, y la acepto. ¡Qué quieres! No renuncio al tren.

—¿Qué tal?—preguntó el veterano dirigiéndose á la viuda.

—Muy bien—contestó ésta.—Es usted un marido verdaderamente temible.

Desde este momento la conversación empezó á decaer, y poco después seguían su paseo silenciosos.

De repente la viuda levantó el brazo izquierdo, señalando hacia la falda de la montaña.

El grupo se detuvo, y todos dirigieron la vista al punto que indicaba la preciosa mano de la viuda.

—¿Qué es ello?—preguntaron algunos.

—¡Ah, sí!—dijeron otros.

La generala añadió:

—Es el Vecino.

—El mismo—dijo la viuda:—véanlo ustedes representando una escena de Pablo y Virginia.

—Es verdad; no está solo.

El que conocemos como agregado á nuestra embajada en Londres sacó unos gemelos de teatro, y miró con ellos lo que pasaba en la falda de la montaña.

—¡Oh!—exclamó:—ciertamente no está solo; lo acompaña una mujer joven, y que desde aquí parece bastante aceptable.

—Ella.....; sin duda es ella—dijeron á una voz todos los que estaban en el secreto de *Madame Albert.*

—¡Ella!—casi gritó el gigante Goliat, haciendo un movimiento, como si quisiera lanzarse á la falda de la montaña; pero se contuvo, porque sintió sobre su cabeza la mirada de la generala, que centelleaba como un rayo.

—Paz, señores—dijo la viuda:—no es ella. Están ustedes ciegos. ¿Han distinguido ustedes acaso su gracioso sombrero de viaje? ¿Dónde se ve la gasa con que siempre lleva velado el rostra?.... No, aquella mujer no es la misteriosa desconocida.

—¿Quién puede ser?—preguntaron.

—Adivínenlo ustedes—dijo la viuda.

Todos se encogieron de hombros.

—General—añadió—estos señores no conocen la táctica de las emboscadas. Yo, sin necesidad de gemelos, veo perfectamente que aquella mujer es morena, y que, por lo tanto, tiene el cabello negro. Y vean ustedes.....: están cogiendo florecillas silvestres.....: la escena no puede ser más tierna..... ¿Todavía no caen ustedes en la cuenta?..... ¿Ni usted tampoco, generala?..... ¡Bah!..... Permítanme ustedes que me ría de tanta torpeza. Aquella debe ser, sin duda, la mujer del Vecino. Es una escena conyugal y campestre que indiscretamente hemos sorprendido.

El de los gemelos dijo entonces:

—Sí, no tiene duda. Estos gemelos alcanzan

poco, y no distingo bien lo que hablan; pero se ve que van asidos de las manos. ¡Calle!..... Ahora..... ¡Demonio!: él le ha besado la mano á ella.

—¡Oh!—exclamó uno de los espectadores.—Esto es nuevo: un marido enamorado.

—En ese caso—se apresuró á decir el ayudante—todas nuestras conjeturas caen por tierra; *Madame Albert* no tiene nada que ver con el Vecino.

—¿Por qué..... caballero?—preguntó la generala entornando los ojos.

—Porque esas ternezas—contestó—que desde aquí casualmente presenciamos, desmienten toda sospecha. Ignorábamos que el Vecino tuviera la costumbre de pasear á su mujer por la falda solitaria de la montaña.

—Quiere decir—añadió el general—que esa costumbre será nueva.

—Justo—dijo la viuda.—El Vecino querrá estrenar este invierno en Madrid un landó, y he ahí todo.

Esta salida fué celebrada por una risa unánime, sobre la que tronaba la carcajada del general, más estrepitosa que nunca.

El que había sorprendido en su conversación con el Vecino lo que hemos llamado *el hilo de la intriga*, alzó la voz, exclamando:

—¡Señores! Mundo, mundo..... El Vecino sabe muy bien dónde le aprieta el zapato. No se engaña á una mujer fácilmente sin tenerla contenta. Ella es celosa y arisca. Pues bien: él se hace sumiso,

complaciente, enamorado, y le pone la venda en los ojos. Dirán ustedes que este es el sistema de las mujeres; y ¿por qué, pregunto yo, no ha de ser también de los hombres? Bueno que engañe á su mujer; pero á nosotros..... Lo que están ustedes viendo es un nuevo dato.

Nada hubo que replicar á esa observación hecha por un hombre de mundo.

El de los gemelos dejó de mirar, diciendo:

—Se acabó el espectáculo: Pablo y Virginia han desaparecido bajo la sombra de los árboles..... Ya no se ve nada; podemos continuar nuestro paseo.

En efecto: el grupo se puso de nuevo en movimiento, comentando la escena que acababan de sorprender.

Marchaba despacio, con esa lentitud que imprimen á los pasos las conversaciones animadas.

No habían andado mucho, cuando la viuda, que iba delante, se volvió, y les impuso silencio.

En esto vieron que el Vecino, solo, venía á encontrarlos en el camino, y su presencia, no esperada tan pronto, fué acogida con una sonrisa general de benevolencia y de malicia.

Una nube de indirectas cayó sobre él; mas, por ignorancia ó por astucia, ello es que se mostró invulnerable.

Á todo esto la tarde empezaba á caer formalmente, y el vientecillo precursor del crepúsculo bajaba de las cumbres algo frío, razón por la que algunos enfermos propusieron la vuelta al establecimiento.

El grupo hizo un cambio de frente, y emprendió la retirada.

A cierta distancia vieron flotar en el aire un velo blanco, y poco después reconocieron todos á *Madame Albert.*

En efecto: era ella, que se adelantaba lentamente.

Debió distinguir el grupo que marchaba á su encuentro, y apoyada siempre en el brazo de su inseparable doncella, se detuvo como á contemplar el paisaje.

El hombre de mundo se acercó á la viuda, y le dijo al oído:

—¿Qué tal? Otro nuevo dato: ella venía y él iba: esta debe ser la hora de las citas; pero nosotros, ¡oh indiscreción humana! nos hemos interpuesto. Ahora mismo los dos nos maldicen....; pero, en fin, hemos adquirido nuevos datos.

IX

LA MIRADA

He aquí por qué—siguió diciendo el hombre de mundo—lo hemos visto hace un instante representar con su mujer una escena de Pablo y Virginia.

El general, que había oído estas palabras dichas confidencialmente á la viuda, añadió también en voz baja:

—Estamos conformes: ese es el landó, por lo visto, que quiere el Vecino estrenar en Madrid este invierno.

Y volviéndose á su mujer, le dijo:

—¿Qué te parece, Eulogia.....? ¡Es un hermoso landó!

—No tanto—replicó la generala en voz alta.—Ese velo con que siempre lleva oculto el semblante

es muy sospechoso, porque ninguna mujer verdaderamente hermosa se oculta tanto. Si es un sol, convengamos en que es un sol perpetuamente nublado.

—¡Oh!—exclamó la viuda.—La generala tiene celos.

—No tal—contestó al golpe.— Jorge tiene mejor gusto.

Al expresarse así, aumentó la majestad de su continente, hasta cierto punto varonil, irguiendo la cabeza y mirando de soslayo al ayudante.

Hasta entonces parecía que el Vecino no había reparado en la aparición de *Madame Albert*; mas no todos creían que no la hubiese visto. Y he aquí un nuevo dato: fingía no verla.

Poco á poco se iba el grupo acercando á ella, que seguía parada á la orilla del camino, como antes hemos dicho, contemplando el paisaje.

El Vecino la distinguió al fin, y al reconocerla se detuvo, frunció el entrecejo, y movió la cabeza con aire de descontento.

—¡Hola!.....—exclamó.—Allí tienen ustedes á su misteriosa compañera. Debe tener algo de ave nocturna, porque, según parece, sólo se da á luz entre las sombras. Y esta vez no dirán ustedes que huye de la sociedad. Ahí la tienen ustedes, que les ha salido al encuentro y los espera.

La señorita de la voz dulce y musical corrigió las palabras del Vecino de esta manera:

—Más bien debiera usted decir que *nos* ha salido al encuentro y *nos* espera.

—A mí no—replicó Jaime.

—¿Por qué?—le preguntaron varios á la vez.

—Porque debe saber que tenemos una cuenta pendiente, y creo que no ha de contarme en el número de sus mejores amigos.

El hombre de mundo y la viuda cambiaron un gesto de inteligencia, mientras la misma voz dulce y armoniosa decía con risueño acento:

—¡Vamos, Vecino; no sea usted tan rencoroso!

—Perdone usted, señorita; pero esa mujer debe tener un corazón perverso.

Aquí el gigante Goliat fué sin duda á tomar la defensa de la desconocida; mas se encontró con los ojos de la generala, y se contuvo.

El diplomático, que tenía ya asestados sus gemelos sobre *Madame Albert*, dijo:

—¡Un corazón perverso! ¡Oh! Es posible; mas eso no le quita nada ni á su originalidad ni á su belleza. Señores, á pesar del velo, veo la regularidad de sus facciones y la blancura de su tez, é insisto en mi primera opinión: forzosamente es inglesa. Ahora vamos á verla de cerca: fíjense ustedes bien en sus facciones.

—Inglesa ó turca—añadió el Vecino—la abandono generosamente á la curiosidad ó al interés que á ustedes inspira. Por mi parte, no quiero verla ni de cerca ni de lejos, y me retiro.

—Eso—advirtió la viuda—más que rencor, parece miedo. Y, en verdad, ahora no corremos ningún peligro, pues no hay la contingencia de que nos atropellen sus caballos y pasen por encima

de nuestros cadáveres las ruedas de su silla de posta. Además, amigo mío, lo hemos cogido á usted esta tarde, y no lo soltamos: hace algunos días que nos tiene usted en completo abandono.

Jaime quiso replicar; pero la viuda le impuso silencio, añadiendo:

—Ea, señores, el Vecino es por esta noche nuestro prisionero. Enriqueta, cójase usted á su brazo para que no se nos escape.

La señorita de la voz dulce cogió el brazo del Vecino, y se colocó en medio del grupo, que poco á poco se iba acercando á *Madame Albert.*

El gigante Goliat adelantó el paso, colocándose, como militarmente se dice, en la extrema vanguardia.

Parecía que en la empresa de reconocer á la dama misteriosa este bizarro militar quería ser el primero.

A la vez la desconocida parecía resuelta á esperar á sus enemigos, pues no abandonaba la posición en que antes la hemos visto.

El grupo avanzaba, y *Madame Albert* seguía en su puesto, siempre apoyada en el brazo de su doncella.

El velo de gasa flotaba sobre su frente como una bandera blanca.

Observando esta circunstancia, el general dijo:

—Valor, Vecino; el enemigo no es tan temible. Ya lo ve usted: pide parlamento.

En esto Goliat, que marchaba delante, contuvo el paso.

Se hallaba á corta distancia de *Madame Albert*, y con gallardía militar llevó la mano á su sombrero; mas en aquel momento la desconocida, absorta en la contemplación del paisaje, alzó la cabeza hacia la cumbre de la montaña, y el saludo del gigante se quedó sin respuesta.

Goliat rebasó la línea, y siguió su camino, mordiéndose los labios.

Detrás llegaba la escolta que custodiaba al Vecino: todas las miradas caían á un tiempo sobre *Madame Albert*.

Entonces ella, con un movimiento lleno de naturalidad y de gracia, echó á la espalda el velo que cubría su rostro, dejando ver un conjunto de facciones, en cuyas líneas andaban confundidas la pureza y la gracia.

La tez era de una blancura inimitable, que daba á la redondez de sus mejillas esa suavidad tímidamente sonrosada que admiramos en los niños de Rubens.

En aquella cabeza rubia, medio envuelta en las ondas de la gasa que la rodeaban, se advertía algo semejante á los primeros resplandores del sol al romper las nubes de la mañana.

Paseó sus ojos por el grupo que se le acercaba, permitiendo admirar el hermoso azul de sus pupilas, al mismo tiempo que su boca entreabierta sonreía con la satisfacción un tanto desdeñosa de la mujer que no se sorprende al verse admirada.

Si había comprendido la curiosidad que allí inspiraba, tal vez quería decirles:

«Ea, señores; esta soy yo..... ¿Están ustedes ya satisfechos?.....»

Quizá su sonrisa no fuera más que un saludo.

De todas maneras, los curiosos pudieron contemplarla, y, justo es decirlo, la expresión de todos los semblantes era la misma que pudiéramos sorprender en el rostro de un artista en el momento de aparecer ante sus ojos una obra maestra.

La fisonomía de *Madame Albert* cambió súbitamente de aspecto; la sonrisa se detuvo en sus labios, y sus ojos, hasta entonces indiferentes, se encendieron, ó más bien se iluminaron con una mirada atenta, fija, escudriñadora, en la que pudiera advertirse ó sospecharse cierta mezcla de complacencia y de enojo.

¿Á quién iba dirigida aquella mirada?

Todos lo vieron: al Vecino.

El Vecino mismo no pudo desconocer que su presencia en medio del grupo había causado á la desconocida una impresión inexplicable.

Cualquiera que fuese la expresión de aquella mirada; cualquiera que fuese el rencor que hacia aquella mujer sentía, debió encontrarse halagada su vanidad de hombre. Seamos indulgentes con esa flaqueza vulgar de la naturaleza humana.

El grupo pasó, y *Madame Albert*, siempre apoyada en el brazo de su doncella, hizo un gesto de duda, y volvió á echar sobre su rostro el velo del sombrero.

La viuda fué la primera que rompió el silencio, diciendo:

—Convengamos, señores, en que es hermosa.

—¡Hermosa!.....—exclamó el diplomático.—Diga usted que es inglesa, inglesa de pura raza.

—Es lo mismo—dijo el general.—La belleza y el genio no tienen patria.

El hombre de mundo se acercó á la viuda, diciéndole en voz baja:

—¿Ha reparado usted? ¡Qué mirada! ¿eh?

—Á lo menos—contestó la viuda—debe conocerle. Me pareció sorprendida al verlo.

—¡Ya lo creo! Enriqueta es una criatura encantadora, y ¡ya ve usted! va apoyada en el brazo del Vecino, y, ¡es claro! ha sentido el aguijón de los celos. Ó no sé nada de estas cosas, ó con esa mirada ha querido decirle: «¡Hola, caballero!..... ¿esas tenemos?»

Aquí la generala alzó la voz, diciendo:

—Todos murmuran, todos cuchichean, todos hablan: sólo el Vecino calla; parece que ha enmudecido.

—¡Yo!—exclamó Jaime.—No me ocurre nada; y en tal caso, ¿qué quiere usted que diga?

Á la voz áspera de la generala sucedió el acento armonioso de Enriqueta.

—Dejémosle, señora—dijo.—Va sumergido en sus meditaciones: se conoce que se ha aumentado en su corazón el odio que profesa á *Madame Albert.* Y lo que es ella, creo que participa de la misma aversión. ¡Lo ha mirado con unos ojos!..... hermosos sin duda; pero ¡Jesús, qué mirada!..... Yo creí que quería confundirlo.

—Por lo que se ve—añadió el Vecino intentando sonreirse—nos profesamos la más cordial antipatía.

—¡Oh!—exclamó enfáticamente el diplomático.—Ándese usted con cuidado, porque las inglesas son implacables en sus odios.

—Yo comprendo—advirtió la viuda—que nuestro Vecino sienta hacia *Madame Albert* una aversión profunda, porque al fin estuvo á punto de ser destrozado por los caballos y aplastado por la silla de posta; pero ella, ¿qué motivo tiene para aborrecerlo?

—¿Qué sabemos, señora?—replicó el hombre de mundo.—¿No puede existir entre ellos algún resentimiento antiguo?

—¡Antiguo!—exclamó Jaime.—Es posible; en cuyo caso se puede decir que nos aborrecemos antes de habernos visto.

—¿Es decir—insistió la viuda—que ustedes no se han conocido antes?

—Nunca—contestó el Vecino.—Hasta el pasado lance de la silla de posta ignoraba que existiese en el mundo una mujer semejante.

En esto entraron en el establecimiento, y el general, reuniendo su partida de tresillo, se dirigió al salón, donde ya tenía la mesa dispuesta.

Goliat se paseaba delante de la puerta del establecimiento con aire distraído, y, acercándosele la generala, le preguntó:

—¿Está usted satisfecho?

—¿De qué?—preguntó él á su vez.

—¡De qué! De su triunfo—dijo ella.

El gigante rechinó los dientes.

—Esa furia es ridícula—siguió ella diciendo.—Puede usted perder toda esperanza. *Madame Albert*, que no se ha cuidado de recoger su saludo, se ha dignado al fin levantar el velo para saludar al Vecino con una mirada que no deja duda. Ahora bien, caballero: ¿piensa usted seguir en sus trece? Renuncie usted generosamente á la mano de Leonor, puesto que no está escrito en ninguna parte que ha de ser usted el conquistador del género humano.

Dicho esto, lo miró de alto abajo, y le volvió la espalda.

Vióla él alejarse, y, cuando ya no podía oirle, apretó los puños y desahogó su colera, diciendo:

—Bien, señora, lo veremos.

Como de costumbre, las primeras horas de la noche se pasaron en el salón.

Cuando el Vecino fué puesto en libertad por los que lo habían hecho prisionero, eran las doce, hora en que, según el general, se rompían filas, y cada uno iba á sepultar en las dulzuras del sueño las fatigas del día.

Salió, pues, Jaime del establecimiento, y tomó el camino de su casa; pero antes se detuvo con aire distraído á contemplar la masa del edificio que se destacaba en la sombra.

Las ventanas que decoraban el lienzo del muro estaban cerradas; sólo dos se veían entreabiertas, por las que se escapaba la luz que ardía dentro.

—¡Hola!—dijo.—Estas deben ser las ventanas de *Madame Albert.* Se conoce que á esta señora le agrada el fresco de la noche.

Luego, como sorprendiéndose en esta especie de espionaje, exclamó:

—¡Oh! ¡Qué necia es la curiosidad! ¿Qué me importa á mí que á esa *Madame Albert* le guste el fresco de la noche?

Y como haciendo un esfuerzo, dió la espalda al edificio, y siguió su camino; pero, como el jugador que ha perdido su última apuesta, iba hablando solo.

—En efecto—decía:—esa mujer me ha mirado de un modo particular. ¡Demonio!..... Todavía me parece que tengo sus ojos en los míos. ¡Qué mirada!..... ¡Santo Dios, qué mirada!..... ¿Y quién es esa mujer?..... ¿Y á mí qué me importa?..... Y es hermosa..... ¡Oh, sí, diablo! ¡horriblemente hermosa!

Y como si huyera de alguna persecución invisible, apretó el paso, perdiéndose en las sombras del camino.

X

LA VISITA

En la casa del Vecino, de cuyo aspecto general hemos dado antes una ligera idea, hay un jardín, ó, mejor dicho, una pequeña huerta, que se encuentra á un lado de la casa, con la que se comunica por medio de una puerta sin madera, abierta en el muro lateral del edificio.

Dejando la alameda que conduce á la puerta principal de la casa, se ven á la derecha dos grandes perales, cubiertos á la sazón de fruto, que, uniendo entre sí sus ramas á una respetable altura, forman caprichoso arco, que sirve de entrada y viene á ser como el pórtico del jardín.

La cerca de esta huerta no es una verja de hierro simétricamente interrumpida por pilastras de piedra y sostenida por el zócalo indispensable; no es tampoco una pared humilde, lisa y llana, y ni

siquiera es una insignificante empalizada, pues sólo se compone de ásperos espinos y cardos salvajes, que cierran los cuatro ángulos, como diciendo:

«¡Eh!..... por aquí no se pasa.»

Entre estas plantas incultas é intratables que forman la cerca, crecen florecillas silvestres, que alzan sus botones entreabiertos, festoneando con variedad de colores y diversidad de dibujos toda la extensión del cercado.

En cuatro pequeños cuadros se divide la huerta, porque dos sendas la cortan en cruz; sendas que las copas de los frutales, confundiéndose unas con otras, convierten en caminos cubiertos, por los que es preciso andar doblando continuamente la cabeza para no dejarse el sombrero colgado de las ramas.

Donde las dos sendas se cortan se levanta un cenador, en cuya cúpula se juntan las copiosas ramas de cuatro manzanos, entretejidas por bulliciosas enredaderas, que entran y salen, suben y bajan, se extienden y se enroscan, y van y vienen, colgando de trecho en trecho sus campanillas de color de púrpura para que resalte sobre la verde pompa de las hojas y sobre la fresca palidez de las manzanas.

En esta especie de kiosko rústico hay cuatro asientos de piedra sin brazos y sin respaldo, que constituyen todo el mueblaje de la pieza, á la que Juana llama su gabinete verde.

El aire corre aquí suave y fresco, y el sol no pe-

netra bajo la doble sombra de las enredaderas y de los manzanos.

Aquí es donde ahora vamos á encontrar á Juana, siguiendo el hilo de nuestra historia.

Allí había llevado la mujer de Jaime su costurero, y allí, sentada sobre uno de los bancos de piedra, proseguía la labor en que la vimos empeñada la noche que acompañamos al Vecino desde el establecimiento á su casa.

Está prendiendo un lazo azul sobre una pequeña gorra guarnecida de encajes blancos como la nieve, pero no tan blancos como sus manos.

El lector querrá saber los pormenores de su *toilette*, y vamos á exponerlos.

El adorno con que sujeta las ondas, digámoslo así, agitadas de sus cabellos negros, es la misma redecilla con que los hallamos sujetos la primera vez que la vimos.

Sobre su cuello aterciopelado y desnudo hasta el nacimiento de la garganta, pendían de entrambas orejas dos aretes de oro, que lucían dos perlas como dos lágrimas.

No era posible precisar la gracia del talle, porque sobre la bata de percal listado que lo ceñía flotaba sin sujeción ninguna el amplio peinador que ya le hemos visto.

No había concedido más pormenores al adorno de su persona; y, como se ve por la sencillez de sus atavíos, no habría consumido mucho tiempo arreglando su tocado en el espejo.

Mas Juana era al fin mujer; tan mujer, que iba

pronto á ser madre, y no debemos extrañar que se note en el abandono de su prendido alguna *coquetería*.

Una pequeña rosa vivamente encarnada brillaba sobre las negras ondas de su cabeza, como si de este modo quisiera dar á entender cuán risueña era la primavera de sus pensamientos.

Por lo demás, en su semblante, permítaseme decirlo así, respiraban los ojos que la veían la triple juventud de la edad, de la salud y de la esperanza.

Joven simplemente es cualquiera: Juana era tres veces joven.

No habían invadido su ser ni la vejez de los años, ni la decrepitud de las enfermedades, ni la triste ancianidad de las penas.

Se podía decir que vivía respetada por el tiempo, por el mundo y por la naturaleza.

Así es que vagaba por sus labios la sonrisa de su bienestar: si todo le sonreía, justo era que también ella sonriera á todo.

Ocupada en su labor, y probablemente entretenida con sus pensamientos, no había visto que dos personas desconocidas llegaban al cenador.

Una de estas dos personas, apoyada en el brazo de la otra, era hermosamente rubia, y pretendía cubrir la rica profusión de sus rizos con un pequeño sombrero, que dejaba caer sobre el rostro la suave nube de un velo blanco.

Cuando el ruido de las ramas agitadas hizo que Juana levantara los ojos, se encontró con ella en

el momento en que aparecía bajo el arco frondoso formado por los manzanos que sostenían el pomposo edificio del cenador.

Juana, sorprendida por aquella visita inesperada, apartó el costurero, y poniéndose de pie, exclamó.

—¡Ah!..... ¡Señora!.....

—Perdone usted—dijo ella—que haya llegado hasta aquí sin permiso de nadie; pero es el caso que no hemos encontrado á quien pedírselo.

—La falta—replicó Juana con semblante risueño—es imperdonable, y en castigo va usted á hacerme el favor de sentarse.

La señora á quien iban dirigidas esas palabras las acogió con afable sonrisa, y desprendiéndose del brazo de su compañera, alzó el velo que cubría su rostro, y se sentó haciendo de paso una ligera cortesía.

Juana no pudo ocultar la impresión que su belleza le causaba, y sintió al mismo tiempo curiosidad por saber quién era aquella mujer tan hermosa.

—¿Es la señora generala de..... á quien tengo el honor de ver en mi casa?—le preguntó.

—No—contestó ella, sonriendo de nuevo.

—¡Ya!—añadió Juana:—usted es, sin duda, la señora viuda de cuyo talento oigo hablar muchas veces á mi marido.

—Tampoco—se apresuró á responder.

Comprendió la mujer del Vecino que aquella criatura tan bella quería ocultar su nombre, y no

hizo más preguntas; pero quiso disculpar las que ya había hecho, diciendo:

—No extrañe usted mi impertinencia. Hago una vida tan retirada y tan solitaria, que puedo asegurarle á usted que no conozco á nadie. Hemos venido á pasar aquí el verano: estamos ya cerca de un mes, y todavía no he ido una sola vez al establecimiento.

—Es muy natural—dijo la desconocida—que desee usted saber mi nombre; y puesto que no me he valido de nadie para llegar hasta aquí, yo misma me serviré en este caso: tengo, pues, el gusto de presentar á usted á *Madame Albert;* la que me acompaña es mi doncella.

Ante aquel nombre desconocido, Juana no supo de qué cumplimiento valerse, y por decir algo, preguntó:

—¡Ah!..... ¿Es usted casada?

—Vivo habitualmente en París—le contestó.—*Monsieur Albert* encuentra allí el gran centro de sus negocios. Yo he venido á tomar las aguas de Cestona.

—¿Por capricho?—preguntó Juana.

—No—le contestó.

—¡Cómo! ¿Esta usted enferma?

—Sí.

—¡Oh! Parece increíble.

—Padezco una dolencia que se hace rebelde.

Juana buscaba en aquel rostro fresco y sonrosado alguna señal que diera indicios del padecimiento, y no encontrándola, dijo:

—Los médicos inventan alguna vez enfermedades que no existen.

—Mi dolencia—replicó *Madame Albert*—es verdadera.

—A lo menos—insistió Juana—será una dolencia fácil de llevar.

—¡Oh no!—exclamó *Madame Albert.*

—¿Los nervios, sin duda?—preguntó Juana; y luego añadió:— ¡Pícaros nervios!

—No—contestó la enferma;—es una afección moral.

—¿Sí, eh?

—¡Pues! Padezco de tristezas.

La mujer del Vecino contempló un momento á *Madame Albert*, y elevando ligeramente el labio inferior, movió la cabeza con aire compasivo, exclamando:

—¡Tristezas!

—Sí.

—¿Y por qué?

Madame Albert se encogió de hombros, y con el extremo de su sombrilla comenzó á trazar caprichosos dibujos sobre la arena que cubría el suelo.

La alegría tiene también sus vanidades, y Juana dijo irreflexivamente:

—He ahí una enfermedad que no conozco.

Y viendo que sus palabras no causaban en la enferma un efecto muy agradable, se apresuró á añadir:

—Usted es joven, es hermosa, es rica, y es im-

posible que su marido no le profese el afecto más tierno.

—Es verdad; no puedo quejarme de *Monsieur Albert*, porque, á pesar de la barahunda de negocios en que vive, y á pesar también de sus sesenta años, me rodea de exquisitos cuidados.

En la franca fisonomía de Juana apareció una expresión que indicaba asombro, y comprendiendo *Madame Albert* el motivo de su sorpresa, dijo:

—Sí; *Monsieur Albert* ha cumplido ya sesenta años.

—Tanto mejor—añadió Juana con bondadosa naturalidad.—Así encontrará usted en él, además del afecto de marido, el cariño de un padre.

—Sin duda, señora—contestó la enferma, clavando los ojos en su doncella, que permanecía de pie á la entrada del cenador.—Pero veo—siguió diciendo—que ha abandonado usted su labor, y sentiría que mi visita fuese importuna.

—Nada de eso. Ya ve usted con qué franqueza la he recibido.

Madame Albert se inclinó ligeramente, aceptando aquel agasajo, y luego dijo:

—Yo también huyo del trato de las gentes; la soledad me molesta menos que el bullicio de la sociedad: así es que vivo en el establecimiento enteramente retraída. Como sola; algunos días me sorprende la mañana en medio de estos valles pintorescos, y todas las tardes, esquivando el encuentro de los importunos, doy después de comer mis largos paseos. Esta tarde hemos llegado á este si-

tio, huyendo de la algazara que tienen allí. Hoy les ha dado por la música, y bailan como unos locos; y la música aumenta mi tristeza, y el baile me ataca los nervios.

La doncella de *Madame Albert* miró las frescas manzanas que pendían sobre su cabeza, sonriendo imperceptiblemente.

—Sí—afirmó Juana;—ya sé que se divierten mucho en el establecimiento; mi marido es allí un gran tercio, y él me lo cuenta todo. Anoche, sin embargo, no me contó nada: llegó, se acostó, y se durmió en seguida.

La enferma detuvo sus ojos distraídos en el costurero, exclamando:

—¡Ah! ¡Esa gorra es preciosa!

—Muy sencilla—añadió Juana, colocándola en su mano como en un molde.—Ya ve usted: unos encajes y un lazo; ni más, ni menos.

—Ahora observo que está hecha para la cabeza de un niño.

—Sí, señora; para un niño la estoy haciendo.

—¡Ya! ¿Tiene usted hijos?

La mujer de Jaime bajó los ojos, y se puso un poco encarnada.

—Aun no—contestó sencillamente.

Hubo algunos instantes de silencio, durante el que Juana contemplaba la gorra, *Madame Albert* hacía rayas profundas en la arena con el bastón de su sombrilla, y la doncella, apoyada en el tronco del manzano, seguía mirando las manzanas medio escondidas entre las hojas.

Este silencio le pareció á Juana una descortesía por su parte, y lo rompió, diciendo.....

Pero hagamos aquí punto, para que el lector descanse algunos momentos y reflexione, si es naturalmente reflexivo; y si no lo es, démosle tiempo para que vuelva la hoja y busque la continuación de este diálogo en el capítulo siguiente.

XI

INTIMIDADES

ANTE todo, Juana invitó á *Madame Albert* á pasear por la pequeña huerta y á coger las flores y las frutas que fueran más de su agrado. Cosas que ella rehusó por hallarse fatigada del largo paseo de aquella tarde. Mas la invitación se extendió á la doncella, y ésta, que por lo visto no se sentía cansada, aceptó el ofrecimiento, después de haber obtenido de su señora el permiso necesario para aceptarlo.

Quedaron, pues, solas en el cenador *Madame Albert* y Juana.

Entonces fué cuando ésta dijo:

—Las aguas de Cestona tienen mucha virtud, y los aires de estas montañas son puros y sanos:

la alegría de estos valles disipará al fin esas tristezas.

La enferma movió á uno y á otro lado su hermosa cabeza, no disimulando la poca confianza que le inspiraba el pronóstico.

—Vea usted, señora—siguió diciendo Juana—cómo se divierten en el establecimiento. Usted debiera hacer lo mismo.

El extremo de la sombrilla de *Madame Albert* se hundió más profundamente en la arena, y asomó á sus labios una especie de sonrisa árida y amarga.

Juana añadió:

—Es verdad que el mundo no consuela; pero al fin distrae: usted es muy joven, muy hermosa, y debo creer que muy rica: ¿por qué no ha de ser usted dichosa?.....

Madame Albert no contestó nada á esa cariñosa pregunta. No hizo más que fruncir sus primorosas cejas.

Á la mujer del Vecino empezaba á interesarle aquel padecimiento misterioso, y guiada por los impulsos de su natural bondad, se propuso distraerla de tan acerba tristeza.

—Mire usted—le dijo:—yo no soy hermosa, no soy rica, y sin embargo mi corazón está lleno de alegría.

—Usted—le contestó la enferma con acento algo áspero—empieza ahora á vivir.

—¡Señora!—exclamó Juana:—debo tener algún año más que usted.

—Es lo mismo—le replicó.—Mi juventud, mi

hermosura y mi riqueza de nada me sirven, porque yo *tengo ya un pie en el sepulcro.*

Las palabras que he subrayado las pronunció dando á su voz una inflexión sarcástica y dejando escapar una carcajada, que Juana no pudo oir sin estremecerse, no ocultando en la expresión de su semblante el espanto que la causaba.

Llegó á temer si aquella mujer estaría loca, porque lo que estaba viendo le parecía inexplicable.

Madame Albert le dijo dulcemente:

—Duda usted de la sinceridad de mis palabras, porque acaso sospecha usted que es mi cabeza la que no está sana. No me sorprende.

—Perdone usted—replicó Juana;—pero *¡un pie en el sepulcro!*..... ¡Oh! ¡eso es increíble!..... La muerte no tiene, por cierto, las mejillas frescas y sonrosadas, ni los ojos llenos de vida.

—Entonces—añadió *Madame Albert*—devuélvame usted el juicio, que sin duda acaba de quitarme; porque la locura no tiene tampoco las mejillas frescas y sonrosadas, ni los ojos apacibles.

—Es verdad—dijo Juana.

—Pero, ¡bah!—exclamó la enferma irguiéndose:—no hablemos ni de mis locuras ni de mis dolencias. Me parece más agradable otra conversación cualquiera. Usted tiene el corazón lleno de alegría: ¿no es esto?.....

Juana era uno de esos corazones ingenuos que nada saben ocultar, ó más bien que no tienen que ocultar nada, y respondió sencillamente:

—¡Oh! sí: yo siempre estoy alegre.

De nuevo el semblante de *Madame Albert* pareció nublarse; mas la mujer del Vecino quiso corregir aquel alarde de su felicidad, y sacudió la cabeza, diciendo:

—En verdad, yo también tengo mis tristezas; porque al fin mi dicha, como todas las dichas de este mundo, ha estado en la vuelta.....

Madame Albert completó la frase añadiendo:

—¿En la vuelta de un dado?

—Es igual, señora: en la vuelta de un vals.

—¡De un vals!.....

—Eso es.

—¿Y cómo?

—¡Ah!.....

—Eso debe ser curioso.

—Mucho.

—¿De manera que usted le debe su alegría á una vuelta de vals?

—Sin duda.

—Nada más natural: ¡un vals es una cosa tan alegre!.....

—No lo sé—dijo Juana encogiéndose de hombros;—porque yo no he valsado nunca.

—¡Entonces!.....—preguntó admirada *Madame Albert.*

—Es una historia—siguió diciendo Juana—una historia con la cual me he reído muchas veces, porque Jaime la cuenta admirablemente.

—¡Jaime.....!

—Sí.

—¡Oh! ¿Y quién es Jaime?

—Jaime, señora—contestó Juana con cierto orgullo—es mi marido.

—Ya.

—Todavía no hace un año que nos casamos.

—¿Y Jaime—preguntó *Madame Albert*—cuenta esa historia con mucha gracia?

—Mi marido—contestó Juana—le da tanto realce á todo lo que cuenta, que si usted le oyera referir esa historia no padecería esas tristezas que padece.

—¿De manera que el lance fué chistoso?

—Chistosísimo.

La enferma apoyó el codo sobre la rodilla y la barba sobre el hueco de la mano, inclinándose hacia Juana, dispuesta á oir de sus labios el chistoso relato.

—Yo—dijo ésta—no sabré darle la gracia con que Jaime la cuenta.

—No importa—replicó *Madame Albert;*—porque, á pesar de esa modestia, estoy segura de que ha de divertirme.

—Pues bien—dijo Juana, plegando entre sus dedos el extremo del peinador:—Jaime y yo nos hemos conocido desde niños; hemos jugado juntos; juntos hemos crecido. Mi madre creyó que al fin sería mi marido.....; pero.....

—¡Cómo!—exclamó la enferma interrumpiéndola.—¿No están ustedes casados?

—Sí—contestó Juana.—Mas aquí empieza la historia.

—Veamos.

—Es el caso que yo empecé á advertir cierta frialdad en Jaime, cierta reserva, ¡qué sé yo! Iba menos á verme, evadía todo encuentro conmigo. Por supuesto, yo nunca le di una queja, ni le puse mala cara, aunque á mis solas tuviera algunas veces que enjugarme los ojos al pensar en su desvío. En fin: no quiso engañarme, y me desengañó. ¡Pobrecillo! Era él el que se engañaba. En una carta de cuatro renglones me confesó que no era dueño de su corazón. Entonces le escribí yo una carta muy larga, asegurándole que estaba agradecida á su lealtad; que siempre me interesaría por su dicha, y, en fin, que nunca dejaría de ser su amiga y su hermana. Renuncié á toda esperanza con las lágrimas en los ojos; pero contenta, porque estaba resignada con mi suerte.

—¡Oh!—exclamó *Madame Albert* sonriendo.—Eso no deja de ser chistoso.

—Pues ahora—siguió diciendo Juana—entra lo mejor. Imagínese usted cuál sería mi sorpresa, cuando al otro día muy temprano se presentó Jaime en mi casa. En sus ojos, encendidos por la falta de sueño, vi claramente que había pasado la noche Dios sabe cómo. Además, el esmero y á la vez el desorden de su vestido me lo confirmaron. Pues había pasado la noche en un baile, y aquella era la bendita hora en que aun no había pegado los ojos. Al verme se arrojó á mis pies, se llenó de injurias, nos hizo llorar á todos, abrazó á mi madre y pidió mi mano, y entregándome la carta que yo le había escrito, me dijo: «Toma; esa carta ha sido

mi salvación; guárdala como un tesoro.» ¿Á quién dirá usted que le debí esa trasformación?.....

—No sé—contestó *Madame Albert.*

—Á un vals.

La enferma miró fijamente á Juana, repitiendo:

—Á un vals..... ¿eh?

—Ni más, ni menos.

—¿Y cómo fué eso?.....

—Esa es la parte—dijo Juana—que yo no sé contar; pero, en fin, la diré como pueda: Jaime, que era entonces muy loco, se había prendado de una de esas mujeres que se pasan la vida en el tocador, de esas que viven en las calles, en los paseos, en los teatros y en los bailes, y él se dedicó á seguirla por todas partes. Al fin se decidió, y en un baile, no sé dónde, se entendieron. Ella le dijo: «Hable usted á mamá, asedie usted á mamá, conquiste usted á mamá.» Jaime repite estas palabras de un modo que es morirse de risa. Fué en busca de la mamá, y, como es tan aturdido y algo corto de vista, chocó tan fuertemente con una señora, que estuvieron los dos á punto de caer en tierra. Ella puso el grito en el cielo, él se puso por las nubes, y los dos se pusieron de vuelta y media. En esto paró la atención, y vió que aquella señora era la mamá. Figúrese usted qué lance.

Madame Albert oía atentamente el relato de Juana, que siguió de este modo:

—Se deshizo en excusas, y como Dios le dió á entender, le hizo presente sus pretensiones; y como la mamá era madrastra y viuda, tomó el rábano por

las hojas, creyéndose objeto de aquella solicitud. Dice Jaime que cuando se convenció de su engaño tocaba el cielo con las manos, y en venganza le negó la mano de su hija, que entre tanto bailaba en el salón como una descosida. Volvieron á reñir, y por poco se arañan. Jaime le volvió la espalda; huyendo de la madre, iba en busca de la hija, resuelto á robarla; pero la encontró valsando de un modo, que cuando Jaime lo pinta da vergüenza; y, ¡ya ve usted!: así valsan todas. Entonces se puso furioso: quiso matar, quiso matarse, y concibiendo los más descabellados proyectos, la emprendió de nuevo con la madrastra: ¡él mismo asegura que estaba loco!..... En esto se oyó en el salón del baile un gran murmullo, risas, exclamaciones..... porque una pareja de las que valsaban había tropezado, rodando por la alfombra. Según Jaime, el *batacazo* fué terrible, y ella se levantó como pudo; es decir, cojeando. Este espectáculo, á la vez vergonzoso y risible, causó en Jaime una impresión profunda, y saliendo del error en que se hallaba, me devolvió su cariño. Ya ve usted si es cierto que debo á una vuelta de vals toda mi dicha.

—Ciertamente—contestó *Madame Albert*, con acento que parecía conmovido.

Luego preguntó:

—¿Y se casaron ustedes en seguida?.....

—En seguida no—dijo Juana.—Yo alargué en dos años el plazo para nuestro matrimonio; porque necesitaba esa prueba de su constancia.....; pero él es bueno, y ya lo tengo seguro.

Madame Albert se sonrió de un modo particular; se sonrió apretando los dientes.

—¿Y son ustedes dichosos?.....—preguntó de nuevo.

—Mucho: él vive contento; y en cuanto á mí..... ¡Ah!..... Jaime sabe hacer la felicidad de la casa..... Es imposible vivir con él y no ser dichosa.

La enferma inclinó la cabeza, y se mordió los labios.

Juana lo advirtió, y dijo:

—Veo que no la divierten á usted mucho estas intimidades de mi vida.

—¡Oh, sí!—exclamó *Madame Albert.*—Me divierten, me distraen mucho.

—Así—continuó Juana—pasamos la vida siempre riendo. Algunas veces suele haber nubecillas; pero pasan pronto. Cuando me ve enojada, encoge una pierna, se hace el cojo, y me dice: «¡Eh, señora! no puedo con las malas caras..... No te fies, porque ya sabes de que pie cojeo.....» Al oir esto, por muy enojada que esté, suelto la carcajada, y vuelve á salir la historia del vals. Pero ¡bah!.....: estamos aquí con estas niñerías, y empieza á obscurecer, y este aire de la noche puede causarle daño. Pasaremos á la casa.

—No—dijo la enferma;—es ya tarde.

—¡Está usted muy pálida!.....—exclamó Juana.

—Puede ser.....; mas me siento perfectamente.

Y poniéndose en pie, llamó á su doncella, que acudió al instante, colocándose á su lado.

Madame Albert cogió el brazo que la doncella le presentaba, y dijo á Juana:

—Crea usted, señora, que no olvidaré este encuentro que la casualidad me ha proporcionado: el lance del vals es delicioso, y le agradezco en el alma la confianza con que me ha contado las intimidades de su vida.

Juana recibió este cumplimiento con toda la afabilidad que encontró á mano, y acompañó á su nueva amiga hasta los dos grandes perales que formaban el pórtico de la huerta.

Allí se despidieron de nuevo, y al estrechar Juana la mano de *Madame Albert* sintió en ella un ligero estremecimiento.

Viéndola cruzar lentamente, y siempre apoyada en el brazo de su doncella, el puente de la ría, dijo:

—Es muy hermosa; mas sin duda está enferma.

Volvió Juana al cenador; recogió cuidadosamente el costurero, y llevando puesta en la mano como en un molde la pequeña gorra de encajes, exclamó, mirándola con aire de triunfo:

—¡Oh, sí; esta gorra es preciosa!

Así se dirigió por la senda que conducía á la casa, diciendo:

—Jaime no habrá vuelto todavía.

Luego añadió:

—¡*Madame Albert!*..... ¡Pobre criatura!..... Sin duda alguna está enferma.

XII

ASALTO

Cuando *Madame Albert* entró en su cuarto, abandonó el brazo de la doncella, lanzó lejos de sí la sombrilla que llevaba en la mano, y, acercándose á una butaca, se desplomó en ella.

Una vez sentada, arrancó de su cabeza el delicado sombrero que la cubría, entregándolo á los cuidados de su doncella, y escondió el semblante entre las dos manos.

Respiraba de un modo que bien hubiera podido creerse que todo un huracán rugía dentro de su pecho.

Permaneció así algunos instantes, después de los que alzó airadamente la cabeza, gritando:

—¡Luz! ¡luz!

La doncella entró un quinqué encendido, y lo colocó sobre la mesa.

—¿Y *Lesage?*—preguntó á la doncella.

—*Lesage*—contestó ésta—juega, como todas las noches, su partida de billar.

—Bien—replicó *Madame Albert* secamente.—Quiero estar sola.

La doncella debía estar acostumbrada á este tono imperioso de su señora; pues luego que colocó bien el quinqué sobre la mesa, de modo que la sombra de la pantalla cayera sobre el rostro de *Madame Albert*, salió de la estancia sin replicar palabra, dejando la puerta cerrada.

La enferma quedó sola: es decir, frente á frente de sí misma.

Si por la frecuencia de sus movimientos ha de colegirse la inquietud de su ánimo, preciso es convenir en que debía ser grande la agitación de su espíritu.

¡Nada más natural! La enferma buscaba una postura cómoda, y no la encontraba, porque la inexorable ley de su enfermedad se oponía á ello.

Unas veces sobre el brazo derecho, otras veces sobre el brazo izquierdo, buscaba inútilmente para su cuerpo un reposo, un bienestar, que de seguro no encontraba en su alma.

Podemos decir que se revolcaba sobre la butaca, sin hallar sosiego.

De pronto se puso de pie, y dando un paso brusco y desigual, se acercó á la mesa, y tomó un espejo, en el cual se contempló con ávida mirada.

La palidez que en aquel momento cubría sus mejillas aumentaba su belleza, dando un realce más puro á la precisión artística de sus facciones y una obscuridad más profunda, más deslumbradora, al azul de sus ojos.

Esta especie de entrevista, esta confrontación consigo misma, produjo en ella el efecto de un bálsamo; porque, después de recoger con los ojos su propia sonrisa, sacudió la cabeza, dejó el espejo, y volvió á la butaca algo más tranquila.

Entonces, á la inquietud que hemos notado, sucedió una inmovilidad completa. El que la hubiera visto habría creído que estaba dormida.

La puerta que la doncella había dejado cerrada gimió suavemente entreabriéndose, y *Madame Albert* no hizo movimiento ninguno.

Siguió la puerta abriéndose tímidamente, hasta descubrir en la sombra de su hueco el perfil de un hombre.

Sin abandonar la muelle actitud en que se hallaba, y casi sin alzar los párpados, dijo la enferma:

—Caballero, debe usted advertir que se ha equivocado: éste no es el cuarto que busca.

El hombre dió un paso, y entró en la habitación diciendo:

—Si no es una indiscreción imperdonable, me permitiré replicar que no me he equivocado.

Madame Albert se reclinó con más abandono sobre el respaldo de la butaca, y le preguntó:

—Entonces ¿á quién busca usted?..... A *Lesage*

lo encontrará usted jugando su partida de carambolas, y en cuanto á mi doncella, no puedo asegurar donde se halla en este momento.

—No busco al Sr. *Lesage*—contestó—ni busco á la doncella.

—En ese caso.....—replicó *Madame Albert.*

—Es claro, señora—añadió, haciendo una profunda cortesía;—á usted es á quien busco.

—¿Y podré saber el motivo que le obliga á buscarme?.....

—Ese es precisamente el objeto de mi venida—contestó él dando un paso más hacia la enferma.

Ésta entornó graciosamente los ojos para mirar más atentamente al personaje que tenía delante, y con suprema indiferencia dijo:

—Veamos.

—Se trata, señora, de un té, rigurosamente inglés, que hay dispuesto para esta noche; y yo, contando con su amabilidad, me he tomado la libertad de venir á invitarla.

—Lo siento—contestó;—pero la severidad del régimen á que estoy sometida no me permite.....

—¡Ah!—exclamó el embajador oficioso al ver desechada su invitación.

—Vuelvo á decir—añadió *Madame Albert*—que lo siento. Me parece que no puedo hacer más.

—Bien—insistió:—no hablemos del té, puesto que la severidad del régimen á que se halla usted sujeta no se lo permite; pero, créame usted, señora, su presencia en el salón sería de muy buen efecto.

—¿Sí, eh?.....—preguntó la enferma con encantadora naturalidad.

—Positivamente. Y si usted me concediera á mí el honor de ser quien la presente á la sociedad, que ya se encuentra reunida en el salón, obtendría una distinción que acaso no merezco, pero que sabría apreciar en todo lo que vale.

Estas frases, muy melosamente pronunciadas, no sacaron á *Madame Albert* de la indiferencia en que, al parecer, se hallaba sumergida, y moviendo la cabeza para añadir el ademán á la palabra, contestó sencillamente:

—No es posible, caballero.

El personaje que, como hemos visto, se había introducido en el cuarto de *Madame Albert*, no era hombre que retrocedía fácilmente ante las dificultades, y aparentando resignarse, dijo:

—No debo insistir ante una negativa tan explícita; pero á lo menos desearía que no atribuyera usted mi oficiosidad á una mera cortesía.

—¿Entonces—preguntó ella—puedo saber á qué debo atribuirla?

—Debe usted atribuirla al interés que por usted siento.

—Gracias, caballero. Ha tenido usted la bondad de ver en mí una mujer sin defectos..... Le he parecido á usted bastante hermosa, y ha pensado usted amarme..... ¡Oh, lo agradezco!

—No es precisamente—replicó él—el interés que, cosa bien natural, me inspira tanta belleza.

Si aspiro á su confianza, me mueve á ello el deseo de prestarle un servicio.

—¡Ah!.....—exclamó *Madame Albert*, prolongando la admiración.—¿Conque se trata de un servicio?

—Sin duda.

—Bien. ¿Y cómo?.....

—No he venido á ofrecerle mi corazón como un enamorado de comedia. He venido únicamente á ofrecerle á usted mi brazo.

Madame Albert se irguió bruscamente, clavó en su interlocutor una mirada semejante á la que había dirigido á Jaime la tarde que se encontraron en el camino, y adelantando la cabeza para hacer más perentoria la pregunta, dijo:

—Vamos á ver: me ofrece usted su brazo; ¿y para qué?.....

—¡Phs!.....—silbó él por toda respuesta.

—¡Phs!.....—añadió ella—no me parece una razón demasiado concluyente.

—Quiero decir, señora, que aquí se encuentra usted sola.

—¿Y eso es un peligro?

—Puede serlo.

—¿Tengo enemigos?

—¿Por qué no?

—Explíquese usted claramente.

—Hace usted una vida tan misteriosa, tan retraída, que ha despertado usted con ella la curiosidad de todos.

—Y bien.

—Han tratado de inquirir la causa.

—¿Y han conseguido averiguarla?

—Creen que, en efecto, la han averiguado.

—¿Y yo podré saberla?

—Suponen.....

—¿Qué suponen?

—La curiosidad y la envidia no suelen contenerse nunca en los términos razonables. Suponen..... ¡bah! que en la vida misteriosa que usted hace y en la conducta reservada que observa, se oculta algo.

—¡Algo!.....

—Eso es; murmuraciones que usted puede desvanecer rompiendo la reserva en que vive encerrada, y, que, en último caso, yo sabré acallar, haciendo enmudecer á las lenguas atrevidas. Tiene usted á su disposición mi brazo y mi espada.

Por este rasgo habrá acabado de comprender el lector que el personaje que de ese modo ofrecía su brazo y su espada era nada menos que el terrible Goliat.

La idea de la invitación le había ocurrido al diplomático, y al ayudante le pareció excelente, y la aprovechó, presentándose en el acto en el cuarto de la enferma.

Madame Albert medía con los ojos las hercúleas proporciones del Gigante con cierta complacencia.

—Ante todo—le dijo—necesito saber qué es lo que de mí se murmura.

—No es absolutamente necesario—contestó

Goliat;—bastará con que usted me autorice á desmentirlo.

—Por eso—replicó ella—es indispensable que yo lo sepa.

—Si usted se empeña en ello.....

—Sí; me empeño.

—Pues bien, señora: se dice que entre usted y el Vecino debe existir alguna antigua y secreta inteligencia.

—¡El Vecino!—exclamó *Madame Albert.*—¡Santo Dios! ¿Y quién es el Vecino?

—Lo llamamos así, porque no vive en el establecimiento. Es un hombre obscuro, algo extravagante, y aun ridículo, que posee á la salida del pueblo y al otro lado del puente un caserón destartalado y medio ruinoso, y en él habita con una mujer á quien nadie conoce. Se llama Jaime de no sé qué.

Madame Albert respiró como quien saca la cabeza del agua; pero debió surgir en su espíritu agitado alguna nueva inquietud, pues preguntó con ansia:

—¿Y quién ha descubierto eso?.....

—¡Descubierto....! ¡Señora!....—exclamó Goliat.

—Es lo mismo..... descubierto ó inventado, ¿qué más da?..... Lo que deseo saber es quién ha esparcido semejante especie.

—¿Quién? *Él*.....

—*¡Él!*—dijo la enferma, poniéndose de pie.

Sin duda—añadió el gigante, sorprendido de aquel movimiento.—Él ha dicho.....

—¿Qué ha dicho?

—Lo bastante, señora. Dice con mucho misterio que es dichoso, que sueña con una cabeza rubia, con unos ojos azules y con una boca sonrosada.....

Madame Albert soltó una carcajada, echó atrás los rizos que se habían agolpado á su frente, y volvió á sentarse, diciendo:

—¿Y es ese bastante motivo para poner en duda el decoro de una mujer?

—Cuando esa mujer deslumbra por su belleza y excita la curiosidad con su misterioso retraimiento, es, como usted ve, bastante motivo.

—De todas maneras, no debo quejarme de mi suerte, porque al fin he encontrado un corazón generoso que se pone de mi parte y sale á mi defensa.

Pronunció estas palabras *Madame Albert* con acento equívoco; mas era tan halagüeño el sentido que encerraban, que Goliat las acogió, diciendo:

—Me obligo, señora, á desmentir solemnemente esa especie absurda, y aseguro que no habrá quien la sostenga.

La arrogancia de esta promesa hizo sonreir á la enferma, y dijo:

—Sería una ingratud desechar un auxilio tan inesperado y tan generoso; pero no me doy por ofendida de esas suposiciones, porque, en verdad, no merecen la pena..... Para resacirme de ese ultraje, me basta la satisfacción de haber adquirido un amigo.

Goliat se inclinó profundamente como un poste que se dobla, y para confirmar aquella amistad súbita que acababa de adquirir, tendió su mano, en

la cual depositó *Madame Albert* la suya con sencillo desembarazo.

En aquel momento entró la doncella, ó, mejor dicho, apareció en la puerta, que permanecía abierta.

Goliat la maldijo interiormente, y haciendo una nueva reverencia, salió de la estancia.

Bajó la escalera con aire triunfante, y se dirigió al salón, diciéndose á sí mismo:

—Ha sido un golpe afortunado.....: la tomé por asalto.

Por lo que hace á *Madame Albert*, miró á su doncella, y le preguntó:

—¿Has oído?

—Todo—le contestó.

—En ese caso, nada tengo que decirte.

Lesage había terminado su partida de carambolas, y entró en la habitación.

—*Lesage*—dijo *Madame Albert* al verlo;—me tenéis abandonada: todas nuestras precauciones han sido inútiles.

—¡Inútiles, señora!—exclamó el mayordomo.

—Inútiles—repitió ella—porque acabo de sufrir un asalto.

—¿Serio?—preguntó *Lesage*.

—Semiserio; pero tened en cuenta que se trata de un héroe formidable, capaz de derribar de una sola puñada la muralla de la China.

El mayordomo y la doncella bajaron al mismo tiempo la cabeza, y los tres se miraron con la risa en los labios.

XIII

SEGUNDA ENTREVISTA

Al aparecer Goliat en el salón, de vuelta de su empresa, casi diplomática, casi militar, no pudo esconder á las gentes allí reunidas la íntima satisfacción con que él mismo celebraba su triunfo.

No fué la generala la última que percibió en toda la persona del gigante la especie de majestad....., el aspecto de arrogancia con que iba pregonando que le había sido propicia la victoria.

—Caballero—le dijo la viuda:—aquí se empezaba ya á murmurar de su ausencia.

—Mi ausencia, señores—contestó paseando la mirada por todo el concurso, sin excluir á la generala—no merece el honor que ustedes le dispensan.

—Honor muy justo—replicó la viuda—porque al fin es una ausencia que nos ha parecido sospechosa.

Enriqueta con su voz de almíbar reforzó las palabras de la viuda, añadiendo:

—Sí, señor, muy sospechosa.

Goliat se inclinó, encogiéndose de hombros, como quien sucumbe, y dijo:

—Había formado el propósito de ocultar la causa de mi ausencia, por no afligir á ustedes con la noticia de mi mala ventura; pero está visto que aquí no se pueden tener secretos. Vengo de hacer una visita á *Madame Albert*.....

—¿Á *Madame Albert?*.....—preguntaron á un tiempo muchas voces.

La generala hizo un gesto de incredulidad, y el ayudante añadió:

—Sí; á *Madame Albert.*

—¡Por qué no!.....—dijo á media voz el hombre de mundo.—La mujer más fiel siempre tiene lugar en su corazón para un segundo amante.

Estas palabras levantaron un tumulto de voces.

—Señoras—añadió el promovedor del tumulto:—eso lo ha dicho un gran poeta, inglés por más señas, y cojo por añadidura..... Lord Byron.

—¡Mire usted qué personaje!.....—exclamó la viuda.

—El hecho es—siguió diciendo Goliat—que he visitado á *Madame Albert.*

—¿Y con qué motivo?—preguntó la generala.

—Quise proporcionar á ustedes una sorpresa presentándoles á *Madame Albert* en el té de esta noche, y, con toda la finura que el caso requería, he ido á invitarla.

El abanico de la generala se cerró de golpe, al mismo tiempo que el diplomático decía:

—Ir á invitarla.....: esa era mi idea.

—¿De manera—preguntó la viuda—que esta noche tendremos aquí á *Madame Albert?*

—No—contestó Goliat.

—¡No!..... —exclamó la generala.—¡Eso es increíble! ¿Cómo le ha de hacer á usted ese desaire?.....

—Á *Madame Albert*—siguió diciendo Goliat—le es el té dañoso; se halla sujeta á un régimen higiénico que se lo prohibe. En cambio, puedo asegurar que todas nuestras suposiciones acerca de ella carecen de fundamento. Estoy plenamente convencido.

—¡Hola!—exclamó la viuda mirando de reojo á la generala.—¿Ha obtenido usted la confianza de *Madame Albert?*

—Hasta cierto punto—dijo el gigante, afectando la modestia de los hombres vanidosos.—La visita no ha sido corta, y en una conversación de más de media hora me ha sido fácil descubrir que no existe nada de lo que hemos supuesto.

La voz armoniosa de Enriqueta se dejó oir, diciendo:

—Será así; ¡pero *Madame Albert* tiene una manera de mirar al Vecino!.....

—Me parece—insistió Goliat—que las palabras tienen más fuerza que las miradas, y es evidente que no lo conoce.

—¿Lo ha dicho ella?—preguntó el hombre de mundo.

—Ella misma—contestó.

—Entonces—insistió aquél—no hay más remedio que bajar la cabeza, y creer que, en efecto, *Madame Albert* y el Vecino se entienden.

—No me parece—replicó Goliat—que tenemos derecho á poner en duda sus palabras.

En honor de la verdad, la misteriosa enferma no había dicho terminantemente que el Vecino le fuera una persona desconocida; pero podía colegirse así, y el ayudante no necesitaba más para creerlo á puño cerrado. Además, se le ofrecía la ocasión de cumplir el ofrecimiento que había hecho de su brazo, y esperó con aire un tanto provocativo la respuesta del hombre de mundo.

Éste se encogió de hombros, diciendo:

—Dios me libre de poner en duda las palabras de esa señora; pero, seamos francos: ¿hay aquí alguna que en el caso de *Madame Albert* fuera á contar al primero que llegase lo mismo precisamente que tratara de ocultar?

Todas á la vez contestaron:

—Ninguna.

Y el héroe de esta escena, no atreviéndose á hacer frente á tanto enemigo, envainó, digámoslo así, la espada, guardándola para otra ocasión más oportuna.

—En efecto—añadió el diplomático:—las inglesas son muy cautas.

No pudo Enriqueta pasar esta nueva preferencia en favor de las inglesas, y con su voz dulce como el sonido de una flauta, dijo:

—Todas las mujeres somos cautas. Si *Madame Albert* quiere ocultar que conoce al Vecino, es claro que dirá que le es desconocido. Eso lo hace cualquiera.

Y volviéndose á la generala, añadió:

—¿No es verdad, señora?

—Sí, hija mía—contestó ésta con acento áspero;—y pensar otra cosa es una insigne impertinencia.

—Eso no quita—advirtió la viuda, guiñando graciosamente los ojos—que esa señora inglesa, ó alemana, tenga en su corazón, como dice Byron, lugar para un segundo amante.

En este momento se presentó el Vecino en la puerta del salón, diciendo:

—No hay que preguntarlo: hablan ustedes de *Madame Albert.* Esa es la conversación que está de moda, y aquí no es posible hablar de otra cosa. Pues bien: esta noche yo también tomo parte en la conversación, porque traigo las últimas noticias. Aquí está el suplemento á *La Correspondencia.*

—¿Dónde?.....—preguntaron.

—Aquí—contestó, adelantándose:—yo mismo soy el suplemento. Son todas ellas noticias interesantes, porque son las de la última hora. Por eso este número—dijo señalándose á sí mismo—llega

hoy un poco tarde á manos de los suscritores. La redacción suplica que se le perdone esta falta involuntaria.

—Perdonada—exclamaron todos;—pero vengan las noticias.

El Vecino acercó una silla, colocándola en medio del auditorio, y se sentó, diciendo:

—Primera noticia: *Madame Albert* está casada..... ¿con quién dirán ustedes?..... Está casada..... con *Monsieur Albert*. Auténtico.

El auditorio prorrumpió en una carcajada.

—La segunda noticia—siguió diciendo—es todavía más interesante: *Monsieur Albert* es un hombre de negocios, que reside en París, y que ha cumplido ya sesenta años. Tercera noticia: la señora de *Monsieur Albert* ha venido á tomar las aguas de Cestona, en busca de algún alivio que calme la grave enfermedad que padece. Por último: estoy competentemente autorizado para decir que *Madame Albert* tiene un pie en el sepulcro.

—¿Cómo ha adquirido usted tan estupendas noticias?—le preguntaron.

—Todas son de origen oficial. Imagínense ustedes que *Madame Albert* ha tenido la bondad de hacernos una visita.

—*¡Madame Albert!*—exclamaron.

—En persona. Mi mujer la ha recibido, y han pasado la tarde juntas, charla que te charla. Como ustedes ven, el conducto no puede ser más seguro.

—¿Y qué grave enfermedad es esa que padece?—preguntó la viuda.

—Una enfermedad moral que ella llama tristezas.

Miráronse unos á otros con miradas de inteligencia, y Enriqueta agotó la miel de su voz para exclamar:

—¡Pobrecilla!.....

—Todos esos pormenores—dijo la viuda—la hacen interesante como la heroína de una novela, y apuesto á que nuestro Vecino no la mira ya con el odio implacable con que antes la miraba.

No era el Vecino uno de esos seres reflexivos que meditan lo que van á decir; antes bien, pertenecía al número de aquellos cuya lengua es tan viva como el pensamiento.

Sin embargo, esta vez parecía indeciso acerca de la respuesta que debía dar á la observación de la viuda, y quedó un instante pensativo.

—Mucho trabajo me cuesta—dijo al fin—olvidar el lance de la silla de posta. Acaso ni me vió siquiera, ni tuvo intención de atropellarme. Además, esas tristezas que padece pueden alterar en algunos momentos su juicio.

—¡Loca!.....—exclamaron.

Goliat hizo un movimiento de impaciencia, y el Vecino añadió:

—No digo tanto.

—Las mujeres locas son el peligro de los hombres cuerdos—advirtió sentenciosamente el hombre de mundo.

Sirvieron el té, al que Goliat asistió cabizbajo, la generala notablemente desapacible, el Vecino distraído, y la viuda, autora de aquel té extraordinario, sumamente complacida.

Á las doce la tertulia se pronunció en retirada.

Al día siguiente el gigante Goliat llamó suavemente en la puerta del cuarto de *Madame Albert.*

La voz de la enferma se dejó oir, diciendo:

—Adelante.

Goliat entró, y fué recibido con la más afable sonrisa.

Madame Albert, sentada delante del espejo, había abandonado á la doncella el magnífico torrente de sus cabellos rubios, que caían sobre su espalda como una cascada de oro. Tal fué, por lo menos, el efecto que causó en Goliat.

Las ondas de los rizos recortaban el contorno de su rostro, dando á su fresca y risueña fisonomía un tono esplendoroso.

Goliat se sintió subyugado por tanta belleza; se juró á sí mismo matar en desafío á la mitad por lo menos del género humano, é inclinándose, dijo:

—No he querido pasar por delante de la puerta de este cuarto sin enterarme por mí mismo.....

La enferma volvió á sonreirse, y lo interrumpió, diciendo:

—He pasado bien la noche, á pesar de que al principio no me dejaba usted coger el sueño.

—¡Yo!—exclamó el Gigante.

—Usted..... Soy algo cavilosa, y empecé á dar vueltas en mi cabeza á las murmuraciones de que

soy objeto. ¿Yo en secreta inteligencia..... con.....? ¿cómo le llaman ustedes?..... ¡Ah, sí; con el Vecino!..... ¡Oh, eso es imperdonable, y he meditado una venganza!..... ¿Acaso ese caballero es un hombre tan temible?..... En ese caso, mejor. Me gusta habérmelas con los hombres terribles..... Mi vanidad de mujer necesita una reparación..... Si es verdad que sueña con una cabeza rubia, unos ojos azules y una boca sonrosada, va á encontrarse conmigo..... Así como así—añadió mirando cariñosamente al gigante—empezaba ya á aburrirme, y esto acabará por distraerme.

—¿Qué intenta usted hacer?—preguntó Goliat.

—Intento un desafío.

—¡Un desafío!.....

—¿Por qué no? ¿Acaso no hay en el mundo más armas con qué luchar que las espadas y las pistolas?..... ¿No puede una mujer poner á prueba su valor y aun su destreza, y tomar por sí misma reparación de sus agravios?

El gigante Goliat asintió á estas palabras con un movimiento de cabeza, y ella continuó diciendo:

—Ese caballero á quien ustedes llaman el Vecino, se envanece acaso con las suposiciones que se hacen, y da pábulo á ellas con estudiadas reticencias, ¿no es esto?

—Hasta ahora ha observado una conducta reservada—contestó el ayudante;—ha huído de las conversaciones que á usted se referían, y se ha mostrado misterioso y taciturno; ha querido hacer

creer que profesa á usted una aversión profunda; pero anoche cambió de sistema: entró en el salón hablando de usted; nos dió noticias de *Monsieur Albert*, diciéndonos que es un hombre de negocios, que reside en París, y que ha cumplido ya sesenta años; que usted padece una enfermedad muy grave, y que se halla con un pie en el sepulcro.

Los ojos de la señora y de la doncella se encontraron en el espejo, cruzándose entre ellos una mirada cuyo valor no pudo apreciar el gigante. La primera hizo un gesto de desagrado, y la segunda se sonrió imperceptiblemente.

—¿Todo eso dice?—preguntó *Madame Albert.*

—Todo eso—añadió Goliat.

—¿Y no dijo que ayer tarde estuvimos en su casa?

—También. ¿Cómo había de olvidársele eso?

—Sí—añadió *Madame Albert;*—ayer tarde llevé mi paseo hasta aquel sitio; me sentí fatigada, y entré á descansar en la huerta que hay junto á la casa, ignorando que era aquella la residencia de tan temible enemigo.

—¡Temible!.....—exclamó el gigante con ademán de querer tragarse el mundo.

—Ahora—dijo *Madame Albert*—quiero conocerlo de cerca; le estoy sirviendo de diversión, y yo también quiero divertirme: esa es mi venganza. Deseo tratarlo, y tiene usted permiso para presentármelo.

—¡Señora!.....

—De otra manera—advirtió—no tengo de-

fensa..... Además, ¿qué inconveniente hay en ello?..... ¿No dice usted que no es temible?.....

Á esta pregunta acompañó *Madame Albert* una mirada tan íntima, que Goliat no tuvo ya ningún inconveniente que oponer á la presentación.

—Recibo de noche—le dijo.

Y volviéndose á la doncella, añadió:

—Ahora á vestirme.

Goliat salió del cuarto de *Madame Albert*, apropiándose por segunda vez la victoria en la lucha que había empeñado su amor propio.

Creía que en esta segunda entrevista había remachado el clavo de su triunfo.

XIV

LA PRESENTACIÓN

TOMA la vanidad humana diversos aspectos; pero hay dos en que principalmente se divide.

Hay la vanidad recelosa, descontenta, susceptible.

Hay la vanidad satisfecha, inalterable, invencible.

La primera viene á ser el martirio de sí misma.

La segunda es, por lo común, motivo de risa.

En el primer caso, el hombre vive en perpetuo tormento.

En el segundo caso, el hombre vive en perpetuo ridículo.

Goliat estaba íntimamente convencido de su mérito.

Á las proporciones gigantescas de su persona,

añadía la arrogancia del aire militar, que le daba el aspecto irresistible de un conquistador de corazones.

Sus grandes bigotes acentuaban su fisonomía con esa fiereza que á las mujeres les gusta tanto subyugar.

Era, pues, lo que se llama un buen mozo, y él lo sabía perfectamente, y quizá fuera eso lo único que sabía.

Es claro que *Madame Albert* no había de ser insensible á su preferencia, y, en todo caso, él echaría, como Breno, su espada en el peso de los tributos.

Mas, ¿quién había de disputarle el honor de conquistar á *Madame Albert?*.....

¿El Vecino?

¡Bah!

Esto era para él incuestionable.

¿*Monsieur Albert*, en París, hombre de negocios, con sesenta años cumplidos?..... La aventura se le presentaba con los más risueños colores.

¿Y qué pretendía la encantadora enferma con hacerse presentar al Vecino?

Esto era claro como la luz del día; Goliat lo había leído como en un libro en los ojos de *Madame Albert.*

Quería humillarlo, burlarse de él....., divertirse....., distraerse...., vengarse.

¡Y él, Goliat, iba á ser testigo; más aún: instrumento; mejor dicho: cómplice de aquella escena!

Su pensamiento no se detenía aquí; iba más allá todavía.

¿No era á él, al mismo Goliat, á quien *Madame Albert* deseaba dar aquella especie de satisfacción?..... ¿No podía ser este el primer obsequio con que se proponía premiar el generoso ofrecimiento que la noche anterior le había hecho?

Como Don Quijote dió por firme, y segura, y de finísimo encaje, la celada de cartón sin someterla á una segunda prueba, así Goliat dió por firme, seguro é incontestable su razonamiento, sin meterse en más averiguaciones.

No obstante: esta vez ocultó la satisfacción interior que embargaba su ánimo, reservándose para después dar en solemne espectáculo el escándalo de su triunfo.

Huyó de toda conversación que pudiera comprometer la reserva que se había propuesto guardar, y después del almuerzo salió del comedor, y no fué posible verlo en todo el día. Necesitaba la soledad, porque era dichoso.

La viuda notó esta ausencia, diciendo:

—La señora *Albert* se ha propuesto aislarnos. Antes nos robó al Vecino, y ahora parece que nos ha secuestrado al ayudante. Generala, esto va mal; vamos á tener que pactar con ese enemigo irreconciliable, ó consentir que cada día nos haga un prisionero.

Á la caída de la tarde se encontraron á la entrada del pueblo Goliat y el Vecino; éste iba sin dirección fija, y aquél venía al establecimiento.

Goliat hizo alto para detener al Vecino, y ambos se pararon.

El gigante le dijo:

—Desde que lo he distinguido á usted á lo largo del camino he concebido la idea de presentarlo á *Madame Albert.*

—¡Á mí á *Madame Albert!* —exclamó Jaime.— ¿Y por qué le ha ocurrido á usted semejante idea?

—Diré la verdad—contestó el gigante, como si no estuviera acostumbrado á decirla.—He hecho amistad con esa señora; hemos hablado de usted casualmente, y creo que tendrá mucho gusto en conocerlo. Además, usted casi le debe una visita, y yo deseo complacerla.

Jaime se mostró indeciso.

Viendo Goliat la indecisión del Vecino, le dijo:

—No es *Madame Albert* un león salvaje.

Evidentemente Jaime sostenía una lucha interior entablada consigo mismo.

Probablemente deseaba acercarse á *Madame Albert* por pura curiosidad, y á la vez deseaba alejarse de ella por pura repugnancia. Es posible que sintiera el doble y diverso impulso de la fuerza centrípeta y de la fuerza centrífuga: como la piedra puesta en la honda, debía verse á la vez impelido y sujeto; quería escaparse por la tangente, sin poder apartarse de la circunferencia.

¿Estaba bajo la influencia que ejercía la singular belleza de *Madame Albert?* ¡Por qué no! La hermosura es un centro de atracción; es á nues-

tros ojos lo que es á las mariposas la luz de una lámpara.

Mas no debemos olvidar que la silla de posta de la misteriosa enferma lo había bárbaramente atropellado. No era cosa de aborrecer á los caballos, y en cuanto al cochero, no hizo más que cumplir la orden que desde el interior del coche le había dado *Madame Albert*, gritando: «Adelante.»

Si el reo condenado á muerte tiene derecho á aborrecer á alguien, no es ciertamente al verdugo que lo ejecuta, sino al juez que lo condena.

No es, pues, inverosímil que el Vecino hubiese reconcentrado toda su aversión contra *Madame Albert.*

Los caracteres impresionables son por la misma razón supersticiosos, y bien podía imaginarse que aquel conjunto de juventud, de misterio y de belleza, había de ser para él una mujer funesta.

Algo de todo esto pasaba en su corazón.

Al cabo de un instante dijo:

—Es un capricho. ¿Qué quiere de mí esa señora *Albert?*

—He ahí una respuesta fácil de contestar: aquí goza usted de una gran reputación; se repiten sus chistes, se celebran sus ocurrencias y se comentan sus aventuras; nos tiene usted á todos eclipsados. Esta fama ha debido llegar á oídos de *Madame Albert*, y como usted sabe la enfermedad que la tiene con un pie en el sepulcro, supongo que busca en usted una especie de lenitivo á sus tristezas.

—¡Sí..... eh!—exclamó el Vecino.—En ese caso

no hay manera de excusarse. Haremos prodigios por distraerla..... Esta noche veremos á *Madame Albert.*

Aquella noche, en efecto, los dos se presentaron en el cuarto de la enferma.

¿Los esperaba ella?.....

Es posible, porque á su perspicacia de mujer no se habría escapado el deseo que Goliat tenía de complacerla.

Por otra parte, la situación en que, digámoslo así, la sorprendieron, descubría cierto abandono artístico que inducía á creer que los esperaba.

Se hallaba envuelta en una bata de seda de color claro, cuyos graciosos pliegues permitían adivinar la suave redondez de los hombros y los flexibles contornos de su talle. La falda caía maliciosamente, marcando unas veces y borrando otras, las líneas que animaban el precioso dibujo de su persona. Por último: sus pequeños pies descansaban en un taburete, sobre el que se adelantaba uno de ellos, sin duda más atrevido que el otro.

Desnuda la garganta de todo adorno, lucía francamente la corrección de una obra maestra y la blancura del cisne.

Pero donde, sin duda, quiso *Madame Albert* emplear más esmeradamente los recursos del abandono, fué en la cabeza: desafiando á los caprichos de la moda, se entregó á los caprichos de su gusto.

Libres sus hermosos rizos de las artificiosas sujeciones del peinado, flotaban alrededor del cuello y sobre las sienes: como si quisieran realzar la blan-

cura de la nieve con los resplandores del oro, caían por la espalda en suaves ondulaciones como ondas que se amansan, y se levantaban orgullosos sobre su frente como ondas que se encrespan.

Realmente era una cabeza deslumbradora.

La pantalla, ocultando la luz que ardía sobre la mesa, arrojaba sobre el rostro de esta Venus de Milo una sombra misteriosa, como si la luz misma no se atreviera á mirarla frente á frente.

Al verse en presencia de Goliat y del Vecino, *Madame Albert* se incorporó sobre la butaca en que estaba sentada, y entreabrió la boca para exhalar una ligera exclamación de sorpresa, cuando en verdad eran ellos los que se hallaban sorprendidos.

—Señora—dijo Goliat:—nuestro Vecino debe á usted una visita, y viene á pagársela.

—Eso significa—añadió ella—que este caballero no quiere tener cuentas conmigo.

Jaime dominó la admiración de que se sentía poseído, y contestó á *Madame Albert*, diciéndole:

—Yo soy poco belicoso, y me gusta estar siempre en paz con todo el mundo.

—¡Ah!—exclamó la enferma con una gracia y con una languidez inimitables:—temo que no vamos á ser buenos amigos. Es un capricho de mi debilidad de mujer; pero ¡qué quiere usted! me gusta la gente guerrera.

Goliat recogió estas palabras con toda su alma, y las anotó en su memoria para repetírselas á sus solas. Hubiera querido esculpirlas en bronce para

perpetua memoria de su nombre; pero, sobre todo, habría dado la mitad de su vida porque toda la sociedad reunida en el establecimiento hubiera podido oirlas.

—Seremos enemigos—dijo Jaime—puesto que usted lo quiere.

Los dos habían tomado asiento, y viendo *Madame Albert* al Vecino demasiado lejos, le dijo:

—Más acá....., así..... Á los enemigos conviene tenerlos cerca.

Al acercar Jaime su silla á la butaca de *Madame Albert*, añadió:

—He dicho que soy pacífico; pero debo advertir que no soy cobarde.

Si Goliat, testigo mudo de esta escena, no estuviera seguro de la superioridad de sus prendas personales, acaso hubiera temido que aquella enemistad que tan espontáneamente empezaba, acabara por ser demasiado íntima.

—No es usted cobarde—dijo la enferma.—Muy bien.....: vamos á verlo.

Y adelantando su espléndida cabeza hasta sacarla de la sombra que en ella proyectaba la pantalla, presentó su semblante al Vecino, diciéndole:

—Veamos: ¿qué piensa usted de mí?

No esperaba Jaime esta pregunta; pero su índole irreflexiva no era á propósito para meditar una respuesta: así que cogió al vuelo la primera que se le vino á la mano, y contestó:

—Pienso, señora, que posee usted unos caballos excesivamente brutales, un cochero superior-

mente estúpido, y una silla de posta que lo mismo pasa por encima del cuerpo de un hombre que sobre el polvo del camino.

—¡No comprendo!.....—advirtió ella.

—Quiero decir, que la noche que usted llegó al establecimiento me vi bárbaramente atropellado en medio del camino por sus caballos, por su cochero, por su silla de posta.....

—¡Ah!.....—exclamó *Madame Albert* sin dejarle concluir.—¿Fué usted?—Y soltó una carcajada.

Semejante hilaridad pareció á Jaime bastante intempestiva, mientras á Goliat se le reían todos los huesos de su cuerpo.

Luego que *Madame Albert* acabó de reir, preguntó de nuevo:

—¿Y es eso todo lo que piensa usted de mí?

—Pienso, además, que es usted una enferma que goza de muy buena salud, y que las tristezas que padece no están del todo exentas de alegría.

Aquí la enferma pasó de la risa casi á las lágrimas, pues exhalando un suspiro, dijo:

—No se fíe usted de las apariencias; usted no me conoce.

Aunque los ojos de *Madame Albert* estaban fijos en el Vecino, Goliat recogió aquel suspiro, y se lo apropió, cambiándolo por otro.

—No—replicó el Vecino, examinando más atentamente el hermoso rostro que tenía delante de los ojos;—no es fácil conocer á las personas que se ven por primera vez. No obstante, creería que la he visto á usted antes.

—¿Dónde?.....

—¡Dónde!.....—repitió Jaime.—Probablemente en ninguna parte. Todos tenemos algo de artistas, y llevamos en la imaginación un modelo que viene á ser como el recuerdo anterior de la belleza que admiramos.

Goliat no pudo oir estas palabras sin fruncir el entrecejo; y midiendo al Vecino de alto á bajo, puso una cara que quería decir:

«¡Diablo!..... ¿Es una declaración?..... ¡Cuidado conmigo!»

Jaime siguió diciendo:

—Además, puedo haberla visto á usted en algún lienzo de Rafael, de Murillo ó de Rubens. Y el caso es que al mismo tiempo esa cabeza rubia y esos ojos azules me recuerdan.....

—¿Qué?.....—preguntó la enferma.

—Una aventura que pudo ser trágica, y no pasó de grotesca. No puedo recordarla sin reirme.....; me parece que la estoy viendo caer.....¡ Ah! Fué un soberbio batacazo. Entonces pude ver del pie que cojeaba.

—Ya comprendo—dijo ella queriendo sonreirse:—es la aventura del baile, la escena del vals.

—¡Cómo!..... ¿usted sabe.....

—Sí—le contestó.—Fué un lance chistoso..... ¡ja, ja, ja!; muy risible. Precisamente ayer tarde me lo contaron.

—¿Juana?.....—preguntó el Vecino.

Madame Albert echó atrás la cabeza, reclinándose sobre el respaldo de la butaca, de manera que

la sombra de la pantalla volvió á nublar su frente, y con voz algo sorda, le contestó:

—Sí, Juana.

Goliat querría probablemente tomar también parte en la conversación que el Vecino y *Madame Albert* habían entablado; pero miraba al techo, se mordía los labios, se atusaba los bigotes, y no decía nada.

XV

CUATRO RENGLONES

La conversación se había cortado bruscamente, abriéndose paso un silencio embarazoso, de esos que nadie se atreve á romper. La enferma parecía haber agotado toda su alegría, y se hallaba doblemente abismada en la butaca y en su tristeza.

Por lo que hace al Vecino, se entretenía en seguir los dibujos del tapiz que cubria el taburete donde la enferma apoyaba sus pequeños pies, sin perjuicio de levantar de cuando en cuando los ojos para fijarlos en *Madame Albert*.

Esta dijo al fin:

—Callamos como unos muertos. Usted—añadió volviéndose á Goliat—desde que ha entrado no

nos ha dicho una palabra. ¿También usted se aburre?.....

—No—se apresuró á contestar el Gigante;—aunque quisiera, no sabría aburrirme.

—Es una amable galantería—replicó *Madame Albert;*—mas empiezo á creer que en el salón se encontrarían ustedes más á su gusto. La viuda es bulliciosa, y posee una conversación encantadora. Enriqueta es una niña de voz dulce, que canta cuando habla, y tienen ustedes también un diplomático empeñado en que Inglaterra es más grande que el resto del mundo. El general es un gran elemento, pero se pasa la noche jugando al tresillo; en cambio la generala hace las delicias de la tertulia.

—¡La generala!—exclamó Goliat, dejando ver una sonrisa equívoca.—Nos divierte, en efecto, con sus bruscos arranques; pero—añadió inclinándose—es más meritorio á los ojos de Dios visitar á los enfermos.

Al otro lado de la puerta se oyó un ruido casi imperceptible, semejante al que hubiera producido una ráfaga de aire soplando por las junturas de las maderas.

Madame Albert miró á la puerta, y dirigiéndose después á Jaime, le preguntó:

—¿Y usted, Vecino, en qué piensa?

—Estaba pensando, señora—contestó Jaime sin apartar los ojos del taburete—cuál de los dos será el pie que tiene usted en el sepulcro.

Antes que acabaran de ser dichas estas palabras,

los pies de la enferma, asustados sin duda, se ocultaron súbitamente bajo la falda, mientras los ojos de *Madame Albert* lanzaban sobre el Vecino dos rayos..... ¿de qué?..... ¿de enojo, de pudor, de.....? No se sabe, ó por lo menos todavía no debemos saberlo.

Mas fuera la que quisiera la causa, hasta ahora oculta, de aquella explosión de sus ojos, los rayos que en ellos brillaron fueron rápidos como el relámpago, tan rápidos, que cuando Jaime alzó los ojos, la enferma bajó dulcemente los suyos, frunciendo la boca con todo el candor de una niña. Al mismo tiempo decía:

—¡Es increíble! Yo misma me niego algunas veces á creer que tengo un pie en el sepulcro..... ¡Es una cosa horrible!

—De manera—advirtió Jaime—que en este momento tengo el honor de hablar con una moribunda.....

—¡Moribunda!.....—exclamó.—No, eso es poco; diga usted más bien con una muerta.

Pronunció estas palabras haciendo vibrar su acento de un modo extraño; pero dominó la emoción que al parecer sentía, y dulcificando la voz y el semblante, añadió:

—Pero no crea usted por eso que estoy vencida..... Sería capaz de salir de la sepultura para continuar la campaña que hemos emprendido. Estamos de acuerdo en que somos enemigos. Usted ha dicho que lo seremos, y yo quiero que lo seamos.

Hablaba así con la sonrisa en los labios.

Jaime se puso en pie, diciendo:

—Perfectamente. Seamos enemigos, pero enemigos irreconciliables. Ahora no tomará usted mi despedida por una cobarde retirada.....

—No, no—dijo ella.—Este no ha sido más que el primer encuentro.

Y viendo que Jaime le presentaba su mano para despedirse, se volvió á Goliat, preguntándole:

—Usted, que entiende en asuntos de guerra: ¿pueden dos adversarios estrecharse las manos como dos amigos?.....

Goliat no quería decir que sí, y dudó en responder.

—El que calla otorga—dijo Jaime.

Y antes que el gigante contestara, la mano fina, suave y delicada de *Madame Albert* oprimió la mano del Vecino.

Goliat no pudo impedirlo.

Los dos salieron del cuarto de la enferma, haciendo resonar sus dobles pasos sobre el entarimado del corredor, en cuyo extremo se abría paso la escalera.

Jaime dijo en voz baja, como si hablara consigo mismo:

—Esta mujer es incomprensible.

Goliat miró de reojo á su compañero, y torció la boca.

Entonces llegó á sus oídos un rumor entrecortado, como de risas comprimidas, y comenzaron á bajar la escalera.

Al poner el pie en el último peldaño estalló alrededor de ellos una tremenda carcajada; esto es, una carcajada lanzada á la vez por muchas bocas.

La tertulia entera se había trasladado allí para esperarlos, y los saludaba con aquella salva.

Goliat se vió envuelto por las señoras, que lo asediaban á preguntas, y Jaime tuvo que sufrir las indirectas de los hombres.

La risa que sobresalía sobre todas era la de la generala.

Al fin Goliat pudo escaparse de aquella emboscada, y fué á refugiarse á su cuarto. Se hallaba la ventana abierta, y brillaba la luna con una claridad tan viva, que el gigante se apoyó sobre el alféizar para disfrutar del paisaje, tan bellamente iluminado.

En la misma línea de su cuarto estaba el de *Madame Albert;* sacando el cuello podía verse su ventana, y Goliat sacó hasta la mitad del cuerpo, y vió que aun había luz en la habitación de la enferma.

Tosió..... y esperó.....; volvió á toser..... y volvió á esperar..... En fin: tosió por tercera vez en el momento precisamente en que el Vecino doblaba el ángulo del establecimiento para tomar el camino de su casa. Entonces apareció una sombra en la ventana de *Madame Albert*, y el alma de Goliat se llenó de alegría; pero aquella sombra tenía una voz, y aquella voz dijo:

—Buenas noches, Vecino.

Era la voz de *Madame Albert*, que saludaba.

Jaime se alejó, volviendo la cabeza; y cuando se hubo perdido á lo lejos, la ventana de *Madame Albert* se cerró de golpe.

El Gigante apretó los puños, rechinó los dientes, y sepultó ambas manos en los bolsillos de su cazadora. En uno de ellos tropezó con un papel para él inesperado. Lo sacó del bolsillo, lo desdobló, y contenía cuatro renglones: estos cuatro renglones:

«Todo lo hemos oído; todo lo hemos visto; todo lo sabemos. ¡Ha presentado usted á *Madame Albert* al amante de *Madame Albert!* ¡Qué papel tan ridículo....., qué papel tan estúpido!..... ¡Vamos! es usted un imbécil.»

Rasgó en mil pedazos esta especie de anónimo, en el cual conoció la letra de la generala; lanzó el sombrero contra la pared, y no siendo bastante alta la ventana de su cuarto, se arrojó á la cama, lanzando entre dientes terribles juramentos.

PARTE TERCERA

UN PIE EN EL SEPULCRO

I

EL CONTAGIO

No sabe Juana á qué atribuir cierta tristeza interior y misteriosa que siente en el fondo de su alma: nubecillas de vagos y confusos pensamientos que nublan de cuando en cuando el sol de su alegría.

Sus manos se detienen algunas veces sobre el costurero, y sus ojos, fijos en cualquier parte, permanecen inmóviles, suspensos al parecer por la oculta influencia de alguna reflexión súbita, íntima y profunda. ¿En qué piensa? Difícil es averiguarlo, porque ni ella misma lo sabe.

De igual manera suele ver sorprendida la her-

mosa tranquilidad de su sueño por incomprensibles sobresaltos, por temores inexplicables, absurdos y fantásticos, de esos que asaltan lo mismo la imaginación de los niños que la imaginación de los hombres en las nebulosas obscuridades del sueño; temores de que se ríe una vez despierta, pero que la fatigan y la aterran cuando está dormida.

No acierta á comprender por qué se escapan de su corazón suspiros repentinos é inesperados, y por qué siente con frecuencia deseos irresistibles de llorar, ella, que no ha tenido nunca la deplorable facilidad con que echan al aire sus fugitivas lágrimas las mujeres impertinentes.

Quizá ignora que todo ello depende del estado en que se encuentra: poco á poco se va acercando el día en que ha de ser madre, y su corazón, ya maternal, se anticipa sin saberlo, sin darse cuenta de ello, á las agitaciones, á los temores, á las inquietudes que la esperan detrás de tan grande alegría.

Ello es que Juana no experimenta ya aquel contento continuo, permanente, que formaba, por decirlo así, la atmósfera en que vivía su corazón. Ello es que el color de rosa con que todo aparecía á sus ojos empieza á obscurecerse, ó más bien se obscurece de vez en cuando por sombras impalpables que pasan por su pensamiento.

Y es el caso que ella ha advertido que aquellas sombras misteriosas comenzaron á presentarse al día siguiente de la aparición de *Madame Albert* en el cenador del huerto, y se preguntó:

—¿Serán contagiosas las tristezas que padece esa pobre señora?.....

Y no es esto solo, sino que Jaime parece también invadido por el mismo contagio.

De algunos días á esta parte se ha hecho algo arisco y gruñón. Como si estuviera ciego, en todo tropieza. Esta silla no está en su sitio; aquella puerta debía estar cerrada; el sombrero tiene polvo; las botas están sucias.....; las camisas las encuentra siempre infernalmente planchadas. Tiene en completo olvido su preciosa colección de mariposas, y ya no cuida los frutales del huerto.

También se ha verificado en su apetito un cambio notable..... Sin duda la cocinera ha perdido de la noche á la mañana toda su habilidad y su talento, porque Jaime advierte que las salsas, ó están demasiado claras ó demasiado espesas; los fritos, ó están crudos ó están quemados; la sal no está nunca en su punto, ó falta ó sobra. Hasta las frutas que se crían en el huerto parece que han perdido la oportunidad de la sazón; unas veces están verdes y otras demasiado maduras.

Juana observa todo esto, y redobla su esmero, y se pregunta:

—¿Qué tiene Jaime?...,.

Y se encoge de hombros, porque tampoco lo sabe.

Pero hay más: en el establecimiento se nota menos animación; en la mesa la conversación es poco amena, y en el salón se pasan las noches poco divertidas. La viuda y el hombre de mundo

suelen cuchichear en voz baja, y Enriqueta sólo deja oir su acento armonioso para hacer alguna pregunta intempestiva.

Ya no se habla tanto de *Madame Albert*, aunque quizá se piense en ella más que antes. El diplómatico tiene anunciada con el mayor secreto una carta que espera de París con noticias interesantes, y todos los días repite el mismo anuncio, recomendando el mismo sigilo, y gran parte del día y de la noche se entretiene en estudiar en los periódicos las complicaciones de la política internacional, asegurando, venga ó no á pelo, que Bismarck sería el primer político del mundo si antes no hubiese existido Pitt. Á Metternich lo mira por encima del hombro.

Por lo que hace á la generala, á pesar de las benéficas aguas de Cestona, padece, por lo visto, alguna exacerbación de la *bilis*, porque su semblante es más áspero, su voz más desabrida y sus palabras más agrias. Habla poco, eso sí; pero cuando habla, araña.

Goliat ha adquirido un aspecto sombrío, casi melodramático, que lo hace intratable; prefiere los paseos solitarios, y busca en ellos los lugares más salvajes. Aunque no descuida el aliño de su gigantesca persona, pudiera creerse que se halla poseído del furor poético de que habla Horacio; pero no se le han conocido nunca semejantes reflexiones.

Tampoco el Vecino asiste con excesiva puntualidad á las reuniones del salón. Se deja ver en él

algunas noches; á primera hora da una vuelta, habla algo ó no dice nada, y poco después desaparece.

¿Á dónde va?..... Pues..... á hacerle una visita á *Madame Albert*, en cuyo cuarto, según ha observado la viuda, está ya Goliat, ó entra detrás del Vecino, como si fuera su sombra.

Sólo el general es el que conserva su semblante franco, su conversación impetuosa y sus estupendas carcajadas.

Desde la mesa, donde juega la indispensable partida, atruena el salón con sus voces. Dar un codillo es para él la felicidad suprema. Se muere por los codillos. Si los da, los clasifica en el acto, diciendo:

—Este es mi Marengo, ó mi Salamina, ó mi Bailén.

Si roba bien, dice:

—Pasé el Rubicón.

Si tiene que rendirse, exclama:

—Este es mi Waterloo.

Entretanto, la tertulia bosteza, y la viuda suele decir:

—Señores, nos aburrimos soberanamente.....; esto es una epidemia..... Las tristezas de *Madame Albert* han inficionado la atmósfera, y todos sentimos el contagio.

II

JUEGO DOBLE

De la manera que acabamos de ver en el anterior capítulo pasaron algunos días, sin que ningún incidente digno de contarse alterara el fastidio en que se consumían los habitantes del establecimiento. Los que habían ido antes empezaban ya á abandonarlo; así es que la sociedad, aunque poco á poco, se iba disminuyendo, de modo que, siendo menos á aburrirse, se aburrían más, por lo mismo que eran menos.

Llegó una noche en que el aburrimiento subió de punto. Para aquel día había fijado el diplomático el último plazo á su anunciada carta de París; mas llegó el correo á su hora ordinaria, y aunque el diplomático en persona salió á esperar al cartero, el cartero no llevaba ninguna carta para el

diplomático. Le fué preciso aplazar de nuevo la llegada de la carta, y huyó de las sonrisas burlonas que lo cercaban, refugiándose en los periódicos, que aquella noche se caían de las manos de puro insulsos. El hombre de mundo se hallaba cansado del largo paseo de aquella tarde; la viuda bostezaba medio dormida en un ángulo del diván, y Enriqueta, por no saber cómo matar el tiempo, había acudido al piano á preguntarle si sabía algo de nuevo; pero el instrumento no se hallaba tampoco dispuesto á entablar largas conversaciones, y no hacía más que desperezarse en soñolientos preludios, porque también la música bosteza.

Goliat desapareció después de comer, sin que nadie hiciera alto en su ausencia, porque para aburrirse no era indispensable su presencia. En cuanto al Vecino, aun no había parecido, y era posible que no pareciera.

De los personajes que más ó menos directamente toman parte en esta historia, sólo faltaba en el salón la generala, que acababa de salir en busca de su doncella, á la cual tenía que comunicar algunas órdenes relativas, según dió á entender, á la *toilette* del día siguiente, porque quería vestirse muy de mañana, para subir á un *caserío* inmediato, desde donde se descubren hermosas vistas.

No era la generala habitualmente madrugadora; pero había que elegir aquella hora, porque el calor del día empezaba á ser demasiado vivo; y como su doncella padecía descuidos imperdona-

bles, que ella le pasaba por pura bondad, quería precaverse para estar lista al romper el alba.

Todas estas explicaciones dió la generala sin que nadie se las pidiera, excusando con ellas su salida del salón, á la cual realmente nadie se oponía.

Salió, pues, en busca de su doncella, dejando á los concurrentes en la situación en que acabamos de verlos, y al general metido en su tresillo, y á la sazón empeñado en una *voltereta*.

Se hallaba la doncella sentada á la puerta del establecimiento tomando el fresco muy tranquilamente, cuando oyó la voz de su señora que la llamaba, y de un salto se puso de pie y acudió á su encuentro.

La generala bajó la voz cuanto le fué posible para decirle al oído:

—Cecilia, esta noche te necesito.

La doncella inclinó la cabeza, como queriendo decir:

—¡Bueno!.....

—Pasarás la noche en mi cuarto.

—¡Ya!..... —contestó Cecilia.—Ya lo entiendo.

Bajó más la voz la generala, y le preguntó:

—¿Ha vuelto?.....

—Sí—respondió la doncella.

—Bien—dijo la señora en voz alta:—tenlo todo dispuesto para que me vistas al amanecer. Ya lo sabes: mañana de madrugada vamos al *caserío*....., ¿me entiendes?.....

Cecilia hizo un signo afirmativo con la cabeza, torciendo la boca con media sonrisa.

—No me desesperes con tus descuidos—añadió, volviendo á la voz su habitual aspereza—porque será el último que te sufra. Al acostarme, quiero ver delante del tocador la falda verde, la sobrefalda escocesa, las botas imperiales, el sombrero de mañana y el bastón-sombrilla. Me peinaré á la ligera.

Dicho esto, le volvió la espalda.

Al entrar en el salón alzó la voz, diciendo:

—Es preciso que una esté en todo: si me descuido, fracasa mi expedición de mañana. La buena Cecilia dormía muy tranquilamente..... Por lástima no la he despedido, y porque aquí no me sería fácil encontrar otra..... ¡Ah!.....: es capaz de dormir lo suyo y lo ajeno. ¿Qué dirán ustedes que tengo que hacer para que me sirva con puntualidad?.....

Nadie mostró curiosidad por saberlo; mas ella siguió diciendo:

—Siempre que la necesito algo temprano, tengo que hacerla dormir en mi cuarto y al pie de mi cama. Es cosa que me ataca á los nervios; pero no encuentro otro recurso. Esta noche me valdré del mismo expediente: no hay más remedio.

—¡Bola!—gritó el general.—Bola tendida.

Y al tender las cartas sobre la mesa, hizo resonar por el salón una tremenda carcajada, que ahogó los quejidos del piano y despertó á la viuda.

—Esta noche estás en suerte—le dijo su mujer.

—Sí, Eulogia; me da el naipe de una manera fabulosa. Y si esto sigue así, me voy á desquitar para siempre.

Después de esto hubiera sido inútil escuchar, porque no se oían en el salón más que algunas notas perezosas que exhalaba el piano, el murmullo continuo de las disputas que surgían entre los tresillistas, y el crujir acompasado que al abrirse y al cerrarse producía el abanico de la generala.

Así pasó la noche.

Al terminarse la partida de tresillo, decía el general:

—Ni *solo*, ni *bola*, ni *vuelta;* desengáñense ustedes: nada hay como un *codillo*. Una *contra* mediana, buen *encarte* y mucho ojo, y *codillo* seguro.

Con la indolencia que producen el fastidio y el sueño, cada uno, dando á los demás las buenas noches entre dos bostezos, se fué á buscar el rincón de su cuarto.

La generala, que iba á levantarse al ser de día, no fue la última; pero el general, que no pensaba abrir los ojos hasta las diez de la mañana, no tenía tanta prisa, y se detuvo algunos minutos, hablando de su juego favorito.

Al fin se vió solo, y tomó también el partido de retirarse.

Al pie de la escalera lo esperaba Martín, soldado viejo, asistente antiguo del general cuando era subalterno, y luego elevado á la categoría de ayuda de cámara.

Tomó el general el brazo del viejo soldado, y apoyándose en él, comenzó á subir la escalera, diciéndole:

—Señor Martín, es usted un bribón.

La costumbre de la obediencia hizo guardar al antiguo asistente un respetuoso silencio; pero se inclinó de un modo tan sumiso, que indudablemente quería decir:

—Sí, señor....., bribón....., muchísimo bribón.

—Esta noche—siguió diciendo el general—va usted á dormir como un descosido, y va usted á roncar como un cañón de á veinticuatro..... Esta es la consigna. Y para que el sueño sea más profundo y el ronquido más sonoro, va usted á dormir en mi cama.

Martín hizo alto, sin poder dominarse, y abrió dos ojos como dos platos, con los que se atrevió á mirar á su general.

—Así—prosiguió éste—lo exige la importancia del servicio, y por la más pequeña resistencia será usted fusilado..... Vamos á ver: ¿quiere usted conservar íntegras las orejas con que ha nacido?..... En ese caso, no hay más que obedecer y callar.....; usted se acostará en mi cama, y dormirá si quiere, con la condición de roncar furiosamente hasta que yo le avise.

Martín, mordiéndose los bigotes, oía y callaba. ¿Era aquello una burla, ó un castigo?..... En el primer caso, el general estaba de buen humor; en el segundo caso, ¿cuál podía ser el delito que había cometido?.....

El general no hizo gran caso de su asombro, y siguió diciendo:

—En cuanto entremos en mi cuarto es preciso que avive usted el sentido, pues tendrá que entenderme por señas, porque las paredes oyen, y estamos á la vista del enemigo.

Al acabar estas palabras llegaron al último peldaño de la escalera, y el general dijo en voz muy baja:

—Ahora..... silencio.

Y siguieron andando, sin hablar más palabra.

La habitación que ocupaban en el establecimiento el general y la generala se hallaba dividida por un tabique, comunicándose entre sí interiormente por una pequeña puerta de escape; de manera que formaba dos habitaciones independientes, teniendo cada una de ellas salida al corredor.

Cuando el general entró en su cuarto, todavía estaba la generala en manos de su doncella. Se oía perfectamente lo que se hablaba en uno y otro cuarto; y por la conversación de la doncella y de la señora se colegía que al fin ésta se hallaba ya metida en la cama, desde donde daba sus últimas órdenes.

—Cecilia—decía—¿está todo en orden?.....

—Todo—contestaba la doncella.

—Bien. Ahora acuéstate; pero te prohibo terminantemente que ronques..... No dejes de apagar la luz, porque me molesta, y quiero dormir.

Al mismo tiempo el general hablaba con su ayuda de cámara.

—Vamos, señor Martín; á ver si sacamos estas botas.

Y en vez de señalar á las suyas, señalaba á las del asistente, haciendo un gesto tan imperioso y tan expresivo, que el pobre hombre no tuvo más remedio que quitarse las botas.

—Tire usted—añadió luego—de estos pantalones, y fuera esta americana y este chaleco.

Y repitió el mismo gesto, más enérgicamente todavía.

El asistente se encogió de hombros y se despojó sucesivamente de la americana, del chaleco y de los pantalones.

—¡Ajajá!—dijo:—ahora á roncar.

Y señaló á Martín la cama.

Éste vaciló un instante; no se atrevía á meterse en la cama de su general. Era demasiado para una broma; mas la orden tenía un aspecto tan terminante, que hubo un momento en que no supo qué hacer, y en vez de acercarse á la cama que se le ofrecía, se alejó maquinalmente de ella. Aquel lecho era para él lecho de Procusto.

El general, ante aquel acto de indisciplina, se cruzó de brazos, aparentando la calma que anuncia las tempestades, y luego dió un paso hacia su ayuda de cámara y levantó el puño sobre su cabeza, semejante á una maza pronta á aplastarle.

El señor Martín no esperó el golpe que le amenazaba, y cerrando los ojos como el que se arroja á un abismo, dió un salto y se lanzó en la cama.

—¡Oh!—exclamó el general, bajando el puño.

—Después de ganar una batalla ó dar un *codillo*, no hay placer semejante al de tender el cuerpo en una buena cama..... Roncar, señor Martín, roncar es absolutamente preciso para vivir; y espero pasar la noche en un ronquido, es decir, en un sueño.

Diciendo así, gesticulaba enérgicamente, dando á su fisonomía una expresión amenazadora, que Martín contemplaba con mirada atónita.

—¡Ea!—añadió.—Buenas noches. No me despierte usted hasta que yo lo llame.

Dicho esto, apagó la luz y salió del cuarto, llegó al extremo del corredor donde se alzaba una escalera que subía al segundo piso, y allí se detuvo algunos momentos.

Luego, andando muy despacio y sobre las puntas de los pies para ahogar el ruido de los pasos, volvió á la puerta de su cuarto, y aplicó el oído.

Transcurrieron algunos minutos, después de los que percibió un rumor semejante al que produce el aire al pasar por un fuelle roto; poco á poco este rumor se fué acentuando hasta tomar ruidosas proporciones: por obediencia ó por costumbre, dormido ó despierto, el señor Martín roncaba.

Entonces el general abandonó la puerta volviendo silenciosamente hasta la escalera, bajo la que se escondió.

El largo corredor se hallaba á obscuras; pero la confusa claridad de la noche penetraba por dos grandes ventanas abiertas en los extremos, y una vez acostumbrada la vista á aquella sombra, digá-

moslo así, transparente, se veia lo bastante para no tener necesidad de andar á tientas.

Debajo de la escalera permaneció oculto, agazapado, y sus ojos brillaban en la obscuridad como los ojos de un gato que acecha el momento de lanzarse sobre su presa.

El silencio era profundo; tanto, que aplicando el oído á las puertas de los cuartos que se sucedían en toda la extensión del corredor, podían oirse las respiraciones de los que dormían. Era la hora en que todos se hallaban bajo la dulce influencia del primer sueño.

El general esperaba..... ¿qué?..... No lo sabemos.

De pronto una de las puertas crujió ligeramente, y el general alargó la cabeza desde su escondite, como si en medio de la obscuridad y el silencio quisiera llevar los ojos y los oídos á la puerta que había sonado.

Esta puerta no volvió á crujir; pero empezó á abrirse lentamente, arrojando sobre el corredor una tenue claridad. Sin duda la ventana del cuarto estaba abierta, y por ella penetraba el vago fulgor de la noche.

Del fondo de aquella claridad indecisa surgió una sombra enorme. La puerta volvió á cerrarse poco á poco, y la sombra se deslizó á lo largo del corredor, hundiéndose en la escalera, que bajaba á la puerta principal del edificio.

Entonces salió el general de su escondrijo, y siguió á la sombra, bajando también la escalera.

La puerta principal del edificio se entreabrió á su vez, y la sombra desapareció detrás de ella.

El general se detuvo un momento, dudoso, al parecer, del partido que debía tomar; pero, resolviéndose al fin, cerró sigilosamente la puerta por donde acababa de escaparse la sombra, y la aseguró corriendo el pasador.

Después subió la escalera, haciendo alto en medio del pasillo, y escuchando atentamente, sólo percibió los ronquidos de Martín.

Se hallaba delante de la puerta del cuarto de que había salido la sombra. Aquel cuarto era el del gigante Goliat, y aquella sombra era Goliat mismo.

Dió algunos pasos, y se acercó á la puerta del cuarto de la generala, y aplicó el oído.

III

SIN TESTIGOS

Como hemos visto, Goliat había salido del establecimiento, y ahora debemos seguir sus pasos, si hemos de recoger todos los hilos indispensables para la mejor inteligencia de esta rara historia.

Al encontrarse fuera de la casa, aspiró con ansia el aire fresco de la noche, como quien reune todas sus fuerzas para llevar á cabo alguna empresa extraordinaria.

Desde el ángulo del edificio, y amparado por la esquina, sondeó el terreno, tendiendo la vista por toda la extensión del muro en que se hallaban las ventanas del cuarto de *Madame Albert*, sin que sus ojos tropezaran en ningún objeto particular en que detenerse.

Después dió la vuelta al largo cercado que sirve de paseo á los enfermos, y fué á colocarse al otro extremo del edificio.

No era solo Goliat el que aquella noche hacía la ronda alrededor del edificio, porque otro bulto apareció casi de improviso, como si hubiera brotado de la obscuridad de la tierra.

Esta segunda sombra se dirigía hacia el punto en que Goliat se había detenido.

El gigante la distinguió, y se ocultó detrás del tronco de un árbol, cuyas ramas le ofrecían una obscuridad impenetrable.

Cuando la tuvo cerca, abandonó la emboscada en que se encubría, y le salió al encuentro.

La aparición del gigante debió causarle sorpresa, porque se detuvo, vaciló un momento, y trató de desvanecerse entre los matorrales que cubrían la orilla del sendero.

Pero no tuvo tiempo. Goliat avanzó rápidamente, hasta colocarse á dos pasos de distancia, y la sombra entonces se volvió, quedando frente á frente Goliat y el Vecino.

Ambos se reconocieron á un tiempo, y el último dijo:

—¡Ah!....: ¿Á usted también le gustan los paseos nocturnos?

—También—contestó el gigante.

—La noche es hermosa—añadió Jaime—y bien se le pueden sacrificar algunas horas de sueño. Me parece que es usted también de mi opinión.

—No tanto—replicó Goliat;—pero no siempre hay bastante sueño para dormir; y desde la ventana de mi cuarto he visto vagar por estos alrededores una sombra, y como ésta es la hora de las apariciones, he querido averiguar por mí mismo si, en efecto, viene á gemir por estos sitios alguna alma en pena, y me encuentro con que la sombra misteriosa no es, en verdad, un ser del otro mundo.

—Ciertamente—dijo el Vecino;—hasta ahora no he conocido más mundo que éste en que vivo, y desde luego prometo que cuando lo deje me llevaré el firme propósito de no volver á visitarlo.

—¿Tan mal le va á usted en este mundo?—preguntó Goliat.

—¡Psh!—contestó Jaime.—Pero de todas maneras, espero que me vaya mejor en el otro.

—¡Oh!—exclamó el gigante.—Ya comprendo el motivo de estas excursiones melancólicas..... La noche es la íntima amiga de los pensamientos tristes.

—También lo es—replicó Jaime—de los malos pensamientos; pero, en fin, el motivo de mi excursión á estas horas y en estos sitios es más infantil que triste.

—¡Infantil!....

—Eso es.

—¡Como!

—Muy sencillo. En todo hombre hay siempre algo de niño, y yo tengo además ciertas pretensiones naturalistas. Ahora llevo entre manos una

persecución activa, pueril, si usted quiere, pero que no por eso deja de ser científica.

—¿Una persecución, eh?.....—preguntó el gigante, echando el ala de su sombrero sobre la ceja izquierda con cierto aire equívoco.

—Sí, señor—contestó el Vecino con la mayor naturalidad.—En mi colección de mariposas falta una, la más rara, la más bella de todas las mariposas nocturnas..... Es un relámpago azul con bordados de oro. Dos veces la he tenido ya en mis manos, y dos veces ha conseguido escaparse..... Veremos la tercera..... Ese precioso insecto es el que me ha traído á estos sitios.

El gigante Goliat comenzó á balancearse sobre las piernas, diciendo:

—Me parece que ha de ser algo peligrosa la caza de las mariposas nocturnas, sobre todo en estos sitios.

—¿Por qué?—preguntó Jaime.

—Porque el terreno es demasiado agreste, y se halla cortado por precipicios..... La noche es bastante obscura....; las mariposas mudan continuamente de lugar, y se escapan sin saber cómo de entre las manos. Nada más fácil que, cegado usted por el afán de cogerla, ponga el pie en falso y ruede por un derrumbadero; y entonces, ¡adiós, Vecino!

Jaime se cruzó de brazos y se encogió de hombros, al mismo tiempo que replicaba:

—No me arredran esos peligros, que me parecen bastante abultados; además, conozco muy bien

el terreno que piso, y, sobre todo, quiero completar mi colección de mariposas.

—*Quiere usted* á todo trance completar su colección de mariposas. Muy bien.....; pero en ese caso me permitiré hacerle una advertencia.

—¡Bah!..... —exclamó el Vecino.— Por lo visto, es usted también aficionado, y va á proporcionarme algún medio para que pueda cogerla con seguridad y sin peligro. Yo—añadió riéndose—no conozco más que dos: perseguirlas sin tregua, lo cual es siempre fatigoso y algunas veces inútil, ó esperarlas, lo cual es menos cansado y suele ser más útil, porque, como son tan locas, ellas mismas se vienen á la mano.

Goliat se echó atrás el sombrero y se rascó la frente, como si las palabras de Jaime, al entrar por los oídos, le hubieran picado en el pensamiento.

Después de esta operación, volvió á echar el ala del sombrero sobre las cejas, y dijo:

—No se trata de eso.

—¿No?.....

—No.

—Entonces.....

—¿Qué?.....

—No adivino.....

—¡Vamos! —añadió el gigante:—esta noche ha perdido usted su natural perspicacia.

—¿Por qué razón?.....

—Porque ha debido usted adivinar la advertencia que tengo que hacerle.

—Es posible—contestó Jaime volviendo á encogerse de hombros;—pero entre mis deberes no contaba con el deber de adivinar lo que no entiendo. Y, por otra parte, no he tenido jamás afición á los enigmas; me revientan los acertijos.

—Creí—replicó Goliat con cierta sonrisa desdeñosa—que me ahorraría usted el trabajo de explicarme; mas usted se empeña en ello, y será preciso que hable claro.

—No tengo empeño ninguno—contestó Jaime: —ignoro lo que usted pretende advertirme; mas, sea lo que quiera, le confieso que maldita la curiosidad que siento.

—No me sorprende.....; pero es el caso que yo tengo empeño en que nos entendamos, y al fin nos entenderemos.

Jaime guardó silencio, esperando, sin duda, que se acabara de romper el velo de aquella misteriosa advertencia, y Goliat siguió diciendo:

—Á los dos nos conviene guardar en este asunto la mayor reserva, y debemos comprometernos á guardarla.

Dicho esto, hizo una ligera pausa, y con lentitud, hasta cierto punto solemne, pronunció estas palabras:

—Lo que tengo que advertirle es..... que su presencia en estos sitios me estorba.

Jaime lo miró de arriba abajo, y le contestó al punto:

—Lo siento.

—Mejor..... Así se propondrá usted remediarlo.

—Ya.....; pero.....

—Pero ¿qué?.....

—Que no sé cómo impedirlo.

—¡Oh! Es muy fácil.

—¿Fácil?.....

—Sí.

—¿Cómo?.....

—Renunciando á completar la colección de mariposas.

—Y bien.....

—Ese es el modo de no estorbarme.

—¡Bah!.....—exclamó el Vecino.

—¡Bah!—repitió Goliat.—¿Qué quiere decir *bah?*

—Quiere decir que estamos jugando á los despropósitos: hablamos y no nos entendemos.

En el curso del diálogo que voy anotando, avanzando unas veces y deteniéndose otras, según los accidentes de la conversación, habían llegado á colocarse enfrente de la pared lateral del establecimiento.

Allí el gigante se detuvo; su interlocutor hizo lo mismo, y el primero dijo:

—Lo veo á usted decididamente empeñado en no entender mis palabras, y voy á tomarme el trabajo de hacer que las entienda.

Y alzando el brazo hacia el edificio, señaló en él un punto, añadiendo:

—Aquella es la ventana del cuarto que habita *Madame Albert*, y yo le prohibo desde ahora que ronde esa ventana y visite más aquel cuarto.

Al oir esta prohibición terminante, Jaime soltó una carcajada, y preguntó:

—¿Con qué derecho hace usted del cuarto y de la ventana de *Madame Albert* el patrimonio de su capricho?.....

—¡Bravo!..... —exclamó Goliat.— Veo que empieza usted á ponerse en razón, lo cual significa que va usted comprendiendo que uno de los dos está demás en este mundo.

—Podrá ser —contestó el Vecino— que uno de los dos esté de más para *Madame Albert;* mas por lo que hace al mundo, es demasiado grande para que no quepamos los dos perfectamente..... Á usted debo —añadió sonriéndose— el gusto de tratar á *Madame Albert*, y es extraño que usted mismo sea el que pretenda alejarme de una amistad que empieza á serme muy agradable.

El gigante se mordió los labios: las últimas palabras de Jaime resonaron en sus oídos como una burla.

—Es lo mismo—dijo conteniendo el ímpetu de su cólera— porque *Madame Albert* es para mí el mundo. Quizá mañana me sea insoportable, y entonces tendrá usted licencia para visitarla; pero entre tanto lo prohibo.

—Es una locura —le advirtió Jaime—de que no debo hacerme cómplice. Esos celos son insensatos.

—¡Celos!.....—gritó Goliat.—¡Celos!..... Y bien, ¿qué más da?..... Tengo empeñada mi palabra..... He jurado á *Madame Albert* que no volverá usted á verla; que no volverán ustedes á verse.

—¿Y quién cerrará mis ojos?.....—preguntó Jaime.—¿Y quién cerrará los suyos?.....

—Yo—replicó Goliat.

Jaime quedó un momento pensativo. Después frunció el entrecejo, diciendo:

—Ahora es absolutamente preciso que *Madame Albert* vuelva á verme.

Entonces el gigante mostró á su adversario una caja que llevaba debajo del brazo, y los dos se contemplaron en silencio algunos instantes.

La provocación no podía ser más brutal; ningún hombre de mediano juicio la hubiera admitido; pero, ó nos son completamente desconocidos los secretos del corazón humano, ó Jaime encontraba en ella un motivo de satisfacción.

¿Por qué?.....

Porque aquella provocación significaba que había obtenido la preferencia de *Madame Albert*, y *Madame Albert* era demasiado hermosa....., demasiado seductora.....

Al provocarlo Goliat de aquella manera se confesaba claramente vencido.

Jaime, pues, debía experimentar la satisfacción del triunfo; debía sentirse dichoso; mas por un contraste fatal de su suerte, la dicha venía á ofrecérsele acompañada de un terrible peligro.

Si en aquel momento su memoria agitada le recordó el lance del baile *á beneficio de los niños de la Inclusa*, que minuciosamente describimos en la primera parte de esta historia, es seguro

que en medio de la desesperación de su dicha exclamaría como entonces:

«*¡Oh, cuánto nos hace sufrir la felicidad!*»

Á sus ojos Goliat aparecía como un insensato. Pero..... ¿cómo librarse de él?..... Eludida aquella provocación secreta, ¿no buscaría una ocasión para provocarlo públicamente?.....

Era inevitable el encuentro.

Renunciar á presentarse al día siguiente en el cuarto de *Madame Albert* era una cobardía, y Jaime no poseía el valor necesario para llevarla á cabo.

¿Qué pensaría la hermosa enferma si el hombre á quien había concedido su predilección no iba á verla al día siguiente?..... ¡Huir cuando se veía vencedor!..... Para Jaime era esto imposible.

Entre él y *Madame Albert* se levantaba brutalmente la gigantesca figura de Goliat..... ¿Qué hacer?..... Convertirse en David; apelar á la honda y á la piedra; la honda sería una pistola, y la piedra una bala.

Y para reinar por completo en el corazón ya conmovido de aquella hermosa criatura, Jaime, como el héroe de un cuento, se presentaría al día siguiente á *Madame Albert*, diciéndole:

«Señora, he aquí la cabeza del gigante.»

Si no pensó nada de esto, debió pensarlo, porque, clavando en Goliat sus ojos airados, le dijo:

—Acepto.

—Gracias—añadió su adversario.

—¿Cuándo? preguntó el amante preferido.

—Ahora—contestó el amante desairado.

—¿Dónde?

—Lejos.

—¿Sin testigos?

—Sin testigos.

No hablaron más, y perdiéndose como dos sombras, uno detrás de otro se alejaron de aquel sitio.

En aquel momento apareció en el horizonte la sangrienta luna.

IV

UN FANTASMA

Volvamos al corredor donde dejamos al general con el oído atento en la puerta del cuarto de la generala.

Como no podemos estar á la vez en todas partes, y hemos tenido que presenciar lo relatado en el capítulo que antecede, es posible que lleguemos un poco tarde á este lugar de la escena que dejamos suspendida, porque los sucesos habrán seguido el hilo misterioso que los encadena, cansados de esperarnos.

Mas ya se sabe que toda acción dramática tiene sus entreactos, y los curiosos habrán observado que los momentos críticos en que más excitado se halla el interés ó la curiosidad, es el instante en que el telón se desprende de las alturas en

que se esconde, cayendo como un rayo entre el público y los actores.

De esta manera queda el ánimo suspenso, pendiente de las últimas palabras que ha oído ó de la última situación que ha presenciado.

Luego, el hilo cortado por el hacha del telón se anuda de cualquier modo, y los acontecimientos siguen su curso, como si no hubiesen experimentado interrupción alguna.

Las novelas, aunque ésta es historia verdadera, necesitan también esos entreactos, esos espacios vacíos, y hay también su telón, para dejarlo caer al fin de cada capítulo y levantarlo de nuevo al empezar el siguiente.

Lo que sucede entre acto y acto ó entre capítulo y capítulo, es cosa que no se sabe nunca de fijo, y constituye la parte del drama ó de la novela que el lector ó el espectador tienen el encargo de llenar con aquello que les parezca más natural, más artístico ó más de su gusto.

No han de hacerlo todo los personajes de la novela ó los actores del drama. Justo es que los lectores y los espectadores pongan esa parte en las obras que el ingenio humano produce para entretenerlos, algunas veces para ilustrarlos, y no pocas para pervertirlos.

El autor sólo se compromete á presentar todo lo que sea indispensable para la inteligencia, precisión y armonía de los sucesos, dejando al público que añada cuantas suposiciones necesite para la mayor claridad del caso.

Alzamos, pues, el telón, y el corredor aparece obscuro y silencioso; es decir, lo mismo que lo dejamos: solamente puede advertirse que el general ha desaparecido.

Su sombra no se distingue por ninguna parte, y sería inútil buscarlo debajo de la escalera, donde antes lo vimos ocultarse, porque tampoco está.

¿Se lo habrá tragado la tierra?.....

Más fácil es suponer que, cansado de su expedición nocturna, se ha metido en su cuarto y duerme á pierna suelta.

Si es así, su sueño debe ser profundo, porque al otro lado de la puerta se oye el pausado roncar del que duerme tranquilamente en toda la plenitud del sueño.

Y entonces, ¿cómo explicarse todo lo que le hemos visto hacer en esta noche misteriosa?.....

¿Habrá el general perdido el juicio?

Ó lo que es lo mismo:

¿Estará también enamorado de *Madame Albert?*.....

Ello es que el general había desaparecido, y que la escena se nos presenta obscura, silenciosa y solitaria.

Mas no tardó mucho tiempo en aparecer en ella un nuevo personaje.

Poco á poco, con gran sigilo, y como si girara sobre goznes de seda, comenzó á entreabrirse la puerta del cuarto de la generala, y la generala misma se adelantó, mirando alternativamente á la derecha y á la izquierda, por toda la extensión

del corredor, como quien ejecuta un reconocimiento en el que los ojos hicieran el servicio de *avanzada*.

El corredor, como ya hemos dicho, se hallaba desierto, y la generala pudo convencerse de ello; pero, no obstante, permaneció inmóvil.

Esta vez eran los oídos los que sondeaban el silencio, como antes los ojos habían sondeado la obscuridad, y sólo percibían los ahogados lamentos con que el aire de la noche suele gemir en las copas de los árboles al escaparse entre las hojas.

Unas veces parecían suspiros que un ser invisible exhalaba allí mismo; otras veces resonaban como quejidos lejanos, que se repetían hasta perderse en el silencio.

Los oídos se llenaban de aquellos ecos dolientes, que iban y venían en encontrado movimiento, como las olas perezosas de un mar en calma, y los ojos se llenaban de sombras fantásticas que flotaban en el aire, sombras que unas veces se acercaban y otras huían, desvaneciéndose á cada momento, para volver á reproducirse á cada instante.

La generala se veía envuelta por esas misteriosas alucinaciones de los ojos y de los oídos con que parece que nos alumbra la obscuridad y nos habla el silencio.

Por muy varonil que fuese su corazón de mujer, experimentaría los temores indefinibles que nos infunden las mudas obscuridades de la noche.

Sentiría sobre su rostro y sobre sus manos el

contacto fugitivo de seres impalpables; creería oir palabras inarticuladas proferidas por voces sin sonido; creería percibir, vagando en la sombra, ojos sin miradas, y vería, más lejos ó más cerca, y siempre delante de ella, bocas movibles que se irían abriendo, abriendo, como el círculo que abre en la superficie del agua el choque de una piedra.

¿Quién no se ha visto sorprendido alguna vez en medio de las mudas soledades de la noche por ese mundo de sombras y de lamentos, de fantasmas y de gemidos que pueblan el aire en las obscuridades de la tierra?.....

En ese mundo ignorado, insondable, hay lenguas que hablan, manos que tocan, ojos que miran y bocas que se abren, y son lenguas sin voces, manos sin dedos, ojos sin pupilas y bocas sin labios. Mundo impenetrable que aterra á los niños , estremece á las mujeres y para á los hombres.

No obstante, la generala, venciendo los vanos terrores de la imaginacion, dió un paso más, y su bata de color claro se destacó en la obscuridad. Al mismo tiempo, la puerta por donde acababa de salir, empujada por una mano invisible, se cerró tan discretamente como la hemos visto abrirse.

Una vez fuera del cuarto y cerrada la puerta, se deslizó suavemente á lo largo de la pared, hasta llegar á la puerta de otro cuarto, y allí se detuvo de nuevo.

Este cuarto, preciso es decirlo, era el cuarto ocupado por el gigante Goliat.

La mano de la generala buscó el botón del pi-

caporte que sujetaba la puerta, que, oprimido, cedió, aunque no tan discretamente que no hiciera oir un ligero chirrido, semejante al que produce la lima al afilar los dientes de la sierra.

Contuvo la generala el movimiento de su mano, sorprendida por el ruido que había causado, y aun yo me atrevo á creer que contuvo también la respiración en sus pulmones.

Así se mantuvo algún tiempo, á mi juicio, indecisa entre retroceder ó seguir adelante; mas acaso era ya tarde para abandonar el objeto de su aventura. El picaporte se hallaba suspendido por la presión de su mano, y naturalmente volvería á gemir al abandonarlo.

Hay en todos los actos graves de la vida pasos decisivos que nos cortan toda retirada....., y una vez puestos en la cumbre, el más ligero incidente nos empuja al fondo. Hay un momento en que todas las dificultades vencidas para avanzar se reunen á nuestra espalda y nos obligan á seguir adelante.

Sea por esto, ó porque la generala había puesto todo su empeño en no retroceder, es el caso que, como Hernán Cortés, resolvió quemar las naves.

Empujó cautelosamente, y la hoja de la puerta se abrió sin rechinar, de la misma manera que hubiera podido abrirse la hoja de un libro empujada por el aire.

La impertérrita generala no vaciló más, y entró en el cuarto del gigante.

Se hallaba la ventana de par en par abierta, y

el resplandor lejano de la luna bañaba la estancia de esa claridad mate y fría que ningún pincel ha logrado todavía robarle á la naturaleza.

El cuadro de la ventana se destacaba, parte sobre el pavimento, parte sobre la pared, formando un foco de luz casi fúnebre, que hacía más obscuros los ángulos de la habitación. En uno de esos ángulos estaba la cama, en la que se proyectaba un bulto, y este bulto respiraba con toda la fuerza de sus pulmones sanos y vigorosos.

Esperó la generala á que su sola presencia despertara al que tan sosegadamente dormía; pero, por lo visto, no era aquel un sueño prendido con alfileres, y el bulto continuaba durmiendo.

Entonces se aproximó á los pies de la cama, y asiendo los dibujos de acero que la adornaban, la sacudió violentamente.

Esta sacudida produjo una inspiración larga y una aspiración más larga todavía, resultando una cosa que era al mismo tiempo suspiro y bostezo; pero el bulto no dió otras señales de vida.

Ella se acercó más, é inclinándose sobre la cama, con voz comprimida dijo:

—Es inútil fingir por más tiempo ese sueño estúpido.

Á estas palabras, el bulto que dormía pareció que empezaba á despertarse, pues sacó una mano de entre las sábanas y se rascó la cabeza; mas permaneció mudo, como si hubiese perdido el uso de la lengua.

—¡Bien!—exclamó la generala, dando con la

pronunciación á sus palabras la fuerza expresiva que con la voz no podía darles.—¡Bien! No se atreve usted á mirarme cara á cara.....: esa es la última cobardía. Huye usted de mí avergonzado de su conducta; pero es en vano, porque ya sé cómo se coge al lobo en su madriguera....., y he venido aquí esta noche á decirle á usted que lo desprecio.

La persona á quien iban dirigidas estas palabras no hizo movimiento alguno, y la generala apretó los dientes, y siguió diciendo:

—*Madame Albert*, ¿no es eso?..... Ha pretendido usted sustituirme con *Madame Albert*.....; pero esa mujer se burla de usted..... ¡Ea, acabemos! Lo he protegido á usted con mi favor y con mi influencia, y á mí, más que á su hoja de servicios, debe usted los dos galones que adornan las mangas de su uniforme, y ya es preciso renunciar á nuevas ventajas.

Creyó sin duda que tan acerbo reproche heriría el amor propio del hombre con quien hablaba, y esperó una respuesta ó un movimiento; pero el bulto que llenaba la cama no tuvo por conveniente ni hablar ni moverse.

Ella, llena de impaciencia, alzó el pie para herir con él el pavimento y desahogar de ese modo el arrebato de su ira; pero razones de pura discreción contuvieron el ímpetu de su enojo.

—¡Ah!.....—exclamó sacudiendo nuevamente los hierros de la cama.—Ese silencio es ridículo; esa inmovilidad es grotesca..... ¿Tendrá usted la pre-

tensión de creer que estoy celosa?..... ¿Se atreverá usted á creer que he venido aquí á buscar una reconciliación que es ya imposible?..... Vengo á obligarlo á usted á un rompimiento terminante..... Aguce usted el ingenio para buscar un motivo cualquiera que lo aleje de nosotros. Me parece que puede usted pedir su retiro.....; por mi parte, tiene usted ya concedida la licencia absoluta.

Todos los esfuerzos eran inútiles: la generala no conseguía que aquel bulto humano escondido bajo la ropa de la cama se dignara darle una razón, una excusa ó una respuesta. Semejante á César, se había cubierto el rostro con el manto para no ver la mano que lo hería..... Ó tal vez, acostumbrado á estos ataques, apelaba á la táctica de dejar pasar sin resistencia los primeros ímpetus..... Después..... ¡ya se sabe!....., todas las tempestades pasan, y el cielo al fin se serena.....

Mas esta vez su silencio aumentaba la tormenta en vez de apaciguarla.

La generala dió un paso más hacia la cama, y alzó la mano sobre su cabeza; y si se hubiera dejado llevar por su genio, probablemente aquella mano levantada habría caído sobre el rostro del hombre que de aquel modo provocaba su ira.

Mas si fué su intención dejarla caer, no tuvo tiempo para hacerlo, porque ante semejante amenaza, el bulto rompió al fin su inmovilidad, é incorporándose como impulsado por un resorte, dió

un brinco y saltó fuera de la cama. Estaba vestido.

Aquel movimiento brusco, repentino é inesperado hizo retroceder á la generala, cuyos ojos espantados miraban atónitos al hombre que tenía delante.

Él asió con reconcentrada violencia la mano que acababa de amenazarle, y arrastrando á la generala hacia la ventana, le presentó el rostro, diciéndole:

—¡Da!

Ella cerró los ojos aterrada; sintió que la abandonaban las fuerzas; quiso gritar, y no pudo..... Se creyó bajo la influencia de un sueño espantoso y ante la horrible aparición de un fantasma.

Aquella mano que oprimía su brazo como un tornillo.....; aquel rostro airado.....; aquella voz tremenda....., eran la mano, el rostro, la voz del general.....: era el general mismo.

Pero semejante aparición no podía ser una realidad..... Se pedia á sí misma explicación de lo que le pasaba; pero sus pensamientos se obscurecían y su razón se extraviaba. Quería despertarse, arrancar de sus ojos la sombra que los cubría....: quería moverse, pero se hallaba encadenada por esa parálisis invencible con que nos sujetan los sueños pavorosos. No podía ver, no podía moverse, no podía respirar.....; se ahogaba.

Después de un momento, ó de un siglo, sintió el brazo libre de la mano que la oprimía, y una bocanada de aire fresco inundó su rostro..... Res-

piró con ansia, y abrió los ojos; mas tuvo que apoyarse en el alféizar de la ventana para no caer desfallecida..... ¿Dónde se hallaba?.....

Se hallaba indudablemente en el cuarto de Goliat; pero el cuarto estaba desierto, la puerta entreabierta y la cama vacía.....

El fantasma había desaparecido.

V

LA FUGA

L día siguiente, á las diez de la mañana, se encontraron en el corredor Cecilia y Martín: la primera salía del cuarto de la generala, y el segundo se encaminaba al cuarto del general. Ambos se detuvieron al encontrarse y se miraron en silencio.

La doncella había perdido de la noche á la mañana, como quien dice de una mano á otra, todo el fresco color de sus mejillas; y sus mejillas y sus ojos parecían espantados y sus labios trémulos. El ayuda de cámara, que no le debía al cielo una fisonomía demasiado inteligente, había amanecido aquel día con un semblante más estúpido que nunca.

—¿Qué hay?.....—le preguntó á la doncella.

Cecilia arqueó las cejas, y exhalando un suspiro, dijo:

—La señora está mala.

—¡Mala!.....—exclamó el señor Martín.

—Sí.

—¿Qué tiene?.....

—Convulsiones.

—¡De manera que el general!.....

—¡El general.....—repitió la doncella,— el general..... duerme todavía..... ¡Así.....

—¿Qué?.....

—Nada.

El señor Martín se encogió de pies á cabeza, y la doncella, clavando en él una mirada penetrante, le preguntó:

—¿Dónde ha pasado usted la noche?.....

—¡Dónde!.....—exclamó, sin poder disimular la sorpresa que la pregunta le causaba.

—Eso es —insistió ella ;— ¿dónde?.....

No supo al pronto qué respuesta darle, y al fin contestó:

—En el purgatorio.

—¡Qué lástima! —exclamó ella, golpeando el suelo con la planta del pie.— ¡Qué lástima que no hubiera sido en el infierno!.....

Y dando media vuelta, se alejó del señor Martín, añadiendo:

—Llevo prisa.....: voy en busca del médico.

Y precipitándose por la escalera, iba murmurando entre dientes:

—¡Imbécil!..... ¡Imbécil!.....

Á la hora del almuerzo se presentó el general en el comedor. Allí estaban ya la viuda, Enriqueta, el diplomático y el hombre de mundo.

La viuda se encargó de hacer la pregunta que todos tenían en la boca, y dijo:

—¿Conque la generala se encuentra indispuesta?.....

—Sí—contestó el general.

—¿En cama?.....—añadió Enriqueta con su voz de almibar.

—En cama—le dijo el general.

—¡Oh!—exclamó el diplomático.—¿Es cosa seria?.....

—¡Phs!..... Un vahído....., un ataque de nervios..... Nuestro médico acaba de hacerle una visita, y me asegura que no hay fiebre; pero nota cierto desarreglo en su cerebro....., cierta exaltación.....; en fin, veremos.

Dada esta respuesta se sentó á la mesa, y comenzó á almorzar con su apetito ordinario.

—Al ayudante—advirtió el hombre de mundo—se conoce que se le han pegado las sábanas.

—Los enamorados—añadió el general—no comen ni duermen.

Y celebrándose él mismo la gracia de aquella observación, soltó su habitual carcajada, añadiendo á renglón seguido:

—Y en verdad, no me parece que ha de ser un amante muy afortunado. Se ha vuelto huraño, sombrío, intratable. Y es un buen oficial; pero, por lo visto, el amor embrutece.

—No—replicó la dulce voz de Enriqueta.—Es que desde que llegó esa *Madame Albert* no sucede en esta casa cosa buena.

—Sin duda—añadió la viuda:— es una mujer funesta. Recuerden ustedes que llegó anunciándose como las tempestades; el rumor de su silla de posta retumbó como un trueno. Según el Vecino nos contó, aquella misma noche se vió atropellado por sus caballos. Llegó y se ocultó como el rayo en las nubes. Después le quitó al Vecino todo su buen humor; ya ven ustedes lo que ha hecho del ayudante; nos ha contagiado con sus tristezas, y, en fin, hasta la generala, que gozaba de buena salud, ha caído enferma..... Me parece que esta es la historia.....: no podemos desconocer su maléfico influjo.

—¡Ah!—exclamó Enriqueta con su tono más azucarado.—Va á ser preciso huir de *Madame Albert* de la misma manera que se huye de una epidemia

El general tenía en aquel momento la boca llena, y el hombre de mundo siguió la conversación, diciendo:

—*Madame Albert*, en resumen, no es más funesta que otra mujer cualquiera..... Es joven, es hermosa, y he ahí todo.

—¿Es decir.....—preguntó Enriqueta—que todas las mujeres somos funestas?.....

Inclinóse el hombre de mundo sobre el plato que tenía delante, y le contestó:

—Señorita....., desde Eva.

—Estoy pensando, general—dijo la viuda—que á la enferma le serán molestas las visitas. Siendo una exaltación nerviosa lo que padece, el silencio y el reposo deben convenirle sobre todo.

—Silencio y reposo es lo que principalmente ha recomendado el médico; mas la generala agradecerá mucho el interés que ustedes se tomen por ella.

—Nosotras—añadió la viuda mirando á Enriqueta—lo que deseamos únicamente es serle útiles. La veremos un momento, y Enriqueta y yo nos encargaremos de asistirla.

—He aquí—exclamó el general—lo que son las injusticias del mundo. Se decía hace un instante que las mujeres son funestas, y apenas tenemos una enferma, cuando ya nos encontramos con dos Hermanas de la Caridad.

El hombre de mundo hubiera replicado á esta observación hecha por el general; pero, ó no encontró la frase á propósito para expresar su idea, ó no creyó discreto pronunciarla, y se contentó con reconocer la inexactitud de su juicio con la más fina sonrisa.

En esto oyeron sonar á la puerta del establecimiento pisadas de caballos y el ruido de un coche, y el diplomático se puso en pie, diciendo:

—¡Señores, el correo!.....

Lo súbito del movimiento y lo expresivo de la exclamación produjeron en los circunstantes una hilaridad contenida, pero burlona, que hizo al diplomático muy mal efecto; mas se sonrió tam-

bién, y volvió á sentarse, mordiéndose los labios.

—No es esta la hora del correo—dijo el general:—son las doce del día, y no pasa hasta las dos de la tarde.

—Sí—replicó la viuda;—pero este caballero espera una carta de París hace ya algunos días.

La risa apareció de nuevo en todos los semblantes, y el agregado á la Embajada de España en Londres tuvo también que sonreirse.

Entonces resonó el chasquido de un látigo, el galope redoblado de los caballos, y el estrépito del coche, que, arrastrado con violencia, retumbó algunos instantes, alejándose hasta perderse.

Enriqueta, volviéndose hacia una de las preciosas muchachas que servían el almuerzo, le preguntó:

—¿Tenemos nuevos huéspedes?.....

—No—contestó.

Á pesar de lo terminante, esa respuesta no era completa, y la viuda preguntó á su vez:

—¿Se van?

—Sí—contestó la muchacha.

—¿Quién?.....—volvieron á preguntarle.

Otra de las que servían se encargó de la respuesta, y dijo:

—Señora..... cuarto..... quince.

—¡Cuarto quince!.....—exclamaron.

—Sí—respondieron á dúo las dos muchachas.

—Entonces es *Madame Albert* la que se ha marchado—dijo la viuda.

—Respiremos—añadió Enriqueta.—Se va

como vino: á nadie ha tratado, y de nadie ha tenido que despedirse.

—Es una partida inesperada — advirtió la viuda.—No sabíamos nada..... Parece una fuga.

En efecto: *Madame Albert*, con su doncella y con su mayordomo, era la que se alejaba en su silla de posta á todo el correr de sus caballos.

Aquella mañana había salido temprano á dar su ordinario paseo, subiendo hasta un caserío, desde el cual descubría el puente, el huerto y el caserón de Jaime. Allí descansó, y desde allí vió cortar el camino y cruzar el puente á dos aldeanos que conducían en brazos á un hombre, que por lo visto no podía andar. Otro hombre los seguía de lejos. Debió sentir curiosidad....., porque envió á su doncella á enterarse de lo que podía ser aquello.

Á los pocos minutos volvió, y entre *Madame Albert* y su doncella se cruzaron estas palabras:

—¿Qué?....

—Herido.

—¿Dónde?

—En una pierna.

Las ventanas de su nariz se dilataron, se frunció su hermoso entrecejo, y dejó ver en su boca una expresión rencorosa. Tomó el brazo de su doncella, se apoyó en él, y volvió al establecimiento.

Allí pidió el almuerzo, y ordenó que se arreglara el equipaje y que estuviera dispuesta la silla de posta.

Cuando el coche se alejaba á lo largo del camino, llegó al establecimiento el gigante Goliat,

y mirando la dirección que llevaba la silla de posta, preguntó:

—¿Quién se ha marchado?.....

El médico, que se hallaba en la puerta del establecimiento, le contestó:

—*Madame Albert* acaba de marcharse.

—¿Á dónde?.....—preguntó de nuevo.

—Por de pronto—le dijo el médico—irá probablemente á Zumárraga á coger el tren de esta tarde. Después, no ha dicho dónde piensa dirigirse.

Goliat no hizo más preguntas. Entró en la casa, subió la escalera apresuradamente, y entró en su cuarto. En un instante cambió de vestido, arregló su pequeña maleta, y atusándose los bigotes, murmuraba entre dientes:

—Este viaje es incomprensible..... Pero ¡ah! la seguiré al fin del mundo. ¿Me ha hecho romper el único obstáculo que encontraba, para huir sin decirme una palabra?..... No..... El coche de Zumaya pasará por aquí dentro de media hora, y la alcanzaré en Zumárraga.

Adoptada esta resolución, salió de su cuarto con aire decidido de llevarla á cabo.

Al pie de la escalera se encontró al general, á la viuda, á Enriqueta, al hombre de mundo y al diplomático, que venían del comedor. Ante esta comitiva se detuvo, y el general le dijo:

—¡Hola, señor comandante!..... parece que ese cuerpo gigantesco va perdiendo el apetito..... Hoy nos ha hecho usted almorzar solos, precisamente

cuando los cubiertos de la primera mesa empiezan á disminuir de una manera lamentable.

—Mi general — replicó el ayudante— es que....

—Sea lo que quiera. No es usted un recluta que tiene obligación de asistir puntualmente á la hora del rancho..... Comer no es, rigurosamente hablando, un acto del servicio.

—Quiero decir—replicó Goliat—que asuntos particulares me obligan.....

El general no le dejó concluir, pues le cortó la palabra, diciendo:

—Enhorabuena..... Puede usted elegir á su gusto las horas de almorzar y de comer; por eso no ha de resentirse la disciplina ni ofenderse la Ordenanza.

—No se trata de eso—añadió el gigante.—Se trata de una ausencia de algunos días.....

—¡Ausencia!—exclamó el general, repitiendo la palabra, como si no hubiera acabado de entenderla.

—Sí—insistió el ayudante.—Necesito ausentarme por algunos días.

—Caballero — dijo el general — llega usted en muy mala hora. Estamos aquí esperando órdenes del Ministro de la Guerra.....: de un momento á otro puede traernos el telégrafo el encargo urgente de alguna misión militar, y no puedo concederle á usted el permiso que pretende.

Goliat no contaba con esta dificultad, y quiso insistir; pero el general tomó resueltamente la

actitud de jefe, y dando á su voz la entereza del mando, le replicó diciendo:

—Es inútil.....: para un militar no hay más asuntos importantes que los asuntos del servicio..... La obediencia ciega es el honor y el deber del soldado, y en este punto soy inexorable.

Y para cortar de una vez la pretensión de su ayudante, comenzó á subir la escalera con todo el aplomo que debe dar la autoridad en el ejercicio de sus funciones.

Detrás del general subieron Enriqueta y el diplomático, la viuda y el hombre de mundo.

Este último se acercó al oído de la viuda, y le dijo en voz baja:

—Señora...., ¡qué maridos!.....

Quedóse Goliat al pie de la escalera, apoyado en el pasamano y retorciéndose los bigotes.....

—Es lo mismo—masculló, apretando los dientes y los puños al mismo tiempo.

Luego prestó atención á un rumor lejano que de pronto empezó á llegar á sus oídos.

—¡El coche de Zumaya!—exclamó.—No hay que perder tiempo.

Y sin más reflexiones, subió la escalera, entró en su cuarto, tomó la maleta, y bajó otra vez á la puerta del establecimiento, á tiempo que el coche llegaba.

De un salto se metió en la berlina, que iba vacía, y el coche partió de nuevo.

Cuando el general supo la fuga de su ayudante, se encogió de hombros, diciendo:

—Bien..... Es un acto de indisciplina.

Luego, repiqueteando los dedos sobre la mesa en que jugaba su partida de tresillo, y mirando los naipes que acababa de recoger, añadió:

—Señores: *codillo tendido.*

Aquella madrugada salió Martín en posta con un pliego para el Capitán general de las Provincias Vascongadas.

VI

BURLA POR BURLA

HAY en el fondo de nuestro ser una voz oculta, que anticipándose algunas veces á los sucesos, nos anuncia misteriosamente las desgracias que nos amenazan ó las alegrías que nos esperan?.....

Es decir: ¿hay presentimientos?

Creo que la ciencia moderna, que presume de saberlo todo, no ha encontrado todavía la ley general de ese orden de fenómenos morales en que parece que los ojos del alma ven algo más allá de lo que alcanza la débil mirada de los ojos humanos.

Mas si nuestra ciencia no ha echado aún el peso de su sabia decisión sobre estas confusas adivinaciones, en cambio el lenguaje vulgar ha encontrado la manera sencilla de expresarlas.

En presencia de acontecimientos imprevistos que trastornan nuestros planes, desbaratan nues-

tros proyectos, disipan nuestros temores ó desvanecen nuestras esperanzas, solemos exclamar:

«Me lo daba el corazón.»

Estos vagos anuncios, esas tristezas súbitas, esas alegrías repentinas que nos invaden y, sobreponiéndose á toda reflexión, nos hacen temer desgracias desconocidas ó esperar felicidades ignoradas, son los ecos de una voz lejana que resuenan en nuestro ser, repetidos por nuestro corazón, y que nos hablan un lenguaje sin palabras.

¿Qué hace la ciencia invasora de nuestros días detenida ante el obscuro umbral de este misterio?

¿Son vanas quimeras....., preocupaciones caprichosas de la imaginación....., cavilosidades de la fantasía?.....

¿Consiste en los movimientos de la sangre, en la tensión de los nervios ó en la contracción de los músculos?

¿Está en la influencia de la atmósfera?

¿Depende de la humedad, del calor ó del frío?

Bien; pero entonces, ¿cómo esos vaticinios se cumplen muchas veces?

¿Por qué sé yo lo que ignoro?

La noche en que hemos visto al general esconderse debajo de la escalera del corredor, y á Jaime perseguir su mariposa nocturna delante de las ventanas de *Madame Albert*, y á Goliat perseguir á Jaime, y á la generala entrar sigilosamente en el cuarto del gigante, Juana, sentada delante de su costurero, en la misma habitación y de la misma manera que la vimos la primera vez, guarnecía

una diminuta camisa de batista con un *entredós* de encaje casi tan blanco como sus manos.

Había oído ya las doce de la noche tres veces.

La primera vez habían sonado en el antiguo reloj de la casa.

La segunda vez las había oído sonar á lo lejos en el reloj del establecimiento.

La tercera vez, más solemnes, más acompasadas, más tristes, oyó las doce campanadas repetidas por el reloj de la torre que se levanta sobre la iglesia del pueblo.

La aguja brillaba entre sus dedos, y entraba y salía en la tela, uniendo estrechamente la batista al encaje, como estrechamente se unen dos buenos amigos.

Alguna vez levantaba los ojos, fijándolos sobre el único cuadro que adornaba las paredes de la estancia, que era una tabla en la que el pintor había trazado la cabeza de la Virgen María bajo los pliegues de un manto azul. No había por qué admirar ni el dibujo ni el colorido; mas el pincel había sabido dar al rostro de la Virgen una expresión inefable, que resplandecía sobre el fondo obscuro del cuadro como una estrella en la profundidad de un cielo nublado.

Era el rayo de luz que disipa las tempestades; y si el pintor había querido expresar en la dulzura del rostro de la Virgen la tierna invocación con que la llamamos *Consuelo de los Afligidos*, justo es reconocer que lo había conseguido.

Juana, como he dicho, dirigía de cuando en

cuando sus miradas á la Virgen, que á su vez parecía que también fijaba en ella sus ojos apacibles.

Entre la imagen de la excelsa Reina de los cielos y la humilde Juana se había establecido una comunicación misteriosa, muda é íntima, en la que los ojos eran lenguas y las miradas eran palabras.

La mujer de Jaime creía ver en aquel semblante glorioso dos aspectos distintos. Unas veces encontraba en la boca de la Virgen la claridad de celestial sonrisa, y otras veces veía dibujarse sobre su frente una sombra de divina tristeza.

Uno detrás de otro, los tres relojes volvieron á sonar en medio del silencio de la noche dando la una, y Juana, al oir la campanada solitaria del reloj de la iglesia, abandonó la labor y se acercó á la ventana.

El aire susurraba á lo lejos, y el resplandor de las estrellas se reflejaba como en un espejo sobre las tranquilas aguas de la ría; el paisaje, medio oculto en la sombra, aparecía sumergido en completo reposo.

Juana se apoyó sobre el alféizar de la ventana, como quien espera, y llevó la mano á su corazón, porque, sin saber la causa, sentía en él un peso que lo oprimía.

—¡La una!.....—exclamó.

Reflexionó un momento sobre su propia exclamación, y volvió á decirse á sí misma:

—¡La una!..... ¡Y qué!..... ¿No da la una todas las noches?.....

Su corazón, entristecido, le decía:

—¡Tengo miedo!

Y su razón, admirada, le preguntaba:

—¿De qué?.....

Su pensamiento, si me es permitido explicarme así, se encogía de hombros, diciendo:

—¡Ah!..... ¡Jaime no viene!.....

Pero la reflexión, mofándose de su pensamiento, acudía exclamando:

—¡Jaime no viene!..... ¿Acaso no sucede esto todas las noches?..... ¿Cuántas veces no ha vuelto á las dos y á las tres de la mañana?.....

En honor de la verdad, Juana no tenía motivo ninguno en qué fundar el desasosiego que experimentaba; pero su imaginación, rebelde á todas las reflexiones, la hacía estremecer, presentándole imágenes pavorosas de peligros increíbles.

—No, no—se decía;—Jaime estará en el establecimiento.....; la tertulia se habrá animado....., y eso es todo..... Además....., ¿quién sabe? la noche está calurosa, y se les puede haber ocurrido la idea de un paseo nocturno. ¡Vamos! me inquieto sin fundamento. Jaime viene siempre más tarde.....: esto no tiene pies ni cabeza.

La memoria tomaba también su parte en esta especie de discusión, y, pegue ó no pegue, sacaba á relucir el nombre de *Madame Albert.*

Semejante recuerdo le causaba una impresión penosa, semejante á la que hubiera experimentado al sentir el contacto de una flor envenenada.

¿Y por qué?

No sabía darse cuenta del estremecimiento que le causaba el recuerdo de *Madame Albert.*

Repasando todos los encantos de su singular belleza, creía advertir en ellos algo terrible, en sus miradas algo acerbo, en su voz algo amargo y en sus sonrisas algo tenebroso..... Aquella mujer resplandeciente de juventud y de belleza aparecía entonces á sus ojos iluminada por una luz fantástica y sombría.

¡Bah!.....: caprichos de su imaginación. Juana se hallaba en uno de esos momentos en que el ánimo exaltado todo lo ve al través de tintas negras.

Ella misma rechazaba con su voluntad aquellas alucinaciones momentáneas de su espíritu. Pero su corazón receloso se replegaba sobre sí mismo, huyendo de caer en el lazo que la razón le tendía. No quería aquietarse.

Oyó las dos, sin que los pasos de Jaime sonaran sobre el puente ni su sombra apareciera al otro lado de la ría, y el peso de su corazón se aumentaba, y crecía su impaciencia, excitada por una ansiedad hasta entonces desconocida para ella.

Aun esperó mucho tiempo con la mirada fija y el oído atento; mas vino á sorprenderla un ligero gemido que se escapó de la puerta que comunicaba con el salón.

—Aquí está—dijo para sí.

Y esperó á que Jaime entrara; pero Jaime no entraba.

Acabó de abrir la puerta, y nadie había detrás

de ella; penetró en el salón que ya conocemos, y el salón estaba desierto.

Este desengaño llenó de terror su alma....., y acercándose al cuadro que inmóvil pendía de la pared, se arrodilló delante de la imagen de la Virgen, buscando en su rostro un rayo de luz que disipara la nube de sus tristes presentimientos.

Los ojos azules de la imagen y los negros ojos de Juana se encontraron, como se encuentran los resplandores del cielo y las obscuridades de la tierra.

En aquel momento Juana habría jurado con íntima certidumbre que la Virgen se sonreía mirándola.

De pronto vió que la luz que iluminaba la habitación se obscurecía, y que una sombra, pasando rápidamente á lo largo de la pared, nublaba el semblante de la imagen. Creyó que era un vértigo de sus ojos; mas la misma obscuridad y la misma sombra pasaron de nuevo por delante del cuadro. Púsose de pie, y vió que una gran mariposa de alas negras volaba alrededor de la luz que ardía sobre la mesa.

Juana no era supersticiosa; pero hay momentos en que la imaginación sobreexcitada encuentra en todo el anuncio de la desgracia que presentimos.

Así es que se dejó caer sobre una silla, cruzó los brazos, y dobló la cabeza con la resignación de la víctima que espera el golpe.

De esta manera permaneció hasta que la luz de la mañana empezó á colorear las cumbres de las

montañas. Alzó los ojos, contempló la claridad del día que entraba por la ventana, y volvió á bajarlos.

Jaime no había vuelto todavía.

Media hora después oyó pasos que se acercaban resonando en la alameda, y se lanzó á la ventana, y vió dos hombres que sostenían á otro. No pudo contener un grito que se escapó del fondo de su alma, y saliendo al salón, se precipitó en la escalera, y corriendo al encuentro de los que venían, abrió los brazos, exclamando:

—¡Jaime! ¡Jaime!

—No es nada—contestó Jaime apoyando una mano sobre el hombro de Juana.—Es un mal pasos que al fin va á descubrirte el pie de que cojeo.

Entraron en la casa; subieron lentamente la escalera, y Jaime fue colocado en la cama.

Juana lo desnudó con el mismo cuidado con que una madre desnuda á un niño dormido; y sus ojos solícitos pronto descubrieron al través de las lágrimas que los inundaban un pañuelo ensangrentado que ceñía la pierna derecha de Jaime por encima del tobillo.

—¡Dios mío!.....—exclamó al verlo.

—No es más que un rasguño—le dijo Jaime;—pero conviene que venga el cirujano. Estos chicos, que me han traído en sus brazos como en una cama, irán á avisarle.

Vino el cirujano, descubrió la herida, y extrajo la bala, cubriendo la pierna con un vendaje, que Juana preparó sin apartar los ojos de las mano, del cirujano.

Concluída la cura, dijo éste:

—Ahora mucho reposo..... Todavía no hay calentura; pero la habrá.....; por consiguiente, dieta hasta que yo mande otra cosa.

Juana salió detrás del cirujano, y al llegar á la escalera, le preguntó:

—¿Es grave?.....

—No—contestó.—Unos cuantos días de cama, y unos cuantos meses de cojera..... Pudo ser más; pero, en fin, no ha sido más que eso.

Juana, andando con las puntas de los pies y enjugándose los ojos con la punta de los dedos, volvió al lado de Jaime, y sentándose junto á la cama, se decía con el pensamiento:

—Sí; me lo daba el corazón.

El enfermo guardaba silencio, y sus ojos empezaron á cerrarse, hasta que se quedó dormido.

Juana no le había hecho ninguna pregunta, porque poseía esa discreción delicada que nace de los tiernos afectos y que casi siempre se encuentra en los corazones sencillos. Pero interiormente se preguntaba:

—¡Dios mío!..... ¿Cómo habrá sido esto?.....

Había visto al cirujano extraer la bala, y había comprendido la clase de herida que Jaime había recibido..... Mas ¿cómo aquella bala había ido á herir la pierna de Jaime?.....

El caso podía explicarse de muchas maneras, y ella se las forjaba en su imaginación, desechándolas después, porque ninguna le parecía verosímil.....

—¡Ah!.....—exclamó de repente.—¡Un desafío!..

Y cruzó las manos aterrada, dejando correr por sus mejillas un llanto sin sollozos.

El herido durmió durante dos horas un sueño sosegado y profundo, después del que abrió los ojos, diciendo:

—Tengo sed.

Juana acercó á sus labios un vaso de agua azucarada, que el enfermo apuró con ansia.

Luego que lo hubo bebido, le preguntó Juana:

—¿Cómo te sientes?.....

—Muy bien—dijo.—Esta pícara pierna parece que la tengo dormida. Ahora sí que voy á cojear con toda perfección cuando por centésima vez te cuente el lance del vals.....; pero te prohibo que te rías. Tú preguntarás cómo ha sido esto.....; pues no caviles por averiguarlo: ha sido lo de siempre..... Una mujer..... funesta, y dos hombres imbéciles..... Ese bárbaro gigante disparó la pistola; pero quien apuntaba era *Madame Albert*.

—*¡Madame Albert!*.....—exclamó Juana; mas dominando la emoción que experimentaba añadió:

—El médico te ha recomendado mucho reposo, y no te conviene hablar tanto.

La arrogante vizcaína que ejercía en casa de Jaime las dobles funciones de doncella y cocinera, entró silenciosamente y puso un papel en manos de Juana. Este papel era un sobre diminuto, que iba dirigido á Jaime, expresando el nombre y el apellido.

—¿Qué es eso?—preguntó el enfermo.

—No sé—contestó Juana;—parece una carta; es para ti, y la letra del sobre es de mujer.

—Léela—dijo Jaime.

—¿Yo?—preguntó Juana.

—¡Tú!.....—le contestó su marido.

Juana rompió el sobre, y leyó estas cuatro palabras:

«Caballero: Burla por burla.»

El marido y la mujer se miraron, exclamando los dos á un mismo tiempo:

—¡Burla por burla!.....

VII

CARTA DE PARÍS

El amor es como el aire: está en todas partes.

¿Querrán ustedes creer que el señor Martín, á pesar de sus cincuenta años, de su bigote que empieza á blanquear, y de sus largos servicios militares, ha dado en creer que Cecilia no es un saco de paja?.....

Y es el caso que este descubrimiento que el mismo señor Martín ha hecho nada menos que en su corazón, no ha podido venir en peor conyuntura, porque la doncella de la generala está con él que trina, sin que el solícito mayordomo pueda adivinar la causa de aquel horror repentino.

Horror.....: esa es la palabra, pues Cecilia no

puede ver al señor Martín sin rechinar los dientes, apretar los puños y echar fuego por los ojos.

Y este cambio se ha verificado de la noche á la mañana, porque antes la doncella tenía para el mayordomo miradas picantes, palabras dulces y sonrisas halagüeñas.

Y no hay manera de sacarle la razón ó el capricho de semejante cambio, porque encierra sus palabras en las nebulosidades de reticencias impenetrables; impenetrables á lo menos para la escasa sagacidad del mayordomo.

—Cecilia....., ¿cómo está la señora?...:

—¡Hum!..... Bien..... ¡Buena está la señora!.....

—¡Qué!..... ¿Siguen las convulsiones?.....

—Señor Martín, habrá convulsiones para todos.

—¡Ay, Cecilia!—decía el señor Martín haciéndosele agua la boca.

Y Cecilia cruzaba los brazos y contoneaba el cuerpo, y, echando rayos por los ojos, decía á su vez:

—¡Ay, señor Martín!.....

Todas las conversaciones que el mayordomo intentaba entablar con la doncella, empezaban y concluían del mismo modo. Era cosa de desesperarse, y hubiera acabado por romperse la cabeza contra un poste, si no tuviera el consolador recurso de dar á todos los diablos del infierno la inconstancia de las mujeres.

Mas no era todo amargura en su corazón enamorado; pues si por una parte el amor de Cecilia le volvía tan bruscamente la espalda, en cambio

el general se mostraba con él más afable, más familiar, y hasta se puede decir más tierno.

— ¡Ah, señor Martín! —solía decirle poniéndole la mano sobre el hombro.— Los hombres como usted no tienen precio. Si alguna vez le ocurre la idea de separarse de mí, preferiré mil veces antes hacerle fusilar, á consentir que me abandone.

Estos halagos le compensaban de aquellos desdenes, sin que tampoco acertara á explicarse la causa de las preferencias con que el general lo distinguía.

La noticia de que el Vecino se hallaba herido produjo en el establecimiento gran sensación, y al oirla en boca del médico, que lo sabía por el cirujano, todos prorrumpieron en exclamaciones, que expresaban las diversas maneras con que cada uno veía tan inesperado suceso.

Enriqueta, con la espontaneidad propia de sus pocos años, y dando á la dulzura de su voz cuanta aspereza le fué posible, prorrumpió diciendo:

—¡Herido!..... ¡Ah!..... Ese Goliat es un hotentote.

La viuda llevó su indignación más lejos, exclamando:

—¡Oh!..... Esa *Madame Albert* es una mujer abominable.

El diplomático dijo sencillamente:

—Un duelo sin testigos es un crimen.

El hombre de mundo habló en latín para mayor claridad, añadiendo:

—*Stultorum infinitus est numerus.*

Y por último, el general prorrumpió en su habitual carcajada, murmurando:

—¡Insensatos!

La noticia la recibieron cuando se hallaban en los postres de la comida; y después de las exclamaciones que hemos anotado, Enriqueta salió del comedor, y fué á acompañar á la generala mientras la inconstante Cecilia comía.

El general, la viuda y el hombre de mundo acordaron hacerle una visita al herido, y el diplomático se quedó en el comedor frente á frente de una gran tetera, de una taza casi plana, y de un azucarero lleno hasta los topes, leyendo entre sorbo y sorbo un número del *Times*, que en su calidad de agregado á la Embajada española en Londres, se creía obligado á llevar siempre en el bolsillo.

Del té y del *Times* no se dispensaba nunca, pues los tenía por dos pormenores imprescindibles de su carácter diplomático.

La viuda había cogido el brazo del general, y viendo al hombre de mundo que andaba de un lado á otro, aprovechó el brazo que le quedaba libre, y lo apoyó en el del hombre de mundo, diciendo:

—Así debo ir cogida á entrambos, no sea que mi preferencia por uno de los dos ocasione entre ustedes otro lance desastroso.

—Yo—advirtió el general—soy un adversario poco temible.

—Pues en cuanto á mí—respondió el hombre

de mundo,—debo decir que soy razonable; me contento siempre con lo que me dejan.

—¡Y saben ustedes, señores—exclamó la viuda—que lo que aquí ha sucedido es una cosa inexplicable!.....

—¡Inexplicable!.....—replicó el general.—Al contrario, señora: es la cosa más natural del mundo..... Siempre que ponga usted una mujer sin juicio entre dos locos, ellos acaban siempre por matarse. ¿No sucede esto todos los días?.....

—Sí—contestó la viuda—eso sucede; mas yo pregunto: ¿debemos considerar á *Madame Albert* inocente ó culpable?

—En esos casos—dijo el hombre de mundo—las mujeres no son nunca inocentes. Yo imagino que *Madame Albert* sólo buscaba un mero entretenimiento para distraerse de sus tristezas..... Se veía demasiado hermosa para renunciar al placer de causar impresión, acaso sin contar con el caso extremo á que podían llegar las cosas.

—Para eso—añadió la viuda—ha debido infundir esperanzas á los dos á un mismo tiempo, pues no creo al ayudante tan imbécil ni al Vecino tan insensato, que fueran á matarse de común acuerdo, pura y simplemente porque *Madame Albert* es rubia y tiene los ojos azules.

—Todavía no pasa de ser una suposición que esa señora haya sido, en efecto, la causa del encuentro entre esos dos badulaques, y yo hay ciertas cosas que necesito verlas para no dudarlas.

Estas palabras hicieron que el brazo de la viuda

y el del hombre de mundo se oprimieran recíprocamente, en señal de mutua inteligencia.

—Bien—replicó ella;—eso equivale á tener siempre una venda en los ojos.

—Siempre no—dijo el general.

—Muchas veces—añadió la viuda.—Pero en este caso es indudable que *Madame Albert* ha sido la causa del lance. ¿No lo explica perfectamente, á falta de otro dato, la fuga de Goliat, verificada contra todas las leyes de la obediencia que la disciplina impone?..... Porque, ó esto es un enredo incomprensible, ó Goliat ha ido en busca de *Madame Albert.*

—No me opongo á eso—advirtió el general;—mas la repentina partida de *Madame Albert*, ¿cómo se explica?.....

—Puede explicarse de muchos modos—contestó la viuda.

—Vamos por partes—añadió el hombre de mundo.—Estamos en la creencia de que entre *Madame Albert* y el Vecino hay inteligencias antiguas. Hemos creído también que el ayudante servía de instrumento á *Madame Albert* para que el Vecino pudiera tratarla sin despertar sospechas..... Partiendo de estos antecedentes, se ocurre que el candelero haya tirado la vela; esto es, que Goliat haya comprendido al fin el papel que representaba en la intriga, y no pudiendo vengarse de *Madame Albert*, ha apelado al heroico recurso de romperle una pierna al Vecino. Mas entonces, ¿cómo Goliat huye siguiendo á *Madame Albert?*

Y la misma *Madame Albert* se ausenta precipitadamente, dejándose al Vecino con una pierna rota..... Convengamos en que hay en todo esto algo tenebroso.

Tal era la conversación que llevaban cuando llegaron á la puerta de la casa de Jaime.

Penetraron en el vestíbulo, y Juana salió á la escalera á recibirlos.

No fué corta la visita, pues ya había obscurecido á la hora en que salieron de la casa y tomaron el camino de vuelta al establecimiento.

—*Burla por burla*—iba diciendo la viuda.—Confiesen ustedes que la cosa es peregrina..... Yo no vacilo en creer que esas palabras han sido escritas por *Madame Albert.*

—Por lo menos—añadió el hombre de mundo—no tenemos otra persona á quien atribuírselas. Me inclino á creer que en este suceso se oculta una venganza.

—¡Venganza!—exclamó la viuda.—¿Qué agravio ha podido hacer el Vecino á *Madame Albert?*

—¡Quién sabe!—replicó el hombre de mundo.—Alguna infidelidad..... ¿No era su amante?

—Ese es el caso..... El Vecino asegura que no conocía á *Madame Albert.* General, ¿qué dice usted á esto?

—Parece—contestó el general—que mi señor ayudante ha sido lanzado como una bomba contra nuestro Vecino por la mano de *Madame Albert.* No veo otra cosa clara en este asunto.

—No hemos oído nunca al Vecino burlarse de

Madame Albert. La ofensa de que se ha vengado debe ser antigua.

Los tres sacaban de la casa del herido una nueva confusión. Durante la visita no se había hablado de otra cosa, y el mismo Vecino no parecía más enterado que los demás. *Madame Albert* lo había distinguido de un modo particular, y el ayudante lo había provocado de un modo inaudito, de cuyas resultas se hallaba en la cama, sin poder mover la pierna derecha.

Las palabras escritas en el billete dirigido á Jaime eran un rayo de luz, pero un rayo de luz que aumentaba la obscuridad del suceso.

Es, sin duda, bastante motivo que un hombre tenga celos, para que otro hombre amanezca el día menos pensado con una pierna rota. Esto es corriente; mas ¿por qué *Madame Albert* le escribe al herido diciéndole: «Caballero: Burla por burla?»

De esta manera discurrían acerca del caso el general, la viuda y el hombre de mundo, sin que sus discursos acertaran á descifrar el enigma de aquel suceso.

—Juana—dijo la viuda—nos ha contado la visita que casualmente le hizo *Madame Albert*, y la larga conversación que tuvieron en el cenador del huerto, y no sé si ustedes se habrán fijado en los raros efectos que produjo en *Madame Albert* la graciosa historia del vals que Juana le refirió por distraerla..... Es un lance que á mí me ha hecho reir, aunque la pobre muchacha nos lo contaba con las lágrimas en los ojos.

Ni el general ni el hombre de mundo dieron importancia á esta observación hecha por la viuda, y el segundo dijo :

—Sin duda es gracioso el lance del vals; pero, en verdad, no es un dato que ilumina el asunto. ¿Qué relación encuentra usted entre aquel paso de comedia y esta tragedia?.....

—Ninguna en verdad—contestó la viuda.—Lo he recordado únicamente para advertir el extraño carácter de *Madame Albert.* Indudablemente es una mujer excéntrica.

—Si estuviera aquí nuestro diplomático—añadió el hombre de mundo—exclamaría triunfante: «Excéntrica.....; eso es, inglesa.»

—No nos cansemos más en buscar explicaciones, que al fin y al cabo no nos satisfacen, ni nos dejemos llevar por las apariencias de las cosas..... ¿Quién sabe lo que habrá en el fondo de este asunto?..... No siempre se descubre la mano que lanza la piedra..... En todo hay su misterio..... Vean ustedes..... Yo observo que la cabeza de Eulogia no está en caja..... Pues bien: desafío á cualquiera á que adivine la causa verdadera de esa turbación de su cerebro.....

La viuda y el hombre de mundo se miraron y se sonrieron, y al verlos sonreir el general, no quiso ser menos, y prorrumpió en su carcajada favorita.

Antes de llegar al establecimiento vieron asomar por el camino á Enriqueta y al diplomático, que á pesar de la primera obscuridad de la noche

pudieron reconocer, á Enriqueta por los lazos de color de fuego que flotaban sobre su cabeza, y al agregado á la Embajada por las anchas alas de su sombrero de paja.

Éste, perdiendo por un momento la circunspección diplomática que le imponía su posición oficial, agitaba el brazo, que se movía como el aspa de un molino de viento, mostrando en la mano un objeto que la distancia á que se hallaban no permitía distinguir con claridad.

Al mismo tiempo apresuraba el paso de tal manera, que Enriqueta no podía seguirlo.

—Alguna misión extraordinaria nos trae el futuro embajador. Véanlo ustedes; viene en posta. Y, en verdad, hoy no es día de buenas noticias..... ¿Le habrán vuelto las convulsiones á la generala?.....

—Es posible—contestó el general,—porque ese padecimiento no es enteramente nuevo en ella, y aunque no es mortal de necesidad, como dicen los médicos, creo que esta vez se ha de hacer muy largo..... Eulogia es poco cauta, y no ha visto que su dolencia iba á darle un mal rato. Es, pues, posible que le hayan vuelto las convulsiones.

Hablaba así con la mayor naturalidad y sin que el temor del nuevo accidente le produjera inquietud alguna.

—No debe ser ese—advirtió el hombre de mundo—el motivo de la urgencia con que nos buscan, porque en tal caso Enriqueta no habría abandonado á la generala.

El diplomático llegó al fin, mostrando en la

mano con aire victorioso un gran pliego, cuyo sobre estaba rasgado; y luego que el cansancio lo dejó hablar, dijo:

—Señores....., carta de París.

—¡Ah!—exclamó la viuda con sonrisa burlona.—¿La carta que esperábamos hace tiempo?.....

—La misma—añadió, golpeando con el pliego la palma de la mano, como quien dice: «¿Eh?..... ¿Qué tal?..... Carta canta.»

—¡Oh!—dijo el hombre de mundo contemplando el volumen de la carta.—Eso es un protocolo.

—¡Ya lo creo!—añadió el diplomático.—Como que viene de la Embajada. Aquí está el sello de la Cancillería..... Trae noticias estupendas..... Yo no he hecho más que ojearlo rápidamente; pero esta noche lo leeremos despacio en *petit comité.*

Dijo. Y, más arrogante que Alejandro después de haber conquistado el Asia, miró sucesivamente al general, á la viuda y al hombre de mundo, dió media vuelta, y se encaminó gallardamente hacia el establecimiento.

Los tres personajes citados lo siguieron, formando, digámoslo así, la escolta de aquel triunfo.

VIII

EN PETIT COMITÉ

REUNIDOS en un ángulo del salón el general, la viuda, Enriqueta y el hombre de mundo, sacó el diplomático del sobre el gran protoloco, y desdoblándolo, lo puso encima del velador de que se había provisto, para dar á la lectura toda la solemnidad y todo el reposo que el caso requería.

Á primera vista se le hubiera tomado por un autor dramático que, satisfecho del mérito de su obra, saborea antes de empezar á leerla el éxito que va á obtener del auditorio, no siempre amigo, que suele asistir á ese género de lecturas. Mas examinando atentamente la actitud grave y superior del diplomático, podría sospecharse que poseía algún secreto de Estado, capaz por sí solo de asegurar en

un siglo por lo menos la paz del mundo, ó de encender instantáneamente la guerra en todos los continentes conocidos.

Por lo que hace al auditorio, no esperaba del largo manuscrito que veía sobre la mesa ninguna revelación sorprendente, y saboreaba á su vez el fiasco que preparaba la lectura de tan portentoso documento.

No obstante, guardaron silencio, y el diplomático comenzó á leer de esta manera:

«*Rue Richer*, 43. *Monsieur Albert*, sesenta años cumplidos, hombre de negocios, casado con una preciosa joven de rizos rubios y de ojos azules. Tales son los datos que me envías para que te averigüe cuantas noticias pueda adquirir acerca de ese personaje, haciendo nada menos que de un secretario de Embajada un simple agente de policía.

»Semejante pretensión me induce á creer que el ocio te consume en los baños de Cestona, y por mi parte seguiría consumiéndote el fastidio; pero he aquí que la secretaría de la embajada de España en París da tan poco que hacer, que yo también me siento devorado por el ocio, y después de agotados todos los vicios que la ociosidad engendra, me sobra tiempo para darle una vuelta al mundo. Así es que mi holganza ha hecho de tu curioso encargo una cuestión de amor propio, y voy á servirte por puro entretenimiento.

»En efecto: he conseguido averiguar que hay en París un *Monsieur Albert*, hombre de negocios,

que ha cumplido ya sesenta años, y que vive *rue Richer*, 43; pero, amigo mío, este *Monsieur Albert* no está casado. No vayas á creer por eso que ha hecho voto de castidad..... No. *Monsieur Albert* vive en compañía de una preciosa joven de rizos rubios y de ojos azules, que, según me aseguran, ha consagrado su vida ¡pásmate! á amar á *Monsieur Albert.*

»No creo en el amor de las mujeres jóvenes hacia los hombres viejos. Es un capricho de mi experiencia, capricho invencible, y no he podido tomar en serio la sinceridad de un amor semejante, á pesar de que *Monsieur Albert* es muy rico, y el oro es capaz de enternecer á una piedra. Mas es el caso que esta joven hace una vida, digámoslo así, austera; sale poco; no frecuenta los círculos del gran mundo; su palco en la Ópera está obscurecido por grandes pantallas; su coche va siempre cerrado.

»Estos pormenores, que son auténticos, han excitado mi ociosa curiosidad, y me he empeñado en averiguar con toda certidumbre si ese recogimiento es amor puro ó meras precauciones de *Monsieur Albert.* Dejo, pues, en suspenso esta carta, para continuarla cuando haya adquirido nuevas noticias.»

Aquí el diplomático hizo alto, y paseó la mirada por el concurso, que permaneció silencioso. Solamente Enriqueta despegó sus labios, para preguntar dulcemente:

—¿Cómo ha sabido usted que *Monsieur Albert* vive en la calle *Richer*, núm. 43?

—¡Ah, señorita! — exclamó el diplomático con el aire victorioso del que ha puesto una pica en Flandes. — Tuve la precaución de adquirir ese dato, fijando la mirada indiferente en el sobre de una carta que *Madame Albert* dirigía á París, en ocasión en que su mayordomo la ponía en el buzón del correo.

Dada esta respuesta irreprochable, cogió de nuevo el manuscrito, y siguió leyendo:

«Querido amigo: ¿Sabes griego? ¿No? Pues bien: *¡Eureka!* He despejado la incógnita. Vas á oir, ó, mejor dicho, vas á leer una historia estupenda, y si te parece inverosímil, ten paciencia, porque yo no la invento. Vamos al caso.

»Hace treinta años que *Monsieur Albert* era un cirujano que gozaba de bastante crédito entre cierta clase de gente, pues hacía de su profesión un uso que al fin lo hubiera conducido á Tolón, si los tribunales, que todo lo quieren saber, llegaran en efecto á saberlo todo. Como este es, entre otras cosas, el siglo de las aplicaciones, *Monsieur Albert* había aplicado la cirugía á encubrir muchas miserias humanas, y ejercía su secreta industria, preciso es decirlo, con próspera fortuna.»

Al llegar aquí, Enriqueta miró á la viuda, como preguntándole: «¿Qué quiere decir eso?» Pero la viuda se encogió de hombros, añadiendo una sonrisa, que quería decir: «¡Psh!.....: cualquier cosa.»

«Ya comprenderás - siguió leyendo el diplomático—que *Monsieur Roberto Albert* no ha de ser un hombre de conciencia excesivamente escru-

pulosa. Bastante cauto para no verse sorprendido por la mano de la justicia humana, y tal vez receloso de no poder ocultarse á los ojos de la justicia divina, ha pretendido buscar la impunidad completa, negándose á sí mismo toda posibilidad de que exista un Ser superior que todo lo ve, que todo lo sabe y que todo lo juzga.

»Acostumbrado á no ver en las indagaciones de su *bisturí* más que sangre, músculos y huesos, tiene por cosa resuelta que el hombre no es en sustancia más que una combinación química, un aparato puramente mecánico, un *simple compuesto* de materia.

»Es, pues, *Monsieur Roberto Albert* un materialista furibundo, sin freno en sus apetitos, dispuesto á todos los horrores, con tal de que su astucia lo ponga á cubierto de caer en el horror del presidio.

»Rara vez se libra el hombre de aquellos errores que más ó menos halagan sus instintos, excusan sus faltas ó se hacen cómplices de sus malas inclinaciones. Así es que en el fondo de esas feroces incredulidades que la moderna libertad va engendrando, hay siempre una gran perversidad..... ¿Qué quieres?..... Me voy desengañando, y aunque no contribuí nada á la decapitación de Luis XVI, ni me veo próximo á ir á la guillotina....., no puedo ménos de exclamar con *Madame Rolland*, diciendo: «¡Libertad....., cuántos crí»menes se cometen en tu nombre!»

»*Monsieur Albert*, como te digo, es un hombre

que ha cerrado la puerta de su conciencia, arrojando la llave al abismo.

»Pronto se vió rico, y dejando poco á poco la industria de sus especulaciones quirúrgicas, dedicó su capital y su talento á las especulaciones de la Bolsa. Y si el escalpelo no le había descubierto en el hombre más que materia pura, en la dirección de los negocios á que ahora se dedica no ve más que pura miseria.

»Habla con énfasis de la fraternidad humana; profesa en todo su rigor el principio de que *el fin justifica los medios;* sostiene que la virtud es una mera hipótesis, y anuncia que el mundo marcha á la democracia universal, á la igualdad suprema. Asegura, en fin, que el hombre es irresponsable, en atención á que viene al mundo sin su consentimiento. No creas que su democracia se ostenta cubierta con los harapos del sanguinario Marat, ni con la afectada sencillez del soberbio Rousseau. No: *Monsieur Albert* ha rodeado su vida con todos los lujos del fausto moderno. Saborea refinadamente el placer de todas las sensualidades; es un romano del Bajo Imperio. El nivel de su democracia no consiente, según él mismo dice, en ridículas igualdades; el nivel no debe echarse sobre meros accidentes. La especie humana es una; luego todos los hombres son iguales en sus apetitos, en sus instintos, en sus ambiciones..... Ó lo que es lo mismo: moralmente hablando, ningún hombre es mejor que otro.

»Es decir, que *Monsieur Albert* encuentra la

suprema igualdad en el nivel que haga á todos los hombres igualmente perversos. No quiere reconocer la degradación de su alma, y niega la virtud, como niega á Dios..... Por algún resquicio de su conciencia tapiada debe escaparse alguna voz que le advierta el rebajamiento en que se halla, y le replica diciendo: «¡Bah!..... ¡Bah!..... »Todos los hombres somos iguales.» Rechaza toda superioridad, por no ser menos.

»No es otra la democracia de *Monsieur Albert*, y francamente, ¿no es esa la de muchos?

»Tal es, poco más ó menos, *Monsieur Albert* por dentro. Por fuera es un hombre de finos modales, cuya fisonomía se halla siempre acentuada por una sonrisa casi afable y casi burlona. Posee unas manos blancas y aristocráticas, de que hace alarde, y las inflexiones de su voz no dejan de tener algún atractivo.

»Tres años hará que vió á una española, rubia como una inglesa, en cuyos ojos azules brillan á la vez la melancolía del Norte y el fuego del Mediodía.

»Cuando *Monsieur Albert* la vió por primera vez, se hallaba en compañía de una señora de treinta años nominales y de cuarenta efectivos, que aun no había renunciado al placer de agradar. Pasaba por madrastra de la jóven, cosa que ella hacía constar, para advertir sin duda que aun no se hallaba en edad de tener hijas de veinticinco años.

»¿Habían venido á París por mero recreo, por

puro capricho? ¿Ó es que la presunta belleza de la una y la belleza de la otra vinieron á buscar en París un teatro más grande para dar el espectáculo de sus encantos?..... Acerca de este punto no he podido adquirir datos positivos; pero es lo cierto que *Monsieur Albert* las vió, solicitó su trato, y fué admitido sin grandes dificultades, y con mucho agasajo por parte de la madrastra.

»Pronto comprendió *Monsieur Albert* que sus manos aristocráticas y sus finos modales habían encontrado gracia á los ojos de la madrastra, y se dejó querer, teniendo por cosa segura que ella haría resonar de continuo en los oídos de la joven rubia las más fervorosas alabanzas acerca de su persona.

»No entraba en sus planes enamorar á la hija, porque el amor es para él una palabra sin sentido común: se había propuesto pura y simplemente seducirla, para lo cual se servía de la madrastra..... Á su táctica no se acomodaba el sistema de los asaltos..... Para rendir una plaza prefiere á la violencia del ataque un medio más suave y más seguro: sobornar á la guarnición.

»Debo advertirte que la madrastra era á la vez viuda, y que cayó en el lazo que le tendía *Monsieur Albert*, concibiendo la esperanza de contraer un segundo matrimonio. ¿Y con quién? ¡Friolera! Con un *parisien* exquisito y además millonario.

»Un día observó el antiguo cirujano que la hermosa rubia sentaba con cierta dificultad, al andar, el pie izquierdo, y le preguntó:

—»Señorita, ¿tan pequeña es esa bota que le hace á usted daño?.....

—»No es eso—dijo la madrastra.—Emilia es una loca, y hará un mes que una noche, valsando, tropezó en la alfombra y cayó, torciéndose el pie; desde entonces suele resentirse algo por las mañanas, al levantarse de la cama.

—»¡Ah!—exclamó *Monsieur Albert*.—He ahí una cosa insignificante que no debe descuidarse..... Veamos, veamos si hay alguna lesión que sea urgente corregir.

»Emilia, pues ya sabemos su nombre, puso su diminuto pie en manos de *Monsieur Albert*, que reconoció atentamente el tobillo, preciosamente contorneado, encontrando en él una ligera relajación en los tejidos.

—»Desde luego—le dijo—le prohibo á usted que ande mientras ese accidente no desaparezca.

»Emilia movió la cabeza con disgusto, y el cirujano añadió:

—»La reclusión no le parece á usted una medicina muy agradable; pero, en fin, la dulcificaremos: puede usted salir en coche. El mío lo tienen ustedes á su disposición todos los días, y yo mismo tendré el gusto de acompañarlas algunas veces.

»Tan delicada solicitud llenó hasta los bordes el vaso en que rebosaban las esperanzas de la madrastra; tenía ya en la mano un segundo marido, á quien era preciso alentar para que acabara de declararse.

»Así transcurrieron algunos días, sin que el pie de Emilia acabara de curarse; mas no se cuidaba mucho de ello, porque tenía á su disposición un coche, un hermoso coche, que rodaba arrastrado por magníficos caballos.

»La madre y la hija hablarían continuamente de *Monsieur Albert*, y estoy seguro que ambas convendrían en que era el hombre más amable de la tierra.

»Tú dirás que si *Monsieur Albert* tenía en la madrastra un excelente auxiliar de sus planes, eso mismo había de crearle al fin un obstáculo insuperable, luego que ella viera burladas sus esperanzas. Yo digo lo mismo; mas este hombre contaba, por lo visto, como César, con la fortuna, porque el día que la madrastra esperaba con toda seguridad la declaración explícita, sintió repentinos mareos, que la hicieron quedarse en cama.

»*Albert* no dió gran importancia á este accidente; pero la enferma se encontraba peor al otro día. El mal se conoce que iba á tiro hecho, pues á pesar de la asidua asistencia del famoso cirujano, la pobre madrastra se fué agravando, en términos que fué preciso redoblar los cuidados y recurrir á remedios más eficaces. *Monsieur Albert* preparaba los medicamentos, y Emilia se los hacía tomar á la enferma..... Mas todo fué inútil, porque al fin sucumbió.

»El cirujano hizo constar que había fallecido de una fiebre tifoidea al séptimo día de la invasión.

»Emilia lloró la muerte de su madrastra, y habría sido su dolor inconsolable al verse sola en medio de París, si *Monsieur Albert* no la hubiera consolado ofreciéndole el más cordial amparo y la más delicada protección, que ella admitió con toda la confianza que le inspiraba aquel hombre, sin duda alguna el más amable de la tierra.»

IX

JÚPITER

El auditorio esperó en silencio que el diplomático volviera la hoja para continuar la lectura de la carta de París, señal evidente de que experimentaba interés ó curiosidad por saber á dónde iría á parar todo aquello.

Ninguna pregunta se cruzó durante el breve espacio de este entreacto, y el agregado á la Embajada en Londres recogió aquel religioso silencio, que equivalía indudablemente á un aplauso unánime.

Bebió un sorbo de agua, tosió para desembarazar su voz de todo inconveniente que pudiera obscurecerla, y apoyando el codo sobre el velador, y la cabeza sobre la mano, prosiguió la lectura de este modo:

«Emilia tenía tres partidos que tomar: ó volverse á España sin más compañía que su juventud y su belleza y su precioso pie, que aun no se hallaba del todo sano, ó permanecer sola en el cuarto que habitaba, ó aceptar el hospedaje que *Monsieur Albert* le ofrecía. Sin duda temió los peligros del camino, ó le había tomado el gusto á París, ó ningún asunto urgente la llamaba á España, pues aceptó por de pronto el partido de quedarse; mas la muerte de su madrastra la dejaba tan sola en el mundo, que no se acomodaba á la vida solitaria que veía en perspectiva....., y desechó el segundo partido, aceptando el tercero.

»¡Qué cosa más natural que ceder en semejante situación á las instancias del hombre más amable de la tierra!.....

»Ya tienes á la hermosa Emilia viviendo en compañía de *Monsieur Albert*, rodeada de todas aquellas delicadas atenciones que puedes suponer, porque este hombre, desnudo de todo afecto, había concebido por ella una pasión..... ¿cómo te diré yo?..... una pasión desastrosa; y no extrañarás que Emilia acabara por encontrarse como el pez en el agua en casa de *Monsieur Albert*.

»Imagínate tú que hacía brillar su belleza con todos los esplendores del lujo; que tenía palco en la Ópera, trenes dignos de una princesa, y dime si su vanidad de mujer hermosa no se encontraría satisfecha..... Por lo demás, *Monsieur Albert* era dichoso, la tenía sujeta á su apetito con cadenas

de oro, y ¡vamos! no temía que intentara romperlas.

»No obstante, comprendía que los atractivos de su belleza y las disipaciones del lujo en que vivía eran un peligro constante, y es de suponer que pensara algunas veces en los medios de conjurar el peligro cuando formalmente se presentara, resuelto á disputarle al mundo la posesión exclusiva de tan preciosa alhaja.

»Entretanto, gozaba el vulgar placer de ser envidiado: en su corazón no cabían otros sentimientos. La codiciaba más cuanto más veía que era admirada, y como el avaro que enseña su tesoro para poder decir: «todo esto es mío», *Monsieur Albert* dejaba que Emilia deslumbrara con los esplendores de la belleza y del lujo. Esto era para él un incentivo. De la misma manera que sus instintos democráticos se complacen siempre que las ruedas de su coche salpican de lodo á los transeuntes, del mismo modo su pasión por Emilia se recreaba en verla codiciada. Le agradaba la emoción del peligro, y le parecía más hermosa cuanto más expuesto estaba á perderla.

»Quiso ser envidiado, y tuvo envidiosos, y Emilia fué objeto de una apuesta en que una especie de príncipe ruso, que era á la sazón el encanto y la mina de las mujeres que más caras se venden en el gran bazar de París, prometió que arrancaría de las manos del viejo millonario tan magnífica joya.

»Este león del Norte contaba para llevar á cabo

la empresa con su juventud, con su audacia y con un río de rublos. Contaba además con su celebridad y con su fortuna, pues en el olimpo de *Mabille* era más que ruso y más que príncipe: era nada menos que el padre de los dioses, el mismo Júpiter en persona: con el nombre de Júpiter se le designaba, porque ese era su nombre de guerra, es decir, su nombre de orgía y de libertinaje.

»Á *Monsieur Albert* no se le ocultó que el Júpiter de *Mabille* estaba empeñado en robarle su tesoro, y no se le ocultó tampoco que Emilia vería con gusto el caso de verse robada ¡friolera! por el mismo padre de los dioses inmortales, que apelaría al recurso olímpico de convertirse en lluvia de oro.

»El viejo cirujano llamó á su mayordomo íntimo, y le dijo:

—»Señor *Lesage*.....»

Enriqueta interrumpió la lectura, preguntando:

—¿No es *Lesage* el nombre del mayordomo de *Madame Albert?*

—El mismo, señorita—contestó el hombre de mundo.

—Siga usted leyendo—añadió la viuda.

—«Señor *Lesage*—siguió leyendo el diplomático—se presenta un buen negocio.

—»¿Sí?—exclamó el mayordomo.

—»Sí—repitió *Monsieur Albert.*—Tenemos en campaña al mismo Júpiter. ¿Qué tal?.....

—»¡Bravo!.....—volvió á exclamar el mayor-

domo, subiendo las cejas á los últimos límites de la frente.

—»El negocio, señor *Lesage*, es redondo. Júpiter buscará un confidente dentro de esta casa, y lo pagará á peso de oro. Antes que otro se deje seducir, os dejáis comprar por diez, por ciento, por mil.....

—»¡Ya!—dijo el mayordomo, oyendo á *Monsieur Albert* con la boca abierta.

—»Esta no es más que la primera parte del negocio; ved la segunda. Júpiter os compra....., y entonces el astuto *Lesage* vende á Júpiter, y yo lo compro por veinte, por doscientos, por dos mil.... Me parece que el padre de los dioses bien puede valer doble de lo que vale cualquiera de los simples mortales que viven en la tierra.

»*Lesage* supongo yo que apretaría un labio contra otro, arqueando nuevamente las cejas para expresar su admiración y su asentimiento, porque me consta que *Monsieur Albert* añadió:

—»Muy bien; os agrada el negocio, y os admira su sencillez. Corriente: ahora no hay más que dejarse ir; las cosas vendrán por sus pasos contados, y asunto concluído.

»Ciertamente, *Monsieur Albert* podía evadir el peligro que le amenazaba ausentándose de París, alejando de este modo á Emilia del poderoso Júpiter; pero este es un medio de que se valen los seres vulgares, y *Monsieur Albert* se consideraba á sí mismo hombre demasiado superior para apelar á semejante recurso.

»Ausentarse era huir, y eso no se avenía bien con su carácter tenaz, tenaz como la lima y frío como el acero..... ¿Y quién sabe los recursos extraordinarios con que contaba para hacer frente á todas las eventualidades?.....

»Además, el príncipe ruso podía seguirlos al fin del mundo, haciendo inútil la fuga. Tampoco le habría sido difícil ocultar á Emilia dentro del mismo París; mas si ella tenía interés en ser descubierta, Júpiter no tardaría mucho tiempo en averiguar su paradero, y el cirujano empezaba á observar algo que le inducía á creer que la hermosa joven estaba en el secreto. ¿Cómo se le había de ocultar que el dios de *Mabille* estaba prendado de su hermosura?.....

»Ya supondrás que *Monsieur Albert* no cree en la realidad de ningún afecto. Es un ciego que niega la luz porque no la ve. Así es que lo que menos le inquieta es que Emilia prefiera en su imaginación á uno ó á otro; su fin no es precisamente agradar, sino poseer. Según él, el corazón de la mujer no es más que un espejo, en el cual sólo se refleja la imagen que se pone delante.

»Un día le dijo *Lesage*:

—»Señor....., mucho ojo.

—»¡Hola!—exclamó.—¿Adelanta el enemigo?

—»Adelanta—contestó *Lesage*.

—»¿Cómo es eso?

—»Hay correspondencia.

—»¿Pues?

—»Se entienden.

—»¿Sí, eh?

—»Y hay más.

—»¿Qué?.....

—»Una cita.

—»¿Cuándo?.....

—»Hoy.

—»¿Dónde?.....

—»No sé.

—»¡Bah!

—»Ella ha pedido el coche.

—»¿Para qué hora?.....

—»Para las seis.

»Después de este diálogo, *Monsieur Albert* se dirigió al cuarto de Emilia, y la encontró delante de su *buró* escribiendo.

»Entró sin anunciarse, pero su presencia no causó en Emilia ni inquietud ni sorpresa, entablándose entre ambos el siguiente diálogo:

—»¿Estorbo?—preguntó *Albert.*

—»No—contestó ella.

—»En ese caso, seguid vuestra escritura.

—»No urge—contestó.

—»¿Escribís alguna novela?

—»No; escribo una carta.

—»Continuad, pues.

—»Es inútil.

—»¿Por qué?

—»Porque hasta mañana no ha de llegar á su destino.

—»¿Escribís á España?

—»No.

—»¿Á dónde?

—»Á París.

—»¿Á quién?

—»Á vos.

—»¡Á mí!

—»Eso es, á *Monsieur Albert.*

—»¡Oh!.....

—»Sí.

—»¿De manera que he venido á interrumpiros, cuando pensabais en mí?

—»Cierto.

—»He aquí una indiscreción imperdonable. Y bien: ¿por qué me escribís?

—»Os lo diré: porque no puedo ocultaros nada.

—»En ese caso, permitidme que me retire. Me privaré del gusto de veros por el placer de que me escribáis.

»*Monsieur Albert* salió de las habitaciones de Emilia, é hizo llamar á *Lesage*, y he aquí, poco más ó menos, lo que hablaron:

—»¿Tenéis confianza en el cochero?

—»Completa.

—»Perfectamente. Encargadle que lleve á Emilia á todas partes menos adonde ella quiera ir. La pasea por todo París, y á las siete está de vuelta..... Que no la permita apearse, lo cual conseguirá fácilmente no parando en ninguna parte. ¿Respondéis de que cumplirá bien este encargo?

—»Respondo.

»Á las seis salió Emilia, acompañada de la doncella que la servía, y el coche partió al gran trote.

»*Monsieur Albert* se encaminó entonces al cuarto de Emilia, sacó de su bolsillo una pequeña llave, y abrió con ella el *buró* en que poco antes la había encontrado escribiendo. Allí se hallaba la carta, ya concluída y encerrada en un sobre. Tomóla en la mano, leyó el sobrescrito, y probablemente diría:

—»¡Hola! No me engañaba; es para mí esta carta. *Monsieur Roberto Albert*.....: no tiene duda.

»No debió creer que faltaba á ninguna consideración leyendo aquella carta, que en efecto era para él, y pudo hacerlo sin violencia, pues el sobre no estaba cerrado, quizá por olvido, quizá porque Emilia tuviera el propósito de añadir alguna *postdata*.

»Entre las previsiones de *Monsieur Albert* no estaba, sin duda, la de encontrarse con una carta de Emilia, y así es que le daba vueltas entre sus manos, sin acertar á presumir qué especie de confidencia se contendría en ella. ¿Qué podría ser que la hermosa joven no pudiera decirle boca á boca?..... ¿Era aquella carta un lazo ó un capricho?

»Indudablemente dijo para sí:

—Si es un capricho....., bueno; si es un lazo....., mejor.

»Sacó la carta del sobre, la desdobló, y halló que contenía estos renglones:

«Os debo muchos cuidados....., muchos obse»quios, y nada tengo que reprochar en el hospe»daje que he obtenido en vuestra casa. Por mi »parte, he hecho todo lo posible por corresponder

»á vuestras atenciones..... Esto me obliga á ha»blaros con franqueza, porque no quiero enga»ñaros.

»Vuestra delicadeza se opondría á que yo to»mara el partido que he resuelto tomar, y os obs»tinaríais en retenerme á vuestro lado, y he creído »más prudente ahorraros la cortesía de conven»cerme. Por eso os escribo esta carta, que recibi»réis después que yo haya partido..... Toda sepa»ración es penosa, y pudiendo, ¿por qué no nos »hemos de evitar ese disgusto?.....

»Adiós, *Monsieur Albert*; me habéis lanzado al »mundo, y el mundo me lleva; mas siempre con»servará hacia vos un recuerdo..... —EMILIA.»

»No contenía más la carta, y *Monsieur Albert* no tenía tampoco necesidad de saber más. Dobló el pliego y le colocó dentro del sobre, encerrándolo después dentro del *buró*, quedando algunos minutos pensativo.

»Luego salió del cuarto de Emilia.

»Á las siete en punto volvió el coche, y *Albert* llamó á *Lesage*.

—»¿Ha venido?—le preguntó.

—»Ahí está—contestó el mayordomo.

—»Mi querido *Lesage*—dijo—esa bella mariposa ha caído en la cuenta de que puede volar.

—»¡Volar!.....

—»Justamente..... ¡Ya veis, la protege el mismo Júpiter!

—»Bien—añadió *Lesage*.—Entonces volará.

—»No; yo lo prometo. Es fácil impedirlo.

—»¿Cómo?—preguntó el mayordomo.

—»¿Cómo? Veremos..... Por de pronto hay un recurso seguro.

—»¿Cuál?

—»Este: cortarle las alas.»

X

LA ESTATUA MUTILADA

El cochero cumplió puntualmente el encargo de *Lesage*, y Emilia se apeó del coche furiosa, tan furiosa, que al saltar del estribo lo hizo con tanta violencia, que su pie, aún delicado, volvió á torcerse, y tuvo necesidad de apoyarse en su doncella para subir la escalera.

»Este incidente obligó á *Monsieur Albert* á acudir al cuarto de su enojada huéspeda, y entró en él diciendo:

—»Sois una loca; no miráis dónde ponéis el pie y habéis vuelto á dar otro mal paso.... Una vez valsando, otra al bajar del coche..... Convenid conmigo en que no sabéis andar por el mundo. Veamos....., veamos ese precioso pie.

—»Vuestro cochero es completamente imbécil —dijo Emilia.

—»Es inglés, señorita —añadió el cirujano examinando el pie.— Las recaídas suelen ser funestas, y es preciso apelar ya á un remedio heroico. Estos ligamentos, resentidos de antemano, han vuelto á relajarse, y ya empieza á presentarse la hinchazón.....: el tobillo no está completamente en su sitio. Ahora, á la cama mientras yo preparo una untura calmante y una cataplasma emoliente. Os prohibo que deis un paso sin consultarme; de lo contrario, no respondo de nada.

»Emilia tuvo que resignarse á sufrir la ligadura del vendaje con que *Monsieur Albert* le sujetó aquel pie que hubiera podido servir de modelo en el taller de Fidias. Ella habría preferido torcerse una mano, y aun quebrarse un brazo.....; pero ¡el pie! cuando precisamente le era más necesario, puesto que, como ya sabes, había resuelto huir....., Dios sabe dónde.

»Pasaron algunos días sin que la dolencia, demasiado rebelde al tratamiento que contra ella se empleaba, ofreciera claras señales de mejoría, lo cual aumentaba la impaciencia de la enferma.

—»Calma —le decía *Monsieur Albert;*— estas cosas suelen hacerse largas..... Padecéis una lesión envejecida, y hay que curarla radicalmente, para que no vuelva á reproducirse.

»En la red de precauciones tendida alrededor de Emilia, cayó un día un billete. Esta carta fué inmediatamente á parar á manos de *Monsieur Albert*, el cual leyó en ella lo que sigue:

«Me decís que os devora la impaciencia, y yo os

»puedo asegurar que el tiempo me consume. He »fijado un último plazo á nuestra separación, que »se cumplirá irrevocablemente. Empezáis á sos»pechar que *Monsieur Albert* alarga la curación »de vuestra dolencia, no sabéis con qué fin, y yo »os lo diré. He jurado públicamente que seréis »mía, y puede muy bien haber llegado á sus oí»dos....., y no os deja andar, para que no vengáis á »buscar, contra él, un refugio en mis brazos..... Te»méis que ese hombre os ame locamente, y he ahí »una cosa que yo no temo. Yo mismo iré por vos, »y os arrancaré de sus manos. Veremos á ver con »qué derecho se opone á nuestros deseos..... ¡Infe»liz de él si intenta impedir que os saque de su »casa! Esperadme, pues, segura de que el mismo »*Monsieur Albert* os pondrá en mis manos. Os »encontraría, aunque os escondiera en el último »rincón del mundo. Contestadme.»

»Al día siguiente el pie de Emilia amaneció peor, presentando síntomas poco satisfactorios; estaba á punto de aparecer una úlcera de mal carácter. Al experto cirujano no pudo ocultársele el aspecto que tomaba la dolencia. En tres días hizo el mal tan rápidos progresos, que *Monsieur Albert* se vió en la necesidad de buscar el auxilio de algunos de sus colegas. Se celebró una consulta. En ella se acordó un plan, cuyos efectos favorables debían obtenerse inmediatamente; de lo contrario, se hacía indispensable cortar por lo sano. Así transcurrieron dos días más, y se decidió el último recurso, el único que ya quedaba.

—»Será preciso preparar el ánimo de la enferma—dijo *Monsieur Albert.*

—»¿Para qué?—replicó uno de sus colegas:—el cloroformo puede ahorrarle ese disgusto. Es necesario *cloroformizarla.*

»Júpiter entretanto echaba rayos y centellas, y cansado de esperar la respuesta de Emilia, se presentó resueltamente en casa de *Monsieur Albert.*

»El cirujano lo recibió en su gabinete de estudio, horroroso museo de terribles instrumentos y de complicados aparatos, y en el que se veían encerrados en urnas de cristal miembros disecados, entrañas embalsamadas: dentro de aquellas urnas había pulmones que respiraban, y un corazón que latía movido por un ingenioso mecanismo. Entre los estantes que formaban la biblioteca aparecían grandes estampas, que venían á ser sangrientos mapas del cuerpo humano.

»*Monsieur Albert* se adelantó á recibir á Júpiter con aíre grave, triste y solemne.

—»Caballero—dijo el padre de los dioses, no con aquella cara con que, según Virgilio, serenaba los cielos y disipaba las tempestades, sino con la que debía poner para hacer rugir el trueno y estallar el rayo:—creo que debéis conocerme.

—»Así es—contestó *Monsieur Albert.*— Tengo el honor de conoceros; todo París os conoce.

—»En ese caso comprenderéis —añadió— que no he venido á buscaros inútilmente.

—»Estoy á vuestra disposición—contestóle el

cirujano;—y sólo espero saber el motivo de esta visita.

—»El motivo es muy sencillo, señor mío. Hospedáis en vuestra casa á una hermosa joven, y necesito saber qué especie de autoridad ejercéis sobre ella.

»La expresión de una gran sorpresa apareció en el rostro de *Monsieur Albert*, que exclamó:

—»¡Autoridad!..... ¡Yo!..... Ninguna.

—»Perfectamente —siguió diciendo Júpiter.—Eso me induce á creer que no opondréis dificultad ninguna á que yo disponga de ella.

—»No comprendo bien —replicó el cirujano;—pero en todo caso, me permitiréis que os pregunte con qué derecho venís á reclamarla.

—»Con un derecho incontestable; con el derecho que me da ella misma.

—»Es posible, caballero, que ella misma os autorice á dar este paso, y siendo así, no tengo por mi parte ningún inconveniente que oponer; mas acudís en una ocasión en que vuestro deseo es irrealizable..... Emilia se halla enferma.

—»No importa—replicó:—mis brazos son bastante fuertes para sostenerla, y mi coche bastante cómodo para conducirla. Por lo demás, M. Magne es mi médico.

—»¡Ah!—exclamó *Albert*.—¿M. Magne es vuestro médico?..... Pues bien: os repito que pretendéis un imposible.....

—»Supongo—insistió el airado Júpiter—que no me obligaréis á un acto de violencia.

»La amenaza encerrada en esas palabras no obtuvo ninguna respuesta. *Albert* no hizo más que señalar con la mano un pequeño fanal que tenía sobre la mesa, al mismo tiempo que decía:

—»Ved.

»El príncipe ruso se acercó al objeto designado, examinándolo con indiferencia, y distinguió perfectamente bajo la cavidad de aquel cristal un pie humano, blanco como el mármol, pequeño, fino, casi transparente y de un dibujo admirable.....; un pie de Venus.

»Después que lo hubo examinado, dijo:

—»No comprendo lo que significa esto.

—»Significa, caballero—contestó—que este pie inimitable fué ayer amputado.

—»¿Y bien?.....—volvió á preguntar Júpiter, encogiéndose de hombros.

—»Ya lo veis—replicó el cirujano.—Ha sido precisa esa operación para salvarle la vida. ¡Ah!—añadió:—Emilia no se consolará fácilmente de tan terrible pérdida.

»Júpiter se acercó más á aquel pie cortado por encima del tobillo, y lo devoró con los ojos, exclamando:

—»¡Una amputación!..... Explicaos..... ¿Cómo ha sido esto?.....

—»Vais á saberlo—contestó *Monsieur Albert.*

»Y desdoblando un pliego de papel que se hallaba sobre la mesa, lo puso en manos del dios de *Mabille.*

»Este pliego contenía la declaración faculta-

tiva de la enfermedad, y la inevitable necesidad de la amputación como único recurso. Dicho documento aparecía autorizado por las firmas de M. Lacour, M. Magne y *Monsieur Albert.*

—»¡M. Magne!.....—dijo Júpiter, leyendo las firmas.

—»Eso es—añadió el cirujano.—Vuestro médico..... Ya veis cómo yo os decía bien al advertiros que pretendíais un imposible..... Pero, en fin, la hemos salvado. La operación se ha hecho con toda felicidad, y la enferma se hallará pronto en disposición de seguiros.

»Júpiter movió la cabeza, se rascó la frente, y haciendo una ligera cortesía, salió de la casa de *Monsieur Albert.*

»Aquella misma noche, después de comer, declaró á sus más íntimos amigos que había perdido la apuesta.

— » ¡ Cómo ! — exclamaron todos llenos de asombro.

—»Sí—les dijo.—Esa preciosa criatura ha perdido un pie. Ni más ni menos..... He aquí la historia: una caída, una úlcera y una amputación..... Renuncio, pues, á adquirirla..... Ya veis: la estatua está mutilada. Le falta un pie, y no puede seguirme.

»Ahí tienes todos los datos que he podido recoger..... Algunos de ellos los he adquirido por el mismo Júpiter, que, casi arruinado, desempeña un cargo en la Secretaría de la Embajada rusa.

»Ahora bien: ¿es esa la *Madame Albert* de que

tú me hablas?..... Si es, habrás observado que cojea lastimosamente, á pesar del pie artificial que usa, y que, según dicen, es un prodigio ortopédico. Aquí no se la conoce con el nombre de *Madame Albert;* se la llama simplemente *la estatua mutilada.*

»Ya tienes ahí tela cortada para entregarte al placer de los comentarios.....»

El diplomático dió fin á la lectura, recogiendo en los semblantes del auditorio la expresión del asombro ó de la sorpresa que el relato les había causado....., y saboreando el éxito que obtenía, dijo:

—Yo á mi vez les pregunto á ustedes: ¿es *Madame Albert la estatua mutilada?*.....

—La misma—contestó la viuda.—Nos ha querido ocultar su desgracia, y ha huído de todo trato..... Es demasiado bella para resignarse á ser coja.

—He ahí—añadió el hombre de mundo—por qué aseguraba que tenía un pie en el sepulcro.

El general se puso en pie, diciendo:

—La historia es peregrina. Esa mujer debe odiar al género humano..... Valsa, tropieza, cae, y pierde un marido; se apea del coche, vuelve á tropezar, y pierde un pie y un amante..... Lo de siempre, señores: el primer mal paso. Se encuentra aquí con el novio perdido, y Juana le cuenta á ella misma el lance del vals....., lance que sirve de inocente diversión á la mujer y al marido..... Ella ve en Juana una rival afortunada, y en

nuestro infeliz Vecino un loco que se burla de su recuerdo....., y concibe la idea de vengarse: Goliat le viene de molde, y punto redondo. Esa historia deben ustedes leérsela al herido. ¡Oh! Hermosa víbora, digna de *Monsieur Albert.*

Diciendo esto, se separó del auditorio, y fué á ocupar su asiento en la mesa del tresillo.

—¿De manera—preguntó Enriqueta—que el Vecino y *Madame Albert* se conocían antes?.....

—Sí—le contestó la viuda.—Se habían conocido; más aún: el Vecino había aspirado á su mano; pero la vió valsar, la vió caer, la vió cojear, y renunció á ella.

—¡Ya!.....—exclamó Enriqueta.

—Y me ocurre una dificultad—siguió diciendo la viuda.—¿Cómo el Vecino no ha reconocido en *Madame Albert* á Emilia?

—No es una dificultad insuperable—replicó el diplomático.—Nuestro Vecino debe de ser poco fisonomista; además, ya sabemos todos que es miope. No es esto sólo, sino que las fisonomías sufren cambios, si no en las facciones, á lo menos en la expresión; y, por último, tres años en París y una amputación, transforman á cualquiera.....

—Es posible—añadió el hombre de mundo—que haya encontrado alguna semejanza entre *Madame Albert* y Emilia, sin ocurrírsele la sospecha de que pudiera ser la misma persona. Esto sucede con bastante frecuencia.

Enriqueta y la viuda abandonaron el salón, y fueron á hacerle compañía á la generala.

Cuando el Vecino se enteró de la historia de *Madame Albert*, se dió una gran palmada en la frente, exclamando:

—¡Ella!..... ¡Ella es!..... No la he reconocido, ni la hubiera reconocido nunca..... Por segunda vez he sido un imbécil.

Juana decía:

—¡Y yo!..... ¡Yo he tenido la culpa!.....

—¡Tú!—replicaba Jaime.—Vamos, hasta cierto punto, tienes razón: tú has pisado la víbora, y á mí me ha mordido.

No habían vuelto las convulsiones á la generala; pero parecía ensimismada y padecía distracciones, como si una idea fija embargara sus pensamientos.

La viuda y el hombre de mundo hablaban acerca de esto, y ella decía:

—No sé cómo explicarme el estado de ánimo de la generala.

—Eso—replicaba él—se explica muy fácilmente. No puede llevar con paciencia la ingratitud de Goliat..... Es orgullosa, y el amor propio es un gran enemigo.

—No, no—añadía la viuda.—La observo atentamente, y es más bien terror que enojo lo que experimenta. La voz del general le produce un efecto inexplicable.

—Entonces, señora, será que esté arrepentida, porque ya hemos convenido en que el general no es un marido demasiado temible.

—¡Quién sabe!....—exclamaba la viuda.

Durante muchos días no se habló en el establecimiento más que de *Monsieur Albert*, de *Madame Albert*, de Júpiter, de Goliat y del Vecino. Y estas conversaciones, continuamente interrumpidas y continuamente anudadas, formaban las delicias del diplomatico, que veía en ellas el triunfo continuado de su carta de París.....

Es seguro que desde las alturas diplomáticas de su pensamiento miraba por encima del hombro á todas aquellas pobres gentes, que habían tenido el mal gusto de reirse de la misma carta cuya lectura los había anonadado.

La satisfacción de que se sentía poseído era indecible siempre que oía hablar de *la estatua mutilada*.

XI

TÊTE Á TÊTE

La viuda que hemos conocido en los baños de Cestona tiene en su casa de Madrid un gabinete verde contiguo al tocador, en el que sólo penetran los amigos de su íntima confianza.

El hombre de mundo ha sabido conquistar la confianza de la viuda, y siempre que va á verla es recibido en el gabinete verde.

En el momento en que escribimos estas líneas se encuentran en él los dos solos, mano á mano, como si dijéramos, *tête à tête*.

Es una de esas noches con que el triste otoño se despide para dejar paso al invierno, más triste todavía, y la viuda, algo delicada de salud, ha resuelto quedarse en casa, porque la noche es húmeda, el aire frío, y prefiere una noche de encie-

rro á algunos días de cama..... No le aterra la muerte tanto como á la gran mayoría de las gentes; pero le causan horror las enfermedades, y asegura con mucha formalidad que para vivir es preciso vivir.

Las noches empiezan á ser largas, pero no faltará algún amigo que le haga compañía, y, en efecto, este amigo es el hombre de mundo.

Por si la suerte le tuviera reservado el martirio de la soledad, se ha provisto del número de *La Correspondencia*, que su doncella acaba de poner, húmedo todavía, sobre la mesa. *La Correspondencia* es uno de esos habladores insustanciales que quitan la soledad y no dan compañía; pero, ¿qué se ha de hacer? Es preciso echar la noche á perros, y, sea como quiera, al fin *La Correspondencia* es un periódico que, por lo regular, oculta lo que sabe y dice lo que ignora. No es ciertamente instructivo ni veraz, ni está medianamente impreso, ni regularmente escrito; el papel es abominable, la tinta odiosa; pero cuando no hay otra cosa que hacer, su lectura no deja de ser entretenida, sobre todo cuando es posible leerlo.

Con todo este rodeo, quiero decir que *La Correspondencia* está encima de la mesa, hablando por los codos lo suyo y lo ajeno, á gusto del consumidor y á precios convencionales.

A la viuda, sin embargo, le parece más agradable la conversación del hombre de mundo, que le cuenta también todo lo que sabe, en mejor

papel, en más clara impresión, de buena tinta y con alguna literatura.

Después de hablar de modas, del tiempo, de política y de costumbres, la conversación, con esa vivacidad con que salta de un punto á otro, había ido á parar, rodando, rodando, á los sucesos que hemos presenciado en todo el discurso de esta verdadera historia, y

—Á propósito—dijo el hombre de mundo.—Esta tarde he visto al Vecino en los jardines de Recoletos.

—¿Ya completamente restablecido?.....—preguntó la viuda.

—Completamente no. Todavía no puede andar solo: iba apoyado en el brazo de su mujer; que, dicho sea entre paréntesis, es una bella criatura.

—Sí—añadió la viuda;—es una hermosa morena, y me parece que ha de ser tan buena como hermosa. ¡Hay en aquellos ojos una paz!.....

—Pues todavía—añadió el hombre de mundo—es más encantadora la sonrisa. ¿Ha reparado usted en la dulzura con que sonríe?.....

—He reparado en ello. Es un tipo enteramente opuesto al de *Madame Albert.*

—Sin duda, y opuesto en todo: parece que la naturaleza había adivinado que iban á ser rivales antes de conocerse. Pues, como digo á usted, los encontré esta tarde, y, al verlos, los detuve diciendo: «Mal lance echamos, Vecino.» «No tan malo —me contestó —puesto que tengo dónde apoyarme. Ésta es la que paga el pato.» Ella dijo:

«No es un pato muy caro para mí, y puedo pagarlo sin grandes esfuerzos. Ya ve usted.....: han querido separarme de este calavera, y ahora resulta que lo tengo más sujeto.» «No hay mal que por bien no venga—añadió el Vecino:—una locura me obliga al fin á andar con pies de plomo.» No quise detenerlos más, y me despedí de ellos, creyendo firmemente que es un matrimonio feliz.

—Cuando la mujer es buena y no es rematadamente tonta, los matrimonios son felices....., porque, amigo mío, á los hombres se les maneja fácilmente.....

La viuda pronunció esas palabras con convicción profunda.

—¿Siempre?—preguntó el hombre de mundo.

—Siempre—contestó ella;—á no ser que el hombre sea un monstruo.

—¿Como *Monsieur Albert*, por ejemplo?.....

—¡Bah!.....—dijo la viuda.—*Monsieur Albert* tiene bastante con *la estatua mutilada*.

El hombre de mundo se dió una palmada en la frente, exclamando:

—¡Qué memoria la mía!..... Si no surge esta conversación sobre el matrimonio, se me queda en el tintero una noticia, que de seguro no ha llegado á oídos de usted hasta ahora.

—¡Una noticia! Veamos: ¿qué ocurre?.....

—¡Ah, curiosa!.....

—No; desde luego infiero que no ha de ser un suceso extraordinario.

—¿Por qué?.....

—Porque lo ha recordado usted hablando del matrimonio, y supongo que alguien se casa; y he ahí una cosa que sucede todos los días.

—Ha acertado usted—dijo el hombre de mundo;—aunque bien pudiera ser todo lo contrario: un matrimonio que se hace ó un matrimonio que se deshace. Pero, en fin, mi noticia es que se casa Enriqueta.

—¡Hola!...—exclamó la viuda.—¿Y con quién?...

—Con nuestro diplomático.

—Me parece muy bien—añadió la viuda.—Ese ha de ser otro matrimonio envidiable. Él es un infeliz, y ella una excelente muchacha.

—Es verdad, y tiene sobre todo una voz irresistible.

Fijó la viuda distraídamente los ojos en el periódico que había sobre el velador, al mismo tiempo que preguntaba:

—Y usted, ¿cuándo se casa?.....

—Yo—contestó el hombre de mundo—estoy ya fuera de combate.

—¿Sí, eh?.....

—Sí, señora.

—Bien.....: allá veremos.

Pronunció la viuda estas palabras sin levantar los ojos del periódico, cuyas columnas distraídamente recorría, y de pronto dijo:

—Esta es noche de noticias. Oiga usted lo que dice *La Correspondencia:*

«Ayer fué vista en el consejo de guerra la causa formada al comandante de infantería que hace

dos meses cometió un acto de insubordinación contra el ilustre general de quien era ayudante, y de cuya prisión dimos oportunamente cuenta á nuestros lectores. Ha sido confinado á un castillo por cuatro años.»

El hombre de mundo comentó la noticia, diciendo:

—¡También Goliat ha hecho buen negocio!..... Cuatro años en un castillo, es tanto como perder la carrera..... A no ser que algún glorioso pronunciamiento lo haga general de golpe y porrazo.

—Pues no es esto sólo—añadió la viuda, que seguía ojeando *La Correspondencia*.

—¿Otra noticia importante?.....

—Otra..... Vea usted: «Acaba de ser recluída en el magnífico manicomio de Barcelona la ilustre señora de uno de nuestros más bizarros generales, que, á consecuencia de una afección nerviosa, ha perdido el juicio. Sentimos que esta distinguida señora, tan conocida en los altos círculos de Madrid, sea víctima de tan terrible dolencia, y deseamos que el esmerado tratamiento que en dicho manicomio reciben los dementes, le devuelva la razón perdida..... Acompañamos al bizarro general en el sentimiento que ha debido causarle la necesidad en que se ha visto de recurrir á una reclusión tan dolorosa.»

—¡La generala!.....—exclamó el hombre de mundo.

—¡La generala!—repitió la viuda.

—¡Loca!.....—volvió á exclamar él.

—Loca—repitió ella—ó á lo menos—añadió—recluída.

—Es terrible eso—dijo el hombre de mundo.

Ambos quedaron pensativos, y así permanecieron algún tiempo, sin que me haya sido posible averiguar lo que pensaban.

FIN

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

UN VALS ÍNTIMO

	Págs.
I.—Cuatro pinceladas	7
II.—Monólogo	13
III.—Lance apurado	23
IV.—Explicaciones	31
V.—Quid pro quo	41
VI.—La miel en los labios	51
VII.—Casus belli	59
VIII.—Venganza	69
IX.—Las orejas del lobo	79
X.—El vals	91
XI.—Rompimiento	101
XII.—Tempestad	111
XIII.—Juana	123

SEGUNDA PARTE

EL FRUTO PROHIBIDO

I.—El trueno	135
II.—La silla de posta	149

Págs.

III.— El Vecino 163
IV.— La velada 175
V.— La revelación 187
VI.— Suposiciones 197
VII.— El hilo de la intriga 207
VIII.— Nuevos datos 217
IX.— La mirada 227
X.— La visita 237
XI.— Intimidades 247
XII.— Asalto 257
XIII.— Segunda entrevista 267
XIV.— La presentación 279
XV.— Cuatro renglones 291

PARTE TERCERA

UN PIE EN EL SEPULCRO

I.— El contagio 295
II.— Juego doble 303
III.— Sin testigos 315
IV.— Un fantasma 327
V.— La fuga 339
VI.— Burla por burla 351
VII.— Carta de París 363
VIII.— En *petit comité* 375
IX.— Júpiter 387
X.— La estatua mutilada 399
XI.— *Tête à tête* 411

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN MADRID
EN CASA DE LOS SUCESORES DE RIVADENEYRA
EL DÍA XXX DE ABRIL
DEL AÑO DE MDCCCXCIV

COLECCION DE ESCRITORES CASTELLANOS.

ALARCÓN (D. Pedro A. de). *Obras:* diez y seis tomos, 55 pesetas.

BALAGUER (D. Víctor). *Las ruinas de Poblet:* un tomo, 4 pesetas.

BARRIONUEVO DE PERALTA (D. Jerónimo). *Relaciones de los sucesos de la monarquía española desde* 1654 *á* 1658: cuatro tomos, 19 pesetas.

BELLO (D. Andrés). *Poesías.* (Agotada la edición ordinaria, hay ejemplares de lujo de 6 pesetas en adelante.)
—*Derecho internacional:* dos tomos, 8 pesetas.
—*Tratados gramaticales:* dos tomos, 6 pesetas.

BERWICK (Duque de). *Viaje á Rusia y Relación de la conquista de los reinos de Nápoles y Sicilia:* un tomo, 5 pesetas.

BYRON. *Poemas dramáticos*, traducidos en verso por D. J. Alcalá Galiano: un tomo, 4 pesetas.

CALVETE DE ESTRELLA. *Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de D. Pedro Gasca:* dos tomos, 10 pesetas.

CÁNOVAS DEL CASTILLO (D. Antonio). *El Solitario y su tiempo:* dos tomos, 8 pesetas.—*Problemas contemporáneos:* tres tomos, 15 pesetas.—*Artes y Letras:* un tomo, 5 pesetas.—*Obras poéticas:* un tomo, 4 pesetas.—*Estudios del reinado de Felipe IV:* dos tomos, 10 pesetas.

CAÑETE (D. Manuel). *Escritores españoles é hispano-americanos:* tomo I, 4 pesetas.—*Teatro español del siglo* XVI tomo I, 4 pesetas.

CARO (D. José Eusebio). *Poesías:* un tomo, 4 pesetas.

CASTELLANOS (Juan). *Historia del nuevo reino de Granada:* dos tomos, 10 pesetas.

CATALINA (D. Severo). *Obras.*—Tomo I, *La Mujer:* 4 pesetas.

ESTÉBANEZ CALDERÓN (D. Serafín: el Solitario). *Escenas andaluzas:* un tomo, 4 pesetas.—*De la conquista y pérdida de Portugal:* dos tomos, 8 pesetas.—*Poesías:* un tomo, 4 pesetas.

FERNÁNDEZ DURO (D. Cesáreo). *Estudios históricos del reinado de Felipe II:* un tomo, 5 pesetas.

FUENTE (D. Vicente de la). *Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón:* tres series, 13 pesetas.

GÓMEZ MANRIQUE. *Cancionero:* dos tomos, 8 pesetas.

GUILLÉN ROBLES. *Leyendas Moriscas:* tres tomos, 12 pesetas.

HARTZENBUSCH. *Obras.* — Tomo I: *Poesías*, 5 pesetas.—Tomo II: *Fábulas*, 5 pesetas.—Tomo III: *Teatro*, I, pesetas.—Tomo IV: *Teatro*, II, 5 pesetas.—Tomo V: *Teatro*, 5 pesetas.

LEONARDO DE ARGENSOLA (Lupercio y Bartolomé). — *Obras sueltas:* dos tomos, 10 pesetas.

LÓPEZ DE AYALA (D. Adelardo). Obras completas.—Siete tomos, 29 pesetas.

MENÉNDEZ Y PELAYO (D. Marcelino). *Obras:* diez y ocho tomos, 82 pesetas.

PAZ Y MELIA. *Sales españolas ó Agudezas del ingenio nacional:* un tomo, 5 pesetas.

PIDAL (D. Pedro José). *Estudios literarios:* dos tomos, 8 pesetas.

PIDAL Y MON (D. Alejandro). *Discursos y artículos literarios:* un tomo, 5 pesetas.

PÉREZ DE GUZMÁN (D. Juan). *Cancionero de la Rosa:* dos tomos, 10 pesetas.

QUEROL (D. Vicente H.). *Rimas:* un tomo, 4 pesetas.

ROS DE OLANO (D. Antonio). *Poesías:* un tomo, 4 pesetas.

SAAVEDRA (D. Enrique R. de). *Poesías:* un tomo, 4 pesetas.

SCHACK (A. F.). *Historia de la literatura y del arte dramático en España:* cinco tomos, 25 pesetas.

SILVELA (D. Manuel). *Obras literarias:* un tomo, 5 pesetas.

SUÁREZ (M. F.). *Estudios gramaticales:* un tomo, 5 pesetas.

VALDIVIELSO (El M. Josef de). *Romancero espiritual:* un tomo, 4 pesetas.

VALERA (D. Juan). *Obras:* siete tomos, 35 pesetas.

VELARDE (D. José). *Voces del alma:* un tomo, 4 pesetas.

VALMAR (Marqués de). *Historia crítica de la Poesía castellana en el siglo* XVIII: tres tomos, 15 pesetas.

Ejemplares de tiradas especiales de 6 á 250 pesetas.

EN PRENSA.

Obras completas del Duque de Rivas.

Obras completas de Fernán Caballero.

36323 LS.
04653n

Author Selgas, José

Title Novelas, Vol.6.- Dos Rivales.

NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU